

# *Revolución y contrarrevolución en Cataluña (1936-1937)*



**C. Semprún-Maura**



Ediciones HL

C. Semprún-Maura  
Revolución y contrarrevolución  
en Cataluña (1936-1937)  
2006 Ediciones HL

Se recomienda la reproducción  
total o parcial de este texto  
difunde libremente

**Contacto:**

[hormigalibertari@yahoo.com](mailto:hormigalibertari@yahoo.com)  
[hormigalibertaria.blogspot.com](http://hormigalibertaria.blogspot.com)  
[www.espora.org/hormigalibertaria](http://www.espora.org/hormigalibertaria)

Revolución y Contrarevolución  
en Catalunya (1936-1937)



C. Semprún-Maura

## PRÓLOGO A LA EDICION CASTELLANA

Escribí este libro por los años 1969-71, cuando aún no se había calmado del todo el estallido de mayo-junio de 1968 en Francia y que toda una serie de temas, nuevos para muchos, alimentaban acciones, discusiones, proyectos, revistas y libros. Entre ellos, claro, el tema de las revoluciones libertarias y el tan traído y llevado de la autogestión. Me pareció lógico y así como evidente participar a mi manera en dichas discusiones y en la crítica del totalitarismo (el fascismo «blanco» como el fascismo «rojo»), escribiendo un libro sobre las experiencias «autogestionarias» en Cataluña y Aragón, en 1936-39, de las que casi nada (cuando no absolutamente nada) se sabía en Francia por aquel entonces. Yo mismo fui descubriendo la importancia del fenómeno, mientras iba avanzando en la preparación del libro y en la busca y captura de datos y documentos.

Paralelamente, en las editoriales parisienses, se puso de moda el tener un rinconcito «izquierdista», para satisfacer a una nueva clientela juvenil y aumentar así los beneficios de las respectivas casas.

Sin embargo, este libro fue rodando de editorial en editorial, sin encontrar cobijo, hasta que «milagrosamente», fue a parar a una respetable, y en sus orígenes católica, editorial (Mame), pero que venida a menos intentaba también una manera de reconvertirse. No le traje suerte ya que desapareció poco después, naufragando en la más total de las quiebras...

No he cambiado nada a la primera edición francesa, sólo he suprimido la breve introducción que el editor francés me había pedido para explicar a los posibles lectores de allende los Pirineos, algo sobre la cuestión nacional catalana. Introducción que bien poco podría haber aportado a los posibles lectores españoles que pueden sobre este tema informarse —si no lo están— a diario y mejor en otros libros, o sencillamente consultando su periódico habitual, ahora que se ha reinstalado la Generalitat... Aproveché, sin embargo —cosa que quiero reiterar aquí—, ese breve resumen sobre el nacionalismo catalán, para manifestar mi más rotundo rechazo de todo nacionalismo.

No he cambiado nada, única y exclusivamente por pereza, ya que muchas cosas podrían haberse cambiado y mejorado, teniendo en cuenta, además, que sobre las colectivizaciones y otros temas aquí tratados han salido últimamente varios libros. También he dejado tal cual algunas —pocas— observaciones más actuales. Por ejemplo, los últimos párrafos en los que, a toda velocidad, hago alusión a la situación en España en el momento de escribir el libro, o sea, aún bajo el franquismo.

Evidentemente, nadie podía afirmar en aquel entonces, que una vez muerto Franco, el franquismo iba a desaparecer tan rápida y pacíficamente y que la democracia recién estrenada, viento en popa a toda vela, iba a conducir España hacia la Banalidad. Banalidad preferible, para mí, al fascismo, con o sin sus peculiaridades franquistas. Pero eso no quita, y es importante recalcarlo, que los sueños y anhelos revolucionarios (pueden ponerse comillas si se quiere), hayan quedado, hoy por hoy, en la cuneta.

Y eso, evidentemente, tiende a arrinconar este libro en el más desesperado estante de las bibliotecas, en el que se apiñan los libros de *historia*, o sea lo que pasó y no volverá a repetirse.

Digo esto porque entre este libro y ciertos lectores puede surgir el espejismo del «ejemplo» y la ilusión de la «repetición». Algo así como la creencia de que lo que emprendieron los trabajadores libertarios en 1936, esa indudablemente profunda revolución social, se trata hoy de reemprenderlo y llevarlo a cabo hasta sus últimas consecuencias. Mero espejismo, repito.

Es posible que el propio texto sea «culpable» del nacimiento de ilusiones de este tipo, es posible que mi propio entusiasmo, al descubrir la importancia de la revolución social de entonces, pueda confundirse con algo así como una «perspectiva clara y sencilla para hoy»: bastaría con reemprender el mismo glorioso camino. Pues no. Nunca he creído que la historia pueda repetirse y en cuanto a esta historia concreta, menos aún.

Desde luego, ningún libro, pese a lo que creen los marxistas-leninistas, siempre en busca del buen programa, puede aportar las soluciones revolucionarias, porque todo lo que ha habido y hay de revolucionario en el mundo es siempre *imprevisible* y *espontáneo* y, por lo tanto, supera y deja inmediatamente caduco cualquier tipo de programa. Aunque luego vengan los historiadores «marxistas» a explicarnos que todo ocurrió porque Lenin estaba tomando café no muy lejos del epicentro de los acontecimientos.

Si la repetición de lo ocurrido en Cataluña en 1936-37, me parece a todas luces imposible, es sencillamente porque la sociedad española de hoy es muy diferente a la del 36. Por lo tanto, la lucha antiestatal, antiautoritaria, libertaria, por la autogestión, etc. (perfectamente sé que una tal lucha *no existe* hoy en España, se trata sólo de una hipótesis), de existir, tendría que reinventarlo todo de cabo a rabo.

Para explicar detenidamente los cambios acaecidos en la sociedad española (y en el mundo), tanto en las mentalidades y comportamientos, como en la industria y la agricultura, en las clases sociales y en el papel de Estado, etc., así como valorar su importancia, un libro sería necesario y no se puede tratar en las líneas de un prólogo. Pero le será fácil a cualquier lector comparar lo que ocurría en 1936, y que aquí relato después de muchos otros, con lo que él vive cotidianamente. Nada que ver. Aparte de los «valores eternos» de la Libertad y la Justicia que, precisamente por ser «eternos», no me interesan.

Y, sin embargo, se intenta repetir la historia, y no sólo repetirla, sino que no se hace otra cosa más que eso. Todos los antiguos cementerios están patas arriba. Se desentierran los viejos cadáveres del anarcosindicalismo, se desentierran las viejas glorias, las viejas momias, las viejas banderas, los viejísimos estatutos y se pretende continuar la gloriosa historia de la CNT. Y así van las cosas.

La CNT de hoy no es más que una mala caricatura de la CNT de ayer. Y eso no sólo es lógico, sino que estaba previsto. Pienso haber mostrado en las páginas que siguen, todo lo que tenía de contradictorio por los años 30, la teoría y la práctica del anarcosindicalismo. Pero hoy, y precisamente debido a los cambios acaecidos en la sociedad española, la noción misma de

anarcosindicalismo ha saltado hecha añicos, porque en las sociedades como la española, cualquier sindicato no puede ser más que un instrumento peculiar de integración de los trabajadores a la sociedad, un vehículo de control y gestión (y por lo tanto de freno) del descontento y de la rebeldía. Exactamente lo contrario del anarquismo, por lo tanto, si esta palabra tiene aún el menor sentido. De lo que cabe dudar.

Cierto es que la «renacida» CNT se compone, hoy por hoy, de gentes que, bajo las mismas siglas, pretenden cosas, no sólo diferentes, sino contradictorias. Pero lo que resalta en los últimos meses de actividad, tolerada primero, legal después, sin tener en cuenta las declaraciones de buena voluntad, sino los hechos, es que la CNT no ha sabido distinguirse en nada que tenga un mínimo de interés de las demás centrales sindicales: lucha por la herencia de la CNS, peticiones pro-amnistía, procesiones con banderas y grititos, discusiones sobre los convenios, etc., la misma morralla de todas las organizaciones burocráticas. Y ¡no hablemos ya de la caricatura de las caricaturas, del happening siniestro de aquellos que pretenden rehacer la FAI y para ello duermen una vez a la semana con una pistola bajo la almohada y sueñan que son Durruti! (Personaje éste totalmente sacralizado y del que habría que empezar a hablar con un mínimo de espíritu crítico.)

Todas las indignaciones y coartadas nada pueden frente al hecho de que en los conflictos en los que algo nuevo, diferente, moderno, libertario, ha ocurrido (por ejemplo, en Vitoria o en Roca) la CNT estaba ausente. «Apoyaba» o aplaudía simbólicamente, pero desde fuera. En éstos y otros casos eran los propios trabajadores quienes, rechazando la ayuda interesada y más aún la dirección de todos los partidos y sindicatos, condujeron democráticamente, mediante asambleas soberanas, sus luchas.

No, lo único nuevo, es el espíritu festivo, la introducción de la noción de fiesta en ciertos mítines y Jornadas de la CNT. Pero por muy simpático y novedoso que sea romper con el ritual del mitin-misa, dos observaciones se imponen: 1.<sup>a</sup>) la introducción de la fiesta en el mitin, de la «gamberrada» alegre en la misa, ya ha producido el escándalo y no tardará en ser expulsada en «las filas de una organización sería como la CNT»; y 2.<sup>a</sup>) aquellos que piensen que dichas manifestaciones festivas van a mover de un milímetro el sillón real o el de su primer ministro —sea éste Suárez o González—, se preparan al chasco de su vida. Claro que para la mayoría de los nuevos «juerguistas», sólo se trata de pasarlo bien unas horas y esto ¡cómo no! tiene su importancia, pero no pasa de este objetivo tan importante como limitado.

Resumiendo: este libro no es un manual en el que se explica cómo rehacer, sobre la base de experiencias pasadas, hoy, mañana, pasado, las colectividades libertarias en Aragón, Cataluña —o Extremadura—, ni las barricadas en Barcelona. Si tiene el menor interés, es precisamente porque puede servir a mostrar la enorme distancia y las innumerables diferencias que existen entre la España de 1936 y la de 1978 y la imposible repetición de lo ocurrido, Habrá que buscar otra cosa, vaya.

Puede que también tenga un interés crítico. A mí, desde luego, me gustaría que fuera una pedrada en la vitrina totalmente falsa de la leyenda estalinista sobre ese período. Después de cuarenta años de censura franquista —y de mala conciencia postfranquista—, los estalinistas españoles han

logrado imponer una imagen heroica y democrática de su actividad, en realidad totalmente contrarrevolucionaria y represiva, durante la guerra civil. Varios libros han denunciado ya esta mistificación (el mejor siendo, probablemente, *El Gran Engaño* de B. Bollothen), pero no es inútil seguir lanzando piedras contra las vitrinas de la mentira, a ver si, entre todos, la destrozamos.

Pero mi crítica no se detiene en el análisis del estalinismo de entonces. También critico la actividad y el comportamiento de los círculos dirigentes de la CNT. Generalmente, los anarquistas que han criticado la actuación de los dirigentes de la CNT (Peirats, V. Richards, etc.) lo han hecho siempre desde un ángulo por así decir, político. Por ejemplo, al entrar en los Gobiernos, los dirigentes de la CNT han traicionado los principios ácratas; al aceptar la militarización de las milicias, lo mismo. Todo ello es cierto, pero las cosas son más graves y profundas, y me ha parecido importante iniciar el análisis crítico de la burocratización de la CNT, tanto en el terreno político como económico, «al calor del poder». Burocratización que, como creo haber demostrado, ha sido total y completa. Y esto también tiene hoy su importancia. Porque ¿qué pretenden quienes están reconstruyendo la CNT? ¿La imposible puesta en marcha de un sindicato «revolucionario», o la organización de una burocracia, sindical? La respuesta es obvia.

Las sociedades modernas son capaces de crear un sinfín de anticuerpos, de barreras y de espejismos en torno a los cuales se reúnen quienes pretenden cambiarlas o destruirlas, en una «organización» cuya labor es planificar el descontento y negociarlo luego con el Estado y la patronal en el eterno tomadaca en el que se basa la conflictiva integración de los trabajadores al proceso de producción.

Si no ha habido más acciones e iniciativas de signo ácrata estos últimos años en España, es porque demasiados grupos e individuos se han limitado a la tarea de reconstruir el Palacio de las Mil y una Noches del anarcosindicalismo, muerto desde el mes de mayo de 1937 (si se quiere dar una fecha de defunción, que tampoco es necesario). Al dedicar todo su tiempo y esfuerzos a esta ilusoria tarea no han sabido ni podido tener la menor idea nueva. Ese Palacio, que mucho se parece aún a una Torre de Babel, no tiene más «coherencia» que la de situarse en el pasado.

El Gobierno de su Majestad no debería olvidarse de la CNT a la hora de conceder subvenciones a los sindicatos (a lo mejor le toca algo en el reparto del botín de la CNS), porque ¿qué hubiera pasado si todos aquellos hoy empeñados en la construcción del Palacio de la mera nostalgia se hubieran puesto a pensar y actuar, aquí y ahora?

C. S.-M.  
París, noviembre de 1977.

*Sólo el día en que los historiadores se hayan desprendido de sus prejuicios, podrán emprender un estudio serio del movimiento popular que trastornó la España republicana y que dio lugar a una de las revoluciones sociales más importantes de la historia.*

Noam Chomsky.

## El levantamiento militar y la respuesta revolucionaria

### *El levantamiento militar*

En Melilla, a las cinco de la tarde del día 17 de julio de 1936, los oficiales conjurados pasaron a la acción: destituyeron al oficial republicano que estaba al mando de la guarnición, se apoderaron de los edificios públicos y proclamaron el estado de sitio. El levantamiento militar contra la República española había comenzado. Las otras guarniciones (Tetuán, Ceuta, Larache, etc.) les secundaron durante la noche y, al día siguiente por la mañana, todo el Marruecos «español» estaba en manos de los militares rebeldes. Los conatos de resistencia de los militares, «leales» y de los sindicatos obreros fueron rápidamente aplastados.

El general Franco, que desde su guarnición de las Islas Canarias se dirigía en avión a Tetuán, donde había de encabezar el levantamiento, se dirigió por radio a los que «conservan el sagrado amor por España»:

«Es España entera quien se alza reclamando la paz, la fraternidad y la justicia; en todo el país, el Ejército, la Marina y las Fuerzas de Orden Público, se levantan para defender a la Patria.

La energía que desplieguen en el mantenimiento del orden estará en relación con la resistencia que se les oponga.<sup>1</sup> »

El Gobierno republicano, mucho menos enérgico, se limitó a difundir, el día 18 por la mañana, una nota en la que minimizaba la importancia del levantamiento y afirmaba que estaba limitado a Marruecos y que «nadie, absolutamente nadie, se ha asociado en la Península a esa absurda empresa<sup>2</sup>». Mientras tanto, las guarniciones de la Península, siguiendo el ejemplo de las de Marruecos «español», y de las Canarias, se sublevaron a su vez, con éxito, en varias regiones: Navarra (Pamplona), Aragón (Zaragoza), Castilla la Vieja (Burgos, Valladolid), Andalucía (Sevilla), etc.

Mientras que el Gobierno republicano se veía obligado a reconocer que Sevilla estaba en manos del general Queipo de Llano, los Partidos socialista y comunista publicaban conjuntamente la siguiente nota:

«El momento es difícil, pero no desesperado. El Gobierno está seguro de poseer los medios suficientes para aplastar esta tentativa criminal. En el caso de que estos medios fuesen insuficientes, la República tiene la promesa solemne del Frente Popular. Este está decidido a intervenir en la lucha a partir del momento en que la ayuda le sea pedida. El Gobierno manda y el Frente Popular obedece.<sup>3</sup>»

Pero el Gobierno vacila. Parece como si esperara que una parte de las fuerzas armadas le iba a seguir siendo fiel, una parte suficiente para disuadir a los «insurrectos» de perseverar en su «absurda empresa». Asimismo, se

niega a «armar al pueblo» por miedo a la revolución, por supuesto, pero no hay duda de que también por miedo a ver a esos hipotéticos militares fieles, o por lo menos dudosos, inclinarse hacia el campo enemigo. Con ese retroceso, las medidas que tomó durante ese 18 de julio parecen perfectamente ridículas, pues se limitó a destituir a los jefes militares que se habían sublevado y, a las tres y cuarto de la tarde, publicó una nueva declaración:

«El Gobierno toma de nuevo la palabra para confirmar la absoluta tranquilidad de la situación en toda la Península. El Gobierno, al tiempo que agradece los ofrecimientos de apoyo que ha recibido, declara que el mejor apoyo que se le puede prestar es el de garantizar la normalidad de la vida cotidiana para dar un ejemplo elevado de serenidad y de confianza en los medios del Poder.<sup>4</sup>»

¿Pero, qué medios son éstos sino el Ejército y la Policía, que estaban casi por entero a favor de los sublevados? El Gobierno republicano, que temía la revolución, continuaba esperando, soñando, con que el Ejército, o una parte considerable del mismo «recuperara el sentido» Como esperaba ese milagro, se negó a entregar armas a las organizaciones obreras. Es más, el Primer Ministro y Ministro de la Guerra, Casares Quiroga, proclamó que cualquier persona que distribuyera armas sin su permiso sería fusilada.

El Presidente de la República, Manuel Azaña, intentando por todos los medios que no se produjera el enfrentamiento, sustituyó al gobierno Casares Quiroga por otro, *encargado de negociar* con los militares sublevados, presidido por Martínez Barrio. Este, para constituir un gobierno de «unión nacional», ofreció el Ministerio de la Guerra al general Mola, que era el jefe del levantamiento en la zona norte. El Presidente del Consejo se puso en contacto con él por teléfono. Pero, naturalmente, Mola se negó a ello. De todos modos era demasiado tarde, la suerte estaba echada. Al gobierno Martínez Barrio no le quedaba más que dimitir y es lo que hizo. Sólo había durado unas cuantas horas, pero mientras el levantamiento se extendía por todo el territorio de la Península, la presión de las masas obreras para obtener armas e iniciar la lucha se hacía cada vez mas fuerte. En algunas regiones, los obreros habían empezado a armarse por sus propios medios. Por lo tanto, cuando el 19 de julio se formó un nuevo gobierno, presidido por José Giral, éste tuvo que aceptar la distribución de armas entre las organizaciones obreras. Si no lo hubiese hecho, habría sido barrido por los militares, pero, al hacerlo, no sólo les iba a entregar armas, sino también el poder real.

### *Los preparativos de lucha en Barcelona*

En Barcelona, la junta militar, que estaba formada desde hacía varios meses, había elaborado con el Estado Mayor central de los «facciosos» un plan que era teóricamente perfecto. Se trataba de llevar a buen término la tarea que el general Mola, en su plan de conjunto del levantamiento, había

<sup>1</sup> «ABC», edición de Andalucía (23 de julio de 1936).

<sup>2</sup> «Claridad», Madrid (18 de julio de 1936).

<sup>3</sup> J. Peirats, *La CNT en la Revolución española*, Ruedo Ibérico, París, 1971, t. I, pág. 139.

<sup>4</sup> «Claridad», Madrid (18 de julio de 1936).

definido de la siguiente manera: «hacer inofensivas a las masas proletarias catalanas».<sup>5</sup> Para conseguirlo, las tropas debían converger, desde los cuarteles situados en la periferia, hacía el centro de la ciudad y apoderarse de los edificios administrativos más importantes. El plan Mola preveía «informar a la tropa de que se preparaba un movimiento contra la República y que el Ejército, como garante del orden, debía salir a la calle para defenderla». Este ardid de guerra demostraba, en todo caso, que los oficiales conspiradores no confiaban demasiado en sus tropas. En cuanto a los oficiales conocidos por sus ideas republicanas, había que neutralizarlos desde el principio. Como no eran muy numerosos, esta parte del plan no ofrecía demasiadas dificultades.

Los militares no esperaban que se les opusiera mucha resistencia. Uno de ellos declaró, algunos días antes del levantamiento: «Cuando toda esa chusma oiga tronar el cañón, huirá, poniendo pies en polvorosa».<sup>6</sup> No fue exactamente eso lo que ocurrió.

Luis Companys, Presidente de la Generalitat, parece que fue algo más consciente del peligro «golpista» que sus colegas del Gobierno central. En cualquier caso, el 16 de julio por la mañana, quiso dialogar con los representantes de la CNT, la poderosa central sindical anarco-sindicalista. La finalidad de esta entrevista consistía en estudiar en común los medios para oponerse al peligro fascista.

«Para estudiar esa demanda (de colaboración [C. S. M.]), los comités regionales de la CNT y de la FAI se reunieron con varios militantes importantes de las dos organizaciones. La decisión que se tomó durante esa reunión fue que: “ante la amenaza fascista, la CNT y la FAI, olvidando todas las ofensas y todos los ajustes de cuentas pendientes, mantienen la postura de que es indispensable, o por lo menos deseable, que se establezca una estrecha colaboración entre todas las fuerzas liberales, progresistas y proletarias que estén decididas a enfrentarse con el enemigo”. Fue entonces cuando las organizaciones obreras anarquistas de Barcelona formaron un Comité de Enlace con la Generalitat, compuesto por cinco militantes de las dos organizaciones: Santillán, García Oliver y Francisco Ascaso por la FAI, Durruti y Asens por la CNT.<sup>7</sup>»

La medida más eficaz que hubiera podido tomar ese Comité de Enlace era la distribución de armas entre los trabajadores y la organización concreta de la respuesta al levantamiento. Pero la Generalitat no podía hacer eso, porque tanto en Barcelona como en Madrid, «si los políticos temen al fascismo, temen todavía más al pueblo en armas», como escribe el militante anarquista Diego Abad de Santillán. Así pues, la Generalitat no sólo no concedió al Comité de Enlace lo poco que pedía —es decir, ¡mil fusiles!— sino que

<sup>5</sup> «Solidaridad Obrera», Barcelona (18 de julio de 1936).

<sup>6</sup> Abel Paz, *Paradigma de una revolución*. París, Ediciones de l'AIT, 1967, pág. 26.

<sup>7</sup> Diego Abad de Santillán, *La Revolución y la Guerra de España*, la Habana, Ed. «El Libro», 1938, pág. 131.

además los militantes de la CNT que vigiaban los cuarteles eran detenidos y desarmados por la policía. En ese sentido toda la actividad del Comité de Enlace consistió en negociar para que no fuesen confiscadas las pocas armas que los anarquistas habían conseguido ocultar a raíz de la represión de octubre de 1934.<sup>8</sup>

El 17 de julio, cuando ya se conocía el levantamiento de Marruecos, la FAI distribuyó un manifiesto a la salida de las fábricas:

«El peligro fascista, en este momento, ya no es una amenaza, sino una sangrienta realidad... No es ya éste el momento de dudar. Hay que poner en práctica nuestras decisiones. En cada localidad, lo grupos anarquistas y las Juventudes libertarias, trabajarán en estrecho contacto con los organismos responsables de la CNT. Vamos a evitar entrar en conflicto con las fuerzas anti-fascistas, cualesquiera que sean, porque el imperativo categórico del momento es el aplastamiento del fascismo militarista, clerical y aristocrático. No perdáis el contacto, que debe ser permanente, con la organización específica (FAI) regional y nacional. ¡Viva la Revolución! ¡Muera el fascismo!»<sup>9</sup>

Por la noche, los obreros se reunieron en los locales de los sindicatos. En realidad, ahí es donde habían pasado todo su tiempo libre, desde el 12 de julio, porque sabían, como todo el mundo en España —excepto el Gobierno central que *no quería saber*—, que los militares y lo fascistas preparaban un golpe de Estado. Ese mismo 12 de julio, los militantes de la CNT y de la FAI decidieron enviar grupos armados a vigilar los cuarteles para que no les pillaran desprevenidos y para que pudieran establecer los diferentes puntos de reunión para cuando empezara la lucha. A partir de ese momento, se inició la espera. Pero la noticia del levantamiento de Marruecos hizo que todos comprendieran claramente la inminencia del enfrentamiento. El nerviosismo era muy grande; había que encontrar armas a toda costa. Un marinero, Juan Yagüe, propuso que se apoderaran de las armas que estaban en las cámaras de oficiales de los buques de carga, anclados en el puerto. Secundados por un grupo, dan el golpe: por este procedimiento han conseguido 150 fusiles y una docena de pistolas. Pero el jefe de policía, Escofet, que había sido avisado, envió una compañía de Guardias de Asalto al Sindicato del Transporte donde los militantes estaban repartiéndose el botín. Rodearon la sede del sindicato, y el incidente habría terminado en una batalla en toda regla si no hubiesen llegado Durruti y García Oliver que negociaron un acuerdo: entregarían a la Guardia de Asalto una docena de fusiles como representación simbólica del éxito de su misión<sup>10</sup>. (Hay que señalar que la Guardia de Asalto, contrariamente a la Guardia Civil, era un

<sup>8</sup> Sobre los acontecimientos de octubre, véase el anexo 1 pág. 210.

<sup>9</sup> Diego Abad de Santillán, *Por qué perdimos la guerra*, G. del Toro, Madrid, 1975.

<sup>10</sup> E. H. Kaminski, *Ceux de Barcelone*, ed. Denoël, París, 1937, pág. 21. Reedición en lenguas catalana y castellana, Ediciones del Cotal, Barcelona, 1977.

cuerpo de policía creado por la República y que muchos de sus componentes eran republicanos e incluso socialistas.)

Después de esa nueva noche de espera y de preparativos, continuó la movilización en las sedes de los sindicatos durante todo el día 18. Los militantes se organizaron en Comités Revolucionarios de barrio. Esos Comités iban a desempeñar un papel esencial en el proceso revolucionario, y desde ese mismo momento se encargaron de los preparativos de los combates. Unos agentes de enlace les informaban de la situación en los cuarteles, es decir, del nerviosismo creciente de los oficiales ante la proximidad de la hora H. Por la noche, la radio difundió un mensaje del Comité Nacional de la CNT que lanzaba la consigna de huelga general revolucionaria y recomendaba a todos los Comités y a todos los militantes que no perdiesen el contacto y que se mantuviesen alertas, con las armas en la mano, en los locales sindicales. De inmediato, el Comité Regional catalán de la CNT recogió la consigna.

A las nueve de la noche de ese 18 de julio, tuvo lugar una última entrevista entre el Comité de Enlace CNT-FAI y Companys; este último seguía negándose a distribuir armas. Esta actitud parecía una inconsecuencia: el 16 de julio él mismo había tomado la iniciativa de pedir a la CNT y a la FAI su colaboración en la defensa de la República y, seguidamente, le negaba reiteradamente, incluso cuando el «golpe» ya había empezado, los medios para garantizar esa defensa: las armas. A pesar de que Companys —contrariamente al Gobierno central que todavía soñaba con que era el único poder y la única autoridad legal, ya que no real— había dado un paso hacía la principal fuerza capaz de cortar el paso al fascismo en Cataluña —la CNT—, sin embargo, no acababa de decidirse a armar a las masas anarquistas. ¿Cómo iba a armar a esa gente capaz de «cualquier locura», hasta de realizar la revolución social? Pero no armarles, ¿no significaría dejar la vía libre al fascismo? Ante tal dilema, Luis Companys, dirigente del movimiento autonomista catalán, republicano y liberal, no podía sino dudar.

Cuando conocieron esta nueva negativa, los militantes de la CNT, que hasta el último momento esperaban un cambio en la actitud de la Generalitat, decidieron conseguir armas por todos los medios posibles: desvalijaron las armerías, robaron paquetes de dinamita en las canteras y, ayudados por algunos Guardias de Asalto, se apoderaron de algunos depósitos, de fusiles del Gobierno. Requisaron automóviles particulares para facilitar el rápido contacto entre los diferentes grupos. Una vez pintadas las iniciales CNT-FAI en las carrocerías, los vehículos empezaron a recorrer las calles de Barcelona. Los grupos de militantes armados que vigilaban los cuarteles veían entrar a falangistas y a requetés que iban ahí para que les dieran un uniforme y armas para combatir al lado de los militares. La noche acababa, una noche más de espera.

Cabría preguntarse por qué las organizaciones obreras, sobre todo la CNT, que era, con mucho, la más importante de todas en Cataluña, no atacaron primero para aprovechar la ventaja de la sorpresa. La única explicación que encontramos es la insuficiencia de armamento unida a la esperanza de un cambio de actitud de la Generalitat. Pero, sin duda, el temor de romper el

frente antifascista con una acción que la Generalitat ni hubiera podido ni querido apoyar, tuvo también su importancia. De cualquier manera, esa «política de espera», que fue general por parte de las organizaciones obreras en toda la Península, facilitó, en muchos casos, la victoria inicial de los militares.

### *Los combates de los días 19 y 20 de julio, en Barcelona*

El 19 de julio, a las 4 y media de la mañana, las tropas salieron de los cuarteles gritando: «¡Viva la República! ¡Viva España!». Pero el ardor de guerra ideado por Mola, fracasó. Los grupos armados, que no se lo creyeron ni un momento y que desde hacía algunos días estaban apostados cerca de los cuarteles, abrieron fuego inmediatamente. Las sirenas de las fábricas sonaron, llamando a los obreros al combate. Las tropas, siguiendo el plan previsto, es decir, la rápida ocupación de los puntos estratégicos de la ciudad, se situaron en las plazas de España, de la Universidad y de Cataluña, se apoderaron de los edificios más importantes, como el hotel Colón, el hotel Ritz, la Telefónica. Las tropas del cuartel Atarazanas y de la Maestranza ocuparon el sector del puerto comprendido entre Correos y el Paralelo. El general Goded, que llegó en avión desde Mallorca para capitanear el levantamiento, se instaló en la Capitanía General y destituyó e hizo prisionero al jefe de la guarnición, fiel a la República: Llano de la Encomienda.

Esta era la situación en las primeras horas de la mañana. Sin embargo, en todas partes, los militares habían tropezado con una resistencia encarnizada. En la Brecha de San Pablo, cerca del Sindicato Unico de la Madera, los militantes del mismo habían construido en el Paralelo una importante barricada en la que tuvieron en jaque, durante cuatro horas, a los militares, que sólo pudieron acabar con la barricada y apoderarse del local del sindicato tras haber obligado a marchar delante de ellos a las mujeres y a los niños del barrio. Pero a mediodía, un contraataque de los militantes de la CNT reconquistó el terreno perdido.

Al mismo tiempo, se desarrollan en el centro de la ciudad unos combates que iban a resultar decisivos. Los militares estaban siendo sitiados en los inmuebles que ocupaban en la plaza de Cataluña. A primera hora de la tarde, los combatientes obreros recibieron el apoyo de los Guardias de Asalto y de unos cuantos guardias civiles, mandados por el coronel Escobar (uno de los pocos oficiales de la Guardia Civil —la fuerza especializada en la represión de los movimientos obreros y campesinos— que se pusieron del lado republicano). La situación de los militares iba haciéndose crítica. Sólo se hubiera podido restablecer con la llegada de los refuerzos procedentes de los cuarteles de San Andrés y de los Muelles. Pero los obreros de Barceloneta hicieron que fracasara la intentona de las columnas de refuerzo, compuestas por regimientos de caballería y de artillería. En los enfrentamientos de la avenida de Icaria, cerca del cuartel de los Muelles, sucedió algo que iba a decidir el giro de la lucha. En esa ocasión, los soldados justificaron su calidad de «obreros y campesinos de uniforme», como se les puede llamar en la jerga del movimiento obrero: algunos no sabían qué hacer, otros



tiraban al aire, otros llevaron a la práctica las estrofas de la Internacional y se pusieron a tirar contra sus oficiales. Los obreros aprovecharon la ocasión, abandonaron sus barricadas y se dirigieron en masa y a terreno descubierto contra el enemigo. Tomaron gran cantidad de cañones. La contra-ofensiva revolucionaria había empezado.

Caía la noche mientras continuaban los combates, pero los militares no dominaban ya en ninguna parte. Los inmuebles que habían ocupado en el centro de la ciudad habían sido recuperados. En las primeras horas del lunes, día 20, los cañones fueron colocados en batería frente a la Capitanía General. Se conminó a los jefes rebeldes a que se rindieran. Para animarles a ello, una salva hizo temblar todo el edificio, disipando así las últimas esperanzas de los militares. Goded fue hecho prisionero y algunos militantes de la CNT le acompañaron hasta el Palacio de la Generalitat, desde donde hizo la siguiente declaración ante los micrófonos de la radio:

«Aquí el general Goded. Me dirijo al pueblo para declarar que la suerte me ha sido adversa y que estoy prisionero. Digo esto para que todos los que no quieran continuar la lucha, se sientan desligados de todo compromiso hacía mí.<sup>11</sup>»

En los cuarteles, los soldados se amotinaron, fusilaron a sus oficiales, distribuyeron las armas a los obreros. Sólo quedaba en poder de los militares, la fortaleza de Atarazanas. La aviación republicana —algunos «cucos»— capitaneados por Díaz Sandino, iniciaron el ataque con un bombardeo. Después, los obreros realizaron el asalto final, durante el cual murió Francisco Ascaso, conocido militante anarquista. Así fue aplastado, en la tarde del 20 de julio, el levantamiento militar en Barcelona. Los militantes de las organizaciones obreras se habían apoderado de todas las armas encontradas en los cuarteles. En los camiones, autocares, automóviles particulares requisados, partieron los grupos armados hacía las ciudades y los pueblos de la provincia catalana y aplastaron a los militares en Tarragona, Gerona y Lérida.

¿Cuál era, en resumen, la situación en el resto de España? Los militares habían conquistado algunas cabezas de puente en Andalucía (Cádiz, Córdoba, Sevilla), donde aterrizaron los refuerzos del ejército de Marruecos, transportados por aviones italianos. También se hicieron dueños de una zona bastante extensa que va desde La Coruña a Huesca y Zaragoza y que, desde Cáceres, cerca de la frontera portuguesa, sube hacía Avila, Segovia, hasta Teruel, englobando Navarra, gran parte de Aragón, Castilla la Vieja, León, casi toda Galicia y parte de Extremadura. La zona republicana quedó, pues, dividida en dos: al norte, el País Vasco, Santander, el norte de Asturias (excepto la capital, Oviedo), estaban acorralados entre el mar y los «facciosos»; después, la parte más importante que comprende la casi totalidad de Andalucía, Levante, Cataluña, parte de Extremadura y Castilla la Nueva. Hay que destacar que en las regiones más industrializadas (sobre todo el País Vasco y Cataluña), algunas de las regiones agrícolas más ricas (como Levante) y las grandes ciudades como Madrid, Barcelona, Valencia,

<sup>11</sup> Abel Paz, *Op. cit.*, pág. 124.

Bilbao, etc., el levantamiento militar fracasó y qué, en todas partes, esta derrota fue debida a la acción de las masas, porque la inmensa mayoría de las fuerzas armadas y de las fuerzas de policía estaban del lado de los «golpistas». Este «mapa», corresponde, por lo demás, bastante exactamente a la influencia recíproca de las fuerzas de izquierdas y de derechas en el país. De esta manera, el levantamiento militar, que había sido concebido como un simple *pronunciamiento*, que apenas debía durar algunos días y que no debiera encontrarse con demasiada resistencia, tropezó con una serie de dificultades que no estaban previstas en los planes de los Estados Mayores. Mientras que para los grandes capitalistas y propietarios terratenientes —y para toda la cohorte de militares, clero, monárquicos, falangistas y otros partidarios de la fe, del orden y de la patria— el golpe de Estado había de ser una medida preventiva contra la revolución social que se avecinaba, en realidad, no hizo sino precipitar en todas partes su explosión. Durante los primeros meses de la guerra civil iba a desarrollarse en España una crisis revolucionaria sin precedentes. El fascismo había sido contenido, la República burguesa, cogida en la marca revolucionaria, quedó hecha añicos. Una vez más, en la historia contemporánea, las masas explotadas parecían haberse hecho dueñas de su destino.

### *El poder de los obreros en armas*<sup>12</sup>

El edificio del Estado burgués se había derrumbado en todo el país: «No queda más que el polvo del Estado, las cenizas del Estado», escribirá más tarde un jurista republicano.<sup>13</sup> En la zona controlada por los militares había sonado la hora de la violencia contrarrevolucionaria generalizada. No sólo fusilaban a los militantes de las organizaciones obreras, sino también a los obreros, por el mero hecho de serlo. No sólo fusilaban a los que habían votado por el Frente Popular, sino también a sus mujeres, a sus padres, a sus hijos.

En la «zona republicana», el gobierno no tenía ya ninguna autoridad real. Como dirá la dirigente comunista Dolores Ibarruri: «Todo el aparato del Estado quedó destruido y el poder del Estado pasó a la calle».<sup>14</sup> Dolores Ibarruri (como los demás dirigentes del PCE), lamentaba esa situación; por otra parte, los comunistas no iban a tardar mucho en dedicarse a restablecer el poder del Estado.

«Desprovisto de los órganos represivos del Estado (escribe Bolloten), el gobierno de José Giral poseía el poder nominal, pero no el poder efectivo, porque éste quedaba disperso en incontables fragmentos y desparramado en millares de ciudades y pueblos entre los comités revolucionarios que habían instituido su dominio sobre correos y telégrafos, estaciones radiodifusoras y centrales telefónicas, organizado

<sup>12</sup> Sobre los obreros, el proletariado y el «movimiento obrero», véanse las precisiones del anexo 2, pág. 211.

<sup>13</sup> Ossorio y Gallardo, *Vida y sacrificio de Companys*, pág. 190.

<sup>14</sup> Dolores Ibarruri, *Speeches and Articles* (1936-1938) (folleto de propaganda del PCE).

escuadrones de policía y tribunales, patrullas de carretera y de frontera, servicio de transportes y abastecimiento, y creado unidades de milicianos para los frentes de batalla. En resumen, el gabinete de José Giral no ejerció autoridad real en ningún lugar de España.<sup>15</sup>»

Aunque esta situación era general en toda la zona republicana, fue en Cataluña donde ese fenómeno, adquirió mayor amplitud. Esto es cierto no solo en lo que se refiere a los poderes políticos, militares y represivos, sino también en lo que se refiere a las relaciones sociales y económicas entre los hombres. Todo fue cambiado, arrastrado, transformado por la gran marea revolucionaria desencadenada, muy en contra de su voluntad, por el levantamiento militar.

En Barcelona, los obreros en armas eran los dueños de la ciudad y se dedicaron a transformar inmediatamente su fisonomía: incendiaron las iglesias (excepto la catedral, considerada como una «obra de arte»), o bien las convirtieron en escuelas, salas de reunión, mercados cubiertos, etc. Se crearon nuevos tribunales revolucionarios y se disolvieron los antiguos; por lo general, los magistrados más reaccionarios fueron ejecutados; los archivos judiciales, quemados, las puertas de las cárceles, abiertas no sólo a los presos políticos, sino también a los de derecho común. Las organizaciones obreras organizaron los Comités de abastos encargados del abastecimiento de víveres, sustituyendo casi en todas partes al comercio privado.<sup>16</sup> Otros comités, especialmente el Comité de la Escuela Nueva Unificada, formado por militantes de organizaciones obreras y universitarias, se encargaron de la educación, abriendo en pocos días 102 escuelas nuevas. Las Patrullas de Control vigilaban las calles y las carreteras. Los puestos fronterizos con Francia, al norte de Cataluña, también eran controlados por los obreros: «... algunos miembros de las milicias antifascistas montan guardia. Llevan ropa de trabajo de color azul sobre la que destacan las cartucheras. Están armados hasta los dientes con pistolas y fusiles. Detrás de una gran mesa están sentados unos obreros con la pistola al cinto, que examinan los pasaportes y las tarjetas de crédito».<sup>17</sup> Y sobre todo, las milicias obreras se encargaron de la lucha contra los militares: cuatro días después de que acabaran los combates en Barcelona, una columna de obreros armados salió, dirigidas por Durruti, a liberar Zaragoza. Marchará sobre Aragón con un Ejército de Liberación Social, aplicando el método propuesto por el anarquista italiano Malatesta: «Apoderarse de una ciudad, o de una aldea, neutralizar a todos los representantes del Estado e invitar a la población a organizarse libremente por sí misma».<sup>18</sup> No tengo la más mínima intención de ofrecer aquí una

visión idílica; eso no siempre se hizo sin conflictos ni errores, e incluso sin crímenes, pero se hizo.

Los obreros catalanes comprendieron muy pronto que la lucha se desarrollaba en dos frentes. Que el Estado, hecho añicos (tanto el Gobierno central como el catalán, relativamente autónomo), luchaba, al principio solapadamente, para que su apariencia de poder se hiciese realidad. Parece que comprendieron también muy deprisa que las fuerzas que se oponían a la transformación radical de la sociedad, que ellos mismos habían iniciado, no estaban todas en el otro campo. Por otra parte, desde los primeros días, estallaron conflictos entre el poder «turbio, tenebroso, impalpable, sin funciones precisas ni autoridad expresa» de los Comités, según el comunista Jesús Hernández<sup>19</sup> y la Generalitat. Por ejemplo, el incidente de Figueras, donde unos obreros anarquistas, después de haber vencido a los militares, fueron desarmados por la Guardia Civil. El número de «Solidaridad Obrera» del 28 de julio, que relató los hechos, terminaba con esta advertencia: «Camaradas, no os dejéis desarmar por nadie, bajo ningún pretexto».<sup>20</sup> Pero la ola revolucionaria ya era demasiado fuerte y los que querían contenerla, canalizarla o incluso romperla, estaban obligados a hacer concesiones. Los viejos cuerpos de policía fueron disueltos: aquellos de sus miembros que habían luchado junto al pueblo se incorporaron a las milicias obreras y adoptaron el «mono», que hacía las veces de uniforme.

Los trabajadores catalanes, que estaban en huelga desde el 18 de julio, iniciaron desde ese mismo instante, lo que Marx llamaba «la expropiación de los expropiadores». Empezaron a apropiarse y a autogestionar la inmensa mayoría de las empresas industriales y comerciales, así como los servicios de Cataluña. Hay que señalar que esto lo hicieron espontáneamente las masas sin orden ni consigna de ninguna organización, ni siquiera de la CNT. Esta, durante los primeros días que siguieron al levantamiento, dio prioridad absoluta a la lucha contra los militares y, en ese aspecto, fue ampliamente desbordada por sus militantes y las masas en general. El primer manifiesto de la FAI, difundido por radio el día 26 de julio, hablaba de la «hidra fascista», pero no decía una palabra de la revolución social que se estaba desarrollando. El día 28, la Federación local de sindicatos de la CNT, lanzó la orden de volver al trabajo por las necesidades de la guerra, pero sin dar la menor consigna revolucionaria. Pero los obreros no se conformaban con «volver al trabajo», es decir, con volver a ponerse a las órdenes de sus patronos. A partir del 21 de julio, es decir, al día siguiente de la victoria sobre los militares, la prensa estaba llena de relatos muy reveladores del nuevo «estado de ánimo» de los obreros; en todas partes, grupos de obreros armados procedieron a las incautaciones. Vestidos con sus monos, pañuelo rojo, o rojo y negro, al cuello, en la cabeza una boina o una gorra, con armas muy heteróclitas, entre las que predominaba el fusil Máuser, y mostrando cierto gusto por la exhibición y el espectáculo, eran verdaderamente el pueblo armado en acción. Un grupo de obreros «se presentó en las oficinas de la Compañía de Tranvías de Barcelona, incautándose de la misma y del

<sup>15</sup> Burnett Bolloten, *El gran engaño*, Caralt, Barcelona, 1975, págs. 43-44.

<sup>16</sup> Sobre estos asuntos —avituallamiento y escuela—, véase el anexo 3, pág. 212.

<sup>17</sup> M. Sterling, in «Modern Monthly» (octubre de 1936), citado por B. Bolloten, *op. cit.*, pág. 39.

<sup>18</sup> Citado por Broué y Temime, *La révolution et la guerre d'Espagne*, Editions de Minuit, pág. 43. (Hay traducción en español, Fondo de Cultura Económica, México, 1962).

<sup>19</sup> Jesús Hernández, *Negro y rojo*, pág. 97 (folleto de propaganda del PCE).

<sup>20</sup> «Solidaridad Obrera» (20 de julio de 1936).

fichero social que de los obreros tranviarios poseía la compañía, siendo quemado en mitad de la calle». <sup>21</sup> Todos los servicios y medios de comunicación y de transporte fueron incautados por los obreros catalanes por ese procedimiento. Desde el día 21 los ferroviarios se apoderaron del ferrocarril. Se constituyeron en Comités revolucionarios y organizaron la defensa de las estaciones por los mismos ferroviarios, armados con fusiles y ametralladoras. El movimiento de las incautaciones afectó a todos los sectores de la industria catalana: en Cataluña fueron incautadas el 70 % de las empresas. <sup>22</sup>

Por supuesto, este maremoto tenía que incidir en todos los aspectos de la vida. Era la «gran fiesta revolucionaria» en la que todos los lazos de sujeción, cualesquiera que fuesen, quedaban temporalmente rotos. Es muy significativo que los políticos e ideólogos no digan nada de la alegría que, durante esos días se apoderó de hombres y mujeres en la Cataluña revolucionaria. Pero, sin embargo esa felicidad, esa loca alegría (loca, también, porque el peligro fascista estaba aterradoramente presente y los cadáveres apenas habían sido enterrados) llamó poderosamente la atención a algunos testigos. F. Borkenau, a su llegada a Barcelona, contó que:

«Y entonces, al doblar la esquina de las Ramblas (la arteria principal de Barcelona), surgió una tremenda sorpresa: ante nuestros ojos, como un relámpago, se desplegó la revolución. Era algo abrumador. Como si hubiésemos desembocado en un continente diferente a cualquiera de los que nos hubiese sido dado ver con anterioridad. <sup>23</sup>»

«En todas las casas, en todas las paredes (sigue diciendo), en todas las ropas, en todos los automóviles, en los vagones de tren, en todas partes, hay inscripciones y dibujos que simbolizan la lucha contra el fascismo y la voluntad de la Revolución. Algunas veces son auténticos cuadros: los ferroviarios, sobre todo, tienen, a lo que parece; una inclinación muy marcada por la pintura. <sup>24</sup>»

Sin duda, el hecho de que los ferroviarios den rienda suelta a su «inclinación por la pintura» también era una señal de las transformaciones que se estaban produciendo. Borkenau, cuyas opiniones políticas son «moderadas», pero que cuenta lo que ve con honestidad, subraya: «En esta atmósfera de entusiasmo general no hay problemas para hablar con quien sea (...) y todos, en un minuto, son amigos de todos <sup>25</sup>». Si, en efecto, es lo que yo decía, las barreras se habían roto, el Estado estaba hecho añicos, la policía, disuelta, los patronos huían, las fábricas pertenecían a los obreros, ¡todo era posible! (eso no durará). Incluso la situación de las mujeres, que durante siglos habían estado encadenadas a la familia, al marido, a la cocina, a la procreación, atadas por tabúes religiosos y sociales, dentro de una de las

<sup>21</sup> Peirats, *Op. cit.*, t. I, pág. 164.

<sup>22</sup> Véase *infra*: «Las colectivizaciones en Cataluña», capítulo IV, pág. 91.

<sup>23</sup> Frank Borkenau, *The Spanish Cockpit*, pág. 69. (Hay traducción española: *El reñidero español*, Ruedo Ibérico, París, 1971, pág. 55.)

<sup>24</sup> *Ibid.*

<sup>25</sup> *Ibid.*

más severas y siniestras tradiciones mediterráneas, parece que había cambiado de golpe: «... las calles estaban llenas de grupos excitados compuestos de jóvenes armados —sigue hablando Borkenau— y de no pocas mujeres armadas también; estas últimas se comportaban con una despreocupación poco habitual entre las españolas cuando se muestran en público (antes de la revuelta hubiese sido inconcebible para una española presentarse en pantalones, como hacen ahora, invariablemente, las milicianas) <sup>26</sup> ». Otro tanto podría decirse sobre la juventud. Esta última, como se sabe, es la protagonista de las revoluciones. Pero en España la sujeción familiar —a pesar de la propaganda libertaria— era particularmente dura y opresiva. Los hijos debían obediencia a sus padres prácticamente hasta la muerte de estos. La jerarquía familiar —no hay que olvidar que España era entonces un país eminentemente agrícola— era casi tan rígida entre los trabajadores de «izquierdas» como entre las familias católicas y reaccionarias. Pero en las calles, en las fábricas y en el frente, los muchachos (algunos no habían cumplido todavía los dieciséis años) y las muchachas, empuñando el fusil, se desprendieron alegremente de las tradiciones seculares y del «peso muerto del pasado sobre los cerebros de los vivos». ¿A alguien le puede asombrar que las masas, en un gran movimiento espontáneo, se enfrenten a un tiempo y con la misma fuerza (aun cuando no todos sean plenamente conscientes de ello) a todas las opresiones, y a todas las estructuras jerárquicas de la sociedad, arbitrariamente divididas y separadas en esos terrenos privados e ilusorios a los que llamamos lo «político», lo «económico», lo «social», lo «familiar», y, por qué no, lo «cultural»?

George Orwell llegó a Barcelona en diciembre de 1936. En su excelente libro *Homenaje a Cataluña*, cuenta la extraña impresión que le produjo esa ciudad. Sin embargo, sabía (porque no paraban de decírselo) que, desde julio, las cosas habían empeorado mucho:

«Los anarquistas aún dominaban virtualmente Cataluña y la revolución se encontraba en su apogeo. (...) Era la primera vez que estaba en una ciudad en la que la clase obrera ocupaba el poder. Casi todos los edificios de cierta importancia habían sido ocupados por los obreros, y sus fachadas estaban cubiertas con banderas rojas o con la bandera roja y negra de los anarquistas; en todas las paredes se veían la hoz y el martillo, y al lado, las iniciales de los partidos revolucionarios; casi todas las iglesias habían sido saqueadas y las imágenes quemadas y algunas de ellas estaban siendo sistemáticamente demolidas por cuadrillas de obreros. Todas las tiendas y cafés exhibían un letrero en el que se decía que habían sido colectivizados; hasta los limpiabotas habían sido colectivizados y sus cajas pintadas de rojo y negro (...) Las expresiones serviles o simplemente respetuosas habían desaparecido temporalmente. Nadie decía señor o don, ni siquiera usted; todo el mundo trataba a los demás de «camarada» y de «tú» (...) No había coches particulares, todos habían sido requisados, y todos los tranvías y

<sup>26</sup> *Ibid.*

taxis y la mayoría de los demás transportes públicos, estaban pintados de rojo y negro (...) A lo largo de las Ramblas, la amplia arteria central de la ciudad, donde riadas humanas subían y bajaban sin cesar, los altavoces atronaban el aire con canciones revolucionarias durante todo el día y hasta bien entrada la noche. Pero lo más sorprendente de todo era el aspecto del gentío. A juzgar por su exterior, era una ciudad en la que las clases adineradas habían dejado de existir. Exceptuando a un reducido número de mujeres y de extranjeros, no se veía a gente "bien vestida". Casi todo el mundo llevaba ropas muy sencillas, propias de la clase trabajadora, o monos azules o alguna variante del uniforme de los milicianos. Todo aquello resultaba extraño e impresionante. (...) Por encima de todo, se creía en la revolución y en el futuro, se tenía la sensación de haber entrado súbitamente en una era de igualdad y de libertad. Los seres humanos trataban de comportarse como seres humanos y no como engranajes de la máquina capitalista.<sup>27</sup>»

(Tampoco Orwell tardó mucho en desengañarse.)

También contaba que las organizaciones obreras habían requisado muchas casas, pero además hay que añadir que durante varios meses (la duración depende de las ciudades) nadie pagó el alquiler de la casa, realizando así en la práctica, la gratuidad del alojamiento... También se devolvieron *sin reembolso* todos los objetos de primera necesidad empeñados en los Montes de Piedad y no es difícil imaginarse lo que eso representaba para una población que, casi siempre, estaba en la miseria. Se organizó una lucha contra la indigencia y la mendicidad, que tan importante había sido en Barcelona antes de la Revolución:

«El sindicato de hostelería daba de comer a mediodía y por la noche a todos los pobres. Para ser admitido, hacía falta, en principio, una autorización de un comité o de una organización, pero ¡no somos unos burócratas! se daba de comer incluso, a los que no presentaban ningún papel. Estas comidas se distribuían en muchos hoteles, incluso en el Ritz.<sup>28</sup>»

Como observa muy acertadamente Noam Chomsky: «Durante los meses que siguieron a la insurrección de Franco, se desarrolló en España una revolución social sin precedentes. Obedeciendo a un movimiento espontáneo, independiente de toda "vanguardia revolucionaria", las masas trabajadoras, en ciudades y campos, se dedicaron a realizar la transformación radical de las condiciones sociales y económicas: la empresa reveló ser un gran éxito, hasta el momento en que fue aniquilada por las armas<sup>29</sup>».

<sup>27</sup> George Orwell *Homenaje a Cataluña*, Ediciones Ariel, Barcelona, 1970, págs. 40-42.

<sup>28</sup> *Ibid.*

<sup>29</sup> Noam Chomsky, *L'Amérique et ses nouveaux mandarins*, Ed. du Seuil, pág. 257. (Traducción al castellano in «Cuadernos de Ruedo Ibérico», Suplemento 1974.)

## El estado hecho añicos

«No fue una revolución contra una forma determinada de poder estatal, legitimista, constitucional, republicano o imperial. Fue una revolución contra el propio Estado, ese engendro sobrenatural de la sociedad; fue la recuperación, para el pueblo y por el pueblo, de su propia vida social.»

Karl MARX, *La guerra civil en Francia*.

### *La Generalitat y el poder de los obreros en armas*

Cataluña fue la primera región donde se venció a los militares y fue también ahí donde el «poder obrero» se asentó con más fuerza. Jaime Miravittles, uno de los líderes de la *Esquerra*, el partido de los republicanos de la izquierda catalanista, escribió:

«El martes 21 por la noche, en Barcelona, la situación era realmente trágica. El ejército había dejado de existir. Los órganos de la Generalitat se habían mezclado totalmente con el pueblo en lucha.<sup>30</sup>»

En efecto, las fuerzas de policía, y los soldados que permanecían «leales», se incorporaron totalmente a las milicias obreras. Aunque el Gobierno de Madrid proclamó que el levantamiento había sido vencido en Barcelona gracias a la «lealtad» de los Guardias Civiles y de los Guardias de Asalto, Companys, por su parte, sabía a qué atenerse. Felicito a «las fuerzas que, con valentía, con heroísmo, han luchado por la legalidad republicana y por la autoridad civil», pero sabía muy bien que esas fuerzas, las del proletariado catalán, en realidad, lo que habían hecho era despojar de toda efectividad a esa legalidad y a esa autoridad. Por ello, el 20 de julio, apenas concluida la batalla de Barcelona, convocó en la Generalitat a los dirigentes anarquistas, Juan García Oliver, que formaba parte de la delegación anarquista, ha narrado la entrevista:

«La ceremonia de presentación fue breve. Nos sentamos cada uno de nosotros con el fusil entre las piernas. En sustancia, lo que nos dijo Companys fue lo siguiente:

—Ante todo, he de decirlos que la CNT y la FAI no han sido nunca tratadas como se merecían por su verdadera importancia. Siempre habéis sido perseguidos duramente, y yo, con mucho dolor, pero forzado por las realidades políticas, que antes estuve con vosotros,<sup>31</sup> después me he visto obligado a enfrentarme y perseguirlos.

<sup>30</sup> «Vu» (29 de agosto de 1936), citado por A. y D. Prudhommeaux, *La Catalogne Libertaire 1936-1937*. Ed. Cahiers Spartacus.

<sup>31</sup> Luis Companys había defendido muchas veces, como abogado, a militantes anarquistas detenidos durante el agitado período de 1917-1923 en Barcelona,

Hoy sois los dueños de la ciudad y de Cataluña porque sólo vosotros habéis vencido a los militares fascistas, y espero que no os sabrá mal que en este momento os recuerde que no os ha faltado la ayuda de los pocos o muchos hombres leales de mi partido y de los guardias y mozos de escuadra (...) Pero la verdad es que, perseguidos duramente hasta anteaer, hoy habéis vencido a los militares y fascistas. No puedo, pues, sabiendo cómo y quiénes sois, emplear un lenguaje que no sea de gran sinceridad. Habéis vencido y todo está en vuestro poder; si no me necesitáis o no me queréis como presidente de Cataluña, decídmelo ahora, que yo pasaré a ser un soldado más en la lucha contra el fascismo. Si, por el contrario, creéis que en este puesto, que sólo muerto hubiese dejado ante el fascismo triunfante, puedo, con los hombres de mi partido, mi nombre y mi prestigio, ser útil en esta lucha, que si bien termina hoy en la ciudad, no sabemos cuándo y cómo terminará en el resto de España, podéis contar conmigo y con mi lealtad de hombre y de político que está convencido de que hoy muere todo un pasado de bochorno, y que desea sinceramente que Cataluña marche a la cabeza de los países más adelantados en materia social.<sup>32</sup>»

A estas palabras, tal vez sinceras pero, en cualquier caso, hábiles, los delegados anarquistas hubieran podido responder que no se trataba de él y que estaban totalmente dispuestos a olvidar las quejas que pudieran tener en contra suya, pero que, para «acabar de una vez por todas con ese bochornoso pasado», había que transformar radicalmente la sociedad, destruir todas sus estructuras jerárquicas y que la Generalitat ya no era sino un edificio vacío, que pertenecía a ese pasado muerto y que, ahora, las propias masas eran las que tenían que decidir las formas y modalidades de su propio gobierno, la autogestión de la economía catalana por los trabajadores y las formas y modalidades de su nueva vida. Sin olvidar ni un solo instante la necesidad de aplastar el fascismo en toda la Península. Lo que había que hacer, por lo tanto, era ceder la palabra a las masas, para que ellas decidiesen, en vez de decidir una vez más por ellas, mediante conciliábulos «en la cumbre» más o menos confidenciales. Ese debía ser el primer paso hacia esa transformación que a todo el mundo le parecía necesaria.

Pero no fueron estas palabras (muy anarquistas, sin embargo) las que pronunciaron los dirigentes de la CNT y de la FAI ese día a Companys. García Oliver observa que en ese momento «Companys hablaba con evidente sinceridad». Es muy posible, pero lo cierto es que era ése el único lenguaje que podía utilizar si quería que los anarquistas le hicieran concesiones. Si en esa ocasión Companys hubiera querido imponer su voluntad y exigirles una estricta disciplina hacia el Estado catalán —o sea, si

les hubiera hablado con el lenguaje de un gobierno que gobierna— sin duda se hubieran enfrentado con él y los anarquistas eran lo bastante fuertes como para «tomar todo el poder». Estaba obligado, por lo tanto, a apelar a sus sentimientos y a la unidad antifascista, reconocer su importancia, adularles, y ganar tiempo, andar con rodeos, evitar el enfrentamiento. Sorprendidos, según parece, por ese «gesto sublime de dignidad y de comprensión» (García Oliver) los anarquistas aceptaron «llevar por un nuevo camino» a la Generalitat y a su Presidente.

Una vez obtenida su aceptación, Companys se dirigió rápidamente al objeto esencial de la entrevista: las combinaciones políticas. Anunció a los delegados de la CNT-FAI que «en el salón de al lado, esperaban los representantes de todos los sectores antifascistas de Cataluña y que si nosotros accedíamos a que, como Presidente de la Generalitat nos llevase junto a ellos, haría una propuesta para dotar a Cataluña de un órgano nuevo para continuar la lucha revolucionaria hasta alcanzar la victoria<sup>33</sup>».

Los representantes de la CNT-FAI se reunieron en el salón contiguo con los de la *Esquerra*, los *Rabassaires*, la Unión Republicana, el POUM, y el PSUC (comunistas). Conmovedora reunión ésta de unidad antifascista, teniendo en cuenta que no faltaba mucho para que apareciesen los conflictos latentes que culminarían en el sangriento enfrentamiento de mayo de 1937.

«Companys nos explicó (cuenta García Oliver) que convenía formar un Comité de Milicias cuyo fin fuese el de orientar toda la vida de Cataluña, profundamente trastornada por el levantamiento fascista y que intentase organizar las fuerzas armadas para luchar contra los fascistas ahí donde se presentasen, porque en ese momento de confusión nacional se desconocía todavía la situación de las fuerzas existentes.<sup>34</sup>»

Pero los delegados de la CNT-FAI querían consultar primero con su organización (cabría preguntarse por qué decidieron «llevar por un nuevo camino» a la Generalitat sin consultar con nadie...). Un «pleno del Comité Regional» tuvo lugar aquella misma noche en la «Casa de Cambó» que había sido ocupada por los militantes del Sindicato de la Construcción. García Oliver fue quien expuso la propuesta de Companys sobre el Comité Central de Milicias. Para él la situación les planteaba el dilema siguiente: había que escoger «entre el comunismo libertario, que significaba la dictadura anarquista y la democracia, que significaba la colaboración». Extraña pero significativa manera de plantear el problema: contrariamente a todas las ideas expresadas en toneladas de artículos y de discursos, el comunismo libertario, a la hora de la verdad, se convierte en una dictadura «anarquista», ¡y la CNT-FAI en unas organizaciones *políticas* que, según esta hipótesis, habían ejercido completamente solas el *poder*! Como perfecto revés de la medalla, la colaboración con las demás tendencias políticas, las autoridades republicanas burguesas de Cataluña, etc., era... la democracia. No parece que nadie se haya levantado para defender las otras formas de democracia posibles en ese momento, unos consejos de delegados elegidos y

---

donde se sucedían huelgas, tiroteos y atentados. Posteriormente, cuando se hubo convertido en el jefe de la *Esquerra* a la muerte de Macià— y después en el Presidente de la Generalitat, se opuso políticamente —y muchas veces encarceló— a esos mismos militantes a los que en otros tiempos defendiera.

<sup>32</sup> *Dans la tourmente. Un an de guerre en Espagne*, París, 1938 (folleto de propaganda de la AIT).

<sup>33</sup> *Ibid.*

<sup>34</sup> *Ibid.*

revocables, una nueva Comuna, en definitiva. El dilema de García Oliver era un falso dilema, pero significativo de la mentalidad de los dirigentes anarquistas, como demostraron hasta la evidencia los acontecimientos futuros. El Comité Regional CNT-FAI secundó los rebuscados argumentos de García Oliver y proclamó: «Nada de comunismo libertario. Primero hay que aplastar al enemigo dondequiera que esté».<sup>35</sup> Nadie se molestó en demostrar que hubiese en ello contradicción alguna.

De esta manera se decidió la formación del Comité Central de Milicias Antifascistas de Cataluña. El PSUC y el POUM tuvieron cada uno un representante; la FAI, dos (Santillán y Aurelio Fernández), la CNT, tres (García Oliver, Asens y Marcos Alcón, al haberse marchado Durruti al frente de Aragón) y la UGT, también tres representantes, cosa que resultaba desproporcionada en relación con su influencia real. Pero parece como si la CNT-FAI, que abogó por la representación de la UGT, hubiese querido favorecer a los sindicatos en «detrimento» de los partidos, lo que era absurdo, porque fueron los estalinistas («hombres de partido» si los hay) quienes monopolizaron, desde un principio, la representación de la UGT. También había un representante de la Unión de Rabassaires y cuatro de los partidos republicanos (*Esquerra* y Acción Catalana Republicana). La Generalitat estaba representada en el Comité de Milicias por un comisario delegado y, además, ella era quien nombraba al comandante militar.

#### **Organizaciones antifascistas representadas en el comité de milicias**

##### *El Partido Socialista Unificado de Cataluña (PSUC):*

En julio de 1936 el movimiento comunista en España era muy débil en conjunto. Apenas contaba con 30.000 miembros, lo que es irrisorio en relación con la corriente socialista o con la anarquista.

En Cataluña, desde principios de 1936, se estaba preparando la fusión de dos pequeñas organizaciones socialistas que se sentían atraídas por el estalinismo, y la Federación Catalana del Partido Socialista, dirigida por Rafael Vidiella que había roto con el Partido Socialista Obrero Español (PSOE). Las dos pequeñas organizaciones eran el Partido Proletario Catalán (escisión de la Esquerra) y la Unión Socialista de Cataluña (impregnada de nacionalismo) cuyo secretario era Juan Comorera. Las negociaciones condujeron, el 24 de julio de 1936, a la formación del Partido Socialista Unificado de Cataluña (PSUC), dirigido por el mismo Comorera, de quien Borkenau dijo que representaba «una actitud política que puede compararse a la de la extrema derecha de la socialdemocracia alemana. Siempre había contemplado la lucha contra los anarquistas como el principal objetivo de la política socialista en España»<sup>36</sup>. El PSUC se adhirió a la Internacional Comunista y le destinaron un delegado que, con el nombre de «Pedro» (que era el seudónimo de Gëroe, el conocido estalinista húngaro) dirigió de hecho toda la actividad del Partido. La dirigente comunista Dolores Ibarruri, define así la política del PSUC durante los primeros días de la revolución:

<sup>35</sup> «Solidaridad Obrera» (21 de julio de 1937).

<sup>36</sup> Frank Borkenau, *Op. cit.* (pág. 146 de la edición española).

«Desde el principio desarrolló una actividad extremadamente intensa, tanto contra los rebeldes como contra los poumistas y los anarquistas que se habían impuesto por el terror al Gobierno de la Generalitat; que se habían apoderado de casi todas las armas de la guarnición de Cataluña, así como de las fábricas; que eran los amos de la calle e iban por el campo desencadenando una ola de terror y de violencia que paralizaba a los campesinos».<sup>37</sup>

A pesar del origen social-demócrata de los dirigentes del nuevo partido y de su nombre, en realidad no tuvo ninguna autonomía ante las «instancias nacionales». El PSUC, aunque halagaba los sentimientos nacionalistas de la pequeña burguesía catalana (que era su principal clientela), sólo fue una federación del PC como los demás y como los demás estuvo sometida al Buró Político y, por supuesto, a la IC.

##### *El Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM):*

Los estalinistas odiaban al POUM porque había sido fundado esencialmente por comunistas disidentes, por «renegados» entre los que figuraban algunos de los Militantes más conocidos del comunismo español, como Andrés Nin, Juan Andrade, Joaquín Maurín, etc.

Los estalinistas calificaban al POUM de trotskista (o más bien de «trotskofascista») definición que ha sido muy utilizada por los periodistas e historiadores «liberales» hasta Hugh Thomas. En realidad, aunque Andrés Nin, antiguo secretario de la Internacional Sindical Roja, Juan Andrade y otros futuros líderes del POUM, abandonaron el PC para fundar la «Izquierda Comunista» basándose en las tesis de la oposición trotskista, no obstante, rompieron con Trotsky cuando éste les ordenó hacer «entrismo» en el Partido Socialista para formar en su seno un ala revolucionaria. En lugar de obedecerle decidieron fusionarse con el Bloque Obrero y Campesino, dirigido por Joaquín Marín (antigua federación catalana del PC que había roto con éste durante el predominio de la línea «ultraizquierdista» de la IC, sobre todo porque no estaba de acuerdo en la cuestión de los «sindicatos rojos» y en el problema nacional catalán). El Partido Comunista Catalán, dirigido por Jordi Arquero (que siempre se había mantenido independiente del PC español, fundamentalmente por catalanismo) se unió a ambos movimientos para fundar el POUM, a principios del año 1936. No obstante, el POUM mantuvo sobre determinados problemas (especialmente en la crítica al estalinismo) una postura muy cercana a la de Trotsky, pero también a la de un Marceau-Pivert, por ejemplo.

El POUM estaba implantado en Cataluña casi exclusivamente. En julio de 1936, contaba con unos 3.000 miembros, pero mejoró en los meses siguientes, llegando a alcanzar una considerable influencia en algunas ciudades catalanas, como Gerona, Tarragona y, sobre todo, Lérida. Cuando

<sup>37</sup> Dolores Ibarruri. *El único camino*, Ed. en Lenguas Extranjeras, Moscú, pág. 532.

empezó la revolución, la dirección del POUM fue, sin duda, la que tomó la postura más radical respecto al movimiento de masas:

«Los obreros, campesinos y marineros no luchan para defender a la vieja República burguesa que nada les ha dado, sino para establecer el régimen futuro: la República de los trabajadores. Esto, ellos lo saben, a pesar de la propaganda de los partidos del Frente Popular, que pretenden que las milicias obreras defiendan la constitución actual. Si, en Madrid, la clase obrera, conducida por el Partido Socialista, la UGT y los comunistas oficiales, todavía sigue las directrices del Frente Popular, en Barcelona, en cambio, el gobierno de la Generalitat ya no es más que una fachada oficial, sin ningún poder (...) Por lo tanto, en Cataluña no existe eso que se llama "dualidad de poder", la clase obrera controla toda la sociedad. A través de los sindicatos, el proletariado garantiza la gestión de todos los servicios públicos y de muchas empresas privadas. El clero y los reaccionarios están siendo expropiados, las casas de los ricos y los conventos, transformados en centros de educación o en sanatorios. Se están formando comités en las empresas y en los pueblos, entre los marineros y en las tropas republicanas. Nuestro POUM, que hace todo lo que puede para crear otros nuevos y ligarlos entre sí, ve, en esos comités, la base misma de la República obrera y campesina en gestación.<sup>38</sup>»

Desgraciadamente, a pesar de estas hermosas palabras, el POUM no iba a luchar por esa autonomía obrera, por esos «comités de base» de los que se hace aquí portavoz, todo lo contrario, intentará siempre —en la medida de lo posible— sacrificarlos en aras de unos ilusorios «acuerdos en la cumbre» entre burocracias. Si, Trotsky y sus partidarios (Felix Morrow y luego Pierre Broué) condenaron al POUM porque no era suficientemente leninista, toda la historia del viejo movimiento revolucionario con sus falsas victorias o mejor dicho sus fracasos desde la Revolución rusa hasta la Revolución catalana, le condenaron por haberlo sido demasiado.

\* \* \*

El Partido Socialista, tan fuerte en otras regiones de España no existía en Cataluña. La federación catalana del PSOE había participado en la fundación del PSUC, como acabamos de ver. Una de las razones de la escasa influencia del PSOE en la Cataluña industrial, posiblemente haya sido su centralismo jacobino que contrastaba con los sentimientos nacionales de los socialistas catalanes. De cualquier manera, en Cataluña se produjo ese fenómeno curioso por el cual todas las tendencias socialistas acabaron integrándose, ya sea en el PSUC, ya sea en el POUM y convirtiéndose, al menos oficialmente, o en comunistas estalinistas dentro del primero o en anti-estalinistas dentro del segundo.

Los miembros del POUM y del PSUC lucharon durante algún tiempo por controlar la raquíca UGT catalana (la hegemonía de la CNT era aplastante). Pero muy pronto, el PSUC acabó controlándola y convirtiéndola a

dicho sindicato en el refugio de los pequeño-burgueses, asustados por la revolución y a quienes el POUM, lógicamente, les parecía demasiado extremista.

*La Confederación Nacional del Trabajo (CNT) y la Federación Anarquista Ibérica (FAI):*

La CNT, heredera de los movimientos bakuninistas de la Primera Internacional, fue fundada en Barcelona los días 30 y 31 de octubre y 1 de noviembre de 1910, por grupos libertarios, principalmente catalanes, y celebró su primer congreso ordinario, también en Barcelona, en septiembre de 1911: «Con más de treinta mil afiliados, organizó una huelga general nacional para protestar contra la guerra de Marruecos; el gobierno reaccionó poniéndola fuera de la ley, después de una cruel represión. En represalia, Manuel Pardiñas mató al Primer Ministro José Canalejas (noviembre de 1912) y otro anarquista intentó asesinar a Alfonso III (abril de 1913).<sup>39</sup>» Como comienzo no está mal...

Se puede decir que la CNT es una organización que no tiene equivalente en el movimiento obrero internacional, porque es la única organización anarquista de masas del siglo XX. Abiertamente anarquista y anarcosindicalista, muy pronto tuvo —según los años— entre 500.000 y más de un millón de afiliados, en julio de 1936, pero en 1938 rebasó los dos millones y medio. La CNT era, al mismo tiempo, un sindicato en el sentido tradicional (que organizaba huelgas reivindicativas y salariales, por ejemplo) y una organización revolucionaria (que organizaba huelgas de insurrección, atentados, expropiación de bancos, etc.); tenía una prensa abundante, que además era muy leída, editoriales populares, círculos culturales, cursos nocturnos para trabajadores, etc. Cualquier militante de la CNT podía desarrollar cualquier tipo de actividad social, cultural, sindical o «política» dentro de la misma organización. La única cosa que estaba obligado a hacer fuera de ella era recibir un salario, porque en la CNT *no había puestos remunerados*, excepto el de secretario general (y esto tampoco tiene equivalente).

En 1927, bajo la dictadura de Primo de Rivera, en una playa de Levante (durante una reunión clandestina disfrazada de excursión), un grupo de anarquistas españoles y portugueses fundaron la FAI. Su objetivo era el de difundir y defender la pureza teórica anarquista en los sindicatos de la CNT, mientras que estos últimos debían organizar a los trabajadores para que se hicieran cargo de la gestión de la sociedad. Se ha hablado mucho de la «dictadura» ejercida por la FAI sobre la CNT, pero aunque las opiniones, todavía hoy, difieren entre sí, no me parece acertado hablar de dictadura. Ciertamente, la ambigüedad de las relaciones entre la organización «pura y dura» (por no decir de «vanguardia») y la organización de masas, planteó problemas y creó conflictos (y siempre los planteará, mientras existan ese tipo de relaciones), pero nunca se podrán comparar con las relaciones

<sup>39</sup> César M. Lorenzo, *Les anarchistes espagnols et le pauvoir*, Ed. du Seuil, pág. 45. (En castellano. Ed. Ruedo Ibérico, París.)

<sup>38</sup> «La Révolution espagnole», nº 1 (septiembre de 1936).

«normales» de dependencia del sindicato con el partido (por ejemplo, en España, ahora, las relaciones PCE-CC.OO.). La FAI, aunque tuviese comités peninsulares y regionales, en realidad constituía una federación de grupos autónomos, formados casi siempre espontáneamente por decisión de un puñado de anarquistas que se organizaban como grupo de la FAI. El más famoso, sin duda alguna, fue el de Durruti, los hermanos Ascaso, García Oliver, Jover, etc., que se llamaba «Los Solidarios». El hecho de que bastantes líderes influyentes de la CNT fuesen miembros de la FAI, ha contribuido a que naciese la leyenda de la dictadura de esta última. Pero si hubo influencia, fue reciproca y, durante la revolución del 36, la FAI y la CNT, estrechamente unidas desde el principio (sus siglas aparecían siempre juntas), acabaron por fundirse prácticamente en un mismo movimiento, lo que no excluyó, por supuesto, ni las rivalidades, ni las tendencias.

La violencia de las luchas sociales bajo la Monarquía, bajo la Dictadura de Primo de Rivera e incluso bajo la República, los largos períodos de clandestinidad, los continuos enfrentamientos armados con la policía y el ejército, con los matones del «sindicato libre», creado por los patronos catalanes alrededor de los años veinte y, seguidamente, con los falangistas, han marcado profundamente el espíritu de estas organizaciones. Por ello, al lado de cada Comité regional de la CNT, existía un Comité de Defensa clandestino. Ese Comité de Defensa era responsable de la acción directa y tenía que estar dispuesto a sustituir al Comité regional, en el caso de que se le detuviera —cosa que ocurría con frecuencia—. En muchos casos, el Comité de Defensa estaba formado por miembros de la FAI (pero no exclusivamente, ni siempre). De esta manera, la FAI de «guardián de la doctrina» pasó a convertirse en el «brazo armado» de la CNT, sin que por ello abandonara las tareas doctrinales publicaba sus propias revistas teóricas —como «Tierra y Libertad»— folletos y libros, organizaba conferencias, etc.

La CNT también era, por supuesto, una organización descentralizada: las federaciones regionales gozaban de gran autonomía ante el Comité Nacional. Al igual que en otras organizaciones, la instancia suprema se constituía, en principio, mediante los Congresos. El Secretario nacional podía ser reelegido varias veces para el mismo puesto, pero esto no era muy frecuente porque preferían renovar lo más a menudo posible los puestos directivos. Otra particularidad no escrita, pero muy importante de la CNT, era el prestigio de que gozaban algunos líderes llamados «naturales», tuviesen o no responsabilidades en la organización. García Oliver, por ejemplo, que nunca fue Secretario nacional de la CNT, era mucho más oído y seguido que muchos Secretarios nacionales. Con Durruti ocurría lo mismo, lo que le «valió» el «beneficio» después de su muerte de un verdadero culto a la personalidad. Algunos de esos líderes «naturales» eran miembros de la FAI, pero no todos.

Precisamente fueron estas organizaciones descentralizadas y antiburocráticas, las que, al entrar en contacto con la realidad revolucionaria y con las importantes responsabilidades públicas (sobre todo en Cataluña) reprodujeron con una rapidez increíble el fenómeno burocrático: la casta de los dirigentes, en todos los aspectos, al «desenraizarse», no sólo dio la

espalda a los principios libertarios, sino —lo que es más grave— a la *acción* revolucionaria de las masas, buscando en todas partes y siempre el compromiso, cuando estuvieron representadas en los gobiernos (en el catalán y en el central), y buscando siempre volver a ellos cuando no lo estuvieron.<sup>40</sup>

#### *Las organizaciones republicanas catalanistas:*

«La “Esquerra catalana” era un partido de masas, nacido en abril de 1931, de la fusión de diferentes partidos y agrupaciones republicanas de Cataluña: se apoyaba en el poderoso movimiento sindical campesino, la “Unión de Rabassaires”. Su inspirador y animador, Luis Companys, ligado en otro tiempo a Salvador Seguí<sup>41</sup> había sido durante largo tiempo abogado de la CNT.<sup>42</sup>» Estaríamos bastante de acuerdo con Broué y Temime, autores de estas líneas, si se matizara el carácter de «masa» de la Esquerra. En realidad, los Rabassaires (aparceros), movimiento campesino republicano y catalanista, constituían el principal apoyo popular a la Esquerra. Por lo demás, durante todos los acontecimientos revolucionarios de Cataluña, la acción de la Esquerra se hizo sentir casi únicamente a través de la Generalitat, y de los demás órganos gubernativos y municipales catalanes. Es verdad que durante los años que precedieron a la insurrección militar tuvieron algún apoyo popular debido a sus posturas autonomistas y a sus logros en ese sentido. Luis Companys, Presidente electo de la Generalitat y de la Esquerra, aparecía como el apóstol de la autonomía catalanista. Ese partido, que, como veremos luchó eficazmente por la legalidad y la restauración del poder del Estado, tenía tendencias reformistas en el plano social.

En cuanto al papel de la Acción Catalana Republicana, que era un partido pequeño, parece que ha sido puramente decorativo: sólo aparece en las combinaciones políticas del tipo Frente Popular, así como a raíz de la creación del Comité de Milicias. Fuera de esto no se encuentra en ningún sitio su huella durante los acontecimientos revolucionarios de Cataluña, ni en el frente, ni en la retaguardia.

#### *Ambigüedad del Comité Central de Milicias.*

Durante su breve existencia —del 23 de julio al 3 de octubre de 1936— el Comité Central de Milicias sería a la vez un apéndice importante de la Generalitat y una especie de comité de coordinación entre los Estados Mayores de las organizaciones antifascistas. Su creación se había hecho

<sup>40</sup> Sobre la historia de la CNT, véase el anexo 4, página 213.

<sup>41</sup> Salvador Seguí fue un militante anarcosindicalista muy conocido en Cataluña a principios de siglo. Pintor de obra, nació en Lérida (Cataluña), en 1890 y fue asesinado en marzo de 1923 por los pistoleros del Sindicato Libre, organización «amarilla» creada por los patronos catalanes. Fue vengado por Francisco Ascaso en el más puro estilo *western*.

<sup>42</sup> Broué y Temime, *Op. Cit.*, pág. 36.



necesaria —como lo reveló implícitamente Companys— por el carácter y la fuerza de la CNT-FAI.

Los anarquistas eran los que habían hecho casi todo en Cataluña para acabar con la insurrección militar y también quienes tenían casi todo el «poder». Era peligroso dejarlos solos. De un modo u otro, había que ligarles a las responsabilidades del poder político e imponerles la unidad antifascista, cosa que por otra parte aceptaron. Pero como su carácter antiestatal les impedía —durante algunas semanas— formar parte de ningún gobierno, la solución ambigua y transitoria del Comité de Milicias era al principio la única que, al tiempo que respetaba sus principios, les ligaba en realidad a las responsabilidades del poder gubernamental. En los momentos revolucionarios, el Poder está siempre obligado a disimularse tras los oropeles «obreros».

Durante las primeras semanas, los poderes del Comité, fueron amplios y la Generalitat se limitó a aprobar sus decisiones (*la cola aquí era más grande que la cabeza*). Posteriormente, ambos órganos de gobierno, que querían, cada uno por su cuenta, representar a todas las organizaciones antifascistas y cuyas funciones se confundían en la práctica, se estorbaron mutuamente. Uno de los dos sobraba. Por eso, cuando la CNT-FAI dejó de lado sus famosos principios antiestatales, para formar parte del Gobierno, el Comité de Milicias, transfiriendo todas sus prerrogativas a la Generalitat, se disolvió el 3 de octubre. El 26 de septiembre de 1936, los anarquistas entraban en el Consejo de la Generalitat y el 4 de noviembre en el Gobierno Central.

Aunque no todo el mundo está de acuerdo con el relato de García Oliver sobre el origen del Comité Central de Milicias (algunos, en efecto, declaran que la idea era de los anarquistas y que Companys la aceptó y la apoyó), es, por supuesto, sobre el papel y el carácter de dicho Comité donde las divergencias se hacen más profundas. El PC español, en su historia de la guerra civil, jugosísima tentativa hagiográfica, ve en la creación de ese comité, la influencia tenebrosa y dictatorial de los anarquistas sobre Cataluña:

«De pronto, entró en el salón (el famoso salón donde los representantes de las restantes organizaciones esperaban la solución de las discusiones CNT-FAI con Companys [C.S.M.]), un grupo importante de dirigentes anarquistas: García Oliver, Durruti, Vázquez, Santillán, Eroles, Portelas, con correajes y pistolas y algunos con fusiles. Venían a presentar un verdadero ultimátum (...). Por mediación de García Oliver, los anarquistas exigieron la creación de un Comité Central de Milicias de Cataluña, lo que equivalía a tomar todo el poder. Su papel sería el de «dirigir la revolución», «limpiar» la retaguardia y «organizar el envío de milicias a Aragón». Todos los partidos burgueses se «desinflaron» y los representantes de la UGT y del PSUC (que oficialmente no había de constituirse hasta el 24 de julio, pero que, de

hecho, existía desde hacía varias semanas. [C.S.-M.]), prácticamente aislados, no podían hacer gran cosa.<sup>43</sup>»

La composición del Comité —que he dado más arriba— desmiente ese «abuso de autoridad» y esa «toma del poder» de los anarquistas. El minúsculo PSUC tenía 4 representantes, tres con la etiqueta de la UGT, mientras que la CNT-FAI, con una aplastante mayoría en Cataluña, tenía cinco. Hay que señalar que, desde ese momento y muy a menudo en el futuro, los dirigentes de la CNT-FAI, que consideraban al POUM, y al PSUC como unos «marxistas autoritarios», cuyas peleas de familia les interesaban muy poco, por oportunismo dieron preferencia a los estalinistas. Todo el mundo sabía, en efecto, que los representantes de la UGT eran dirigentes del PSUC, en gestación, pero tanto en este caso preciso, como en otros más adelante, la CNT-FAI insistió para que los estalinistas tuviesen cuatro delegados mientras que el POUM sólo tenía uno. Esto parece aberrante, incluso desde el punto de vista de las combinaciones políticas, porque a pesar de todas las divergencias, el POUM estaba mucho más cerca de la CNT-FAI que los estalinistas.

Para Companys y sus amigos de la *Esquerra*, el Comité de Milicias era un mal menor, un organismo de transición que podía garantizar una apariencia de orden, organizar el envío de las milicias al frente y, también, un compromiso político de unidad de las fuerzas antifascistas. Los burgueses republicanos, cuyo objetivo consistía en restaurar el antiguo poder legal, la Generalitat y los Consejos municipales en detrimento de los Comités obreros revolucionarios, siempre confiaron en su carácter transitorio.

En pleno delirio de identificación con la revolución rusa, los trotskistas vieron en ese Comité de Milicias «al gobierno obrero de la revolución obrera» a cuyo alrededor, según Felix Morrow, «se habían formado incontables comités de fábrica, de barrio, etc.<sup>44</sup>». En realidad el Comité de Milicias fue creado al margen y por encima de los innumerables comités, formados casi siempre de una manera espontánea por la masa revolucionaria. Los Estados Mayores de las organizaciones políticas y sindicales fueron quienes, por sí mismos y sin ningún control ni participación de los comités obreros, eligieron a los miembros del Comité de Milicias. En este punto hay que señalar, sin perjuicio de volver a hablar de ello, que nunca nadie eligió a los miembros del Comité de Milicias, así como nunca nadie eligió a los futuros ministros (o *consellers*, como se les llamaba) de la Generalitat; todos ellos fueron *designados* a dedo por los Estados Mayores de las organizaciones políticas, proporcionalmente... a sus relaciones de fuerza y a sus combinaciones. No era la democracia obrera, sino más bien la dictadura de los Estados Mayores de las organizaciones obreras...

<sup>43</sup> *Guerra y Revolución en España, 1936-1939* (obra redactada por un colectivo del PC español, bajo la presidencia de Dolores Ibarruri, Ed. Progreso, Moscú), t. II, páginas 8 y 9.

<sup>44</sup> Felix Morrow, *Revolution and Counter - Revolution in Spain*, Pioneer Publishers, New York, 1938, pág. 63.

Para los dirigentes de la CNT-FAI, el Comité de Milicias constituía el poder real, la Generalitat, para ellos, era sólo un pseudo-gobierno fantoche destinado únicamente a no asustar a las democracias occidentales. Este era el único motivo de que continuase. Se trataba, por supuesto, de un poder *unitario*, según la línea adoptada por las instancias directivas de los anarquistas catalanes. He aquí cómo Abad de Santillán habla del papel del Comité de Milicias:

«El Comité de Milicias fue reconocido como el único poder efectivo de Cataluña. El Gobierno de la Generalitat siguió existiendo y mereciendo nuestro respeto, pero el pueblo no obedecía más que al poder que se había constituido por virtud de la victoria y de la revolución, porque la victoria del pueblo era la revolución económica y social (...)»

Las prerrogativas del Comité eran muy amplias:

«Establecimiento del orden revolucionario en retaguardia, organización de fuerzas más o menos encuadradas para la guerra, formación de oficiales, escuela de transmisiones y señales, avituallamiento y vestuario, organización económica, acción legislativa y judicial; el Comité de Milicias lo era todo, lo atendía todo, la transformación de las industrias de paz en industrias de guerra, la propaganda, las relaciones con el gobierno de Madrid, la ayuda a todos los centros de lucha, las vinculaciones con Marruecos, el cultivo de las tierras disponibles, la sanidad, la vigilancia de las costas y fronteras, mil asuntos de los más dispares. Pagábamos a los milicianos, a sus familiares, a las viudas de los combatientes, en una palabra, atendíamos unas cuantas decenas de individuos las tareas que a un gobierno le exigía una costosísima burocracia. El Comité de Milicias era un Ministerio de Guerra en tiempos de guerra, un Ministerio del Interior y un Ministerio de Relaciones Exteriores, al mismo tiempo, inspirando organismos similares en el aspecto económico y en el aspecto cultural.<sup>45</sup>

Bajo la égida del Comité de Milicias se crearon una serie de comisiones o subcomités, encargados de tareas concretas como por ejemplo el comité de avituallamiento que, en principio, estaba encargado de controlar las tasas y los precios, las tiendas, y en general, todo el comercio de alimentación, pero también del avituallamiento de las milicias del frente, de las «patrullas de control» y de la población (restaurantes, hospitales, etc.). «Estaba formado por delegados de los diferentes partidos y sindicatos (3 de la CNT: Valerio Mas, Facundo Roca y Juan José Domènech; 2 de la FAI: Juanel y Manuel Villar; 3 de la UGT, 1 del POUM, 3 de la *Esquerra*, 1 de la Unión de Rabassaires, 1 técnico). En realidad, la CNT-FAI fue quien dirigió el Comité y quien realizó la mayor parte del trabajo; en efecto, aun cuando la presidencia, puramente honorífica recayó sobre el catalanista Pujol, Juan José Domènech ejerció las funciones de Secretario general todopoderoso. En

los suburbios barceloneses y en todas las localidades catalanas se formaron comisiones que dependían del Comité Central de avituallamiento<sup>46</sup>».

También se creó el Consejo de la Escuela Nueva Unificada, ya citado, y que, formado por representantes de los sindicatos y de la Universidad, tenía en cierto modo la responsabilidad de los problemas globales de la enseñanza, incluida la reforma de los programas.

En lo relativo al «orden público» y a la «justicia», las cosas, por supuesto, eran más siniestras. La idea inicial era la de que había que evitar los abusos y exacciones que algunos individuos o grupos «incontrolados» pudieran cometer por iniciativa propia. Para ello, como siempre en la historia a secas y no sólo en la historia de las revoluciones, lo que se iba a hacer era intentar «legalizar» los abusos y las exacciones. El resultado era previsible de antemano, no se las evitó, no se las limitó, no se hizo más que añadir a los ajustes de cuentas individuales, las ejecuciones «legales», sin mencionar los ajustes de cuentas entre organizaciones de los que ya tendré ocasión de hablar nuevamente. En una palabra, sólo se «diversificó» la represión, que no sólo se ejerció —lejos de ello— contra los fascistas, ni tan siquiera contra los sospechosos de serlo.

Como ya he señalado, los cuerpos de policía (Guardia Civil y Guardias de Asalto) fueron disueltos primero para ser reconstituídos más tarde. Las «patrullas de control» fueron las encargadas del «orden público», por lo menos durante ese período. Según César M. Lorenzo, había 700 hombres de las patrullas de control en Barcelona (325 de la CNT, 145 de la UGT, 45 del POUM, 185 de la *Esquerra*):

«...dirigidas por un Comité central de patrullas, formado por 11 delegados de sección (4 de la CNT, 3 de la UGT, 4 de la *Esquerra*); el anarco-sindicalista José Asens era el secretario general.»

Como se ve, pululaban los secretarios generales anarquistas (!).

«(...) Actuaban en relación con la Comisión de Investigación que procedía de la Seguridad del Comité Central de Milicias. Esta comisión, dirigida por el anarquista Aurelio Fernández, era una especie de Ministerio del Interior independiente, o una especie de servicio de Seguridad revolucionario(...)»

«Sin embargo, al margen de la Comisión de Investigación, existían unas fuerzas de policía organizadas por cada partido o central sindical que tan sólo dependían de sus direcciones respectivas: eran las famosas «checas», tan temidas, con sus agentes secretos, sus celdas privadas, sus comandos. La de la CNT, a las órdenes de Manuel Escorza, fue la más importante y la más perfeccionada.<sup>47</sup>» (!?)

Resulta bastante cómico ver a un simpatizante anarquista como César M. Lorenzo elogiar a la policía, además a la policía de las... «checas». Y aunque no le guste a nuestro autor, la de la CNT no fue la que hizo «el mejor trabajo», es decir, hablemos claro, la que torturó y asesinó a más gente (de

<sup>45</sup> Diego Abad de Santillán, *Por qué perdimos la guerra*, G. del Toro, Madrid, 1975, páginas 79 y 91.

<sup>46</sup> César M. Lorenzo, *Op. cit.*, páginas 114-115.

<sup>47</sup> *Ibid.*, págs. 115-116.

los cuales sólo una ínfima minoría eran fascistas), sino que fueron, como su nombre además lo indica, las «checas» de los agentes soviéticos y de sus colaboradores de la IC y del PC español. El terror estalinista en España es, con mucho, el que estuvo mejor organizado y el más eficaz (en la «zona republicana», se entiende, porque del «otro lado» todavía fue peor).

Quienes habían sido detenidos por delitos imaginarios o reales y que sobrevivían a las diferentes «checas», a las ejecuciones sumarias y a otros *paseos* y llegaban a los tribunales, se encontraban frente a un sistema judicial profundamente reformado.

«...Tribunales revolucionarios (instalados en las cabezas de partido provinciales: Tarragona, Gerona y Lérida) donde deliberaban los delegados de sindicatos y de los partidos. El Comité de justicia de Cataluña y el Gabinete jurídico tenían su sede en Barcelona, ahí dominaban (?) los abogados Barriobero y Angel Samblancat, ambos miembros de la CNT. Estos organismos celebraron bodas o divorcios, zanjaron litigios civiles o comerciales, persiguieron a los especuladores y a los traficantes, inspeccionaron las prisiones, juzgaron a los rebeldes, a los sospechosos y a los irresponsables, etc. Con anterioridad se habían purgado cuidadosamente la administración penitenciaria, la magistratura, y los Tribunales, se había renovado todo de arriba abajo y se habían simplificado los procedimientos, se habían anulado o destruido los expedientes anteriores al 19 de julio; por último, los gastos judiciales fueron suprimidos.<sup>48</sup>»

Broué y Temime nos dan la composición social y política del Tribunal revolucionario de Lérida que estaba «totalmente formado por obreros, un tercio designado por el POUM, un tercio por la UGT-PSUC, y un tercio por la CNT-FAI. El presidente Larroca, de la CNT, y el procurador Pelegrín, del POUM, eran obreros ferroviarios<sup>49</sup>». Parece que durante las primeras semanas de la revolución se hicieron importantes reformas del sistema judicial, pero fueron anuladas, como todo lo demás, con la restauración contrarrevolucionaria del Estado.

Contrariamente a lo que ocurrió en otras revoluciones, no fueron los «Tribunales revolucionarios» los que se entregaron a los peores excesos de una represión que, en definitiva, era tan reaccionaria como todas las represiones, sino más bien las policías paralelas de los partidos y sus siniestras «checas», que preferían mil veces que sus prisioneros «desaparecieran » antes que enviarlos a unos tribunales que, o bien no eran siempre demasiado sensibles a su óptica partidista o bien estaban sometidos a un vago control de la opinión pública (observadores extranjeros, etc.).

En este sentido es muy sintomático comprobar que generalmente se ha acusado a las «patrullas de control» o a los pretendidos «incontrolados» de ser los únicos responsables de los excesos que se cometieron en Cataluña. Nada se ha dicho de la progresiva severidad de los Tribunales, cada vez más sometidos al control político del Gobierno Central, a partir de 1937, ¡e

incluso se ha llegado, como acabamos de ver, a cantar las alabanzas de las «checas», de sus «agentes secretos», de sus celdas privadas, y de sus comandos!

Cuando además, a fin de cuentas, la sustitución de los viejos cuerpos de policía por patrullas de obreros armados, constituye una de las medidas de saneamiento público más elementales, y cuando es grotesco comparar la violencia, posiblemente ciega, de grupos aislados, «incontrolados», con la represión sistematizada y organizada a la que se entregaron las organizaciones políticas, sobre todo el PC.

En Cataluña, como ocurre en todas las revoluciones de verdad, el primer impulso fue el de abrir las prisiones tanto a los prisioneros políticos como a los de derecho común. Más tarde, cuando se volvieron a llenar, fue éste uno de los signos —y no el menos importante— del avance de la contrarrevolución. El aparato represivo —tribunales, policías, prisiones, campos, torturas, ejecuciones, etc.— no es sino la expresión más brutal y directa de la jerarquía de las sociedades autoritarias que están divididas en dirigentes y ejecutantes jerarquía y aparato represivo están indisolublemente unidos y santificados, desde hace siglos, por unos sistemas de valores igualmente jerárquicos.

Sin embargo, hoy como ayer, en Cataluña y en cualquier otro sitio, se nos plantea el problema de saber si la revolución significa la instalación de una *buen*a jerarquía (Estado obrero), con sus *buen*os campos de concentración, sus *buen*os pelotones de ejecución, su *buen*a tortura, etc., o bien si es revolucionario todo lo que tiende justamente a romper las reglas de juego social, a abrir todas las prisiones, a destruir toda jerarquía —y por lo tanto toda represión. Porque, cualesquiera que sean los matices históricos, la jerarquía social (de «izquierdas» o de «derechas», «obrera» o «burguesa») siempre es fuente de opresión, de explotación, de alienación y es imposible querer luchar contra esto sin luchar también contra aquello.

Por lo tanto, se puede decir —y tanto mejor si esto sorprende a algunos— que resulta prácticamente indiferente saber *quién* está en la cárcel —pues en definitiva, no son más que presos y quienes les guardan, carceleros—, la cárcel es lo que resulta intolerable. Sólo hablo aquí de la represión policial en su sentido más directo, pero es evidente que la jerarquía, y su corolario represivo, se encuentran tanto en la sociedad en su conjunto como en cada uno de los cuerpos sociales que la componen, desde la célula familiar hasta la empresa industrial, pasando por los partidos de «vanguardia», que resultan inconcebibles, ya que son jerárquicos, sin su aparato represivo, sin sus comisiones de control y de disciplina, sin sus polis y sus soplones, su ritual de expulsiones y de procesos, a veces reales (partidos en el poder) a veces simbólicos: el excluido *desaparece*, su nombre, su foto, desaparecen de los libros hagiográficos, etc.

La persistencia de los aparatos represivos en Cataluña demuestra muy bien, entre otras cosas, la persistencia de las estructuras jerárquicas represivas contra las que, sin embargo, las masas habían iniciado una lucha a muerte, no sin éxito al principio. Lógicamente, esta represión no tuvo prácticamente ningún efecto real «para la defensa de la revolución» o la lucha contra los «fascistas camuflados». El sistema capitalista había sido

<sup>48</sup> *Ibid.*, pág. 116.

<sup>49</sup> Broué y Temime, *Op. cit.*, pág. 123.

desintegrado por la acción espontánea de las masas; los burgueses que les eran políticamente hostiles, o bien habían huido o bien se habían refugiado en las organizaciones antifascistas que quisieron acogerles —sobre todo la UGT, en Cataluña.

Dejando de lado a unos cuantos cientos de falangistas y de franquistas, detenidos o fusilados, la represión se ejerció sobre todo sobre algunos pobres tipos de «derechas» o que «iban a misa» quienes, por supuesto, no representaban ningún peligro, para irse ampliando y cobrar realmente su pleno sentido reaccionario con la represión contra los militantes revolucionarios o militantes de organizaciones rivales (reflejo de la lucha de las burocracias políticas por la conquista del poder). La palma, repitámoslo, se la llevan los estalinistas españoles, dirigidos por consejeros soviéticos que se encarnizaron contra el POUM y con un sector anarquista. Como veremos, se rizaría el rizo. La represión siempre es la expresión de la reacción, cualquiera que sea el color político o los intereses sociales de dicha reacción.<sup>50</sup>

Tanto en el ámbito del «orden público» como en el de la «justicia», el poder político del Comité Central de Milicias tropezó con toda una serie de poderes particulares de una variedad infinita. En todas las ciudades y pueblos catalanes, los antiguos consejos municipales habían sido arrinconados o limpiamente despedidos y sustituidos por Comités revolucionarios. Estos, a su vez, estaban formados generalmente sobre la base de la unidad antifascista. Cada Comité revolucionario de cada ciudad o pueblo constituía un caso particular. De esta manera, si bien en un principio estuvieron formados por delegados de la población —elegidos y revocables—, en realidad casi nunca se celebraron verdaderas elecciones. A veces tales elecciones se realizaron únicamente en el seno de determinadas organizaciones para saber quiénes debían representar a la organización en el Comité revolucionario. Porque, como en casi todos los comités, elegidos o no, de «base» o no, los delegados no representaban, en realidad, a la totalidad —o a la mayoría— de una ciudad, de un pueblo (o de una empresa, en el caso de los Comités de gestión), sino que representaban a tal o cual organización en tal o cual Comité revolucionario. Volveré a hablar del monopolio de las organizaciones sobre toda la vida política y social (e

<sup>50</sup> Por ello resulta particularmente regocijante, por lo grotesco, ver cómo, aún en nuestros días, prácticamente todos los grupúsculos que dicen ser antiautoritarios se entregan voluptuosamente al *simulacro* (pues no pueden hacer otra cosa) de la represión. El ritual de las exclusiones, que es el simulacro de los «tribunales revolucionarios», las «palizas», simulacro de las ejecuciones, sin hablar de las cárceles y tribunales del pueblo o de la organización de los «servicios de orden», cada vez más militarizados, que pegan o no pegan bajo mandato, como cualquier otra policía, con la que comparten el «mantenimiento del orden»; todo el arsenal represivo, que obedece siempre a un orden moral (aun, o sobre todo, cuando ese orden moral pretende ser revolucionario) demuestra hasta la evidencia la persistencia de la jerarquía represiva en las estructuras organizativas y en el cerebro de los militantes, esos monjes soldados de los tiempos modernos.

incluso sobre la vida cotidiana) de Cataluña. Fuera de una organización, un individuo no existía.

Los Comités revolucionarios de las ciudades y pueblos catalanes gozaban, de hecho, de gran autonomía respecto al Comité Central de Milicias. Querían ser dueños de ellos mismos, y casi siempre lo eran. Además de esta autonomía local o regional, estaba la autonomía de cada organización respecto al Comité Central. Los anarquistas obedecían las órdenes del Comité de Milicias cuando la CNT-FAI se lo pedía, es decir, obedecían a su organización —y no siempre.

Pasaba lo mismo con los demás partidos. En cuanto al formidable movimiento espontáneo de las colectivizaciones, el Comité de Milicias, como todos los órganos de poder y los Estados Mayores de todas las organizaciones, se limitó a comprobar, asombrado, su amplitud, antes de intentar dirigirlo y someterlo.

Para mí, el Comité de Milicias no fue el «Gobierno obrero de la Revolución obrera», tampoco una forma indeterminada y original de «poder revolucionario». Ante todo, desempeñó un papel de transición que proporcionó una especie de interinidad algo improvisada, hasta la vuelta del poder «legal» de la Generalitat que, a su vez, era una delegación del poder central republicano.

### *La coalición burguesa-estalinista*

El PSUC ocupa un lugar aparte en la coalición antifascista. En efecto, si los miembros de la CNT-FAI y del POUM pensaban que defendían a la revolución colaborando con la Generalitat, los dirigentes del PSUC, por su parte, estaban firmemente decididos a sostener a la Generalitat *contra* la revolución.

Como contrapeso de las Milicias obreras, Comorera propuso a Companys que se constituyeran unas «Milicias de la Generalitat», pero los políticos burgueses pensaron que era más importante restituir *primero* a la Generalitat toda la autoridad gubernativa. El 2 de agosto Casanovas, de la *Esquerra*, hizo una tentativa en este sentido ayudado por los estalinistas. Formó un gobierno de «frente popular» que incluía a 3 representantes del PSUC: Comorera, ministro de Economía, Ruiz, ministro de Avituallamiento y Vidiella, de Comunicaciones. Es decir, tres sectores donde se había consolidado esa autonomía que ellos se encargaron de liquidar.

Pero la CNT-FAI reaccionó vivamente, pues veía en esa operación una maniobra contra el Comité de Milicias y contra ella misma:

«Mientras se estaba celebrando la primera reunión del gobierno catalán del Frente Popular, una delegación del Comité de Milicias de la FAI se presentó en la Generalitat con el siguiente ultimátum: "O el gobierno se disuelve inmediatamente, o el Comité de Milicias toma el poder".<sup>51</sup>»

<sup>51</sup> Dolores Ibarruri, *Op. cit.*, págs. 532-533.

El gobierno se vio obligado a disolverse el 8 de agosto, pero, como escribió más tarde la dirigente comunista Dolores Ibaruri: «Se había dado un primer paso para romper la presión anarco-trotskyista<sup>52</sup>».

Mientras esperaban para poder atacar directamente a los anarquistas y a los poumistas y, más allá de todos ellos, a las conquistas revolucionarias, el PSUC intentó extender su influencia convirtiéndose en el defensor de los intereses de la pequeña y mediana burguesía. Rápidamente se encargó de la sección regional (catalana) de la UGT que anteriormente tenía poca influencia. Frente a la CNT, la UGT catalana, que actuaba con independencia del Ejecutivo Nacional controlado por Largo Caballero, lanzó el slogan de: «Defender la propiedad del pequeño industrial». La sección catalana tenía muy poca influencia en el proletariado; estaban afiliados a ella, esencialmente, algunos empleados de banca y un porcentaje elevado de funcionarios municipales y del Estado. Algunos días después de la victoria sobre los militares, el CADZI, el sindicato central de los empleados del sector privado, se refugió en la UGT. El porcentaje de «cuellos blancos» aumentó todavía más cuando se decretó la «sindicalización» obligatoria de todos los empleados, pues la mayoría afluyó hacia la UGT, más de acuerdo —pensaban ellos— con sus intereses que la CNT.

Por otra parte, los estalinistas organizaron rápidamente otro sindicato, el GEPCI (Federación Catalana de *Gremios y Entidades de Pequeños Comerciantes e Industriales*), también afiliada a la UGT, que quería defender los intereses de los 18.000 comerciantes, artesanos y pequeños industriales, hostiles a las colectivizaciones. De este modo los estalinistas catalanes se asociaron a la *Esquerra* y se apoyaron en las clases medias, asustadas por la revolución, intentando convertir la lucha revolucionaria contra los militares fascistas en una defensa de la legalidad republicana y del orden burgués, apoyándose en todo lo que quedaba de conservador en el país, para acabar con las transformaciones sociales que se estaban llevando a cabo.

Mientras la coalición burguesa-estalinista no restauró el poder de la Generalitat, el Comité de Milicias no se opuso demasiado abiertamente a la iniciativa de las masas, pero tampoco hizo nada por frenar la revolución en ascenso. Por el contrario, las organizaciones revolucionarias (CNT-FAI y POUM) se adentraron cada vez más en la vía de la colaboración con la burguesía bajo la máscara de la unidad antifascista. De este modo, el Consejo de Economía, que estaba formado por todas las organizaciones antifascistas (una vez más) y que fue creado el 11 de agosto y legalizado dos días después, adoptó como meta la regulación de los «problemas que plantea el que los obreros se hagan cargo de un importante sector de la economía catalana<sup>53</sup>». Esto, hablando en claro, significa una nueva tentativa de los Estados Mayores para quitar la iniciativa de la gestión a los trabajadores. Ciertamente, el «programa» de ese Consejo era bastante radical (véase el capítulo IV sobre las colectivizaciones), pero en el mes de agosto de 1936

<sup>52</sup> *Ibid.*

<sup>53</sup> «La Révolution espagnole», n.º 1 (septiembre de 1936).

no podía ser de otro modo, sin que se entrara en conflicto abierto con los protagonistas de las colectivizaciones: la masa de los trabajadores.

Por el momento la ofensiva contra la autonomía obrera, con sus discursos, sus secretos y sus maniobras entre bastidores, a menudo se quedó en nada.

El 9 de septiembre se publicó un «decreto» por el cual pasaba bajo control de la Generalitat toda la producción minera, industrial y manufacturera, así como la importación de «plomo». Pero para que este decreto pueda ser efectivo —y para que el gobierno catalán volviese a gobernar realmente— hará falta que Companys lleve a cabo aquella operación (preparada con el PSUC) que ya había fracasado a principios de agosto: la constitución de un «gobierno de Frente Popular», es decir, la restauración del poder de la Generalitat respaldado por todas las organizaciones antifascistas. La CNT-FAI y el POUM, que habían impedido la primera tentativa en este sentido, el Gobierno Casanovas del 2 de agosto (sin duda porque ellos no estaban representados en esa combinación), en esta ocasión, estaban dispuestos a aceptar tal gobierno de coalición (a condición, por supuesto, de figurar en él).

El 26 de septiembre, por lo tanto, se formó un nuevo gobierno en el que estaban representadas todas las organizaciones antifascistas: 3 miembros de la *Esquerra* catalana: Tarradellas (Finanzas), Ayguadé (Seguridad) y Gassol (Cultura); 3 anarquistas: Fàbregas (Economía), Domènech (Avituallamiento) y Birlán (Salud); 2 comunistas: Comorera (Servicios Públicos) y Valdés (Trabajo); 1 *Rabassaire*: Calvet (Agricultura); un miembro del POUM: Nin (Justicia); un miembro de Acción Catalana: Closas (sin cartera) y el teniente coronel Sandino en Guerra: el programa de este gobierno era «la máxima concentración en el esfuerzo para ganar la guerra, sin retroceder ante ningún medio que pueda contribuir a una victoria, rápida<sup>54</sup>». Ya se transparentaba la falsa elección, que posteriormente jugaría un papel tan importante, entre revolución y guerra.

Como escribió el jurista republicano Ossorio y Gallardo, biógrafo de Companys:

«La Generalitat era todavía un organismo puramente formal, pero Companys, que había reconocido el derecho de los obreros a gobernar y que incluso les había ofrecido abandonar su puesto, manipuló las cosas con tal habilidad que, poco a poco, llegó a reconstituir los órganos legítimos del Poder, a transferir la acción a los *consellers* y a relegar a los organismos obreros a su papel de auxiliares, ayudantes y ejecutantes. En cuatro o cinco meses la situación normal había sido restablecida<sup>55</sup>».

Está perfectamente claro, la «situación normal» es que un Gobierno gobierne y que los organismos obreros sean los ejecutantes y auxiliares del mismo.

<sup>54</sup> Citado por H. Rabassaire, *Espagne, creuset politique*, París, Editions Fustier, 1938. (Hay traducción en castellano. Editorial Proyección. Buenos Aires.)

<sup>55</sup> Ossorio y Gallardo, *Op. cit.*, pág. 176.

Al estar ya todas las organizaciones antifascistas representadas en la Generalitat, la interinidad del Comhité de Milicias tocaba a su fin. El 3 de octubre se publicó un decreto «disolviendo el Comité Central de Milicias Antifascistas». A éste, le siguieron otros decretos, igualmente significativos:

«11 de octubre: decreto por el que se ordena la suspensión de todos los Comités locales, fundados por toda Cataluña que obstaculizaban e imposibilitaban la acción del Gobierno. Este decreto iba acompañado por otro del departamento de Seguridad interior por el cual se fijaba un plazo para proceder, en toda Cataluña, al nombramiento de nuevos Consejos municipales. Las organizaciones antifascistas locales debían designar a los nuevos consejeros en la misma proporción que la que existía en el Consejo de la Generalitat.

27 de octubre: decreto por el que se ordena la devolución de las armas largas (fusiles y ametralladoras).

28 de octubre: decreto por el que se militarizan las milicias. En este decreto se dice que el Consejo de la Generalitat ha sometido a examen un nuevo código de justicia militar, pero que mientras se espera su aprobación, las milicias serán sometidas al código de justicia militar en vigor<sup>56</sup>».

Como puede verse, la Generalitat no perdía el tiempo para intentar volver a poner «las cosas en orden». La CNT-FAI y el POUM, representados en el Gobierno catalán, aceptaron y aprobaron estas medidas. Así, se puede leer en «La Batalla» del 28 de octubre de 1936, sin comentarios, el texto del decreto sobre el desarme de los obreros y campesinos:

«ARTÍCULO 1.º: Todas las armas largas (es decir, los fusiles, las ametralladoras, etc.), que estén en poder de los ciudadanos, deberán ser entregadas a las Municipalidades o tomadas por esas últimas, en el plazo de los ocho días siguientes a la publicación de este decreto. Estas armas deberán depositarse en los Cuarteles generales de Artillería y en el Ministerio de Defensa de Barcelona para subvenir a las necesidades del frente.

ARTÍCULO 2.º Una vez transcurrido este plazo, aquellos que conserven en su poder armas de este tipo, serán considerados fascistas y juzgados con el rigor que merece su conducta.»

\* \* \*

Si me extiendo sobre el papel y el carácter del Comité Central de Milicias, lo hago voluntariamente debido a las exégesis que a este respecto han producido los ideólogos, de diferentes matices, del «movimiento obrero». En este como en otros casos, nuestros teóricos se afanan en la búsqueda estéril del lugar donde residía el *buen poder*. Para algunos —burgueses y estalinistas, una vez más, mezclados— el «buen poder» estaba en la Generalitat que representaba la legitimidad republicana y cuya política correspondía al carácter de la guerra que se estaba desarrollando: una guerra

en defensa de las instituciones democráticas de la República, amenazadas por la agresión fascista.

Para otros, es decir, en definitiva, para los nostálgicos y los archiveros de la «buena tradición revolucionaria», fue en el Comité de Milicias donde residió, durante un tiempo demasiado corto, el «buen poder revolucionario» (si no duró ¿acaso fue a causa del eterno problema de la «dirección revolucionaria»?). Para estos últimos el no haber reforzado (¿hasta dónde?) al Comité de Milicias era una traición, el haber aceptado su disolución y su integración, de hecho, en la Generalitat, era abdicar. En el abandono de ese «buen poder» es donde reside el fracaso de la revolución.

Para todos los ideólogos «marxistas-leninistas», la cuestión del poder lo resume todo. ¿Cuál es el «contenido de clase» del poder? ¿Qué clase está en el poder? Ahí está todo. La respuesta, sin embargo, es bien simple: *Toda clase en el poder es una clase explotadora, sea su ropaje «burgués» o «proletario»*. El origen social de los camaradas ministros y de la burocracia político-estatal no cambia nada a la cuestión, pues los trabajadores, a su vez, continúan encadenados a su trabajo alienante y condenados al mero papel de ejecutantes.<sup>57</sup>

Evidentemente, no se le va a reprochar al Comité de Milicias el que no haya surgido de algún género de «escrutinio democrático». En la situación en que estaba Cataluña durante julio de 1936, era normal después de todo que unos dirigentes obreros tomaran iniciativas de este tipo. El Comité de Milicias adoptó unas medidas que eran útiles y necesarias en los primeros días que siguieron a la victoria sobre los militares. *Pero la iniciativa de las masas, las medidas útiles y necesarias que éstas habían improvisado, eran mucho más avanzadas e iban mucho más lejos, en todos los aspectos, que las de los Estados Mayores de las organizaciones obreras y antifascistas que por un corto espacio de tiempo estuvieron reunidas en el Comité de Milicias.*

En definitiva, eso es lo que me parece más importante. Es en el movimiento espontáneo de las masas donde vivió la revolución, no en el Comité de Milicias ni, más tarde, en la Generalitat. El Comité de Milicias iba muy a la zaga del movimiento real al que intentó controlar, canalizar y en una palabra, frenar. Entre su actividad, desde julio al 3 de octubre, y la de la Generalitat, en los meses siguientes, no hay ruptura. Ambos, como órganos del poder, se situaron ante el movimiento de masas del mismo modo: desde fuera y por encima, al mismo tiempo.

En la Cataluña de julio-agosto de 1936, el Estado estaba hecho añicos, atomizado en mil poderes. Todas las burocracias políticas y sindicales sintieron el peligro, estaban «fuera de juego», en trance de resultar inútiles. Se pusieron de acuerdo en volver a crear un Poder centralizado (mientras que se peleaban por controlarlo) y en reconstruir la pirámide jerárquica en los campos político, militar, económico, policiaco, etc., mientras que modificaban en su propio provecho los componentes de esa pirámide (la burocracia política y sindical se sustituye a menudo a la vieja burocracia administrativa y estatal, por ejemplo). Conscientemente unas e

<sup>56</sup> J.-G. Martin, *La transformation polifrique et sociale de la Catalogne*.

<sup>57</sup> Sobre estas concepciones del Poder, véase el anexo 5, pág. 213.

inconscientemente las otras, intentaron primero y luego lo consiguieron, volver a levantar, por así decirlo, al Estado.

El Comité de Milicias había sido ya una tentativa en ese sentido. Dos meses después se había hecho inútil porque eran las mismas organizaciones, y a veces los mismos hombres, los que estaban en la Generalitat, con las mismas atribuciones y los mismos papeles y, además, con la legitimidad republicana.

Pero lo que acabamos de decir nos da tan sólo una visión esquemática de la realidad. La fuerza del movimiento revolucionario de masas era tal, las transformaciones sociales iniciadas espontáneamente por éstas tan importantes, que el Comité de Milicias, así como después la Generalitat, se mostraron durante algún tiempo inútiles, insignificantes, creando organismo tras organismo y publicando decreto tras decreto a los que nadie —o casi nadie— iba a hacer caso: había cosas mucho más importantes que hacer.

La autoridad existía «jurídicamente», pero la relación con la autoridad no era una relación de sumisión, sino todo lo contrario. Y la autoridad —no reconocida— oscilaba entre el vértigo y la ira.

Sí, realmente se puede hablar de «democracia salvaje» (del mismo modo que decimos «huelga salvaje») para designar la nueva vida social que instauraron en Cataluña los trabajadores en armas.

Yo no quisiera caer a mi vez en el fetichismo «izquierdista», pero me parece que el desarrollo de esa democracia salvaje hubiera podido originar una forma de organización social del tipo de una federación de consejos (esto no es más que una *indicación* ya que, como no estoy escribiendo un libro de cocina, no tengo porqué dar recetas). Para ello había unos hechos esenciales y concretos: un 70 % de las empresas colectivizadas, numerosas comunas agrícolas, milicias obreras, liquidación de los antiguos cuerpos de policía, comités revolucionarios en las empresas, los barrios, las ciudades y los pueblos, un «nuevo estado de ánimo» antiautoritario, transformaciones en la vida cotidiana, en la condición de las mujeres, etc.

Si no fue así y si durante meses y meses vamos a asistir a una lucha entre el Poder (Comité de Milicias, primero, Generalitat después) y esa democracia salvaje, ello es debido a una infinidad de causas que se desprenden del contexto histórico y social: la guerra, por supuesto, pero también el papel desempeñado por las organizaciones obreras —por todas las organizaciones— y por la fidelidad, casi se la podría llamar sumisión, de los militantes hacia sus organizaciones y sus jefes. Precisamente fue a través de las organizaciones —incluyendo la libertaria CNT-FAI— cómo se «reintrodujo» el Poder, se sacralizó de nuevo la autoridad, se impuso la disciplina, se militarizaron las milicias, se restableció la jerarquía social y se venció a la revolución.

«Como en todas las anteriores sublevaciones de obreros y de campesinos pobres (escribe muy acertadamente «Living Marxism»), el hecho más importante fue el de que las masas españolas fueran más radicales, estuvieran más "a la izquierda", fueran más extremistas que sus dirigentes y que las organizaciones que estos últimos controlaban. No se trata de que actuaran en contra de sus organizaciones, ni de que

vieran una barrera entre ellas y sus organizaciones, pero el cambio político que se produjo desde que la revolución transformó la composición del nuevo régimen, demuestra de modo suficiente que había un desfase entre las masas activas y sus organizaciones, aún mayor de lo que los obreros podían imaginarse. Las acciones de las masas durante el verano y a finales de 1936, en las que participaron tanto los obreros organizados como los no organizados,<sup>58</sup> no fueron decididas, ni dirigidas, ni desarrolladas, por la dirección oficial de las distintas organizaciones, los sindicatos anarquistas inclusive, sino por los propios obreros y por las circunstancias a las que —dirigidos o no— reaccionaron.» (Y más adelante): «Lo que fue realmente revolucionario en la guerra civil española, lo causó la acción directa de los obreros y de los campesinos pobres, y no alguna forma específica de organización sindical o la acción de algunos jefes particularmente brillantes. No obstante hay que decir que la mayor libertad que existía en los sindicatos anarquistas, poco centralizados, se plasmó en una iniciativa mucho más autónoma de los obreros anarquistas. Los resultados revolucionarios de la acción espontánea de los obreros españoles durante las jornadas de julio fueron liquidados cuando los decretos, las decisiones de los partidos, la autoridad gubernamental, sustituyeron a la acción autónoma del proletariado y cuando toda la maquinaria renovada, empezó a controlar a las masas<sup>59</sup>».

No digo otra cosa.

<sup>58</sup> Aunque un sector de obreros desorganizados participó en las luchas de julio de 1936, muy pronto la sindicalización fue obligatoria —y además necesaria, por ejemplo, para abastecerse.

<sup>59</sup> «Living Marxism», n.º IV (6 de abril de 1939), Chicago. U.S.A.

## La U.R.S.S. y la revolución española

El papel de las democracias occidentales, Francia y Gran Bretaña particularmente, en la guerra civil española, es relativamente bien conocido. Se conocen la indecisión de Blum, la política de no intervención y sus consecuencias, la falsa neutralidad de los conservadores británicos, entonces en el poder, que se inclinaban cada vez más hacia los franquistas, etc. El apoyo material de la Alemania nazi y de la Italia fascista está en la mente de todos —aunque muchas veces se exagere su importancia, atribuyendo a la ayuda militar de dichos países la única o casi la única responsabilidad de la derrota de los «republicanos» y así no tener que hablar de los errores de estos últimos. Pero, por el contrario, el papel de la URSS ha sido mucho más controvertido, cosa que, a fin de cuentas, es normal porque pasa lo mismo con todo lo que se relacione con la «gran mentira estalinista».

La guerra de España todavía forma parte de la buena leyenda comunista. El «Epinal» estalinista habla hasta la saciedad de la «ayuda desinteresada del gran pueblo hermano», de las brigadas internacionales, de los prestigiosos jefes militares, comunistas todos ellos, evidentemente, españoles o extranjeros.

Los nuevos peregrinos en busca de un «socialismo con rostro humano», como Arthur London<sup>60</sup> o Charles Tillon, han reivindicado en voz muy alta no sólo su participación personal en el conflicto, sino también la participación de los comunistas (IC, PCE, URSS inclusive) como una página gloriosa de su historia, que sería la justificación (entre otras muchas, por supuesto, pero ésta es especialmente importante) de sus treinta años —o más— de estalinismo incondicional. Este argumento, polémico y jesuítico a la vez, permite oponer la leyenda dorada, heroica del comunismo, de la que la guerra de España es, según ellos, uno de los más hermosos ornatos, a la «oscuridad» de los campos de exterminio, de las cárceles, de las torturas, de los procesos prefabricados, en una palabra, del terror estalinista. La rentabilidad de este tipo de actitud es segura: se opone lo «bueno» a lo «malo» de la tradición comunista para hacer notar que lo «bueno» es más importante y para justificar así al estalinismo, como período histórico necesario; y al mismo tiempo para justificarse a sí mismos. En política hay que salir a flote como se pueda.

Pero el éxito de este tipo de operación implica una ignorancia absoluta de los acontecimientos, porque en ninguna otra parte la acción del aparato comunista internacional ha sido tan abiertamente contrarrevolucionaria como en España; en ninguna otra parte, fuera de los llamados países «socialistas», la represión policíaca estalinista ha desempeñado un papel tan

considerable, ni ha gozado de tanta libertad de acción. Los «crímenes del estalinismo» durante la guerra civil española llenarían varios volúmenes. No es esto lo que me propongo hacer, pero hay que hablar de ello porque el papel de la URSS (y de los comunistas españoles) ha sido definitivo en el aplastamiento de la experiencia revolucionaria catalana.

Para mí, dicho sea de paso, no existe contradicción alguna entre la política contrarrevolucionaria de la URSS hacia España y su «naturaleza social». Tampoco tiene nada de escandaloso a pesar de lo que han dicho y de lo que dirán muchos comunistas «de izquierda», trotskistas o no —empeñados obstinadamente en clarificar la «lección de Octubre»—: al ser el sistema social «soviético» uno de los más reaccionarios del mundo (opresor, policiaco, rígidamente jerarquizado) habría sido, como poco, asombroso, que hubiese ayudado a la Revolución española en vez de servir a sus intereses de «gran potencia».

En enero de 1933 Hitler tomó el poder en Alemania; el 21 de octubre de 1933 Alemania notificó su dimisión de la SDN. Ante la escalada de las potencias bélicas, la postura de la URSS fue en un principio de expectación. Si Hitler era fiel a los términos del tratado de Rapallo, Stalin estaba dispuesto a entenderse con él; como se entendía con Mussolini, el único jefe de Estado extranjero que nunca fue atacado personalmente por la prensa soviética de la época y con quien, Litvinov, el entonces comisario del pueblo para asuntos extranjeros, declaró que mantenía «las más cordiales relaciones».

Los «Isveztia» del 4 de marzo de 1933 declararon «que la URSS era el único país que no tenía sentimientos hostiles hacia Alemania, cualquiera que fuese la forma y composición de su gobierno». A finales de 1933 «Pravda» escribía también que la clase obrera no tenía porqué hacer distinciones entre Estados fascistas y Estados pseudodemocráticos. Pero los Estados fascistas se encargarían por sí mismos de hacer esa distinción y, el 28 de diciembre de 1933, Molotov, en la sesión del Comité Central ejecutivo sobre asuntos extranjeros, lamentó que durante el año transcurrido «algunos grupos directivos de Alemania hubiesen intentado revisar las relaciones de dicho país con la URSS». No obstante, reafirmó que «la URSS, por su parte, no tiene motivo alguno para modificar su política hacia Alemania».<sup>61</sup>

Cuando quedó demostrado que de momento no había perspectivas de mejorar las relaciones con la Alemania nazi (tales perspectivas surgirían más adelante y la URSS se precipitaría a firmar el pacto germano-soviético en 1939), Stalin decidió consolidar sus relaciones con las demás potencias occidentales. A finales de 1933 la URSS había obtenido ya el reconocimiento *de jure* de los Estados Unidos. Las negociaciones con Francia, iniciadas en la primavera de 1933, la llevaron a entrar en la SDN, con sede permanente en el Consejo, el 18 de septiembre de 1934. Después de que Alemania se hubiera marchado de esta organización —antepasado de la ONU—, así como Italia y Japón, la URSS pretendió transformar aquello que hasta ayer mismo era todavía «una liga de forajidos imperialistas en

<sup>60</sup> Arthur London, *después* de haber salido de la cárcel en Praga (véase La Confesión), escribió un libro sobre la guerra de España titulado *¡España! ¡España!* (traducción española, Ed. Artís, Praga, 1965), donde recoge con delectación *todas las mentiras de la propaganda estalinista*: POUM: espías fascistas; anarquistas: locos o saboteadores, etc. Está todo. (Se recomienda la lectura simultánea de *¡España! ¡España!* y *La Confesión*, para el estudio de la psicopatología estalinista.)

<sup>61</sup> Jane Degros, in *Soviet Documents and foreign Policy*, volumen editado por el «Royal Institute of International Affairs»



defensa del tratado de bandidaje de Versalles», en un elemento eficaz para su diplomacia. Las negociaciones con Francia culminaron además en la firma de un tratado franco-soviético de «ayuda, mutua en caso de agresión no provocada de un Estado europeo». El tratado fue firmado en París, el 2 de mayo de 1935. Según el «Petit Parisien» de 20 de junio de 1935, «el presidente del Consejo, M. Laval, puntualizó que se había incluido el párrafo relativo a la política de defensa nacional del Gobierno francés por iniciativa de Stalin».

Stalin había conseguido imponer en la URSS y en la Internacional Comunista el período «autárquico» de su política: prioridad absoluta al refuerzo del potencial económico e industrial de Rusia y, en el exterior, una política de alianzas con *quien fuese*, para garantizar su tranquilidad, y esto también con el mismo fin. En resumen, ayer como hoy, ya se trate del pacto con Laval o del pacto germano-soviético, ya se trate de España o de Checoslovaquia, etc., la política exterior soviética siempre ha intentado defender los intereses de gran potencia de la URSS en detrimento de cualquiera si fuese necesario y según una de las más retrógradas tradiciones diplomáticas de los grandes Estados imperialistas.

Si bien hoy algunos partidos comunistas hacen muecas ante algunas intervenciones demasiado abiertamente imperialistas de la URSS —y todo para intentar complacer a sus colegas de la clase política— ayer, «la armada mundial del proletariado» obedecía con disciplina y seguía con gran ímpetu todos los zigs-zags de la política exterior soviética y, como la URSS jugaba la baza de la alianza con las democracias occidentales «contra el fascismo», los PC le seguían, como iban a seguirla a raíz del giro provocado por el pacto germano-soviético de 1939.

La teoría del «socialismo en un solo país», coartada ideológica del neo-nacionalismo de la burocracia rusa, había triunfado en el VI Congreso de la IC, que proclamó en sus resoluciones: «... el proletariado internacional, cuya única patria es la URSS, la fortaleza de sus conquistas, el factor esencial de su liberación internacional, tiene el deber de contribuir al éxito del socialismo en la URSS y de defenderla por todos los medios de los ataques de las potencias imperialistas».<sup>62</sup>

Este lenguaje de Señor que se dirige a sus vasallos, se consolidaría a raíz del VII Congreso de la IC, iniciado en Moscú el 25 de julio de 1935. La URSS, es, más que nunca: «el factor más importante de la historia del mundo».<sup>63</sup>

Durante este congreso se iba a formular teóricamente la política de alianzas internacionales y nacionales del «frente popular» y del «antifascismo», dejando de lado los oropeles «izquierdistas», las consignas como «clase contra clase» y la crítica del «social-fascismo». Dicha teorización exigía que se mantuviese una etiqueta revolucionaria para la política del Frente Popular y de la defensa de la democracia burguesa. Dimitrov declaró: «Hace quince años, Lenin nos recomendaba “buscar

formas de *transición o de acercamiento a la revolución proletaria*”. Parece que en muchos países el *gobierno de frente popular* demostró ser una de las formas de transición más importantes».<sup>64</sup>

En sus resoluciones finales, el VII Congreso convocó a los partidos comunistas para luchar por la formación de un «amplio frente popular con las masas trabajadoras que todavía estaban alejadas del comunismo pero que, a pesar de todo, podían unirse a nosotros en su lucha contra el fascismo».

En España, el Frente Popular había ganado las elecciones de febrero de 1936 y en plena expansión de la política «frentepopulista» estalló la crisis revolucionaria de julio de 1936. Esta revolución rebasaba ampliamente el marco antifascista y parlamentario del tipo Frente Popular; en realidad, rebasaba todos los marcos, todos los programas y todas las previsiones, como ocurre con todas las revoluciones de verdad. Pero como, la Revolución española contradecía los intereses de la URSS —lo cual era lógico—, el aparato comunista hizo lo posible por contenerla y así ahogarla. En este sentido, las tribulaciones del Partido Comunista español son bastante cómicas: en abril de 1931, cuando, según la historia oficial, el partido apenas contaba con 800 militantes, los dirigentes comunistas acogieron la instauración de la República con el grito de «¡Todo el poder para los Soviets!» ¡Abajo la República burguesa!». En el Congreso de 1932, la dirección de Bullejos fue excluida por haber lanzado la consigna «oportunista» de defender la República contra el pronunciamiento del general Sanjurjo (pronunciamiento que fracasó, pero Sanjurjo se unió a Franco y a Mola a la cabeza del putsch de julio de 1936). Pero cuando el movimiento de masas se radicalizó *efectivamente* y cuando la insurrección de Asturias en octubre de 1934 hubo demostrado la fuerza de la corriente revolucionaria en el país, entonces, los dirigentes comunistas, obedeciendo a las consignas de la IC, decidieron que la Revolución española no era socialista sino simplemente democrático-burguesa.

Cuando, después de la victoria del Frente Popular en las elecciones de febrero y ante la presión revolucionaria de las masas, Largo Caballero, líder del ala izquierda del Partido Socialista y de la UGT, propuso la formación de un «gobierno obrero» del que quedarían excluidos los republicanos, el PC se opuso. José Díaz, el secretario general, escribió en el órgano de la Komintern: «Debemos luchar contra todo tipo de manifestación de impaciencia exagerada y contra toda tentativa de que se rompa el Frente Popular prematuramente. El Frente Popular debe continuar. Todavía nos queda mucho camino por recorrer junto a los republicanos de izquierda». En realidad, de lo que se trataba era de frenar el movimiento de masas que se inclinaba cada vez más «a la izquierda», de retenerle en los límites del antifascismo, es decir, de la alianza con la burguesía liberal; también se trataba de reforzar la influencia del PC, que hasta ese momento era sólo un pequeño partido, dentro de las organizaciones obreras. Con el consentimiento de Largo Caballero, el PC disolvió la CGTU, su sindicato afiliado a la Internacional Sindical Roja, e «invitó» a sus miembros a

<sup>62</sup> Documentos del VII Congreso de la IC, citados por Fernando Claudín, *La Crisis del Movimiento Comunista*, Ed. Ruedo Ibérico, París, 1970.

<sup>63</sup> *Ibid.*

<sup>64</sup> George Dimitrov, *Oeuvres choisies*, Ed. Sociales, París, pág. 102.

adherirse a la UGT. No se trataba de una fusión propiamente dicha, dado el raquitismo del sindicato comunista. Pero en algunas regiones, en Cataluña sobre todo, los estalinistas se procuraron algo más tarde el control de la sección catalana de la UGT. Otra operación que resultaba más inmediatamente rentable para el PC: la fusión de las juventudes comunistas y socialistas, que tenían respectivamente 3.000 y 50.000 miembros en el seno de la Juventud Socialista Unificada. A pesar de su posición minoritaria, los estalinistas consiguieron rápidamente el control casi total de la organización de Juventud Unificada, a la que convirtieron en un instrumento eficaz de su política durante la guerra civil. Pero sus ambiciones eran todavía más vastas y quisieron realizar la misma operación con los partidos comunista y socialista. Sus negociaciones a este respecto con el ala izquierda del Partido Socialista (tendencia de Largo Caballero) llegaron a estar bastante avanzadas, pero el proyecto fracasó (excepto en Cataluña) no tanto por su subordinación a la URSS —país que gozaba entonces de gran prestigio en amplios sectores socialistas de izquierda— como por su concepción del Frente Popular y de la etapa «democrática» en la que querían encerrar a la potente lucha de las masas «para que cambiaran las cosas». Sus concepciones sobre política interior, estaban mucho más próximas, eran casi idénticas, a las de los socialistas de derecha —tendencia Indalecio Prieto— quienes, en cambio, no querían ni oír hablar de fusión con los estalinistas. Esta contradicción no llegó a resolverse, y durante la guerra civil los estalinistas se asociaron a los socialistas de derechas y a los republicanos para luchar contra todas las corrientes revolucionarias, ya fuesen socialistas, anarquistas o poumistas.

Desde «¡Todo el poder para los Soviets!» de 1931 hasta la «lucha en defensa de la República democrática» de 1936 —y todo lo demás—, los virajes del PCE no sólo eran debidos a su subordinación a Stalin vía la IV; había otros motivos que también tenían su influencia. Desde este punto de vista, sería absurdo no tener en cuenta la lógica interna de toda organización de este tipo, que en 1931 no era más que un «grupúsculo» sectario, que vivía en un «otro lugar», por así decirlo, revolucionario (la URSS ayer, la China hoy), que se identificaba tanto con ese «otro lugar» que hasta repetía mecánicamente sus «consignas», que despreciaba las mediaciones porque no tenía ninguna influencia sobre ellas, etc. En pocos años, gracias a una habilidad maniobrera muy acertada para utilizar el contexto de Frente Popular, penetró en el terreno del juego político clásico, vio cómo sus electores primero existían y después aumentaban, entró en el Parlamento y pasó de la vida cavernícola de las sectas a las mesas redondas de las combinaciones políticas, donde, aunque minoritario al principio, consiguió bastante deprisa (en el caso del PCE) marcarse algunos tantos. Se trata de un proceso clásico dentro del movimiento obrero y siempre actual. Den diez diputados a la Liga Comunista, en Francia, por ejemplo, ¡y verán ustedes los resultados!

La política extranjera de la URSS estaba condicionada en este período por el deseo de Stalin de impedir que Gran Bretaña y Francia se entendiesen con Hitler a sus espaldas. Ante esta posibilidad, los partidos comunistas occidentales iban a intentar convertirse en los mejores defensores del orden

burgués republicano. En Francia, rompiendo el poderoso movimiento de ocupación de las fábricas de mayo-junio de 1936 (ocasión en la que Maurice Thorez se distinguió por su famosa consigna «empresarial»: «¡Hay que saber acabar una huelga!»). En España, aunque no pudieron impedir que la ola de huelgas culminara en la guerra civil revolucionaria, los estalinistas lucharon encarnizadamente para «que se acabe de una vez con las tentativas de los sindicatos y de los comités de poner en práctica el socialismo», como declaró en mayo de 1937, con un maravilloso e involuntario sentido del humor, Jesús Hernández, por aquel entonces dirigente del PCE.<sup>65</sup>

### *La ayuda de la URSS a la República Española*

Broué y Temime ven tres fases en la actitud soviética respecto a la guerra de España:

«—primero, una posición de neutralidad de hecho, acompañada de ostensibles testimonios de simpatía y de solidaridad,

— a partir de octubre de 1936, un considerable esfuerzo de ayuda militar que correspondió a una toma de posición vigorosa en favor de la República en el Comité de no-intervención.

— por último, a partir del verano de 1938, una disminución progresiva de la ayuda militar que culminó en el abandono total de la República<sup>66</sup>».

Estas tres etapas son lógicas en el contexto de la diplomacia soviética: primero, expectativa ante una revolución imprevista e inoportuna que parece que estaba, si no, dominada, al menos sí ampliamente influenciada por los anarquistas; expectativa también, por conocer las reacciones de Francia y Gran Bretaña. Seguidamente, ayuda, pero una ayuda destinada no al triunfo de la revolución sino a su aplastamiento; ayuda que le permitía tener una gran influencia política utilizada hábilmente en un sentido contrarrevolucionario. Por último, abandono no sólo de una «causa perdida», sino también a causa de una inversión en las alianzas, del nuevo giro de la diplomacia soviética que culminó en el pacto germano-soviético.

Fernando Claudín, antiguo dirigente del PCE, critica en su libro —en este mismo sentido aunque de un modo algo más comedido— la postura de la URSS:

«La URSS no podía eludir su deber de solidaridad activa con el pueblo español en armas, so pena de desacreditarse ante el proletariado mundial. Este deber coincidía, por un lado, con la orientación anti-hitleriana de la política exterior soviética en ese período. Pero por otro lado entraba en conflicto con las modalidades, digamos tácticas, de dicha orientación. A este nivel, el objetivo número uno de la política soviética era consolidar la alianza militar con Francia y llegar a un entendimiento con Inglaterra. Pero ni la Francia burguesa de Blum, ni la Inglaterra conservadora de Chamberlain, podían admitir la victoria de la

<sup>65</sup> Citado por B. Bolloten, Op. cit.

<sup>66</sup> Broué y Temime, Op. cit., pág. 338.

revolución proletaria en España. Contribuir a su victoria significaba, para el Gobierno soviético, ir a la ruptura con ambas potencias. La única posibilidad aparente de conciliar la “ayuda a España” con los citados objetivos de la política exterior soviética era que el proletariado hispano no fuera más allá de lo que, en último extremo, podía ser admisible para la burguesía francoinglesa. Y lo más que ésta podía aceptar es que en España existiese una República parlamentaria, democrática, antifascista, frentepopulista incluso, todo a la izquierda que se quiera, pero... ¡burguesa! ¡sobre todo burguesa!<sup>67</sup>»

Por mi parte, no creo que el miedo a desacreditarse ante el «proletariado mundial» haya tenido tanto peso en las decisiones de los dirigentes estalinistas. En efecto, ¿acaso Moscú no abandonó toda su estrategia antihitleriana y firmó el pacto germano-soviético (con los «asesinos de la República española»), apenas terminada la guerra de España, realizando así una inversión total de sus alianzas, sin temer, según parece, que su nueva alianza con los «peores enemigos del proletariado mundial y de toda la humanidad progresista» le desacreditase ante nadie?

La ayuda de la URSS a España obedecía a motivos más sutiles que el miedo a desacreditarse ante el «proletariado mundial» —digamos más bien ante el movimiento comunista— que ya estaba acostumbrado a tragarse todo sin protestar, aun cuando los estalinistas hayan utilizado esa «ayuda» (hablando claro: la venta de armas a alto precio a la República) para su propaganda.

Para mí, el objetivo esencial era la posibilidad que se les ofrecía de controlar la política del Gobierno republicano, primero para sofocar la revolución, pero también para utilizarla como una pieza más en el tablero diplomático europeo, como eventual moneda de cambio —sin que por ello, evidentemente, tuviese que romper con los gobiernos francés e inglés. También podían presentarse como los mejores defensores de la República española, legal y moderada, frente al fascismo, etc. Esta táctica ofrecía numerosas posibilidades a la diplomacia soviética, lo que no quiere decir que haya triunfado plenamente.

También ofrecía posibilidades en el plano interno y en el plano político (aunque sólo fuese para correr un tupido velo sobre las dificultades de todo tipo y sobre la oleada ascendente de los procesos a la vieja guardia bolchevique y las deportaciones en masa).

La primera decisión del Gobierno soviético fue la de anunciar, el 3 de agosto de 1936, que se deduciría el 1 % de los salarios mensuales de los obreros y empleados que trabajaban en las fábricas y oficinas del Estado, en concepto de ayuda a la República española. Por supuesto a España no llegó ni un céntimo. Por todo el país se organizaron movimientos de solidaridad pidiendo a los trabajadores que se apretasen un poco más el cinturón y que aumentaran la producción «para España», cosa que era un buen tema de agit-prop para aumentar el esfuerzo de industrialización. Se presentaron algunos voluntarios ante las organizaciones del Partido para luchar en

España, conmovidos sin duda por el reclamo publicitario. Fueron detenidos y deportados a Siberia, como observa Victor Serge en sus Memorias. Y cuando fue creado el Comité de No-Intervención, la URSS se asoció inmediatamente, siempre para complacer a los franceses y a los ingleses.

Jesús Hernández, antiguo dirigente del Partido Comunista Español y ministro republicano durante la guerra civil, cuenta en su libro *La Gran Traición*:

«... Cuando todavía sonaban en los oídos del mundo aquellas palabras de Stalin que nos habían parecido tan hermosas: “La causa del pueblo español no es un asunto privado de los españoles, es la causa de toda la humanidad avanzada y progresista”, el Kremlin respondía al Gobierno francés, que le había preguntado cuál sería el comportamiento de la Unión Soviética en el caso de que Francia se viese amenazada por haber ayudado al Gobierno de Madrid: “El pacto franco-soviético de 1935 nos obliga a una ayuda recíproca en el caso de que uno de nuestros países fuese atacado por otra potencia, pero no en el caso de guerra causada por la intervención de uno de nosotros en los asuntos de otra nación<sup>68</sup>...”»

No es improbable que la prudente actitud de la URSS (así como de Gran Bretaña) haya contribuido en gran medida a las tergiversaciones del gobierno Blum.

A principios del mes de septiembre de 1936 se celebró en Moscú una reunión extraordinaria del Politburó durante la cual Stalin anunció su decisión de ayudar a la España republicana en su lucha contra Franco. W. G. Krivitsky, que en aquella época era el jefe del espionaje militar soviético en Europa occidental cuenta que recibió dos días más tarde el siguiente mensaje: «Amplíe inmediatamente sus operaciones para abarcar la guerra civil española. Movilice a todos los agentes y todos los medios disponibles para crear rápidamente un sistema de transporte de armas a España<sup>69</sup>». Pero como también había que vigilar «el buen uso» que se hiciera de ellas, Stalin ordenó a Iagoda, por entonces jefe del NKVD, que instalara una red en España. El 14 de septiembre Iagoda convocó una conferencia de urgencia en la Lubianka, sede de la policía secreta política de Moscú —y todavía hoy, prisión famosa—. Durante esta conferencia se nombró a un oficial veterano de la NVKD para que dirigiera las redes en España; era Nikolsky, que operó con el nombre de Orlov. En esa época se estaba perfilando un importante movimiento de solidaridad que se concretizó en la partida de voluntarios para España. Algunos de éstos no eran ni mucho menos comunistas estalinistas (ni tan siquiera comunistas) y su contacto con la realidad revolucionaria de España (así como la experiencia que algunos tenían de la dictadura estalinista) representaba un peligro político para el estalinismo. Los agentes de la NKVD debían hacer que reinase el orden entre estos voluntarios. Por lo tanto tenían que infiltrarse y controlar a las «Brigadas Internacionales» con un doble fin: el de capitalizar su valor en el combate

<sup>68</sup> J. Hernández, *La grande trahison*, Ed. Fasquelle, París, 1953, pág. 34.

<sup>69</sup> W. Krivitsky, *Agente de Stalin* (ed. original: *In Staline's Secret Service*, New York, Harper Brothers, 1939).

<sup>67</sup> Fernando Claudín, *Op. cit.*, pág. 180.

(que muchas veces fue real) Únicamente en provecho del estalinismo y el de liquidar a todos sus oponentes reales o «potenciales». Algunos de estos hombres, como André Marty, secundaron con tal eficacia a la NKVD en esta segunda labor que aquél se ganó el sobrenombre de «carnicero de Albacete».

Pero la ayuda militar de la URSS no era gratuita. Como es sabido, la República había pagado las armas por adelantado y con oro. El oro del Banco de España fue embarcado, el 25 de octubre de 1936, en Cartagena con destino a Odessa. Esta operación la dirigió Negrín, entonces Ministro de Finanzas, de acuerdo con sus colegas del Gobierno republicano. La cantidad exacta representada por ese oro ha sido muy discutida, pero se ha indicado que podían ser unos 510 millones de pesetas, aproximadamente. Tampoco conocemos la cantidad exacta de armas que enviaron los soviéticos. Según un documento del Departamento de Estado americano citado por Cattell y recogido por Broué y Temime: «El 25 de marzo de 1937, de 460 aparatos republicanos había 200 aviones de caza, 150 bombarderos y 70 aviones de reconocimiento rusos. Eran, sobre todo, bombarderos Katiuska y cazas I.15 e I.16, superiores a los primeros aparatos alemanes, pero muy inferiores a los Messerschmidt. Casi todos los tanques eran igualmente de origen ruso: los carros de 12 y 18 toneladas eran rápidos y estaban bien armados<sup>70</sup>».

Gran parte del material comprado con el oro español era —según los testimonios del Presidente vasco Aguirre y también según el propio Krivitsky— un material envejecido y muchas veces inutilizable, que «databa de la guerra de Crimea» dijo Aguirre. Como la URSS formaba parte del Comité de No-Intervención, la IC y la NKVD, crearon toda una serie de sociedades para comprar y transportar armas a la zona republicana y así quitar responsabilidades al gobierno soviético (que en cambio no soltó ni un gramo del oro recibido).

«...En casi toda Europa, en París, Londres, Amsterdam, Zurich, se habían creado empresas controladas por Moscú cuya misión era la de proporcionarnos armas como si se tratase de un comercio normal de país a país. Naturalmente, estos negocios se montaban con el dinero del Estado español. Aunque ya no dependiésemos exclusivamente del avituallamiento ruso, seguíamos encadenados a Moscú porque todas esas oficinas de compra las controlaban hombres del Kremlin que siempre podían aumentar o disminuir las expediciones, vinieran de donde vinieran, a su antojo.»

Hemos visto que Krivitsky se encargó personalmente de dichas oficinas de compra cuyos principales beneficiarios fueron algunos partidos comunistas:

«El PC francés, entre otros, adquirió una flotilla de 12 barcos mercantes que surcaban los mares por cuenta de la compañía marítima “France-Navigation”, compró la “Casa del Partido”, automóviles para sus dirigentes, creó periódicos como “Ce Soir”, todo eso con los fondos

para la “compra de armas” que Negrín había depositado en manos de los dirigentes comunistas franceses, fondos que, según Prieto, alcanzaron la suma de dos millones y medio de francos<sup>71</sup>».

A la URSS, para su sutil juego diplomático no le interesaba una rápida victoria de los militares franquistas y de sus aliados nazis y fascistas. Eso habría podido reforzar demasiado el campo fascista en Europa, habría asustado a las democracias occidentales y podría hacer que se aislara a la URSS. Pero tampoco le interesaba una victoria demasiado rápida de los republicanos, dada la importancia que tenían las fuerzas revolucionarias españolas al principio de la guerra civil, importancia, que en caso de victoria quedaría centuplicada pudiendo culminar en una revolución social no controlada (por nadie) que habría molestado —o que podría molestar— al juego diplomático de la URSS y de las demás potencias. Las consecuencias posibles de esa revolución asustaban, naturalmente, a todos los gobiernos. Era preciso que al mismo tiempo que se aplastaban todas las fuerzas revolucionarias, la República pudiese defenderse y que en caso de vencer lo hiciese bajo el aspecto de la más moderada de las repúblicas, reconocida como tal por las democracias occidentales y llena de agradecimiento hacia la URSS. Tampoco había que descartar la posibilidad de un compromiso entre ambas partes.

Las primeras armas rusas llegaron a España el 28 de octubre de 1936. Fueron confiadas inmediatamente al PCE y se utilizaron para la defensa de Madrid, que estaba prácticamente rodeada por las tropas franquistas. Nada más llegar las armas, subió el tono de los comunistas y de los consejeros soviéticos. Daban órdenes, exigían y eran escuchados. El chantaje funcionó casi siempre: «Obedeced, o no tendréis más armas». En Madrid, por ejemplo, los estalinistas opusieron un veto absoluto a la presencia de delegados del POUM en la Junta de Defensa, que teóricamente estaba formada por todas las organizaciones antifascistas. Y aunque todas ellas, excepto el PCE, en un principio habían aceptado la presencia de los delegados del POUM, estos, Gorkin y Andrade, tuvieron que volver a Barcelona sin haber obtenido satisfacción. Publicaron entonces en «La Batalla», el órgano del POUM, un artículo donde contaban lo sucedido. Antonov-Ovsenko, el cónsul general de la URSS en Barcelona, les respondió al día siguiente con una nota a la prensa en la que denunciaba «los manejos fascistas del POUM». «Algunos días después (cuenta Gorkin) tuve ocasión de hablar en Valencia con algunos ministros de la República.» El ministro de Propaganda le hizo reproches amistosos: «No hay que iniciar polémicas con los rusos en estos momentos: nos proporcionan armas». «De acuerdo, le respondí, pero a cambio de esas armas, que según pienso han sido debidamente pagadas en oro, ¿vamos a permitir que Stalin nos dicte su voluntad desde Moscú? Me parece que no se dan ustedes cuenta del peligro que representa el estalinismo y la política que quiere aplicar en España. A Stalin no le interesa nada el pueblo español, todo lo supedita a las necesidades de su política exterior.» Comunicó al subsecretario del

<sup>70</sup> Broué y Temime, Op. cit., pág. 341.

<sup>71</sup> J. Hernández, La grande trahison, Ed. Fasquelle 1953, páginas 47-48.

ministro mi convencimiento de que el estalinismo preparaba nuestra eliminación física. Añadí: «Y tengan cuidado, que después de nosotros les tocará a todos los que no acepten su dictadura». Entonces me confesó: «Están instalados en todas partes, intervienen en todo. Al mismo Presidente de la República le preocupa mucho lo que digan y hagan. Pero ¿cómo reaccionar? Ellos son los que nos proporcionan armas».<sup>72</sup> Añadamos tan sólo que precisamente por eso las proporcionaban.

De esta manera, los comunistas empezaron a utilizar al máximo la postura de fuerza que les proporcionaba la ayuda soviética y a justificar todos los temores de Gorkin, hasta llegar a la «eliminación física» de la oposición revolucionaria. Krivitsky escribe: «Si Stalin quería convertir a España en un peón en su juego para conseguir una alianza sólida con Francia y Gran Bretaña, tenía que eliminar toda oposición en la España republicana. El bastión de dicha oposición era Cataluña. Stalin había decidido sostener con hombres y con material solamente a los grupos que estuviesen dispuestos a aceptar sin reservas su dirección. Estaba dispuesto a no permitir que los catalanes tocasen nuestros aviones, con los que hubiesen podido obtener un éxito militar que habría aumentado su prestigio y su poder político en las filas republicanas»<sup>73</sup>.

Antes de enviar las armas, los soviéticos habían insistido mucho en que se realizase la restauración plena y total del poder central en la zona republicana. El embajador de Moscú en Madrid, Rosenberg, multiplicó sus gestiones en pro de la liquidación de las experiencias revolucionarias y de la autonomía de los comités obreros y para la instalación de un gobierno fuerte. En ese momento, un gobierno de ese tipo podía estar orientado «a la izquierda», si no, las masas le hubieran concedido tan poco crédito como al Gobierno Giral. Por lo tanto, el 4 de septiembre se creó un gobierno de Frente Popular en Madrid. Estuvo presidido por Largo Caballero, que también se reservó la cartera de Guerra y que declaró que se consideraba «el representante directo de todas las fuerzas que luchan en los diferentes frentes por el mantenimiento de la República democrática». En efecto, el nuevo gobierno estaba compuesto por representantes de todas las organizaciones y partidos antifascistas, excepto la CNT-FAI, que no entró a formar parte del Gobierno hasta el 4 de noviembre, pero que a pesar de ello hasta ese momento le prestaba todo su apoyo.

A pesar de su relativa incoherencia, Largo Caballero defendía una línea política mucho más a la izquierda que lo que les podía gustar a los estalinistas de todas las nacionalidades. Naturalmente era sensible a la necesidad de armamento y estaba dispuesto a hacer concesiones para conseguirlo, pero a veces se mostraba reticente e incluso abiertamente hostil ante los «consejos» de los soviéticos. Por ello, Stalin en persona, con su más bello estilo, le escribió una carta personal, convencido sin duda de que el tribuno obrero iba a derretirse al recibirla:

<sup>72</sup> Julián Gorkin. *Caníbales políticos*, Ed. Quetzal, México, 1941, pág. 91.

<sup>73</sup> Krivitsky, Op. cit., pág. 196.

«Habría que atraer al Gobierno —escribe Stalin— a la pequeña y media burguesía urbana o, en todo caso, proporcionarle los medios de tomar una postura neutral favorable al Gobierno, protegiéndola de cualquier intento de confiscación y garantizándole la libertad de comercio (...) No hay que alejar a los dirigentes de los partidos republicanos, sino por el contrario, hay que atraerlos, acercarse a ellos y asociarles al esfuerzo común del Gobierno. En particular, es necesario garantizar al Gobierno el apoyo de Azaña (el Presidente de la República [C. S.-M.]) y de su grupo y hacer todo lo posible para impedir sus vacilaciones. También es necesario para que los enemigos de España no vean en ella una república comunista y prevenir así su intervención abierta, lo que constituye el peligro más grave para la España republicana. Se podría buscar la ocasión de declarar en la prensa que el Gobierno de España no tolerará que nadie; sea quien sea, atente contra la propiedad y contra los legítimos intereses de los extranjeros en España, de los ciudadanos de los países que no apoyan a los fascistas.»<sup>74</sup>

He aquí, con un estilo de cura de pueblo, el programa que Stalin expuso a las fuerzas antifascistas españolas a cambio de la ayuda militar. Por una vez Trotsky no se equivoca cuando observa:

«Este chantaje no sólo les ha servido de coartada para su política contrarrevolucionaria a los republicanos, sino también a los socialistas e incluso a los anarquistas, que justificaron así su colaboración con el Gobierno exigida por los estalinistas. (...) Stalin, con sus armas y su ultimátum contrarrevolucionario, fue para todos esos grupos el salvador. Les garantizaba aquello que deseaban: la victoria militar sobre Franco, liberándoles al mismo tiempo de toda responsabilidad sobre la marcha de la revolución. Se han precipitado a esconder sus máscaras socialistas y anarquistas, esperando poder utilizarlas de nuevo cuando Moscú restableciera para ellos la democracia burguesa. Para colmo de comodidades, esos señores podían justificar su traición al proletariado por la necesidad de la alianza militar con Stalin. Por su parte, Stalin justificaba su política contrarrevolucionaria por la necesidad de la alianza con la burguesía republicana.»<sup>75</sup>

Todos los estalinistas, españoles o no, «políticos», «militares» o «policíacos» van a aplicar la línea contrarrevolucionaria definida por el Kremlin con brutal eficacia. Señalemos de paso que la inmensa mayoría de técnicos de todo tipo, agentes secretos, consejeros militares y demás (de los que mencionaremos algunos en este libro, pero que eran miles) serían ejecutados al volver a la URSS. Era el método habitual de la justicia estalinista: proceder periódicamente a la ejecución de sus ejecutores.

Por supuesto, el PCE era quien iba a realizar «el trabajo más duro». Ayudados por consejeros militares, políticos y policías de la IC y de la

<sup>74</sup> In Guerra y revolución en España, t. II, pág.s 101-102.

<sup>75</sup> L. Trotsky, *Ecrits*, Ed. IV Internacional, t. II, páginas 538-539.

NKVD, se esforzaron, no sin éxito, en modificar en la dirección deseada la política gubernamental —y la de los partidos del Frente Popular—, en militarizar las milicias, en defender la propiedad privada, en restaurar el poder del Estado centralizado, en una palabra, en frenar la revolución en marcha. También estuvieron encargados de demostrar teóricamente a las masas que esa política contrarrevolucionaria era la única política revolucionaria posible en esa «etapa de la lucha». En este aspecto fueron ayudados por los delegados de la IC, sobre todo por Ercoli-Togliatti y Codovila.

Así, un dirigente comunista dijo en marzo de 1937, al hablar de esa «manía de socializar e incautar»: «¿Por qué los trabajadores han caído en ese error? En primer lugar por desconocimiento del momento político en que vivimos, que les ha hecho creer que estábamos en plena revolución social<sup>76</sup>». Lo absurdo de la mentira burocrática alcanza aquí sus más bellas cimas: los trabajadores creen vivir una revolución social —hasta el extremo de que la hacen— pero felizmente el «partido de los trabajadores» está ahí para desengañarles, incluso con las armas en la mano si es preciso. El Partido es el propietario de la revolución y decide, en contra de las masas, en contra de los hechos, en contra de la misma revolución, que lo que está en el orden del día es... ¡la revolución burguesa! Así lo explica Dolores Ibarruri en el diario comunista «Mundo Obrero» del 30 de julio:

«Es la revolución democrática-burguesa que en otros países, como en Francia, se desarrolló hace más de un siglo, lo que se está realizando en nuestro país, y nosotros, comunistas, somos los luchadores de vanguardia en esta lucha contra las fuerzas que representan el oscurantismo de tiempos pasados (...) En estas horas históricas, el Partido Comunista, fiel a sus principios revolucionarios, respetuoso con la voluntad del pueblo, se coloca al lado del Gobierno que es la expresión de esa voluntad, al lado de la República, al lado de la democracia.<sup>77</sup>»

## Las colectivizaciones en Cataluña

Las colectivizaciones en la «zona republicana», especialmente en Cataluña y Aragón, son, a mi entender, el fenómeno más importante dentro de la maraña de acontecimientos revolucionarios de este periodo.<sup>78</sup> Las colectivizaciones, que fueron violentamente calumniadas por sus adversarios, encabezados por los comunistas, que fueron prácticamente ignoradas durante mucho tiempo por los historiadores o que fueron idealizadas por la mayoría de los comentaristas anarquistas, constituyen una realidad contradictoria donde aparece más claramente que, en el ámbito «militar» o «político», el carácter de lo que se estaba ventilando en aquella lucha. Se atacó todo el orden social, con las transformaciones en las relaciones de producción, se trastocó toda la vida económica, se derrumbó toda la pirámide jerárquica de la sociedad. No sólo se hacía tabla rasa de los «sacrosantos» principios de la propiedad privada sino también de aquellos otros principios —también «sacrosantos» para los llamados partidos de «vanguardia»— que justificaban la división entre dirigentes y ejecutantes.

Pero vamos a ver cómo, a lo largo de su experiencia, los trabajadores tuvieron que luchar —y cómo no supieron hacerlo eficazmente— no sólo contra las dificultades inherentes, por ejemplo, a la guerra, no sólo contra los adversarios declarados de las colectivizaciones, sino también contra los nuevos obstáculos surgidos de esa misma experiencia.

La primera comprobación que hacemos es la del carácter espontáneo de las experiencias de colectivización. En este movimiento masivo y espontáneo de las colectivizaciones es en lo que mejor puede basarse mi afirmación sobre la importancia del *movimiento autónomo* de las masas obreras en Cataluña que, de lo contrario, sería sólo cháchara «izquierdista».

En efecto, el 18 de julio los comités directivos de la CNT-FAI lanzaron la consigna de huelga general revolucionaria para hacer frente al levantamiento

<sup>78</sup> Han aparecido recientemente varios libros que tratan de las colectivizaciones en la zona republicana en general y en Cataluña en particular. Citaremos: Gaston Leval, *L'Espagne libertaire*, 36-39, Ed. du Cercle y Ed. de la Tête des Feuilles, Paris, 1972; es la versión, revisada y corregida del libro publicado en italiano con el título de *Ne Franco ne Stalin*. (En castellano: *Colectividades libertarias en España*, 2 vol. Editorial Proyección, Buenos Aires, 1972.) Frank Mintz, *L'autogestion dans l'Espagne révolutionnaire*, Editions Bélibaste, Paris, 1970.

En la propia Cataluña se han publicado (en catalán):

Albert Pérez-Baró, *30 mesos de collectivisme a Catalunya*, Ediciones Ariel, Barcelona, 1970.

Josep Maria Bricall, *Política econòmica de la Generalitat*, 1936-1939, Ediciones 62, Barcelona, 1970.

«Los de siempre», *Colectividades campesinas*, 1936-1399, Col. Acracia (Libertarios) n.º 15, Tusquets Editores, 1977.

Agustín Souchy Baver, *Entre los campesinos de Aragón (El comunismo libertario en las comarcas liberadas)*, Col. Acracia (Libertarios) n.º 21, Tusquets Editores, 1977.

<sup>76</sup> «Frente Rojo» (30 de marzo de 1937).

<sup>77</sup> Discurso del 25 de mayo de 1937, citado por B. Bolloten, Op. cit., pág. 92.

militar en Africa del Norte. «Exactamente el día 28 de ese mismo mes, los propios comités dieron pura y simplemente la orden de volver al trabajo.<sup>79</sup>» Ahora bien, desde el 21 de julio empezaron las primeras incautaciones. El movimiento empezó en los servicios públicos. Ese mismo día los ferroviarios catalanes colectivizaron los ferrocarriles. El 25 los transportes urbanos, el 26 la electricidad y así sucesivamente.

«Hasta los primeros días de agosto, la CNT no se encargó de modo oficial y organizado de canalizar las colectivizaciones.<sup>80</sup>» Su primera reacción oficial fue restrictiva: los dirigentes de la CNT intervinieron para que no fuesen colectivizadas las empresas extranjeras, como lo exigían a gritos los consulados.

En un gran movimiento de entusiasmo, los trabajadores, prescindiendo de cualquier tipo de «tutor», se lanzaron a colectivizar las industrias, los transportes públicos, los servicios públicos, comercios e incluso salas e industrias del espectáculo, cafés, hoteles, peluquerías, etc. Desde el principio cada colectivización constituía un caso particular, pero a pesar de ello pueden clasificarse en tres sectores principales (hablaré de la agricultura más adelante): 1) Empresas en las que el propietario seguía teóricamente en su puesto, pero en las que los trabajadores elegían un Comité de Control Obrero cuyos poderes, al menos al principio, eran tan reales como extensos (se trataba sobre todo de empresas extranjeras).

2) Empresas en las que se sustituye pura y simplemente al patrón por un comité electo.

3) Empresas *socializadas*.

La diferencia fundamental entre empresas colectivizadas y empresas socializadas consiste en que estas últimas agrupaban a todas las empresas en un mismo ramo productivo. El mejor ejemplo, sin duda, lo constituye la industria de la madera que, bajo la égida del Sindicato de la Madera (CNT), unificó todas las actividades relacionadas con la madera, desde la tala de árboles hasta la venta de muebles, reorganizando de arriba abajo talleres y almacenes. Las empresas socializadas constituían, no obstante, una minoría. Las empresas colectivizadas solían ignorarse mutuamente, incluso las de un mismo sector industrial, ya fuese el textil o el metalúrgico.

Estas colectivizaciones tuvieron una amplísima difusión en toda Cataluña, donde más del 70 % de las empresas industriales y comerciales fueron incautadas por sus trabajadores, pocos días después del levantamiento militar del 19 de julio. En algunas ciudades pequeñas —o pueblos— de la zona catalana, y sobre todo en Aragón, se implantaron unas fórmulas originales que unificaban a las colectivizaciones agrícolas e industriales, en el seno de una *comuna libertaria*.

Los protagonistas de esta oleada anticapitalista fueron, sin lugar a dudas, los trabajadores anarquistas y anarcosindicalistas de la CNT. Evidentemente no obedecieron a ninguna consigna de «arriba», puesto que sus dirigentes permanecían mudos al respecto, en un principio, ya que estaban muy ocupados «haciendo política» (y también organizando la guerra). Pero esto

no debió plantearles graves problemas de conciencia pues no hacían nada más que aplicar las ideas libertarias, sobre todo aquéllas plasmadas en el reciente Congreso de Zaragoza. Se apartaron de sus dirigentes en el sentido de que decidieron que había llegado el momento de poner en práctica dichas ideas, mientras que los líderes, por su parte, decidían que había que sacrificar el «programa del comunismo libertario» en aras de la unidad antifascista.

Hay que señalar que las colectivizaciones se vieron favorecidas objetivamente por la huida al extranjero —o al campo franquista— de muchos patronos, gerentes o directores de empresas. En su libro *Por qué perdimos la guerra*, Diego Abad de Santillán revela que durante los quince días que precedieron al levantamiento franquista, fueron retirados 90 millones de pesetas de los bancos catalanes. Por supuesto, los capitalistas no iban a huir con las manos vacías. Los patronos que se quedaron, que no fueron eliminados de la «esfera social» y que aceptaron el nuevo régimen, encontraron trabajo en su antigua fábrica según su cualificación profesional (se calcula que fueron un 10 %). Fueran ingenieros, o contables o agentes comerciales o incluso simples obreros. Su sueldo, el mismo que el de aquellos que cumpliesen idénticas funciones. Daniel Guérin no se equivoca cuando señala que los trabajadores catalanes, en relación con otras experiencias del mismo tipo, tuvieron la suerte de contar con la colaboración de un número relativamente importante de ingenieros y técnicos. «Durante más de cuatro meses, las empresas en las que ondeaba la bandera roja y negra de la CNT, fueron dirigidas por los trabajadores, agrupados en Comités Revolucionarios.<sup>81</sup>»

Sin embargo, pronto empezaron a surgir graves dificultades en algunos sectores industriales, dificultades que eran debidas, entre otras cosas, a la falta de materias primas y a la reducción de los mercados a consecuencia de la guerra. «La situación no es tan buena en la industria textil (muy importante en Cataluña en aquella época [C. S.-M.]): a causa de la carencia de materias primas sólo se trabaja 2 o 3 días a la semana en muchas fábricas, pero se paga el salario correspondiente a 4 días. La prolongación de esta situación debilita a las empresas. Las ganancias de los obreros, que sólo cobran un sueldo de 4 días, son insuficientes. Esto no es una consecuencia de la colectivización sino de la guerra. La industria textil catalana, ha perdido sus principales mercados. Parte de Andalucía, Extremadura, Castilla la Vieja y todo el norte de España, con la poblada e industrial región de Asturias, se encuentran en manos de los fascistas.<sup>82</sup>»

Lo que el autor no dice es que el Gobierno catalán encargaba tela para los uniformes del nuevo ejército al extranjero, tan grande era su desconfianza (por no llamarla de otro modo) en las colectivizaciones. La situación mejoró

<sup>81</sup> Daniel Guérin, *l'Anarchisme*, Ed. Gallimard, col. «Idées», pág. 157.

<sup>82</sup> A. Souchy, *Collectivisations: L'Oeuvre constructive de la Révolution Espagnole (1936-1939)* (recopilación de documentos), Ediciones de la CNT, Toulouse, reeditada en 1965, pág. 21. Durante mucho tiempo, este folleto ha sido el único trabajo medianamente sistemático sobre la cuestión, publicado en Francés.

<sup>79</sup> José Peirats, in «Presència», n.º 5 (septiembre-octubre de 1966).

<sup>80</sup> José Peirats, in «Presència», n.º 5.

a principios de 1937: la industria textil catalana trabajó entonces para el ejército republicano.

Sin embargo, los trabajadores cometieron varios errores graves. Uno de ellos fue el de no tocar a los Bancos, volviendo a caer en el error de sus ilustres antecesores de la Comuna de París. La Generalitat fue quien controló todas las Bancas catalanas. Esto le creó problemas con el Banco de España y por tanto con el Gobierno central, como veremos más adelante, pero al mismo tiempo le permitió ejercer una presión muy eficaz sobre las empresas colectivizadas con dificultades financieras o incluso tan sólo con dificultades de tesorería.

### *Las incautaciones*

El 27 de julio, los empleados de las agencias marítimas, afiliados a la UGT, se presentaron en sus oficinas y procedieron a la incautación de la Compañía Transatlántica. Lo mismo pasó en las Compañías Mediterráneas, Ibarra, Ramos, etc. Esta incautación constituye prácticamente el único ejemplo en el que la UGT tomó la iniciativa en relación con la CNT. Recordemos que la UGT, que era una organización esquelética en Cataluña, tenía no obstante algunas secciones entre los empleados, pequeños funcionarios y otros proletarios de «cuello blanco». Sin embargo, la CNT participó desde el primer momento en el Comité Central de control de la Compañía Transatlántica que estaba compuesto como sigue: 3 miembros de la CNT, 3 de la UGT y dos delegados gubernamentales, uno de la Generalitat, otro del Gobierno central.

La flota de esta compañía era de cien mil toneladas. La primera medida del Comité, Central que dirigía la actividad de los comités de navíos, almacenes, oficinas, etc., fue la de destituir al administrador-gerente, a su adjunto y a casi todos los responsables de la antigua dirección. *Se suspendió* igualmente el pago a los accionistas.

En Barcelona los servicios públicos de transporte, tranvías, metro y autobús formaban una única empresa privada. Desde el 19 de julio, el Sindicato Unico del Transporte decidió la incautación. La empresa quedó dividida en tres sectores: Tranvías, Metro y Autobús. Frente a cada ramo se eligió un Comité. La Generalitat también nombró un delegado, pero su papel, por lo menos al principio, tan sólo fue simbólico. La estructura organizativa creada por la sección de tranvías sirvió de modelo a las demás secciones. Se eligió un Comité de Empresa formado por un delegado de cada ramo o sección de trabajo. Cada sección tenía su Comité que organizaba su trabajo en coordinación con el Comité de Empresa. Una de las medidas más importantes fue la *igualación* de salarios. Los ingenieros y técnicos que continuaban en su trabajo, por ejemplo, vieron cómo disminuía su salario mientras que los salarios más bajos aumentaban. Se reorganizó el trabajo suprimiendo los puestos burocráticos que se consideraban inútiles. Desde julio de 1936 hasta el final de la guerra, los servicios de transporte urbano de Barcelona funcionaron mejor que antes —según numerosos testimonios— en manos de los trabajadores.

El 21 de julio los ferroviarios se apoderaron de las redes de ferrocarriles catalanes: M. Z. A. y Norte. Se constituyeron inmediatamente Comités Revolucionarios que se ocuparon también de la defensa de las estaciones y de los nudos de comunicación. También aquí, como en el caso de los transportes urbanos, y como en el 99 % de los casos, fueron los militantes de la CNT quienes tomaron la iniciativa, pero después, los miembros de la UGT —empleados, técnicos— formaron parte de los Comités Revolucionarios en plano de igualdad con los de la CNT, sin tener en cuenta la proporción de afiliados. Todas las redes catalanas de ferrocarril fueron colectivizadas por los ferroviarios, organizados en Comités Revolucionarios de estación, depósitos, etc. Se comunicó a los antiguos jefes de servicios que estaban despedidos. Algunos, sin embargo, volvieron al trabajo, no ya en calidad de directores —papel que asumían los Comités— sino en calidad de técnicos.

En Cataluña, el servicio telefónico era propiedad privada de un trust americano. Obedeciendo a las órdenes de la Generalitat y a la de sus propios dirigentes, los sindicatos de teléfonos no colectivizaron esa empresa, pero instauraron en ella un rígido control obrero, dirigido por comités CNT-UGT en cada central, en toda Cataluña. Los «patronos» americanos —o sus representantes españoles— no tuvieron otra actividad que la de controlar las «entradas» y «salidas» de sus pesetas. Entre otras medidas se les impuso el licenciamiento de los directores y jefes de servicio considerados inútiles y demasiado bien pagados.

Sería demasiado largo enumerar la lista de colectivizaciones. Antes de estudiar con más detalle algunos casos concretos, señalemos que la marea «colectivista» invadió casi toda la actividad productiva de Cataluña, incluso las peluquerías: los peluqueros sindicados despidieron a sus patronos y administraron ellos mismos sus salones, suprimiendo las propinas e imponiendo precios únicos. En algunos cafés y hoteles se hizo lo mismo. Los comunistas, al querer demostrar la «locura colectivista» de los anarquistas, han dicho que los famosos burdeles del no menos famoso «barrio chino» de Barcelona también fueron colectivizados. Pero no hemos encontrado rastro alguno de esa interesante iniciativa en los documentos y libros que tratan de este tema...

Por el contrario, existe una abundante documentación sobre las colectivizaciones realizadas por el Sindicato del Espectáculo CNT. Toda la actividad teatral, cinematográfica, ballets, «music hall», fue colectivizada. Productores, patronos y demás propietarios fueron despedidos y el sindicato regentó directamente todas las actividades del espectáculo, encargándose tanto de los programas como de las retribuciones de los artistas, el precio de las entradas, etc.

### *El Sindicato de la Madera*

El Sindicato de la Madera realizó, como ya dije, la «socialización» de esta industria. Es el ejemplo de lo que la CNT entendía entonces por *socialización*: unificación de todas las empresas y actividades de un ramo industrial en el seno de una única entidad socializada, administrada



directamente por el correspondiente sindicato. El sindicato —y no sólo el de la Madera, por supuesto— cambió de «naturaleza». De un organismo de «lucha revolucionaria y económica del proletariado» que decía ser —lo que en gran medida había sido realmente la CNT antes del 36— se convirtió en el organizador y gerente de una serie de sectores esenciales de la economía, una vez que «los expropiadores habían sido expropiados». En la Cataluña revolucionaria, el Sindicato (CNT) iba a desempeñar un papel prácticamente sin igual en la historia del movimiento obrero internacional: en pocos días se convirtió en la primera fuerza política del país —desempeñando un papel determinante desde el Comité Central de Milicias, hasta el más oscuro Comité Revolucionario de barrio—, la fuerza militar más importante, aunque sólo fuese por la cantidad de milicianos, y al mismo tiempo, el elemento primordial de la economía catalana, cuyas tres cuartas partes habían sido colectivizadas por los *propios trabajadores*. Esta original situación causó toda una serie de problemas y contradicciones. La primera y más evidente de todas ellas fue el nacimiento —rápidamente liquidado por la derrota— de una *burocracia obrera*.

\* \* \*

El 6 de octubre de 1936 el Sindicato Único del Ramo de la Madera (CNT) publicó un informe sobre su actividad, que empezaba así:

«NOSOTROS VAMOS A POR TODO. Ya decíamos en otro artículo que hay que ir a por todo, que hay que trastocar todo lo existente; hay que sanear los focos de infección. Tenemos que dar una sensación de estabilidad reconociendo que al régimen burgués le ha tocado su hora final.

Tenemos que hacer renacer la confianza entre los trabajadores. Tenemos que decirles y les decimos: Obreros de la Madera: los patronos no existen, y para que lo veáis claro presentamos este balance. Los patronos, carpinteros, cobijados en la guarida de *trabucaires* del Fomento,<sup>83</sup> ya que no existen, y en su lugar el Ramo de la Madera ha instalado una de sus oficinas.

La canalla ebanista que tenía su sede en la Escuela de Artífices, hoy completamente desorganizada, destruida, ya no existe, y el local y documentación están bajo nuestra custodia, La «Patronal Embaladora y Tapicera» también ha desaparecido. Locales y documentos están en nuestro Poder. Nosotros vamos a por todo, y tenemos el deber de imponernos, y nos imponemos como sector revolucionario. A los pequeños patronos, los reagrupamos en talleres grandes. Y conseguido esto, controlamos toda la producción. Al crearse nuestros talleres confederales, tenemos que imprimir ritmo a nuestras actividades. Nosotros queremos, y cuando lo decimos es que estamos seguros de poder ser en plazo corto los únicos que tengamos bajo nuestro control toda la producción. Todos los trabajos han de hacerse por medio del

Sindicato, ya que si bien es verdad que antes fueron organismos de lucha contra el capital, hoy han de ser los que regulen la producción<sup>84</sup>».

Idéntica vivacidad de tono encontramos en el texto siguiente, publicado el 25 de diciembre de 1936, en el Boletín CNT-FAI, pero esta vez no sólo va dirigido contra los patronos.

«...En vez de llegarse a la verdadera incautación, en vez de dar amplia satisfacción al pueblo, se obliga a los patronos a pagar el semanal y se aumentan los jornales y se reduce el horario. ¡Y esto en plena guerra! Hecha la incautación por la Generalitat de todos los valores, se admite la pignoración sobre unos inventarios imaginarios y se dan cantidades tan fabulosas que hoy se han de arrepentir cuando, hecho el balance, se pueda demostrar la cantidad de millones que se han gastado sin producir y que tan quebrantada han dejado a la economía.

Se ha creado una cantidad de burócratas parasitarios (subrayado por mí, [C. S.-M.]), que el Ramo de la Madera ha procurado aminorar en los trabajos que controla. Hay demasiados comités de control que no producen, y a esto no hay derecho... »

«El Sindicato de la Madera, con un sentido amplio de responsabilidad, dándonos cuenta del momento, quisimos, no tan sólo seguir la marcha de la revolución, quisimos encauzarla teniendo en cuenta nuestra economía, la economía del pueblo. A tal efecto recogimos todos los pequeños propietarios, aquellos pequeños patronos insolventes, sin medios propios de vida, nos hicimos cargo de los microscópicos talleres, compuestos de insignificante número de operarios, sin preguntarles a qué central sindical pertenecían, no viendo más que obreros que estaban inactivos, perjudicando la economía.

Pues bien: de estos talleres, valiéndonos de nuestros propios medios y de las cuotas de los trabajadores, montamos talleres confederales de doscientos o más trabajadores, como jamás existieran en Barcelona y poquísimos en el resto de España.»

Después de notificar la incompreensión y el sabotaje que esta reorganización de la industria de la madera levantó en todos los medios, se quejan de la actitud de los Comités de Control gubernamentales para con ellos. Estos, les vendieron las materias primas que necesitaban a unos precios exorbitantes. Sólo consiguieron ser tomados en serio —continúa el texto— cuando pagaron sus deudas en el plazo señalado, cualquiera que fuera el precio, cosa que nadie debía hacer en Cataluña. De todos modos, no basta con hacer algunas declaraciones de principio para eliminar el *espíritu mercantil* de las relaciones sociales. El texto concluye así:

«Hay un malentendido al afirmar que nosotros no aceptamos el Decreto de colectivización. Todo lo contrario, lo aceptamos, sólo que en

<sup>83</sup> «*Trabucaires* del Fomento»: los bandidos de la organización patronal (Fomento).

<sup>84</sup> Archivos personales.

el terreno práctico le damos otra interpretación. Lo fácil, lo lógico para algunos hubiese sido hacer esas colectivizaciones que no son otra cosa que grandes cooperativas, en las cuales, sólo las industrias con vida propia tendrán asegurada su existencia. Pero, en cambio, dejan abandonadas a las pobres a sus propios medios, que no es otra cosa que crear dos clases: los nuevos ricos y los eternos pobres. ¡Desigualdad que no se puede consentir! Nosotros aceptamos la colectivización de todas las industrias, pero con una sola caja, llegando al reparto equitativo. Lo que no aceptamos es que haya colectividades pobres y ricas. He aquí el verdadero problema de la colectivización: o se colectivizan todas las ramas de la producción en general, o se deja en libertad de hacer ensayos prácticos ...<sup>85</sup>»

El verdadero problema de las colectivizaciones era el planteado por la desigualdad, debida a todo tipo de factores (falta de dinero, de mercados, de materias primas, etc.) entre las empresas colectivizadas que, en su mayor parte eran independientes, formando una entidad aislada y actuando cada cual en su propio provecho.

El problema de la coordinación entre las empresas colectivizadas fue rápidamente percibido por numerosos sectores de la CNT y no sólo por el Sindicato de la Madera. En octubre de 1936 se celebró en Barcelona un Congreso sindical que representaba a 600.000 trabajadores cuyo objeto era la socialización (en el sentido que se ha indicado anteriormente) de la industria. Se decidieron adoptar una serie de medidas prácticas tendentes a agrupar a todas las actividades de las diferentes ramas, todo esto bajo la égida y el control de los sindicatos. Pero estas medidas que pretendían responder a las dificultades reales, nunca se aplicaron de una manera efectiva. Seguidamente, el Decreto de Colectivización de 24 de octubre de 1936, propuso una organización diferente en la que, naturalmente, el Estado sería quien controlara todo el aparato de los sindicatos y de los diversos comités.

Para luchar contra el problema de las colectividades «ricas» que se desinteresaban de la suerte de sus «hermanas pobres», todos, tanto la Generalitat, como los sindicatos, multiplicaron las gestiones administrativas y burocráticas, los organismos de control, etc. —los *burócratas parasitarios* denunciados por el Sindicato de la Madera —que no llegaron a conseguir una verdadera «planificación democrática», pero que en cambio hicieron que proliferaran los conflictos y los abusos inherentes al *funcionarismo obrero*.

El Sindicato de la Madera parece que consiguió bastante bien, por lo que a él respecta, resolver el problema de la coordinación. Como hemos visto, se desembarazaron rápidamente de los patronos, agruparon en amplios talleres a los pequeños artesanos ebanistas y otros, con los obreros carpinteros, etc., talleres que también se encargaban de la venta de los productos que fabricaban. El paso de las empresas *microscópicas* y desperdigadas por todas partes a los talleres confederales donde estaban agrupados las diversas

actividades de la industria de la madera, permitía una planificación de la producción, una reducción de la burocracia improductiva y una *igualación de los salarios de los trabajadores*, medida que se encuentra en la inmensa mayoría de las experiencias de colectivización. Teóricamente parece que existían las condiciones necesarias para una verdadera gestión obrera de la producción. Pero el «gerente» estaba explícitamente designado; era el *sindicato*. Cuando los textos del Sindicato de la Madera afirman que los sindicatos eran quienes tenían que «gestionar la producción» están dentro de la más pura ortodoxia de la CNT. Como yo siento una gran desconfianza hacia cualquier ortodoxia, me hubiera gustado ir más allá de las palabras y saber con más exactitud lo que significaba *gestión sindical* en la industria de la madera. Nos faltan documentos —o yo no he sabido encontrarlos. Para mí resulta evidente que no se puede en modo alguno confundir sindicato de la madera con trabajadores de esa industria. Pongamos un ejemplo banal: Sindicato puede querer decir el secretario general y sus adjuntos, como el conjunto de los miembros de la CNT (o sea la mayoría de los trabajadores) ejerciendo democráticamente sus derechos y realizando de verdad y colectivamente la gestión de la producción.

En el primer caso, «en nombre del sindicato», los dirigentes de este último podían *imponer* algunas medidas a los trabajadores, manipular las asambleas y los votos y, a fin de cuentas, reconstruir el monopolio del saber y del poder en provecho de la «dirección». Es un conocido mecanismo —que resumo— que conduce a la jerarquización burocrática. En el segundo caso, sería interesante estudiar cómo se hubiera ejercitado la democracia y la gestión obreras a través del Sindicato y cuáles eran las relaciones de la CNT con la minoría UGT y con los no sindicados —por lo menos durante las primeras semanas—, pues la adhesión a un sindicato se hizo muy pronto prácticamente obligatoria. La ideología de la CNT constituye aquí un obstáculo para el análisis: puesto que el sindicato es la forma superior de organización social y de democracia obrera, la gestión de una industria por el sindicato correspondiente ¡tiene que ser obligatoriamente eficaz y democrática! La palabra mágica de sindicato oculta los conflictos que pudieran existir.

### *La industria textil*

La industria textil era tradicionalmente una de las más importantes industrias catalanas. Pero su estructura era arcaica, incluso para aquella época y por ejemplo, menudeaban los pequeños talleres.

He aquí algunos aspectos del balance oficial de la colectivización en la industria textil, según el informe del Sindicato único de Barcelona (CNT) publicado sin fecha, en el folleto de la CNT: *La obra constructiva de la revolución española*:

«Una de las industrias más importantes de Cataluña, que está concentrada especialmente en Sabadell y Tarrasa, es la textil. El Sindicato único controla, solamente en Barcelona, a 40.000 trabajadores de la CNT. El total de trabajadores controlados por las dos centrales sindicales asciende a 230.000 obreros, de los cuales 170.000 pertenecen

<sup>85</sup> Archivos personales.

a nuestra Confederación. Entre los trabajadores sindicados un 70% pertenece a la CNT y un 30 % a la UGT.

Jornales: Antes del movimiento los trabajadores del sector de tintorería percibían un salario de 68 pesetas a la semana. Hoy día perciben 78,20, lo que representa un aumento del 15 %. Los trabajadores del sector de mantenimiento perciben el mismo salario.

*Tricotaje:* los trabajadores de esta subdivisión trabajaban por piezas y antes del 19 de julio ganaban 175 pesetas a la semana, en base a una media de 10 horas de trabajo por día. Hoy, ganan 135 pesetas a la semana de 40 horas y trabajan por días.

Las obreras que trabajaban por pieza sobre "Standard" y percibían 60 a 70 pesetas, perciben hoy un salario de 65 pesetas a la semana.

Los salarios de los técnicos industriales han pasado de 250-350 pesetas a 200-250 pesetas a la semana.

El de los encargados de servicio, de 125 a 125-130 pesetas.

Según estas cifras, parece que los salarios han sufrido una disminución.

En realidad ha habido una evidente ventaja para el obrero, puesto que tiene un salario fijo, seguro y permanente al desaparecer el trabajo por piezas. Antes del 19 de julio, los obreros trabajaban con "Cotton" y "Standard"; para conseguir los salarios que mencionábamos antes, tenían que hacer 80 horas semanales; hoy día, en las fábricas en las que no se ha adoptado la semana reducida (por escasez de materias primas) sólo se trabaja 40 horas.

El coeficiente de salario-horario es muy superior en este momento al que se practicaba bajo el régimen burgués.» (Estos argumentos me parecen poco convincentes [C. S.-M.]

«*Milicias en el frente.* El número de afiliados a la CNT del sector textil, que han abandonado su trabajo en las fábricas y talleres controlados por nuestra Confederación para ir al frente es muy elevado. Podemos decir que en el momento actual la mano de obra se ha reducido mucho en este ramo de la industria. En Barcelona-ciudad, 20 a 25.000 hombres, afiliados a la CNT, han partido como voluntarios al frente, mientras que de la UGT sólo lo han hecho 3.000.

Donativos para las víctimas del fascismo. El SUFT (Sindicato Unico Fabril y Textil) ha ofrecido hasta hoy al Comité, para las víctimas del fascismo 2.500.000 pesetas. Debido a la disminución del trabajo por falta de materias primas, los donativos, que antes eran de 110.000 pesetas semanales, han descendido a 55.000<sup>86</sup>».

Después de indicar que los trabajadores del textil cedían del 5 al 15% de sus salarios, según el importe, al Comité de Milicias para las necesidades de la guerra, el informe continúa describiendo la estructura de la organización de las empresas colectivizadas. Quizá sea de lamentar la imprecisión de la

fórmula «casi toda la industria textil está colectivizada en Cataluña», que nos indica cual era el porcentaje de industria que todavía era privada, ni las relaciones entre la industria colectivizada y los Comités de Control en la industria privada. Sin embargo, la segunda parte de este informe que empieza por: «Cuando hayan implantado la colectivización, los Comités de Control se convertirán en Comités técnicos administrativos», parece indicar que en el momento en que ese informe fue redactado (septiembre u octubre de 1936, por las alusiones al Comité de Milicias) la colectivización estaba muy lejos de haber acabado.

La estructura organizativa era clásica desde el punto de vista de la CNT. Se trataba de una pirámide de comités: Comité de Empresa, Comité Local que reagrupa a los delegados de los Comités de Fábrica de la localidad, Comité de Zona, Comité Regional (para la CNT, Cataluña siempre fue una «región») y Comité Nacional del Textil. Los textos insisten en el aspecto democrático de las estructuras organizativas, no sólo porque todos sus comités han sido elegidos, sino también porque, en caso de conflicto, se decide recurrir a la Asamblea plenaria de trabajadores de una empresa o incluso de una localidad, y esta Asamblea es la que decide. Cuando el conflicto se sitúa a un nivel más «elevado», zona, región o nación, los Asambleas de delegados o los Congresos son los que naturalmente deciden.

*Sobre el papel* parece que hay una coordinación, a través de los comités elegidos, entre todas las empresas textiles catalanas, que hacía que fuera posible luchar contra las desigualdades de las que ya he hablado. Ahora bien, el informe se limita a constatar que, debido al trabajo y a los salarios reducidos, los trabajadores de algunas empresas sólo podían pagar una cotización pequeña para las necesidades de la guerra. No se mencionan los medios previstos para remediar esta situación. ¿Llegó dicha coordinación a superar realmente el estadio de los buenos deseos? Por lo demás, no se sabe lo que subsistió una vez que el Decreto sobre colectivizaciones hubo levantado otra estructura estatal-sindical.

También nos gustaría tener mas información sobre el hecho de que cada comité, que a su vez estaba subdividido en cuatro o cinco departamentos, podía nombrar «al personal técnico y burocrático (sic) necesario para realizar sus funciones».

### **La industria metalúrgica**

En el sector metalúrgico las cosas tampoco fueron demasiado sencillas. Hay que señalar, ante todo, que algunas fábricas metalúrgicas bastante importantes eran extranjeras y que, por lo tanto, no fueron colectivizadas. Algunas, como la Barret, S. A., que había sido colectivizada, cuando el Consulado belga intervino comunicando que el 80 % del capital de esa empresa era belga, tuvieron que dar marcha atrás y pasar de la colectivización al control obrero.

Evidentemente, la metalurgia catalana se convirtió por completo —o casi por completo— en una industria de guerra, a la que se intentó colocar, primero bajo control directo del Comité de Milicias, luego bajo el control de la Generalitat y por último bajo el del Gobierno central, como se verá más

<sup>86</sup> A. Souchy: *Collectivisations....* págs. 48-50. Hay que señalar como «vestigio reaccionario del pasado» que la discriminación salarial respecto a las mujeres (sin duda alguna reflejo de una discriminación más generalizada), persistió tanto en las colectividades industriales como en las agrarias.

adelante. Pero a pesar de todo también en este sector la iniciativa obrera se desplegó un poco por todas partes. Citemos el ejemplo de la fábrica Hispano-Suiza:

«TALLERES HISPANO-SUIZA:

»Los talleres de esta importante empresa se cuentan entre los que trabajan con mayor intensidad en las más diversas ramas para el avituallamiento de las milicias obreras. Las organizaciones sindicales, desde un principio, procedieron a la incautación de la fábrica y a la organización del trabajo bajo la dirección íntegra de los organismos creados por el proletariado con el fin de adaptar la fabricación a las necesidades impuestas por la guerra civil. Nunca se ha realizado de un modo tan completo y tan rápido una modificación de los servicios para transformar una producción de paz en una producción de guerra. Los productos que salen de todos los establecimientos de la industria metalúrgica para el servicio de la guerra, están sometidos al control del Comité de Milicias, que actúa por medio de un delegado directo nombrado especialmente para ello. El camarada que realiza estas funciones tan complejas y delicadas es uno de los miembros más destacados del Sindicato Unico de la Metalurgia (CNT). Tiene sus oficinas instaladas dentro de la fábrica Hispano-Suiza, por lo tanto, la dirección de la producción metalúrgica de guerra se encuentra centralizada ahí.

»Hay 1.000 obreros trabajando bajo el régimen de la empresa colectivizada. La suma total de los salarios de la semana asciende a 110.000 pesetas.

»La dirección interior de la fábrica está asegurada por un Comité de Empresa, formado por un representante de cada sector, incluidos los delegados de los técnicos, empleados de oficina, ingenieros, etc.

»Se han construido en la fábrica las siguientes especialidades:

- Camiones blindados.
- Bombas de mano (granadas).
- Ambulancias.
- Soportes para ametralladoras.
- Correas y sacos de campaña.

»La fabricación de tanques y obuses está en estudio.

»Además se sigue con los trabajos habituales: fabricación de automóviles y motores de avión. De estos últimos se han mandado algunos al aeródromo del Prat y al Gobierno de Madrid.

»El estado de ánimo de los trabajadores es admirable. Todos trabajan concienzudamente en la elaboración de esos instrumentos, tan útiles para la lucha antifascista. Durante los siete primeros días, se blindaron quince camiones con doble tabique metalizado y corcho aislante, lo que representa un considerable récord. Todos esos camiones han sido enviados a los frentes de Aragón.

»La producción de granadas asciende a quinientas al día, completamente terminadas y cargadas. Consideramos superfluo indicar que tales granadas son de manejo seguro y de gran poder mortífero.

»Por el momento no es posible establecer cuadros comparativos con la situación anterior, pues la diferencia de trabajo y circunstancias creadas por la guerra civil falsearían los cálculos. Pero el ritmo de trabajo de esta empresa y su situación financiera nos permite tener grandes esperanzas. Esta será una de las más notorias manifestaciones de las posibilidades del proletariado y de la nueva organización, tan llena de promesas para el futuro<sup>87</sup>.»

### *El Decreto sobre colectivizaciones y sus consecuencias*

Los pocos ejemplos de colectivización que acabamos de ver sólo pueden darnos una idea muy somera y posiblemente abstracta de lo que en realidad fue ese movimiento. Hay que poder imaginarse lo que representaba: centenares de miles de trabajadores, de un día para otro, se iban a encontrar en una situación que sin duda alguna habían soñado, pero que nunca habían vivido. Los patronos habían sido aniquilados, la propiedad privada abolida, ellos eran ahora los dueños. Durante casi cuatro meses (desde julio al 24 de octubre de 1936), ninguna autoridad patronal o estatal se atrevió a invadir el terreno conquistado. Todo estaba por inventar. Y naturalmente había que hacerlo basándose en las ideas libertarias sobre la cuestión, pero tales ideas definían una línea de conducta general y no aportaban solución a los problemas concretos. Y estos problemas (cajas vacías, carencia de materias primas, carencia de mercados, etc.) eran cotidianos y la guerra civil hacía que su solución fuese todavía más difícil.

Hay que repetir que cada colectivización era un caso particular. En el fervor del primer período (hasta el Decreto de Colectivización) las soluciones aparecían sobre la marcha. Parece que es durante ese período cuando la democracia directa fue más completa: las asambleas de trabajadores son las que eligen a los Comités de Empresa (o de Control) y también son las que deciden sobre todas las cuestiones importantes.

En los servicios públicos (ferrocarril, transportes urbanos, electricidad, etc.), la naturaleza misma de su trabajo unía entre sí a los trabajadores de una ciudad, e incluso, hasta cierto punto, a los de toda Cataluña. Algo parecido ocurría con la metalurgia, que se había transformado casi por completo en una industria de guerra (pero en este caso se plantearon problemas particulares de los que volveremos a hablar). Se hicieron algunos intentos de coordinación entre empresas de un mismo ramo industrial, no sin éxito —por ejemplo, el Sindicato de la Madera— o entre todas las industrias de algunas ciudades catalanas. Pero generalmente cada empresa autogestionada constituía una entidad autónoma, un bastión, a la vez aislado (respecto a los problemas financieros u otros) y asociado al conjunto del movimiento por mil lazos. Esto es fácil de comprender: los trabajadores de cada empresa se ocupaban en primer lugar de reorganizar su vida y su

<sup>87</sup> Ibid., pág. 71.

trabajo dentro de su empresa. Pero muy pronto esta situación planteó problemas económicos (aun cuando los problemas *puramente* económicos no sean sino, una añagaza más). La guerra, las necesidades de todo tipo de la población, etc., exigían que se desviase la producción en determinadas direcciones y algunas empresas continuaban produciendo las mismas cosas que antes de la guerra sin encontrar salidas. Sobre esto podemos dar un ejemplo pintoresco: bajo el entusiasmo producido por crear una «nueva vida», una sociedad «proletaria», se hizo una gran campaña, por otra parte espontánea, contra el modo burgués de vestirse (hasta los burgueses se vestían como si fuesen obreros para pasar desapercibidos). El sombrero, símbolo del modo de vestirse burgués, cayó en completo desuso. Ahora bien, los obreros sombrereros, a través de su sindicato, protestaron contra esta «discriminación». Toda su vida habían hecho sombreros, por lo tanto continuaban haciéndolos, pero como nadie los llevaba, ¿cómo venderlos? Se encontraron ante una situación sin salida... Este ejemplo «chaplinesco», escogido entre otros muchos, demuestra en todo caso que era necesaria una reconversión de determinadas ramas industriales. No bastaba con seguir produciendo, también y sobre todo, había que producir de otro modo... «Producir de otro modo» exigía, una vez más, saber quién *decide* qué y como producir. La «producción por la producción» no puede ser en ningún caso el objetivo de una economía autogestionada. La meta que había que alcanzar tenía que ser la de producir para satisfacer cada vez más las necesidades *libremente expresadas* de las masas. Evidentemente, la inmensa mayoría de los catalanes estaba de acuerdo sobre algunas prioridades debidas a la guerra: creación de una industria de guerra, avituallamiento de las milicias, etc. Pero los problemas no acababan ahí.

La coordinación, la reconversión de determinadas industrias, la nueva orientación que había que dar a la producción, la *igualdad* de condiciones de vida y de salario, no ya sólo dentro de cada empresa, sino también para todos los trabajadores catalanes, etc., exigían que se crearan puentes entre las islas de ese inmenso archipiélago que eran las empresas colectivizadas. Durante los cuatro meses del primer período, fueron los sindicatos (sobre todo la CNT) quienes constituyeron el único lazo entre los trabajadores de las diferentes empresas, las diferentes ciudades y las diferentes ramas industriales (la CNT llegó a crear incluso un Consejo de Economía que sólo tuvo un papel de consulta). Ese nexo, como hemos visto y volveremos a ver, en el transcurso de los días se fue haciendo cada vez más burocrático, pero esto les parecía perfectamente normal a los trabajadores, que en su mayoría estaban sindicados en la CNT y aceptaban en gran medida la ideología cenetista según la cual los sindicatos —después de la revolución— se convierten en los órganos de gestión de la producción.

Pero nosotros sabemos que los Estados Mayores de la CNT, no sólo no habían organizado las colectivizaciones, sino que éstas se habían realizado a *pesar suyo*. Al adquirir tal envergadura el fenómeno, la CNT, también la UGT e incluso la Generalitat, se impresionaron. La economía catalana estaba prácticamente en manos de los trabajadores, no podían seguir ignorando ese hecho. Por supuesto el Estado catalán se basó en las lagunas y

los defectos, a veces reales, a veces ficticios, de esas experiencias, para hacerse cargo de las colectivizaciones.

Las «exigencias de la racionalización económica» ocultaron en este caso también las intenciones más profundas de las burocracias políticas. ¿Quién dirigía la economía catalana una vez desposeídos los patronos? Nadie. Ese era el escandaloso hecho que no podían tolerar. Después de cuatro meses de creatividad, de democracia obrera, de tanteos y ¿por que no?, de errores, se podían proponer varias soluciones, ya fuese para ir más lejos, ya para «reimplantar el orden». Se eligió la solución más autoritaria posible, dentro del contexto de la Cataluña revolucionaria.

\* \* \*

El 24 de octubre de 1936, el Gobierno catalán institucionalizó por Decreto las colectivizaciones. Esto ha sido presentado en muchas ocasiones, hasta por gran número de exégetas de tendencia libertaria, como el simple reconocimiento de lo que habían realizado los propios trabajadores. En realidad, era exactamente lo contrario: el Estado se hace cargo de las colectivizaciones, en primer lugar, para limitarlas pero también, y sobre todo, para ampliar su propia influencia y su control en detrimento de la autonomía obrera. En el transcurso de los días y debido a la acumulación de problemas que plantea inevitablemente una transformación radical de la vida económica en plena guerra civil, se podían haber encontrado diferentes soluciones. El hecho de que se hayan escogido las previstas por el decreto no tiene nada de asombroso. No se puede aislar la cuestión de las colectivizaciones de los demás problemas que planteaba diariamente la situación revolucionaria. También en este caso, como vamos a ver, los dirigentes anarquistas eligieron la autoridad como habían elegido —o elegirían— la «unidad antifascista» contra la revolución, el Ejército contra las milicias, etc.

El Decreto había sido preparado por el Consejero de Economía del Gobierno catalán, Juan P. Fábregas, quien no se afilió a la CNT hasta julio de 1936. Anteriormente había sido director del Instituto de Ciencias Económicas de Barcelona y estaba políticamente ligado a los medios nacionalistas burgueses de la Lliga. Parece que el Decreto fue ásperamente discutido por las diferentes tendencias políticas representadas en la Generalitat, antes de ser aprobado. Pues algunos lo encontraban demasiado revolucionario...

### *El Decreto y la organización de la economía*

«ARTÍCULO PRIMERO. De acuerdo con las normas que quedan establecidas en el presente decreto, las empresas industriales y comerciales de Cataluña se clasifican en:

A) *Empresas colectivizadas*, en las cuales la responsabilidad de la dirección recae en los propios obreros que las integran, representados por un Consejo de Empresa.

B) *Empresas privadas*, en las cuales la dirección va a cargo del propietario o gerente con la colaboración y el control del Comité obrero de Control.

A) *Empresas colectivizadas*

ART. 2: Serán obligatoriamente colectivizadas las empresas industriales y comerciales que el día 30 de junio de 1936 ocupaban a más de cien asalariados, y asimismo aquéllas que, ocupando una cifra inferior de obreros, sus patronos hayan sido declarados facciosos o hayan abandonado la empresa. No obstante, las empresas de menos de cien obreros podrán ser colectivizadas si se ponen de acuerdo la mayoría de los obreros y el propietario o propietarios. Las empresas de más de cincuenta obreros y de menos de cien podrán también ser colectivizadas, siempre que así lo acuerden las tres cuartas partes de los obreros. El Consejo de Economía (del gobierno catalán [C. S.-M.]) podrá acordar también la colectivización de aquellas otras industrias que, por su importancia dentro de la economía nacional o por otras características, convenga sustraerlas de la acción de la empresa privada.»

Recordemos a quienes estuviesen tentados de encontrar estos artículos muy favorables a la idea de la colectivización que todo lo que esta estipulado en ellos ya había sido realizado por los obreros desde hacia cuatro meses y que además, en ese momento, era políticamente imposible volverse atrás. Además, en el decreto hay un primer intento de limitación, al querer dejar al margen de las colectivizaciones a las empresas de menos de 100 obreros. Pero estas empresas constituían la *inmensa mayoría* en la Cataluña de 1936 —observemos de paso que casi todas ya estaban colectivizadas. Según el Decreto, el Sindicato de la Madera, por ejemplo, hubiese tenido que devolver al sector privado el enorme porcentaje de talleres que contaban con menos de 100 obreros el 30 de junio de 1936. Naturalmente no lo hizo.

Incluso desde el punto de vista de la productividad, era completamente absurdo dejar que una masa de empresas comerciales e industriales microscópicas vegetasen, como ocurría en España que estaba muy atrasada en relación con los países industriales europeos. Su reagrupación y fusión era una condición necesaria para la expansión —como se dice hoy día. Esta medida, por lo tanto, iba en contra de la «filosofía» del Decreto que, apoyada por todos los Estados Mayores políticos, pretendía organizar la economía obedeciendo a los imperativos de la producción.

Pero no era a esos supuestos «imperativos de la producción» a los que obedecían sino a los imperativos políticos, a fin de no enajenarse a las capas medias al atacar los sacrosantos principios de la propiedad privada a los que, como se sabe, están tan estrechamente ligadas.

La alianza con las «clases medias» —campesinos, comerciantes, industriales— formaba parte del programa de los estalinistas, era incluso el eje principal de su pretendida estrategia de revolución «democrático-burguesa». El POUM también consideraba necesaria tal alianza para la etapa imaginaria en la que colocaba la lucha: la etapa «democrático-socialista».

También eran sensibles a estos argumentos, amplios sectores de la dirección de la CNT, pero no con la óptica de la absurda teoría de las «etapas» de la vulgata marxista-leninista, sino con la de la unidad antifascista que se suponía indispensable para ganar la guerra. En cuanto a los partidos «burgueses» y nacionalistas del Frente Popular, al ser los representantes políticos de dichas clases, como es natural, estaban inclinados a defender su derecho a la propiedad.

Además de las empresas de menos de 100 asalariados, estaba previsto un sector privado que subsistió en la realidad, paralelamente al sector colectivizado. En realidad, eran fundamentalmente empresas extranjeras —o que tenían una parte de capital extranjero— a las que todos los Estados Mayores de las organizaciones políticas o sindicales, de acuerdo por una vez en su vida, respetaron a fin de no molestar a las democracias occidentales. En efecto, Gran Bretaña, Francia y Bélgica, se contaban entre los países con mayores intereses en Cataluña.

En el sector privado se instauró pues el «control obrero». Según el Decreto, los poderes del Comité de Control eran los siguientes: (ART. 22):

«a) El control de las condiciones de trabajo, o sea el cumplimiento estricto de las condiciones vigentes en cuanto a sueldos, horarios, seguros sociales, higiene y seguridad, etc., así como también la estricta disciplina en el trabajo. Todas las advertencias y notificaciones que tenga que hacer el gerente de la empresa al personal serán dirigidas por medio del Comité.

b) El control administrativo en el sentido de fiscalizar los ingresos y pagos, tanto en efectivo como por conducto de Bancos, procurando que respondan a las necesidades del negocio, interviniendo a la vez todas las demás operaciones de carácter comercial.

c) Control de la producción, consistiendo en la estrecha colaboración con el patrono a fin de perfeccionar el proceso de la producción. Los Comités obreros de Control procurarán mantenerlas mejores relaciones posibles con los elementos técnicos, a fin de asegurar la buena marcha del trabajo.

ART. 23: Los patronos estarán obligados a presentar a los Comités obreros de Control los balances y memorias anuales, que mandarán informados al Consejo general de la industria respectiva.»

Como puede verse, este texto permitía, tanto a un patrono hábil y emprendedor, endosar al Comité obrero los trabajos más duros para mantener una «estricta disciplina» y para «el desarrollo de la producción» como a unos obreros decididos a ejercer un verdadero control. Pero sin duda el destino de los textos legales es el de ser ambiguos e intentar disimular los conflictos reales. También hubo aquí una evolución ligada a la evolución política general de Cataluña: al principio, a los patronos «no les llegaba la camisa al cuerpo» ante el despliegue revolucionario y se plegaban a las exigencias de los obreros, seguidamente, ayudados por las autoridades gubernamentales, intentaron recuperar su poder, un poco en todas partes.

(Sea como fuere, la misma noción de *Control obrero* es cuando menos ambigua, porque casi siempre equivale a decir ¡que los obreros deben controlar ellos mismos su propia explotación!).

El Decreto también estipulaba que los Comités de Control debían estar compuestos por delegados de todos los servicios: obreros, técnicos, empleados y cuadros administrativos. Estos delegados eran elegidos, pero la representación de cada sindicato debía ser proporcional al número de sus respectivos afiliados en la empresa, lo cual garantizaba automáticamente el predominio de la CNT, dada su influencia mayoritaria en la clase obrera catalana.

Volvamos a las empresas colectivizadas y a las medidas que limitaron la autogestión de los primeros meses:

«ART. 15: En todas las empresas colectivizadas habrá obligatoriamente un interventor de la Generalitat que formará parte del Consejo de Empresa, y que será nombrado por el Consejo de Economía, de acuerdo con los trabajadores.»

Mientras el Consejero de Economía fuese de la CNT, se puede lógicamente pensar, dado el clima de la época, que el interventor también lo era casi siempre, hecho que no le exime automáticamente del espíritu burocrático —o de ineptitud—, pero, por lo menos, no debía ser en principio hostil a las colectivizaciones. Esto cambió más adelante, y después de las jornadas de mayo del 37, que vieron la restauración del poder del Estado en casi todos los aspectos, los «interventores» se convirtieron en muchas empresas en los verdaderos directores. Sobre todo en las empresas que se consideraban necesarias para el esfuerzo de la guerra. De cualquier manera, desde el principio, como esos «interventores» eran los representantes de la autoridad suprema en Cataluña, el Gobierno autónomo, gozaron de gran autoridad política, reforzada, dadas las dificultades financieras de muchas empresas y el control de la Generalitat sobre los bancos, por un evidente medio de presión y de chantaje, al conceder o negar créditos.

«ART. 14: Para atender de una manera permanente la marcha de la empresa, el Consejo de ésta nombrará un director, *en el cual delegará, total o parcialmente, las funciones que incumben al mencionado Consejo.* (Subrayado por mí [C.S.-M.]»

En las empresas donde se ocupen a más de 500 obreros, o bien que su capital sea superior a un millón de pesetas, o bien que elaboren o intervengan materiales relacionados con la defensa nacional, el nombramiento del director deberá ser aprobado por el Consejo de Economía.»

Este artículo es muy significativo porque anula de hecho el ejercicio de la democracia directa basada en los Consejos de delegados elegidos y revocables (aun cuando nos faltan detalles sobre su revocación, y aunque parece que sólo se admitía en los casos extremos en los que la Asamblea general de la fábrica debía decidir). La jerarquía de la producción se reintrodujo en su aspecto más tradicional y retrógrado: al frente de una empresa —como al frente de un partido, de un ejército y ¿por qué no? al

frente de un país— hace falta *un jefe*. El esquema se repite, incansablemente. A pesar de todos los discursos sobre la democracia, incluso sobre la anarquía, a la hora de actuar, lo único que se hace es oponer una jerarquía que se supone buena, a otra considerada mala. Y los anarquistas, feroces adversarios de todo tipo de jerarquía, han sido precisamente los principales autores de ese proyecto.

Pero no se acabó aquí el control estatal. En efecto, el Decreto preveyó asimismo la creación de unos Consejos generales de Industria:

«ART. 24: Los Consejos generales de Industria estarán formados de la manera siguiente:

—4 representantes del Consejo de Empresa, *elegidos en la forma que oportunamente se señalará* (subrayado por mí [C.S.-M.]);

—8 representantes de las diversas centrales sindicales, en número proporcional al de los afiliados en cada una de ellas;

—4 técnicos nombrados por el Consejo de Economía. Estos Consejos estarán presididos por el *vocal respectivo* del Consejo de Economía de Cataluña (subrayado por mí [C.S.-M.]).

ART. 25: Los Consejos generales de Industria formularán los planes de trabajo de la Industria, planificarán la producción de cada rama y regularán todas las cuestiones relacionadas con ella.

ART. 26: Los acuerdos que adopten los Consejos generales de Industria serán ejecutivos. Ningún Consejo de Empresa ni empresa privada podrán desatender su cumplimiento. Solamente podrá recurrir contra ellos ante el Consejero de Economía, *la decisión del cual será inapelable.*»

Estos Consejos de Industria compartían con la Asamblea plenaria de la empresa el privilegio de poder revocar todo o parte de los Consejos de Empresa. Pero cuando era el Consejo de Industria el que había decidido la revocación de un Consejo de Empresa, este último sólo podía recurrir —sí estaba apoyado por la Asamblea— al Consejero de Economía, es decir, al ministro, «pero la decisión de este último, previo informe del Consejo de Economía, será inapelable» (ART. 20).

Los Consejos de Industria fijaban, con independencia de los Consejos de Empresa «el plan general de producción». «Para el establecimiento del margen de beneficios, fijación de las condiciones generales de venta, obtención de materias primas, y en lo que afecta a las normas de amortización de material, formación de capital circulante, fondo de reserva y repartimiento de beneficios, se atenderá, asimismo, a las disposiciones de los Consejos generales de Industria» (ART. 12).<sup>88</sup>

Observemos de pasada que según el modelo de estatutos de las empresas colectivizadas, previsto por el Gobierno catalán, el 50 % de los beneficios debían de ir a la Caja de Crédito Industrial de Cataluña (es decir, a la

<sup>88</sup> El texto del Decreto está reproducido íntegramente en Baldomero Cerdí y Richart, *Empresas colectivizadas e intervenidas*, Ed. Bosch, Barcelona, 1937. Véase también Peirats, *Op. cit.*, t. I, págs. 341 a 345.

Generalitat); el 15 % destinado a obras sociales de carácter colectivo; otro 15 % debía entregarse a los obreros para que, reunidos en asamblea, la utilizaran como mejor les pareciera. El 20 % restante estaba destinado al Fondo de reserva, a la amortización de las máquinas, etc.

El poder ha sido restablecido de arriba a abajo, la autonomía obrera ha quedado prácticamente reducida a nada. La pirámide burocrática en las empresas volvió a ponerse en marcha; el «interventor» del Gobierno y el director al frente de las empresas, los Consejos de Industria por encima de ellos y por encima de todo el mundo, como debe ser en el universo burocrático, el ministro y su Consejo de Economía.

Pero una lectura demasiado rápida podría dar la impresión de que, al estar esos Consejos de Industria dominados en teoría por los representantes de los trabajadores, la democracia obrera quedaba garantizada automáticamente. Pero esto equivaldría una vez más a confundir burocracia con clase obrera, confusión por otra parte muy corriente, sobre todo en aquella época. Examinemos las cosas más a fondo los únicos delegados de los trabajadores, los 4 representantes de los Consejos de Empresa, no sólo eran una minoría sino que además *no estaba especificado* su modo de elección. Y esto ¿porqué iba a ser sino porque no podían ser elegidos directamente en las asambleas de los trabajadores? Los 8 representantes de las centrales sindicales eran de hecho funcionarios sindicales «no productivos» que dependían y obedecían a los jefes de la CNT y de la UGT y por consiguiente al Gobierno catalán, porque eran los líderes de esos sindicatos quienes les representaban tanto en el Gobierno catalán como en el Gobierno central.

Por último, había 4 «técnicos» nombrados directamente por el Gobierno catalán. Lo menos que puede decirse es que el Gobierno catalán tenía un papel preponderante en esos Consejos, papel reforzado y garantizado por el hecho de que, en caso de conflicto, siempre era el ministro quien en definitiva decidía.

Por otra parte, esto está confirmado plenamente en el texto del acuerdo firmado en Barcelona, el 22 de octubre de 1936 (dos días antes de la publicación del Decreto) por la CNT-FAI y la UGT-PSUC:

«1) Nos comprometemos formalmente a ejecutar los acuerdos y decisiones del Consejo de la Generalitat, poniendo en juego toda nuestra influencia y capacidad organizativa a fin de facilitar su aplicación.

2) Somos partidarios de la colectivización de producción, es decir, de la expropiación sin indemnización de los capitalistas y de la transferencia de esa propiedad a la colectividad. Somos partidarios de la colectivización de todo lo que sea necesario para las necesidades de la guerra.

*Estamos de acuerdo en considerar que esa colectivización no daría el resultado deseado si no estuviera dirigida y coordinada por un organismo, representante natural de la colectividad que, en ese caso, sólo puede ser el Consejo de la Generalitat* (subrayado por mí [C.S.-M.]). Respecto a la pequeña industria no somos partidarios de la

colectivización, si no es en el caso previsto de elementos facciosos o de las necesidades ineludibles de la guerra<sup>89</sup>

Toda la filosofía del Decreto está aquí resumida.

La industria de guerra constituye un caso especial en el problema de las colectivizaciones. A pesar de que Cataluña era una de las regiones más industrializadas de España, las fábricas de armamento eran extremadamente raras. La primera tarea fue la de crear una verdadera industria de guerra. Cosa que se hizo, y, por supuesto, fue el Sindicato CNT de la Metalurgia quien realizó el mayor esfuerzo.

«El 21 de julio (1936), el Sindicato de la Metalurgia, de acuerdo con García Oliver, eligió a Vallejo para organizar las fábricas de material de guerra. Desde el 19 de julio, varias casas de Barcelona se habían destacado espontáneamente en la fabricación de tanques, con más buena voluntad que técnica. Vallejo se dedicó a recorrer las empresas y a acoplar en ellas a todos los compañeros útiles para la labor. A los seis días se entregaban ya algunos tanques al Comité de Milicias<sup>90</sup>.»

Esos «tanques» eran casi siempre simples camiones blindados. De cualquier manera, se creó por entero una verdadera industria de guerra, por supuesto, artesanal en su mayor parte.

El Sindicato CNT de la Metalurgia y Vallejo, como delegado, adoptaron las primeras medidas. Primero, en el seno del Comité de Milicias (con Iglesias como Delegado de Defensa y Diego Abad de Santillán como delegado de Economía, ambos de la CNT, recordémoslo) y seguidamente en el seno de la Generalitat, los responsables gubernamentales de la industria de guerra fueron líderes anarquistas. Esto cambió después de las jornadas de mayo, cuando el Gobierno Central se encargó directamente de la Defensa y de la Policía en Cataluña, como veremos más adelante.

A los estalinistas no podía gustarles esa responsabilidad de los anarquistas sobre la totalidad de la nueva industria de guerra catalana. En varias ocasiones lanzaron campañas de prensa contra el «sabotaje» y la «incuria» de la CNT en este esfuerzo de guerra. La CNT contraatacó vigorosamente en la prensa y el 15 de abril de 1937, José Tarradellas, en persona, por entonces Primer Consejero de la Generalitat, rechazó las insinuaciones y los ataques de la prensa del PSUC, defendiendo los esfuerzos realizados en Cataluña por la industria de guerra. Después de mayo, los estalinistas, en la persona de Comorera, se dirigieron directamente al socialista de derechas Indalecio Prieto, Ministro de Defensa del Gobierno central, renovando sus acusaciones. Prieto escribió a Companys, Presidente de la Generalitat, quien le respondió con una larga carta defendiendo la obra realizada, carta de la que ofrecemos aquí un extracto: «En Cataluña, dada su situación industrial y económica, nuestras masas obreras sintieron, como una reivindicación histórica, la necesidad de incautar todo tipo de industria. Pero esta

<sup>89</sup> Citado por J. Andrade, *Les syndicats dans la révolution espagnole*, «Confrontation Internationales», n° 3 (1949).

<sup>90</sup> «Solidaridad Obrera», citado por Peirats, *Op. cit.*, t. II, pág. 97.



incautación, sobre todo en lo que respecta a la metalurgia, no sólo obedece a los deseos de tenerla entre sus manos, pues hay que reconocer que inmediatamente se pensó en transformarla para que pudiese producir material bélico...<sup>91</sup>». La carta prosigue reconociendo los conflictos surgidos entre el Gobierno catalán y los Comités obreros por la dirección y la organización de esa industria, conflictos que se «resolvieron» a favor de la Generalitat. Companys hacia el balance de la producción de guerra y recordaba todas las fábricas y material de guerra que se puso a disposición del Gobierno central, tal como el propio Prieto había decretado después de los acontecimientos de mayo.

También en esta ocasión vemos como se reproduce el escenario clásico. Los sindicatos de la CNT toman la iniciativa de crear por completo una industria de guerra. Companys bendice esta osada tentativa, pero considera, por supuesto, demasiado peligroso dejar esa industria en manos de los Comités obreros. Consigue ejercer sobre ella el control de la Generalitat. Después de mayo, la autonomía de Cataluña se va a ver limitada, a la vez porque es demasiado revolucionaria y porque la corriente jacobina que predomina en el Gobierno central y en las organizaciones que le apoyan, exige la vuelta al centralismo estatal. El Gobierno central será quien tome entre sus manos, poco a poco, lo esencial de la industria de guerra catalana. La campaña estalinista de difamación no tenía otro fin que el de favorecer la desposesión de los Comités obreros.

\* \* \*

¿Cómo reaccionaron los trabajadores ante las medidas del Decreto de Colectivización? Parece que en la mayoría de los casos se negaron pura y simplemente a aplicarlo. Juan Andrade da el siguiente testimonio de la situación:

«El 17 de mayo de 1937 (es decir, algunos días después de la "semana sangrienta" de Barcelona [C.S.-M.]), una comisión nombrada por la Federación Local de Sindicatos CNT de Barcelona, publicaba una nota: "sobre la reorganización económica de Cataluña", en la que declaraba, a propósito de los factores de desorden, lo siguiente: "En primer lugar hay que señalar como factor de perturbación el *no estricto cumplimiento del Decreto de colectivización en vigor*, cada vez que amplios sectores de trabajadores han hecho totalmente abstracción de la letra y el espíritu del Decreto y se han lanzado en colectivizaciones que carecían de fundamento económico y científico... El ansia desmesurada de colectivizarlo todo, especialmente aquellas empresas que detentan reservas monetarias, ha despertado entre las masas un espíritu utilitario o pequeño-burgués incalificable. Al considerar a cada colectividad como propiedad particular de la empresa colectivizada, en vez de considerarla como en usufructo, han hecho abstracción de los intereses del resto de la colectividad, se han comportado de una manera egoísta y cruel, y se han puesto en práctica unos procedimientos que son

patrimonio del régimen capitalista. En lugar de avanzar rápidamente hacia la creación de unos Consejos generales de Industria, las propias organizaciones sindicales han retrocedido, perturbando el proceso de desarrollo y de perfeccionamiento prescrito por el Decreto... Las empresas colectivizadas sólo se han preocupado de su pasivo, produciendo un desequilibrio en las finanzas de las empresas, lo que implica otros elementos de perturbación... También hay un factor de indisciplina social: *falta un estimulante moral para obligar a cada cual a dar el rendimiento, indispensable para su empresa* (subrayado por mí, [C.S.-M.]) al tiempo que se deja un margen suficiente para mantener los otros gastos del frente y de la retaguardia."»

Entre las medidas susceptibles de remediar esta situación, la Comisión de la Federación Local de Sindicatos de la CNT de Barcelona, aconsejaba las siguientes:

«Aplicación estricta y rigurosa del Decreto de colectivización en vigor, sin que se permita la más mínima derogación. Concentración de las industrias y reducción del personal de cada una de ellas, según las estrictas necesidades de la producción del momento. Obligación para todas las colectividades de liquidar su pasivo. Establecer un impuesto de guerra sobre todos los salarios para acercar al máximo su igualación y evitar la existencia de obreros manuales de primera, segunda y tercera clase, así como funcionarios que perciban salarios tres, cuatro y cinco veces superiores a los más altos salarios de los obreros. Creación de un empréstito de guerra sacado de los beneficios de todas las empresas, colectivizadas o no, con el fin de disminuir tales beneficios al mínimo durante la guerra. Crear una política financiera que permita a los poderes públicos obtener el producto fiscal y al Gobierno de la Generalitat realizar sus funciones gubernativas desde el punto de vista económico.»

La nota terminaba así:

«La Comisión considera que hay que aplicar rápidamente estas medidas si queremos evitar antes de algunas semanas el hundimiento que amenaza a la economía de la región. Hay que obtener esta reacción favorable, garantizar el orden social e imponer la moralidad y la austeridad en la retaguardia. Conviene fijar de nuevo la política económica a seguir para salvar la experiencia que estamos llevando a cabo. La comisión insiste de nuevo en el hecho de que el crédito o descrédito del Decreto de Colectivización en vigor, está íntimamente ligado a la CNT que lo ha defendido, lo ha impuesto y se ha encargado principalmente de su ejecución.

La Comisión considera que son nuestros propios camaradas los que han creado las mayores dificultades para la aplicación del Decreto, haciendo continuamente abstracción de sus consejos, poniendo así al

<sup>91</sup> Ossorio y Gallardo, *Op. cit.*, pág. 210.

Decreto en una situación crítica, tanto en Cataluña como fuera de ella<sup>92</sup>.»

No puede dejar de asombrarnos el espíritu *autoritario* y *burgués* de este texto: es una vehemente llamada a la autoridad del Gobierno y una continua insistencia en los principios de disciplina, rentabilidad, productividad, a los que consideran prioritarios. De las ideas libertarias sólo queda la justa mención a la necesaria igualación de salarios. Todo esto después de que la contrarrevolución estalinista hubo intentado, y en parte conseguido, ahogar en sangre la revolución catalana.

No he disimulado los defectos y los fallos de la experiencia colectivista en la industria catalana (tampoco las dificultades de todo tipo) pero no deja de resultar extraño que en la resistencia a aplicar el Decreto sólo se vea un «resurgimiento del espíritu capitalista», cuando lo que ocurría era que los trabajadores se oponían a aplicar unas medidas que, en realidad, acababan con su autonomía y con la autogestión de los primeros meses. A todo esto se unían, por supuesto, los egoístas intereses particulares de algunas colectividades «ricas» que querían conservar su autonomía y el «statu quo» que les permitiese repartirse unos beneficios relativamente importantes. Pero dada la difícil situación de la industria catalana en su conjunto, esos casos particulares no eran frecuentes y lo que estaba en juego eran dos conceptos radicalmente diferentes de las colectivizaciones: el concepto *democrático* que se basaba en la autonomía y la autogestión y el *estatal* que reintroducía la jerarquía burocrática en la economía. Una vez más, la CNT estaba en los dos campos.

### *Las colectividades en la agricultura*

En todas las regiones donde la insurrección franquista resultó vencida, se produjeron experiencias de colectivización agrícola. Tan sólo hablaré aquí de las de Cataluña y Aragón, que está tan directamente ligado, tanto militar como socialmente a Cataluña, al menos durante la época que estudiamos, que resulta difícil separarlas. No hablaré de las colectivizaciones en Levante (Valencia, Alicante, etc.) que es sin duda alguna la región de España más rica desde el punto de vista agrícola y donde las colectivizaciones también llegaron muy lejos.

En Cataluña los sectores agrícolas de los sindicatos CNT y UGT no eran las únicas organizaciones campesinas importantes, como ocurría en otras regiones de España (incluido Aragón, que estaba dominado por la CNT). También existía una poderosa organización campesina, específicamente catalana, que era la principal fuerza social y política de la *Esquerra*: la «*Unión de Rabassaires*». Estaba formada principalmente por aparceros y pequeños campesinos. Los *Rabassaires* eran contrarios a las colectivizaciones y partidarios del reparto de tierras, de la liquidación de la aparcería y de la creación de explotaciones agrícolas de tipo «familiar». Cosa que, por otra parte, se realizó. Desde julio de 1936 los campesinos

<sup>92</sup> Juan Andrade, *L'intervention des syndicats dans la révolution espagnole*, «Confrontation Internationale» (sept-oct. 1949), pág. 43.

catalanes quemaron las actas de propiedad de los grandes terratenientes y de aparceros pasaron a ser propietarios de la parcela —más o menos grande— que cultivaban. No obstante durante el Congreso regional de campesinos catalanes que tuvo lugar en enero de 1937, la CNT intentó poner a punto una «política agraria común» con los otros sindicatos agrícolas. Los *Rabassaires* y los sindicatos agrícolas CNT se pusieron de acuerdo sobre un «pacto» cuyos principales puntos eran los siguientes:

«1.º) Cada familia tendrá la tierra que se le señale. La sobrante y las otras llevadas en administración podrán ser colectivizadas siempre que haya individuos controlados por organizaciones responsables que voluntariamente quieran colectivizarlas.

2.º) La capacidad de explotación familiar será fijada en cada pueblo según sus características y calidad de la tierra del mismo.

3.º) Los frutos de la tierra serán de aquellos que la trabajen, de la cual no podrán ser desposeídos mientras la trabajen debidamente.

4.º) Para organizar las colectividades en los pueblos o localidades en donde se constituyan, los colectivizadores pondrán en común las tierras que poseen, así como las otras tierras no cultivadas individualmente, siendo condición indispensable que los que vayan a la colectivización lleven a la misma todas las tierras que tengan y todos los útiles de trabajo.»

Otros puntos se refieren a la concentración de tierras, a la cooperación entre las colectividades y los campesinos individuales dentro de un Sindicato Único Agrícola por localidad; el derecho de los obreros agrícolas, sin tierras, a entrar en una colectividad con sólo su «trabajo personal», con los mismos derechos y obligaciones que los demás miembros, etc.

En una palabra, se trataba de que coexistieran e incluso cooperaran el sector individual y el sector colectivizado. Pero la UGT, bajo diferentes pretextos, no asistió a ese congreso y no firmó el acuerdo. Como los *Rabassaires* consideraban indispensable la firma de la UGT para ponerlo en práctica, tuvo lugar una nueva reunión, pero en ella la UGT declaró que no podía firmar el acuerdo porque estaba en contra de las colectivizaciones, no «por principio» sino «por las circunstancias». La negativa de la UGT a firmar este acuerdo rompió las relaciones entre las tres organizaciones respecto al intento de coordinación de una política agrícola común.<sup>93</sup>

Pero, por supuesto, desde julio-agosto de 1936, se habían creado colectivizaciones en la agricultura, como había ocurrido en la industria. Se realizaron casi siempre espontáneamente y a veces bajo la presión o el impulso de la CNT. Cuando la Columna Durruti entró en Aragón, pocos días después de que fuese aplastado el levantamiento militar en Barcelona, se convirtió en un fermento de colectivizaciones y de «comunismo libertario» en la región.

A pesar de la diversidad de experiencias y de los conflictos, en muchos casos armados, entre colectivistas y campesinos individuales —o más bien entre organizaciones favorables a una u otra solución—, los principios

<sup>93</sup> Peirats, *Op. cit.*, t. II, págs. 29-32.

generales que inspiraron la constitución y la actividad de las colectividades se pueden resumir de la siguiente manera:

La colectivización debía ser libre y voluntaria. En un pueblo determinado todos los campesinos y obreros agrícolas que lo desearan se agrupaban en una colectividad agrícola autogestionada. Aportaban a la colectividad todo cuanto poseían: tierras, instrumentos de trabajo, bestias de labor o cualquier otra cosa. Naturalmente, los obreros agrícolas, como ya hemos dicho, sólo ponían sus brazos. En un registro se inscribían los bienes que cada campesino entregaba a la colectividad para que cuando quisiera marcharse, cosa a la que en principio tenía siempre derecho, lo pudiese recuperar. No se podía expulsar a ningún miembro de la colectividad sin que hubiese sido acordado por la Asamblea general de todos sus miembros y sin que se le hubiese notificado por un aviso —o varios— de esa misma Asamblea. Todas las tierras de la comuna estaban colectivizadas; las de sus miembros, evidentemente, y también las de los grandes terratenientes así como las tierras comunales y municipales. Las únicas que no se colectivizaban eran las de los campesinos independientes que las trabajaban con sus familias, pero que no podían explotar trabajo ajeno, es decir, no podían contratar obreros agrícolas. Evidentemente, estas normas generales tropezaban con múltiples dificultades y originaron conflictos. Además, variaban de importancia según las regiones. Ahí donde predominaban los *Rabassaires* prevalecieron los repartos de tierras entre campesinos independientes. En cambio, en Aragón, gracias a la influencia de las ideas libertarias, las colectivizaciones fueron numerosísimas. Se ha acusado (sobre todo los estalinistas, naturalmente) a los anarquistas de obligar por el terror a los campesinos a colectivizarse. Estas calumnias, que obedecen a un prejuicio político, han quedado, desmentidas por numerosos testimonios (que citaré más adelante). Es completamente ridículo hablar de terror cuando las comunas libertarias de Aragón (que fue precisamente donde se, dice que esos pretendidos excesos anarquistas fueron más numerosos) estaban autogestionadas y las asambleas de trabajadores no sólo elegían y revocaban sus comités, sino que además resolvían directamente, durante sus reuniones periódicas, todas las cuestiones importantes. ¿Quién ejercía el terror y contra quién, si la inmensa mayoría de una comuna (aldea, pueblo o incluso ciudad) participaba directamente en su gestión? Es verdad que en Cataluña hubo algunas escaramuzas, a veces armadas, entre partidarios y adversarios de las colectivizaciones, entre miembros de la CNT y *Rabassaires*, o del Sindicato Agrícola creado por la UGT, dominado por los estalinistas. Pero eran casos aislados y aun cuando se cometieran algunos abusos contra algunas minorías hostiles a las colectivizaciones, lo que llama la atención, sobre todo, en las colectivizaciones agrícolas (así como en las industriales) fue su carácter de masa, su creatividad, su espontaneidad, en una palabra. Además —como se verá en la última parte de este libro— cuando las tropas comunistas mandadas por el inefable Líster, entran en Aragón en el verano de 1937, para *liquidar por el terror* a las comunas libertarias, no lo conseguirán, tan grande era la resistencia de los trabajadores agrícolas —y de los demás trabajadores—. Los comunistas tuvieron que dar marcha atrás y suspender la «reorganización de la agricultura» (la liquidación de las

comunales) bajo el pretexto de no «entorpecer las labores de la cosecha». Evidentemente, la intervención armada de las tropas de Líster, frenó, limitó, y a menudo redujo el movimiento de las colectivizaciones agrícolas en Aragón. Para acabar con el ficticio «terror» anarquista, se abatió una verdadera represión armada sobre esa región que, a pesar de todo, no alcanzó su objetivo: involuntaria y sangrienta demostración de la adhesión de las masas campesinas a las colectivizaciones.

\* \* \*

He aquí algunos ejemplos de colectivizaciones agrícolas, en primer lugar en Cataluña:

«*Pla de Cabra*: Dos mil habitantes, parte de ellos ocupados en la fábrica textil Martí Llopart. La Colectividad la formaban, en junio de 1937, unos 270 individuos. Cultivaban unas 5.000 hectáreas de terreno. Las tierras aumentaron su productividad en un 75 %. No existía horario de trabajo fijo. El salario era familiar. Cada colectivista percibía cinco pesetas de jornal, añadiéndosele dos pesetas más por cada miembro de la familia sin fijar la edad. Producían cereales, legumbres, viña, almendra y avellanas. El excedente del consumo lo vendían al exterior, o bien ejercían el intercambio. Granja con 500 gallinas para la producción de huevos. Nueve vacas, seis terneras y un toro. Habilitaron un almacén en la iglesia. Montaron tiendas colectivas de comestibles, legumbres, pesca salada y carne. Carecían de maquinaria agrícola. La fábrica textil, colectivizada por los obreros, pasaba por una época de crisis por falta de materias primas e ingredientes químicos. Los obreros pertenecían a la CNT y a la UGT.

»*Hospitalet de Llobregat*: Las tierras cultivadas por la Colectividad representaban una superficie de 15 kilómetros cuadrados. Más de 1.000 colectivistas entre hombres y mujeres. Se pagaban unas 90.000 pesetas semanales en concepto de salarios. La cosecha de judías de 1937 dio la cantidad de 555.000 kilos. Las tierras estaban repartidas en 38 zonas; 35 eran de regadío y las tres restantes de secano. Desde su constitución se venían pagando 7.000 pesetas semanales por gastos de mejoramiento general en la construcción de nuevas obras. En diez meses se compró maquinaria por valor de 180.000 pesetas. He aquí un balance muy ilustrativo de su administración:

---

SEPTIEMBRE 1936 – AGOSTO 1937

---

	Entradas	Salidas
Primer trimestre	432.710,37 ptas.	416.973,09 ptas.
Segundo trimestre	910.756,81 ptas.	794.628,51 ptas.
Tercer trimestre	1.655.045,20 ptas.	1.312.305,10 ptas.
Cuarto trimestre	2.007.992,80 ptas.	1.643.771,05 ptas.
	<hr/> 5.006.505,18 ptas.	<hr/> 4.167.679,75 ptas.

---

La Colectividad envió al frente unos ocho vagones de alcachofas, valoradas en 30.000 pesetas, y varios camiones de hortalizas. También prestó solidaridad a otras Colectividades necesitadas. Cada trimestre se celebraba Asamblea general para estudiar los resultados obtenidos y señalar nuevas necesidades. Con antelación a estas asambleas, el Consejo de Administración presentaba a los colectivistas un estado de cuentas detallado. Este Consejo de Administración estaba formado por cinco compañeros, ayudados por delegados de cada zona, uno sindical y el otro técnico. Los delegados técnicos se reunían cada quince días para estudiar las necesidades del trabajo. Con las informaciones de los delegados técnicos, el Consejo de Administración determinaba lo que diariamente debía ser transportado a los mercados, tanto de Hospitalet como de Barcelona. Los colectivistas acariciaban el proyecto de canalización de la ribera del Llobregat para poner el término municipal a cubierto de las frecuentes inundaciones. Excepto unos sesenta colectivistas, los demás pertenecían a la CNT. La colectivización de las tierras era total. Se practicaban la solidaridad y el intercambio con otras Colectividades. Se compró un camión para el transporte de los productos.»

Ambos ejemplos, sacados del libro de Peirats<sup>94</sup>, permiten hacerse una idea sobre el funcionamiento de las colectividades agrícolas en Cataluña. Los principios que seguían esas experiencias estaban inspirados en las teorías anarquistas. Señalemos el aspecto democrático y autogestionado de las colectividades; la Asamblea general constituía el «órgano supremo del poder», el Consejo de Administración era elegido y revocable; la igualdad de todos los miembros, tanto en derechos como en deberes era total. En general, no se imponían horarios de trabajos rígidos, sino que las tareas se repartían en grupos de 5 o 10 personas. Señalemos igualmente la racionalización y el aumento de la producción, la ayuda al frente mediante donativos en especie —¡y en hombres! —, etc. Un aspecto igualmente importante fue el gran esfuerzo social realizado en el plano educativo y sanitario por las colectividades agrícolas. Todos los informes señalan la creación de nuevas escuelas, de cursos de alfabetización o de perfeccionamiento para adultos, la apertura de clínicas y de hospitales, la creación de bibliotecas y de clubs culturales.

En los pueblos donde la Colectividad agrupaba a casi todos los habitantes, Colectividad y Municipalidad se confundían de hecho, ya que no de derecho. En los demás, había una Municipalidad formada por todas las organizaciones antifranquistas y, según las relaciones que hubiese entre las fuerzas políticas, había tensiones y fricciones. Por regla general se puede decir que, por lo menos desde julio de 1936 hasta el verano de 1937, en casi todos los casos, los Comités Revolucionarios y los Comités de las colectivizaciones, constituían los órganos de poder local, pues los Consejos Municipales, o bien se integraban en los Comités Revolucionarios, ó bien existían paralelamente como simples adornos o vestigios de un pasado momentáneamente abolido. A partir del verano de 1937, las autoridades

gubernamentales *iban a intentar* —y a veces lo conseguirían— devolver a los Consejos Municipales sus funciones legales. Dichos Consejos Municipales apoyados por el Gobierno, no *eran reelegidos*, sino cooptados en el seno de las organizaciones del Frente Popular.

Respecto a las colectividades agrícolas en Cataluña —y en otros sitios— hay que destacar la increíble discriminación en el salario de las mujeres —cosa que también ocurría en la industria. Aunque el sistema de salarios no fuese uniforme —porque se decidía en común en cada colectividad: salario familiar o salario individual o combinación de ambos—, a las mujeres se les pagaba menos que a los hombres. Cualquiera que sea el pretexto que se invoque, hay en todo ello una pervivencia reaccionaria del pasado, que no encaja muy bien en la experiencia profundamente liberadora de las colectivizaciones.

*Aragón:* Los días 14 y 17 de febrero de 1937 se celebró en Caspe —capital del Aragón revolucionario y sede del Consejo de Aragón— el Congreso constituyente de la Federación de Colectividades de Aragón. Estaban representadas veinticinco federaciones cantonales, o sea 275 pueblos y 141.430 familias. Algunos meses después, el número de colectividades en Aragón llegó a alcanzar las 450, que agrupaban a 433.000 trabajadores.

Evidentemente, el objetivo de la Federación de Colectividades era el de coordinar y planificar la actividad de cada una de ellas, al tiempo que se respetaba su autonomía:

«El cuarto punto del orden del día fue el establecimiento de un Reglamento general que estipulaba las directrices globales de las Colectividades aragonesas. Este es su texto:

1) Con la denominación de Federación de Colectividades Agrícolas se constituye en Aragón una asociación que tendrá por misión la defensa de los intereses colectivos de los trabajadores organizados en las mismas.

2) Atributos de esta Federación:

a) Propagar intensamente las ventajas del colectivismo basándolo en el apoyo mutuo.

b) Controlar las granjas de experimentación que puedan crearse en aquellas localidades donde las condiciones del terreno sean favorables para sembrar toda clase de semillas.

c) Atender a los jóvenes que tengan disposiciones para la preparación técnica mediante la creación de escuelas técnicas especializadas.

d) Organizar un equipo de técnicos que estudien en Aragón la forma de conseguir mayor rendimiento al trabajo que se efectúa en las diversas labores del campo.

e) Buscar las expansiones comerciales en el exterior de la región tendiendo siempre a mejorar las condiciones de intercambio.

f) Se ocupará también de hacer las operaciones comerciales con el exterior, mediante el control, por estadísticas, de la producción sobrante de la región, y por lo tanto tendrá a su cargo una caja de resistencia para

<sup>94</sup> Peirats, *Op. cit.*, t. I, págs. 278-279.

hacer frente a todas las necesidades de las colectividades federales, siempre en buena armonía con el Consejo Regional de Defensa de Aragón.»

La Federación también se encargaba:

«a) De procurar a las Colectividades todos los elementos de expansión que a la vez que sirvan de distracción eleven la cultura de los individuos en sentido general.

b) De organizar conferencias que tiendan a perfeccionar la educación del campesino, como asimismo por medio del cinema, teatro, y cuantos medios de propaganda sean posibles.

3) También es necesario constituir, dentro de cada Colectividad, centros de crianza a fin de seleccionar animales de diferentes razas, merced a los avances de la ciencia moderna, para conseguir mejores rendimientos que los obtenidos hasta este momento... Todas estas actividades serán dirigidas por técnicos cualificados para ello... Por otra parte, cada explotación agrícola debe englobar al mismo tiempo la agricultura y la crianza... Tenemos a disposición de los Colectivistas varios planos de granjas experimentales<sup>95</sup>.»

La Federación también se encargaba de aconsejar una planificación de los cultivos según la naturaleza del terreno, la relación de convivencia con los campesinos privados, etc. El órgano «político» de la Federación era el Consejo de Aragón, presidido por el cenetista Joaquín Ascaso, que sustituía al antiguo Gobernador.

Por último, este mismo Congreso de Caspe se definió respecto a un Decreto del Gobierno por el cual los Consejos Municipales debían ser restablecidos en todas partes. El Congreso decidió aceptar el Decreto, al considerar «que los Consejos Municipales desempeñan un papel diferente al de las Colectividades», y que «ejercen una función diferente a la de los Comités Administrativos de las Colectividades ». De todos modos encomendó a la CNT —que, por supuesto, estaba en todas partes— la tarea de vigilar para que reinase el entendimiento entre ambos organismos y la de controlar políticamente a los Consejos Municipales. No obstante, aun cuando se suponía que estos últimos representaban a toda la población —pues no todo el mundo era miembro de una Colectividad— no parece que el Decreto haya sido realmente aplicado en aquellas *comunas libertarias* donde la inmensa mayoría de la población pertenecía a la Colectividad. Los Consejos Municipales, no elegidos, fueron instalados por la fuerza en aquellas ciudades y pueblos, a raíz del ataque militar de los estalinistas contra las colectividades agrícolas de Aragón. También aquí, la democracia libertaria —muy difundida— iba a convivir con la «legalidad republicana» antes de ser brutalmente atacada por esta última. Con lo cual, una vez más se confirma aquello de que el ataque es la mejor defensa y que habría que haber procedido a una renovación radical de los miembros, métodos y funciones de los Consejos Municipales se llamen o no así— y esto por vía

democrática, mediante elecciones libres —y no mediante trapicheos entre partidos. De cualquier manera, eso no es lo esencial, según creo; lo esencial, es la importancia y el éxito de las colectivizaciones agrícolas aragonesas.

El periodista socialista Alardo Prats, que visitó la Colectividad de Graus, en mayo de 1937, cuenta lo que vio:

(...) «Todo ha sido colectivizado: Ferretería de la Colectividad, Despacho de comestibles de la Colectividad, Fonda de la Colectividad, Herrería de la Colectividad, Molino de la Colectividad.

Todas las expresiones materiales, morales y económicas del pueblo están aglutinadas en el todo de la Colectividad. El trabajo está dividido. Cada gremio, en asamblea, lo marca a cada colectivista. Se pensará que estas Asambleas de gremio son un vivero de discusiones. Se habla muy poco. Porque cada uno sabe su obligación y no la rehuye.

Los hombres mayores de sesenta años están eximidos de la obligación del trabajo. Al principio, estos caminantes hacia el ocaso de la vida, andaban remolones ante las audacias de la juventud, que señalaban, por mayoría, las normas colectivistas como regla a cumplir. Temían que les iban a abrumar con trabajo excesivo para sus años. Pronto salieron de su error. Los viejos no debían trabajar. (...) Entonces, los viejos, en asamblea, acordaron trabajar. Era necesario trabajar para no ser una carga onerosa para los demás colectivistas y para contribuir a levantar al pueblo de su postración, al objeto de situarse a la cabeza de la producción entre los demás pueblos de los alrededores. Para ayudar a ganar la guerra, la edad y los achaques físicos no podían considerarlos los viejos de Graus como impedimento. Entonces, formaron los viejos de Graus una auténtica y emocionante brigada de choque. El pueblo le dio el nombre de "Brigada Internacional"... Los progresos sorprendentes de la Colectividad se aprecian fácilmente. Todos los sábados, los colectivistas van a la Caja Central de la Colectividad, firman su nómina y cobran su dinero. En las cooperativas de la Colectividad adquieren los elementos precisos para su subsistencia.

Cuando un colectivista decide casarse, se le da una semana de vacación con los haberes corrientes, se le busca casa —las viviendas también están colectivizadas— y se le facilitan muebles por medio de la correspondiente cooperativa, cuyo valor amortiza con el tiempo y sin ningún agobio. (...) Los niños son objeto de especialísimo cuidado y de la atención permanente de la Colectividad. No trabajan hasta los catorce años, por ninguna razón ni excusa. Ha terminado la explotación del niño por los propios familiares, obligados en otro tiempo, las más de las veces, por la miseria de los hogares donde nacieran, a abandonar las tareas escolares antes de tiempo. Las madres y, sobre todo, las mujeres en trance de ser madres, son objeto asimismo de especial trato, sobre todo en el periodo de la lactancia. Están relevadas de todo trabajo.

Las jóvenes todas trabajan en los talleres en donde cosen y confeccionan prendas para los combatientes, en los campos, o en las oficinas. Graus toda es una colmena de gentes laboriosas y abnegadas, regida por los toques de sirena, que marca las horas de trabajo y de

<sup>95</sup> Gaston Leval, *Colectividades libertarias en España*, págs. 89-93.

descanso a todos los vecinos (...)»<sup>96</sup> «Cuando el secretario general de la Colectividad, compañero Portella, me llevó al departamento de estadística y tiró un fichero para informarme de modo preciso de la marcha de los trabajos y de las cifras de producción de todo el pueblo, estuve a punto de desvanecerme. Ya podría darse por satisfecho el organismo del Estado que mejor funcione, el que disponga de funcionarios más competentes y preparados, el más riguroso en la precisión de cifras, con parecerse algo a la organización de la Colectividad de Graus. A cuantos acojan esta afirmación con escepticismo, me permito aconsejarles que comprueben la absoluta certidumbre de ella sobre el terreno.

Todo está sistemáticamente organizado. Cada rama de la producción tiene su fichero con los datos exactos de su desarrollo y de sus posibilidades al día, a la hora. (...) Esta organización ha facilitado todas las mejoras realizadas por la Colectividad: junto al pueblo se ha levantado una granja modelo para el ganado de cerda, que alberga cerca de unos dos mil animales de distintas edades y razas. (...) Cuando llegue el invierno cada vecino de Graus tendrá un cerdo, como una de las bases de su subsistencia. La granja está montada con arreglo a las exigencias de las más modernas instalaciones. Los animales tienen duchas y todos los cuidados que el tratamiento científico del ganado requiere. Pregunté a los compañeros que están al cuidado de la granja y a los que la han montado, de dónde tomaron el modelo. Me afirmaron, sin darle gran importancia, que al iniciarse esta obra, estudiaron y discutieron detenidamente distintos modelos y que optaron por fin por un modelo norteamericano, igual al de las granjas porcinas de Chicago. En otro punto de las afueras de la población ha sido levantada otra granja avícola, dechado de organización y laboratorio de experiencias muy satisfactorias. (...) Las más varias especies de aves domesticas se agitan en los departamentos de la granja. Cerca de diez mil ejemplares piensan tener un pleno rendimiento para el próximo otoño. Ahora albergan los pabellones de la granja seis mil. Todo es nuevo y magnífico. Todo ha sido instalado con arreglo a las exigencias más agudas de la técnica y de la experiencia de esta técnica. El director de la granja ha inventado una nueva incubadora de mayor rendimiento que las conocidas. Millares de diminutos polluelos se agitan en las cámaras, dotadas de calefacción. Centenares de patos y ocas. Centenares de pollos y gallinas cuidadosamente clasificadas. En una granja, como la del ganado porcino, de película. De todas las comarcas de Aragón van a tomar modelo. Graus es un lugar de peregrinación para los trabajadores aragoneses y una escuela de reconstrucción económica de nuestra patria.»

«Se han desvelado en sus vecinos todas las potencias creadoras. Funcionan sus magníficas escuelas —llevan el nombre de Joaquín Costa— y una biblioteca con un catálogo que es índice de las obras más

modernas sobre los temas más diversos de las disciplinas intelectuales. Cuenta la Colectividad con una imprenta y una librería. Se ha creado una Escuela de artes y oficios, en donde cursan estudios más de sesenta jóvenes de la localidad, y se ejercitan en las distintas técnicas de las artes y de los oficios todos. En el mismo edificio de la Escuela de bellas artes y oficios ha sido instalado un museo de obras pictóricas, escultóricas.

Graus atiende, en gran parte, a las necesidades de una colonia de niños refugiados, con sus maestros, instalada en un gran palacio con dilatado jardín cercano a la población. (...) Mantiene a más de cincuenta refugiados adultos.

Graus figura en cabeza, ante cualquier requerimiento de las necesidades de la guerra, entre todos los pueblos de Aragón. Ha arreglado caminos. Estudia las posibilidades de explotación de algunas zonas de su comarca, ricas en minas de carbón y de piritas. Funcionan sus industrias al máximo rendimiento dentro de las bases económicas perfectamente normales. Ha construido un nuevo molino con modernísima instalación. Ha adquirido moderna maquinaria agrícola, entre los que destaca un modelo de máquina trilladora novísimo. Ha industrializado los aprovechamientos de la ganadería, ha transformado, en suma, la vida del pueblo y lleva camino de transformar la vida de todos los pueblos de la comarca de su nombre. Ha hecho la Revolución.<sup>97</sup>».

No obstante, el autor de este reportaje señala que Graus constituye, en cierta manera, una experiencia piloto y que otras colectivizaciones que había visitado no habían obtenido tan satisfactorios resultados.

Sin embargo, se trataba de un pueblo bastante pequeño: 700 habitantes, todos ellos miembros de la Colectividad excepto 170. Hay que señalar que aquí no se abolió el dinero. La Caja Central de la Colectividad pagaba todos los sábados los sueldos de los colectivistas. El autor no especifica si el sueldo era individual o familiar. Había un Banco en Graus que fue abandonado después de haber sido quemados sus ficheros. Sus empleados trabajaban como contables de la Colectividad cuya Caja Central se encargaba de todas las operaciones internas o externas.

En las comunas libertarias en donde el dinero fue abolido, los sueldos se pagaban con cupones, siguiendo el principio del salario familiar. «Las colectividades de la CNT se caracterizan, en su mayor parte, por la adopción del salario familiar. Los sueldos se pagaban según las necesidades de sus miembros y no por el trabajo de cada obrero.<sup>98</sup>» Cuando en una Colectividad había abundancia de vino, pan o aceite, por ejemplo, se distribuían raciones gratuitamente, los demás artículos podían comprarse con cupones, en realidad, cumplían funciones de «moneda interna» porque cuando había que comprar o vender en el exterior, el dinero recuperaba sus derechos. Excepto

<sup>97</sup> A. Prats, *Vanguardia y retaguardia en Aragón*, folleto, págs. 85-93.

<sup>98</sup> A. Souchy, in «Tierra y Libertad» (6 de agosto de 1938).

<sup>96</sup> Contrariamente a otras colectividades, los horarios parecen aquí bastante rígidos.

naturalmente cuando el intercambio se hacía entre dos Colectividades anarquistas. Kaminski ha descrito la Colectividad de Alcora:

«Cada cual recibe lo que necesita. ¿Pero de quién? Del Comité, naturalmente. Sin embargo es imposible abastecer a cinco mil personas a través de un solo centro de distribución. En Alcora hay tiendas en las que se puede comprar como antes.» Pero estas tiendas, observa Kaminski, sólo son centros de distribución: «Pertenece a todo el pueblo y sus antiguos propietarios no consiguen beneficio alguno de ellas. Ya no se paga con dinero sino con cupones. Hasta el barbero afeitaba a cambio de un cupón. Estos campesinos quieren tenerlo "todo en común", como se cuenta de los Anacoretas en la Biblia. Consideran que el medio más seguro para realizar la igualdad general consiste en abolir el dinero». En Alcora, como en muchas otras comunas libertarias de Aragón, se sustituyó el dinero por cupones expedidos por el Comité: «La teoría según la cual las necesidades de cada habitante se verán satisfechas, sólo se ha realizado imperfectamente, porque se parte del principio de que todos tienen las mismas necesidades. No se hacen diferencias individuales o, para ser exactos, no se reconoce al individuo: sólo se reconoce a la familia. Los solteros son los únicos a los que se considera como individuos». ¡Extraña postura por parte de anarquistas!

Continúa Kaminski: «Cada familia y cada persona que vive sola, ha recibido una tarjeta que cada día se taladra en el lugar de trabajo, del que nadie puede así sustraerse. Los cupones se distribuyen de acuerdo con esas tarjetas. La gran laguna del sistema es la siguiente: a falta, hasta ahora, de otro sistema de medición, han tenido que recurrir de nuevo al dinero para calcular el equivalente del trabajo realizado. Todos, obreros, comerciantes, médicos, por cada jornada laboral reciben cupones por valor de cinco pesetas». Observemos de paso que en casi todas las Colectividades, los médicos, maestros, ingenieros agrónomos, enfermeras, etc., se convertían en asalariados de la Colectividad y sus prestaciones eran gratuitas para los miembros de la misma.

«Una parte de los cupones llevan la inscripción "pan" (por ejemplo), cada uno vale por un kilo. Otra parte representa explícitamente un contravalor de dinero. Sin embargo, a estos cupones no se les puede considerar billetes de Banco. Con ellos sólo pueden intercambiarse bienes de consumo y aun así, con un criterio restrictivo. Aunque la cantidad representada por esos cupones fuese mayor, sería imposible adquirir medios de producción y convertirse en capitalista, aun en pequeña escala, porque sólo los bienes de consumo están en venta. Todos los medios de producción pertenecen a la comunidad.»

También aquí, escribe Kaminski, el Comité es el representante electo de toda la comunidad. El Comité detenta todo el dinero de Alcora, aproximadamente unas cien mil pesetas. «El Comité cambia los productos del pueblo por otros productos que les faltan y lo que no puede obtener por ese método, lo compra. Pero al dinero se le considera sólo como un mal necesario, válido mientras el resto del mundo no siga el ejemplo de Alcora.»

El Comité se encarga de todo, lo dirige todo, lo posee todo, es una especie de padre de familia. «Cada deseo especial, escribe Kaminski, le debe ser sometido. Sólo él puede dar el veredicto final. Podría objetarse que los miembros del Comité corren el peligro de convertirse en burócratas e

incluso en dictadores. Esto tampoco lo han pasado por alto los campesinos. Han previsto que el Comité se renueve a menudo, de manera que cada habitante forme parte del mismo durante algún tiempo.»

Esto también es común a la mayor parte de las colectividades de Aragón o de Cataluña.

«Toda esta reglamentación tiene, por su misma ingenuidad, rasgos conmovedores. Sería un error pretender ver en ello algo más que una tentativa, por parte de los campesinos, de establecer el comunismo libertario, y criticarla demasiado duramente. Ante todo no hay que olvidar que los obreros agrícolas, e incluso los mismos pequeños comerciantes de un pueblo de este tipo, han vivido hasta ahora con un nivel de vida extremadamente bajo. Sus necesidades no son muy variadas. Antes de la Revolución, un pedazo de carne ya era un lujo para ellos y sólo unos cuantos intelectuales que viven entre ellos tienen deseos que rebasan las necesidades más elementales. La prueba de ello está en que la tarjeta de familia deja al ser más oprimido de España —la mujer— bajo la total dependencia del hombre.<sup>99</sup>»

En efecto, el salario familiar —y la tarjeta de familia— preconizado por la CNT como un enorme avance social, en realidad demostró ser profundamente retrógrado, porque no sólo era la mujer —que efectivamente era el ser más oprimido de España— la que estaba sometida al hombre, también los niños lo estaban al padre de familia. Incluso los muchachos, y todavía más las muchachas, de 18-20 años e incluso mayores, estaban sometidos a la autoridad paterna. Desde luego no era en Alcora donde se podía ser sexualmente libre. Paradójicamente, aquello que se pretendía plantear como un valor progresista era precisamente la esencia misma de la familia en su aspecto más conservador y tradicional y en lo que tiene de más retrógrado. Todo esto explica muy bien, como observa muy acertadamente Kaminski, «el estado de cosas actual», es decir, el retraso en que estaba España en ese momento, especialmente en el campo, en plena transformación revolucionaria, en la propia conciencia de los protagonistas de tales transformaciones.

Volviendo a la «abolición del dinero», además de la «conmovedora ingenuidad» de la que habla Kaminsky, hay que señalar las enormes complicaciones que originaba el sistema de cupones. El autor cuenta, con bastante sentido del humor, que si un joven trabajador de Alcora quería visitar a su novia, que vivía en un pueblo vecino, tenía que dirigirse al Comité para cambiar sus cupones por dinero para el autobús. Lo mismo ocurría si quería ir a la ciudad al cine, a visitar a un pariente. ¡El Comité podía negarse, decidir cuántas veces podían visitar los colectivistas a sus novias o cuántas veces podían ir al cine, etc! No cuesta demasiado imaginarse los abusos que podía cometer un miembro quisquilloso y rigorista del Comité. Otros testigos, como Borkenau o Bolloten, cuyas opiniones sobre las colectivizaciones difieren mucho, cuentan otros abusos de este tipo.

<sup>99</sup> E. H. Kaminski, *Op. cit.*, págs. 118-121.

Es evidente que la abolición del dinero en Alcora o en otras comunas libertarias era una operación *fetichista*, quasi-mágica. Al considerar al dinero el mal absoluto, abolirlo era abolir el *Mal* y restablecer el *Bien*. Hasta el punto de que en algunas comunas sacaron los billetes de las cajas fuertes de los Barcos y los quemaron en medio de la calle, en medio del regocijo general. No cabe duda de que fueron auténticas fogatas festivas, pero por desgracia no consiguieron acabar con el «imperio del dinero». Era imposible abolir el dinero dentro de las colectividades, mientras continuase dominando las relaciones sociales en la sociedad que las rodeaba, mientras fuese necesario para comprar y vender, para ir al cine, para tomar el autobús, etc., y además mientras las Colectividades vecinas, muchas veces tan libertarias como las demás, pagasen sus sueldos con dinero y no admitiesen cupones.

Si se puede considerar al dinero como la expresión de la penuria relativa (abundancia: gratuidad) y de la desigualdad social, la abolición del dinero sólo podría provenir de la abolición de la desigualdad y de la penuria, pero no a la inversa.

\* \* \*

El Gobierno autónomo catalán promulgó también un Decreto para las colectivizaciones agrícolas cuyo texto publicó «Solidaridad Obrera» los días 4 y 6 de noviembre de 1937. Este Decreto, firmado por Luis Companys, Presidente, y José Calvet y Mora, Consejero de Agricultura y Líder de la Unión de *Rabassaires*, no tiene tanto interés como el de la industria, porque en este caso se trataba del reconocimiento de algo que ya existía de hecho. Por supuesto, para justificar su existencia, el Decreto pretendía establecer normas generales y obligatorias para el funcionamiento de las Colectividades agrícolas. Hemos observado en él la voluntad de un derecho de vigilancia y disolución por parte de las autoridades gubernamentales sobre la actividad de las citadas Colectividades así como la introducción de un «sector privado» en su seno. En el Decreto estaba previsto que los miembros de las Colectividades odian poseer en privado un huerto, aves de corral, animales de granja (cabras, cerdos, ovejas) como en los kolkoses soviéticos. Sin embargo, nos parece significativo de la amplitud y de la importancia real de las Colectividades agrícolas, el hecho de que el Gobierno catalán, después de las jornadas de mayo de 1937, publicase este Decreto reconociéndolas y estableciendo unas normas que *grosso modo* eran las que regían su actividad desde hacía más de un año.

### A modo de balance

«La empresa demostró ser un éxito muy notable, hasta el momento en que fue aniquilada por las armas», escribe Noam Chomsky. Efectivamente, resulta bastante *notable* ver a las masas de trabajadores industriales y agrícolas transformar tan profundamente el orden social existente. No obedecieron a ninguna consigna «de arriba», sino que tuvieron que luchar contra las órdenes y las presiones de todo tipo procedentes de los Estados Mayores de todas las organizaciones políticas y sindicales, y eso en plena

guerra revolucionaria contra «el ejército de los grandes capitalistas y terratenientes.»

Efectivamente, todo el mundo estaba, de un modo u otro, en contra de las colectivizaciones, excepto los propios trabajadores. Bien es verdad que la CNT-FAI reivindicó las Colectividades como creación «suya» y casi siempre fueron sus militantes quienes tomaron la iniciativa. Pero el Decreto que las limitaba y desnaturalizaba también fue en gran parte obra de la CNT. Y todas las medidas procedentes de ese Decreto, administrativas y burocráticas, cuyo fin era acabar con la autonomía obrera, fueron tomadas con la participación activa de la CNT-FAI. Y cuando durante las jornadas de mayo, como veremos más adelante, se intentó liquidar por la fuerza las colectivizaciones y la democracia obrera en general, la CNT las defendió en las barricadas y la CNT— los ministros, dirigentes, burócratas, grandes y pequeños— predicaron el compromiso, la paz civil, la capitulación en una palabra. La actitud de la CNT iba a ser *doble* durante los acontecimientos que estamos analizando. Decir que los dirigentes traicionaron el impulso revolucionario de la «base», sin llegar a ser totalmente falso, tampoco explica nada. ¿Por qué entonces se les obedecía, en una organización que en principio no aceptaba la «disciplina de hierro» ni el «culto a los jefes»?

En la «base», los obreros y campesinos libertarios lo colectivizaron *todo*, desde los primeros días de la revolución: los transportes, los servicios públicos, el comercio, la agricultura. La autogestión se realizaba por todas partes, o casi. Junto a algunos éxitos muy notables he observado un defecto de coordinación y de solidaridad entre «Colectividades ricas» y «Colectividades pobres». No es éste el único defecto: también pueden señalarse la no reconversión de algunas industrias *superadas*, así como un cambio de orientación insuficiente en la propia producción. Todo esto, por así decirlo, es normal en esa primera etapa, cuyo sentido general —muy importante— puede resumirse de esta manera: los trabajadores se hacen cargo de *sus* empresas. Como también es normal que las experiencias más avanzadas de democracia directa se hayan desarrollado en los pueblos y villas de Aragón y de Cataluña, donde las asambleas de trabajadores podían reunirse periódicamente y decidir «sobre el terreno» todas las medidas necesarias. En la industria el problema era más complejo —aunque sólo fuese por el número de trabajadores—; se planteaba la cuestión de la «delegación de poderes», los sindicatos intervenían (aparece la burocracia sindical con sus objetivos particulares), etc. Todos estos fenómenos cobran gran importancia en cuanto se «sale» de cada empresa. Dentro de ellas, por supuesto, la democracia directa se hace posible e incluso fácil —tan fácil como en una comuna libertaria de Aragón. Esto, no cabe duda, explica muchas cosas.

Las esferas directivas de la CNT, para paliar los defectos y proteger a las colectivizaciones —en realidad, para dirigirlas— propusieron una organización que quedó plasmada en el Decreto del 24 de octubre de 1936. El Decreto limitaba las colectivizaciones al excluir a las empresas extranjeras (para complacer a las democracias occidentales) y a las empresas de menos de 100 obreros. Se devolvía así al sector privado un importante sector industrial (dado el débil grado de concentración de la industria



catalana de entonces). En realidad no sucedió nada de eso, excepto en lo relativo a las empresas extranjeras. Además el Decreto restablecía la pirámide jerarquizada de la producción en cuyo vértice se encuentra el Estado, cuyo papel en la economía se hacía determinante por primera vez en España (aunque, en diferentes grados, este fenómeno rebasó netamente el marco de Cataluña), Paralelamente al intento de establecer una autoridad estatal «de nuevo cuño, los círculos anarquistas intentaron implantar sobre las colectivizaciones una *autoridad sindical*. El Decreto, ya lo hemos visto, atribuía a los sindicatos un papel muy importante en la nueva organización de la economía, pero un papel *subordinado* al Gobierno catalán, autoridad suprema (por lo menos sobre el papel, el Gobierno central no llegó a aceptar nunca del todo la autonomía catalana, consiguiendo, a partir de junio de 1937, liquidarla prácticamente). Pero siempre hubo en la CNT una tendencia bastante fuerte que quería que los sindicatos dirigiesen directamente la economía sin ingerencias del Estado. Es inútil añadir que esta tendencia se vio reforzada durante aquellos períodos en los que la CNT no estuvo representada en los gobiernos catalán y central, para debilitarse cuando sí lo estaba, como ocurrió —en el Gobierno catalán— durante la publicación del Decreto. Esta tendencia, llamémosla «sindical», nunca llegó a ser preponderante del todo, no luchó, en contra de lo que pudiera parecer, contra el fenómeno burocrático sino que, a su manera, contribuyó a que se produjera.

\* \* \*

La postura del Partido Comunista ante las colectivizaciones es más coherente. Estaba en contra, so pretexto de que no correspondían a la «etapa democrático-burguesa» en la que pretendían encerrar la revolución. Pero en el fondo, estaba en contra de la autogestión y de la autonomía obreras, como siempre lo ha estado —y lo estará. Su postura la resumió José Díaz, Secretario general del PC, en un discurso pronunciado el 2 de febrero de 1937 en el teatro Olimpia de Valencia, durante un mitin de homenaje a... Maurice Thorez:

«Hay que curar aquello que podríamos llamar el sarampión de las incautaciones de bienes de los pequeños industriales, de la "socialización" de las pequeñas industrias, de todos los abusos de ese tipo. Y al mismo tiempo que lo hacemos, debemos plantear el problema con toda franqueza y hacer lo que sea posible para conseguir la nacionalización de las grandes industrias, que las industrias de base pasen, como deberían hacer, a manos del Estado, que se decrete la nacionalización de todas las industrias necesarias para la guerra... (...)

En las fábricas tiene que haber un control organizado por los obreros y los sindicatos; de acuerdo, pero a su vez estos sindicatos tampoco deben olvidar que su deber, en el momento actual, consiste en organizar e intensificar la producción cueste lo que cueste, bajo la dirección del

Gobierno, y realizando todos los sacrificios que sean necesarios para ganar la guerra.<sup>100</sup>»

O sea, había que respetar a la pequeña y mediana industria, ««aliados naturales» del proletariado en la revolución democrático-burguesa. Tenía que haber un «control obrero» de la producción para reforzar la disciplina y la productividad, bajo la autoridad gubernativa, y había que conseguir la nacionalización, reforzándose así el papel del Estado en la economía; lo cual constituye el *humus* necesario para el desarrollo de la burocracia como clase dominante. Todo el mundo sabe, hoy día, que las nacionalizaciones —habitual *tarte á la crème* de los programas comunistas— no es en modo alguno «un paso hacia el socialismo», que en modo alguno contribuye a liquidar la explotación de los trabajadores, sino que, simplemente, refuerza el capitalismo de Estado. Y esto ocurre tanto en los llamados países capitalistas (¡como si hubiera países que no lo fueran!), en donde el sector estatal convive con el sector privado (que cada vez lo es menos), como en los llamados países socialistas, en donde todo está nacionalizado, y en donde se ha realizado la concentración total del capital, es decir, en los países de capitalismo burocrático de Estado.

En el campo, el PC se manifestó aún con mayor fuerza, como el aliado de los pequeños y medianos propietarios (los grandes, como ocurrió con los grandes industriales y banqueros, estaban todos con Franco o bien habían huido al extranjero). Vicente Uribe, dirigente del PC y ministro de Agricultura, llegó a ofrecer los fusiles del Partido para defender a la propiedad campesina de los colectivistas:

«Al principio, el problema fundamental, para algunos, no estaba en crear las bases para una nueva economía agraria, sino en llevar a cabo un loco intento, urdido por personas que habían perdido por completo el sentido de la realidad. ¡Querían resolver el problema agrario mediante las colectivizaciones!<sup>101</sup>»

La indignación del Señor Ministro causa lástima. Su colega del Gobierno catalán, Calvet y Mora, líder de la moderada Unión de *Rabassaires*, que reconoció las Colectividades agrarias en Cataluña —así como su amigo político, el Presidente de la Generalitat, Companys— son unos peligrosísimos revolucionarios al lado del comunista Uribe. De hecho, el Gobierno central nunca reconoció las colectivizaciones, ni en la industria, ni en la agricultura. El ministro de Agricultura, Uribe, se limitó a legalizar algunos repartos de tierra de latifundistas, ya realizados por los campesinos y a luchar desafortadamente contra las colectivizaciones.

Aunque en el resto de España la UGT era más bien favorable al control obrero, en Cataluña, al principio se vio arrastrada por el poderoso movimiento colectivista.

<sup>100</sup> Folleto de la Comisión Nacional de *Agit-Prop*, del PC español, Valencia, 1937.

<sup>101</sup> *Ibid.*

Pero la influencia estalinista sobre la UGT catalana la convirtió en una aliada del PSUC en su lucha contra la autonomía y la gestión obreras.

\* \* \*

Tampoco el POUM mantuvo frente a este problema una postura demasiado clara. El Consejo de Economía, mientras dependía del Comité Central de Milicias, y en cuyo seno se encontraban Santillán (CNT) y Andrés Nin (POUM), publicó el 11 de agosto de 1936 un plan económico de 11 puntos:

- 1) Regulación de la producción según las necesidades del consumo.
- 2) Monopolio del comercio exterior.
- 3) Colectivización de las grandes propiedades agrarias que serían explotadas por los sindicatos campesinos y sindicalización obligatoria de los campesinos individualistas.
- 4) Desvalorización parcial de la propiedad urbana mediante imposición de tasas y reducción de alquileres.
- 5) Colectivización de las grandes industrias, de los servicios públicos y de los transportes colectivos.
- 6) Incautación y colectivización de las empresas abandonadas por sus propietarios.
- 7) Extensión del régimen cooperativista en la distribución de productos.
- 8) Control obrero de las operaciones bancarias hasta llegar a la nacionalización de los Bancos.
- 9) Control sindical obrero sobre todas aquellas empresas que sigan siendo explotadas en régimen privado.
- 10) Reincorporación rápida de los parados.
- 11) Supresión rápida de los diferentes impuestos, para llegar al impuesto único.

Según *W. Solano*,<sup>102</sup> fue el propio Andrés Nin quien redactó estos puntos que en cierta medida pueden ser considerados como el punto de vista oficial del POUM. Como puede verse su postura es mucho más radical que la del PC y corresponde a su concepción del carácter democrático-socialista de la revolución: la revolución debía llevar hasta el final las tareas de la inacabada revolución democrático-burguesa y, al mismo tiempo, debía realizar las premisas de la transformación socialista. Al igual que los comunistas, querían «respetar» la propiedad de la pequeña y media burguesía. Desgraciadamente, para sus respectivos esquemas, «el movimiento autónomo de las masas» había ido mucho más lejos en la transformación radical de la sociedad. Y es en relación con esta verdad en lo que la postura del POUM difiere radicalmente de la del PC. Con esa indestructible buena conciencia que proporciona la mentira burocrática, los estalinistas se hicieron los más encarnizados enemigos de las colectivizaciones y de la democracia obrera. El POUM, por su parte, rebasado por la iniciativa obrera y subestimando sus realizaciones, se situó en los momentos cruciales, por

ejemplo durante las jornadas de mayo, al lado de los obreros. Cosa que no le impidió condenar, sobre todo a través de la pluma de Juan Andrade, las realizaciones «espontáneas y sin plan de conjunto» de la clase obrera en general y de los anarquistas en particular. También en este caso su visión centralista-leninista les obligaba a subestimar una experiencia rica y viva, en nombre de unos dogmas que pretendían que dicha experiencia era *imposible*, mientras no se realizara bajo el mando de un Gobierno Obrero y Campesino y la férula de un partido de vanguardia.

\* \* \*

Por mucho que pueda sorprender a los ingenuos que todavía creen que los comunistas están a la extrema izquierda, las fuerzas nacionalistas catalanas —la *Esquerra, los Rabassaires*— tuvieron una postura mucho más matizada respecto a las colectivizaciones que los comunistas.

La primera observación que parece que hizo Luis Companys a raíz de las primeras expropiaciones, al día siguiente del 19 de julio, fue la de que la industria catalana había vuelto a ponerse en marcha. En manos de los obreros, es verdad, pero mejor eso que no un paro total que culminaría en el caos económico. Seguidamente empezaron poco a poco, sin demasiada violencia, a «restablecer el orden». Es decir, a restablecer la autoridad del Estado.

El único poder que tuvo la Generalitat durante los primeros meses de la revolución fue el financiero. Como ya he señalado, las incautaciones y expropiaciones no alcanzaron a los Bancos —¿quizá debido al desprecio de los anarquistas por el dinero? La Generalitat, por su parte, se apresuró a establecer un control riguroso sobre todas las operaciones bancarias.

«La Oficina Reguladora de pago de salarios concedió a las empresas que estaban bajo control obrero, unos préstamos por valor de 44 millones de pesetas, mientras que la Caja Oficial de Descuentos y Préstamos distribuyó 35 millones de pesetas entre los meses de julio y noviembre de 1936 (...) El Gobierno catalán, obligado a llevar a buen término la lucha en Aragón, a ayudar militarmente la Gobierno central, a procurarse armas y municiones, a subvenir a las necesidades de una población, de un país, cuyas exportaciones habían descendido a cero, pensó que era legítimo exigir al Gobierno central la autorización de girar 180 millones de pesetas a cuenta del Banco de España. En lugar de responder a esta demanda, el Tesoro Nacional ordenó a la Delegación de Finanzas de Barcelona que le entregara 373 millones de pesetas. La vieja querrela regionalista volvió a revivir en agosto (1936).

»Como el Poder obrero estaba todavía más que en estado embrionario, la única autoridad capacitada para resolver el conflicto era la Generalitat y su Gobierno. Los días 27 y 28 de agosto, el Consejero de Finanzas declaró la incautación de la sucursal catalana del Banco de España (...) Después de haber confiscado, como represalia, 36.000 libras esterlinas que Cataluña poseía en París, el Gobierno central cedió y declaró legales las operaciones efectuadas por la Generalitat. Pero, por otra parte, ¡el acuerdo entre ambos Poderes indicaba que sólo era válido para el Gobierno de la Generalitat!<sup>103</sup>»

<sup>103</sup> H. Rabassaire, Op. cit., págs. 228-229.

<sup>102</sup> Wilebaldo Solano: fue Secretario General del POUM en el exilio. Durante la guerra civil fue Secretario de las Juventudes del POUM (juventud Comunista Ibérica).

Esta última reserva no deja de tener su importancia, porque demuestra la desconfianza, que llegaba casi al sabotaje, que el Gobierno central sentía hacia el Comité Central de Milicias, por aquel entonces en el poder, y de un modo más general hacia los comités obreros y las colectivizaciones. La Generalitat, única potencia financiera de Cataluña, utilizó ese medio para ejercer un creciente control sobre toda la vida económica del país.

«La cuestión del crédito, verdadero «cuello de botella» de las Colectividades, tampoco se resolvió conforme a las ideas de los revolucionarios. Fue su crisis, como vimos, la que amenazó el funcionamiento mismo de las empresas colectivizadas. El Consejo de la Generalitat de Cataluña se negó a crear el Banco de industria y crédito pedido por la CNT y el POUM. (...) Los Bancos podían reservar sus créditos para las empresas privadas solamente, y aun ganar comisiones exorbitantes por concepto de las transferencias de fondos ordenadas por el gobierno. Juan Peiró propuso la creación de un Banco industrial, destinado a financiar las actividades de las fábricas colectivizadas. Pero el ministro de Hacienda, Negrín, se opuso (...) Así se vio limitado y luego detenido el movimiento de la colectivización, en tanto que el Gobierno quedó dueño de las empresas por intermedio de los Bancos. Poco a poco, afirmó su autoridad, tanto en las empresas incautadas (colectivizadas) como en las intervenidas, por la elección que hizo de interventores y directores. La búsqueda de la eficacia y las preocupaciones políticas le condujeron, a menudo, a volver a colocar, con otros títulos, a los antiguos propietarios y capataces.<sup>104</sup>»

Estas líneas, sacadas del libro de Broué y Temime, pueden dar la impresión de que las colectivizaciones quedaron totalmente liquidadas antes de la derrota de la República. Pero no fue así. En Cataluña, sobre todo, algunos sectores todavía importantes de la industria y de los servicios públicos se mantuvieron contra viento y marea en poder de los trabajadores hasta el final de la guerra. Es cierto que el Gobierno catalán y el Gobierno central intensificaron su influencia, en el sentido anteriormente indicado, en una serie de sectores industriales. Por otra parte, además del sabotaje financiero, las autoridades gubernamentales tomaron toda una serie de disposiciones legales para «disolver» las colectivizaciones. Así, en mayo, después de las jornadas de las barricadas, el Gobierno central anuló el Decreto de las colectivizaciones del 24 de octubre de 1936, so pretexto de que la Generalitat no era competente en la materia: el artículo 44 de la Constitución especificaba que sólo el Estado podía expropiar y socializar y la Generalitat no podía sustituirse al Estado español.

Otro decreto del 28 de agosto de 1937, otorgaba al Gobierno central el derecho de la intervención y el control absoluto sobre las minas y las industrias metalúrgicas. En octubre del mismo año, «Solidaridad obrera» denunció una decisión del servicio de compras del Ministerio de Defensa: este último sólo suscribiría contratos de compra con aquellas empresas que funcionasen «bajo la dirección de sus antiguos propietarios o bajo un

<sup>104</sup> Broué y Termime, Op. cit., págs. 204, 261-262.

régimen equivalente, garantizado por el control del Ministerio de Finanzas y Economía».<sup>105</sup>

Pues bien, repitémoslo, ni el sabotaje financiero, ni todas las disposiciones legales y presiones políticas, consiguieron acabar con las colectivizaciones. Cuando en agosto de 1937, las tropas comunistas intentaron liquidar a su bestia negra, las comunas libertarias de Aragón, aquellas se vieron obligadas, como hemos visto, a dar marcha atrás. Las autoridades gubernamentales y los partidos políticos anti-colectivistas también tuvieron que dar marcha atrás en la industria, presionadas por los obreros que no aceptaban ese retorno al capitalismo, aunque fuese el capitalismo de Estado. Ya podían, por ejemplo, nombrar directores con plenos poderes, que si los trabajadores se negaban a obedecerles y seguían eligiendo a sus propios representantes, el director no era más que un adorno gubernamental. Algunas Colectividades, agrícolas e industriales, reducidas y asediadas por todas partes, se mantuvieron así, por lo menos hasta la entrada de las tropas franquistas en Aragón y Cataluña, que acabaron con sangre esa vuelta al orden iniciada —también a veces con sangre— por las autoridades republicanas.

Lo esencial de esta batalla con múltiples frentes, algunos de los cuales y no los menos importantes, proceden de lo imaginario, nunca ha sido escrito. Se ha hablado, bien o mal, de las colectivizaciones, citando cifras, hechos, etc. Se ha hablado del Decreto, de su funcionamiento, de la organización sindical, de las disposiciones legales —a favor o en contra—. En una palabra, se ha puesto mucho empeño en el estudio de las instituciones, ya sea para alabarlas y ponerlas al mundo como ejemplo (¿no se ha dicho con orgullo que Yugoslavia se inspiró en ellas?) a veces hasta se cita a Argelia, (¡lo cual ya es el colmo del humor negro!), ya sea para criticarlas e intentar demostrar que la autogestión es una añagaza, cuando de lo que se habla es precisamente de todo lo que se ha hecho en contra de la autogestión. Pero nunca se ha hablado verdaderamente del estado de ánimo de los trabajadores, de su relación con la Autoridad. No voy a llenar este vacío aquí con unas cuantas frases, pero de todos modos hay que señalarlo, porque me parece que es mucho más importante que la búsqueda nostálgica de unas «instituciones buenas» que permitan un «mejor funcionamiento de la economía». ¡De todos modos no hay instituciones buenas!

Pero a través de los textos y de los testimonios, de un modo demasiado impreciso y velado, por desgracia, como para que podamos conocer los detalles, entrevemos un comportamiento masivo de «desobediencia civil». Esa democracia salvaje de la que ya he hablado —como las huelgas así llamadas, se afirma al mismo tiempo contra el Estado, los patronos y las burocracias «obreras» y no está institucionalizada— no está expresada en ningún texto legal, en ningún programa de ninguna organización, en ningún análisis de ningún teórico. Por la sencilla razón de que reconocerla sería negarse a sí mismo como «ley», como «teórico». Sin embargo, fue ese estado de ánimo revolucionario y libertario de los trabajadores el que la hizo posible; ese estado de ánimo que les lanzó contra los militares y los

<sup>105</sup> Morrow, Op. cit., pág. 98.

fascistas, que les llevó a colectivizar todo —o casi— y que alimentó su supremo rechazo a la Autoridad. ¡Oh!, ciertamente, apenas derrumbado el viejo mundo todos los mecanismos se precipitaron para reconstruir el «nuevo» que, como por casualidad, tomó del antiguo sus valores esenciales; en él se sacralizaron, apenas disimulados, los buenos viejos principios de la esclavitud contemporánea: la Autoridad y la Disciplina, el Ejército y la Patria (sí ¡incluso la Patria!), la Productividad y el Orden, etc.

Nada de esto es nuevo. En cambio, lo que si no es nuevo al menos es poco corriente, era la relación de las masas con la Autoridad en la Cataluña de aquella época. La Autoridad intentó afirmarse en todas partes, no sólo mediante la paciente y solapada restauración de un Estado totalitario sino también mediante la sutil producción de fantasmas; el espectáculo de los héroes y de los jefes: aquellos jóvenes generales vestidos de cuero y con cartucheras, que provenían directamente del Año II, con el inevitable regusto a los tópicos bolcheviques. Kleber y Budienny se llamaban entonces Líster o Durruti (éste una vez muerto, lo que en su caso era mas prudente). La imagen de los jefes venerados (en primera fila figuraba por supuesto Stalin, al que no sólo adoraban los estalinistas), esas «imágenes santas» florecían en todos los muros de las ciudades destrazadas, en los locales de todas las organizaciones políticas. Cada organización tenía sus propios santos como pasto para las masas, para que éstas, llenas de devoción, fuesen más obedientes. Una mano vengadora se tiende hacia el campesino analfabeto y hacia el obrero holgazán, que, en medio de esa admirable «gesta heroica», se han lanzado imprudentemente a una aventura sin igual: han intentado simplemente cambiar su vida. Aquél no era su lugar. Entonces les acusaron de boicotear la guerra. También se les acusó —porque el gesto heroico está muy bien, es incluso indispensable, pero no lo es todo— de sabotear la producción y, por supuesto, el Orden. Ese Orden que exige que cada cual esté en su sitio y ejecute las tareas que le ha asignado la Autoridad. Es inconcebible —dice la Autoridad, bajo sus múltiples rostros, comunista, republicano o anarquista— es inconcebible, que las fábricas estén «en poder de los obreros». Eso no quiere decir nada. Para dirigir una fábrica hace falta un director, eso va de suyo. Para organizar y planificar la economía hacen falta organizadores, especialistas, técnicos con saber y poder. Cada organización ofrecía «sus» especialistas. Muchas veces, como hemos visto, eran los antiguos patronos, cosa que en cierto modo resulta lógico: ¿acaso no habían demostrado ya su capacidad para ser patronos, puesto que lo habían sido? Pero el obrero «holgazán», al que incluso han llegado a acusar de tener «intereses capitalistas» —como ha ocurrido no hace mucho tiempo en China durante aquel sangriento arreglo de cuentas entre facciones de la burocracia, pudorosamente llamado «revolución cultural»— y el campesino analfabeto, opusieron una resistencia admirable a todas esas tentativas de la Autoridad. Simplemente no la reconocieron. Trabajaban, luchaban —a pesar de lo que diga la mentira burocrática— además, qué otra cosa iban a hacer? No rechazaban las exigencias de la técnica y de la cultura, por el contrario, más bien tendían a respetarlas en demasía, pero querían decidir, querían seguir siendo los dueños de su propia

vida, de su trabajo, por muy duros y miserables que fuesen. Si ésta no es una postura revolucionaria, ¿qué es la revolución?

¿Por qué, a pesar de aquel estado de ánimo de rebeldía y de aquella democracia salvaje que habían impuesto los trabajadores, se pudo restaurar el Estado autoritario —aunque apenas fuera obedecido? ¿Cómo se pudo limitar —ya que no liquidar— el movimiento de las colectivizaciones? Precisamente debido a una particular manera de vivir la solidaridad de clase, a la fidelidad a la organización, a una determinada concepción del militanismo, por eso la Autoridad se reintrodujo «en la cabeza» de los militantes, aun de los más rebeldes. Esa fidelidad «filial» a la Organización (en este caso a la CNT-FAI) es la que, en definitiva, limitó hasta cierto punto la extraordinaria magnitud del gran rechazo. Esto nos lleva, naturalmente, a hablar del fenómeno burocrático en el movimiento de las colectivizaciones.

\* \* \*

El estudio de este fenómeno siempre está ausente de los textos que tratan, a favor o en contra, de las colectivizaciones. Voy a hablar aquí de la transformación burocrática de la CNT-FAI al «contacto» con el poder. Insistir en aquellas cosas que conocemos harto bien, como la burocracia estalinista o la de los sindicatos dominados por ella, como la UGT en Cataluña, sería sólo una pérdida de tiempo.

En su folleto titulado *Ne Franco ne Stalin: L'attività sindacale nella trasformazione sociale*<sup>106</sup>, Gaston Leval recoge las acusaciones de un importante sector directivo de la CNT contra el «neo-capitalismo obrero» (sic) a propósito de las empresas industriales y comerciales que actúan solas y por sus propios medios; aquéllas que después del 19 de julio encontraron las cajas llenas y mercados para su producción convirtiéndose en lo que se ha llamado «colectividades ricas» y que se desinteresaban, según Leval, del interés general. Pero incluso a las «colectividades pobres» se les acusaba de neo-capitalismo, porque al no tener materias primas ni mercados, pedían prestado dinero al Gobierno catalán para pagar a los obreros «por no hacer nada». ¡Supremo escándalo! (el camarada Gastón no parece haberse dado cuenta de que no suele ser muy corriente que los capitalistas paguen a sus obreros «por no hacer nada» ...).

Tanto para Leval, como para un sector de la CNT, la solución a ese problema se encontraba en lo que ellos llamaban la «socialización» (¡Oh, ambigüedad de las palabras!) es decir, en la gestión, por medio de los sindicatos correspondientes, de las ramas industriales integradas. Ahora bien, fue precisamente en la gestión sindical donde el fenómeno burocrático cobró, en Cataluña, un relieve en cierto modo original. Si nos remitimos a aquella época vemos que, contrariamente a lo que ocurría en la CNT antes de la Revolución, donde el único puesto remunerado, en una organización que rebasaba el millón de afiliados, era el de Secretario General y que éstos nunca lo eran durante demasiado tiempo, en una organización en una palabra que tenía fobia burocratismo y que, luchaba contra ese fenómeno

<sup>106</sup> G. Leval, Op. cit., Milán, 1948, págs. 36-38 y 40-41.

inherente a toda organización, empezaba a proliferar una nueva capa de funcionarios sindicales en todos los organismos estatales o específicamente sindicales, que se ocupaban o querían ocuparse de la gestión, coordinación, planificación, comercialización, de la producción de las empresas colectivizadas. Esta nueva capa de responsables sindicales, alejados de la producción, tenía un poder real y un poder que era al mismo tiempo económico, político, militar e incluso policiaco. En los Consejos Municipales, en la administración del Estado —e incluso en el seno de los Gobiernos— en las organismos políticos de alianza antifascista o específicamente anarquistas (CNT-FAI-FIJJ), en el seno de las asociaciones de colectividades agrarias e industriales, en el nuevo ejército creado sobre las ruinas de las milicias (volveremos más adelante sobre esta cuestión), en la policía, paralela o no, ahí donde se sitúe el nuevo Poder, en la cumbre de la nueva jerarquía, se encuentra el mismo grupo de dirigentes, la capa de responsables sindicales con amplios y variados poderes, cuya renovación por elección iba siendo progresivamente sustituida por la cooptación —bajo el pretexto de que la guerra obligaba a ello ¡una vez más!—. No nos engañemos, a pesar de su bandera negra y roja, y de su palabrería sobre la libertad, se trataba de la verdadera burocracia, es decir, de una capa separada de dirigentes, cristalizada en torno a unos intereses específicos provenientes del ejercicio del poder, de un poder por supuesto tanto económico como político, que habla «en nombre» del proletariado, es decir, en su lugar, mientras que el proletariado habla cada vez menos por sí mismo, ¡antes de llegar a estar totalmente maniatado!

«Para nosotros —escribe Claude Lefort— la burocracia es un grupo que tiende a que prevalezca un modo determinado de organización, que se desarrolla en determinadas condiciones, que florece debido a una particular situación de la economía y de la técnica, pero que, esencialmente es lo que es sólo en virtud de una actividad social. Toda tentativa de aprehender la burocracia que no ponga en evidencia un modo específico de conducta, nos parece que está condenada de antemano al fracaso. La burocracia existe tan sólo gracias a los burócratas, sólo existe por su intención común de constituir un medio aparte distanciado de los dominados, de participar en un poder socializado, de que se determinen lo unos a los otros en función de una jerarquía que garantiza a cada cual un status material o un status de prestigio.»

Pero, sigue diciendo Claude Lefort, no se puede reducir la burocracia a un conjunto de comportamientos similares. El comportamiento del individuo aislado es «ininteligible». «Solo tiene sentido si se le sitúa en el marco de un grupo. La burocracia se constituye dentro de una socialización inmediata de las actividades y de las conductas. Aquí, el grupo no es una categoría de actividad o de status socio-económico: es un medio concreto del que cada uno extrae la determinación que le es propia. Pero esta observación hace que además aparezca la relación de la burocracia con la institución de masas. En esta última, ya sea ministerio, sindicato, partido o empresa industrial, es dónde la burocracia encuentra su forma adecuada. Porque la unidad del marco, la interconexión de las tareas, el número de empleos, la proximidad de los hombres, dentro de cada sector, la perspectiva de un desarrollo

creciente de la institución, el volumen de los capitales empleados, circunscriben un campo social de poder. De ahí proviene el hecho de que la identificación de la burocracia con la empresa a la que está unida sea una mediación natural en la conciencia que el grupo adquiere de su propia identidad. Pero esta identificación (...) no debe ocultarnos el hecho de que en realidad la burocracia no encuentra su destino estrictamente impuesto por la estructura técnica de la institución de masas, sino que contribuye también a dar forma al de ésta. Al convertirse en agente de una estructuración muy precisa, multiplica los puestos y los servicios, separa los diversos sectores de la actividad, crea artificialmente tareas de control y de coordinación, reduce a una función de meros ejecutantes a una masa cada vez mayor de trabajadores para oponerles, a todos los niveles, una función de autoridad que intenta conseguir su máxima amplitud, mediante la creación de un sistema lo más diferenciado posible de relaciones de dependencia.<sup>107</sup>»

Ciertamente, en plena guerra civil y en medio de la violencia de los conflictos sociales, la burocracia en Cataluña no pudo tener esos rasgos tan definidos, era más bien un esbozo. Pero la definición de Lefort le va perfectamente. Esa burocratización «sindical» tampoco era monolítica. En ocasiones ligada al aparato del Estado, se confundía con él y se le oponía al mismo tiempo. Estallaron conflictos entre funcionarios sindicales, colocados por la situación política en el aparato económico, del Estado y funcionarios sin otras responsabilidades que las sindicales, pero que no obstante, ejercían un poder de gestión. Sin ir más lejos se puede tomar el ejemplo de los «Consejos de Industria» donde se podían encontrar miembros de la CNT, delegados por el Gobierno catalán y otros miembros, también de la CNT, delegados a su vez, por el correspondiente Sindicato de Industria. Los primeros estaban encargados de defender la autoridad del Estado, los segundos la autonomía de los sindicatos y su influencia sobre la economía (unos y otros tropezaban de todos modos con la oposición de la «base»). Por supuesto, ni tan siquiera menciono las rivalidades mucho más agudas existentes entre CNT y UGT, tanto en éste como en otros asuntos.

Los responsables cenetistas colocados en las diferentes ramas de la burocracia tenían que apelar a «la disciplina de organización», los unos exigiendo el respeto a la autoridad del camarada Ministro (las carteras que durante más tiempo tuvieron los ministros anarquistas en Cataluña fueron las de Economía y Defensa), los otros, a la autoridad del camarada Secretario General del sindicato correspondiente. Se trataba aquí de algo más importante que de una simple querrela entre personas y atribuciones, de algo más que de un desorden y del papeleo originado por esa proliferación de comités y de comisiones, que ejercían todo tipo de control —y del que hablan todos los testigos— unas veces estatales y otras sindicales (o de los partidos), interponiéndose y querellándose unos con otros. Se trataba de la lucha por la hegemonía entre dos tendencias de la burocracia. La primera, a la que he llamado «sindical» y que, en Cataluña estaba casi exclusivamente

<sup>107</sup> Claude Lefort, *Elements d'une critique de la bureaucratie*. Ed. Droz, Ginebra-París, págs. 306-307. (En castellano «¿Qué es la burocracia?». Col. «El Viejo Topo». Ruedo Ibérico, París.)

representada por la CNT-FAI y la segunda, la burocracia estatal donde todas las organizaciones políticas y sindicales antifascistas estaban representadas —incluida la CNT— pero donde, en el transcurso de los días, la influencia de los estalinistas iba en aumento.

Se puede encontrar una interesante teorización de la primera tendencia en el artículo publicado en «Solidaridad obrera» por Juan Peiró, uno de los líderes anarcosindicalistas más influyentes (que no era miembro de la FAI) y que por esas fechas era Ministro del Gobierno central —hecho que refleja muy bien la complejidad del fenómeno. Al criticar, no sin lucidez, la ausencia de un plan de conjunto económico que englobase a todas las industrias de la zona republicana, Peiró declaraba lo siguiente sobre la gestión sindical:

«Lo que siempre he querido decir y que hoy repito, es que antes de enfrentarse con las colectivizaciones y las socializaciones, que hoy día tienen todo el mal gusto del corporativismo, hay que dar prioridad a la creación de unos organismos capacitados para dirigir y administrar (subrayado por mí, [C. S.-M.]) la nueva economía, sin que haga falta para ello ninguna tutela estatal ni de sus instituciones. Pero crear los organismos que nos servirán seguidamente para estructurar la colectivización y la socialización de la riqueza social, también es hacer una revolución; porque conquistar posiciones y formarnos en ellas, para que una vez acabada la guerra seamos capaces de organizar la nueva economía, también es una labor profundamente revolucionaria, mucho más que la de destruir una economía, expropiando, colectivizando o socializando industrias, tarea para la cual nadie estaba preparado, entre otras cosas por falta de organismos adecuados, únicos, necesarios, para una tarea político-social tan noble y tan majestuosa.<sup>108</sup>»

Hermoso ejemplo de lenguaje burocrático: las colectivizaciones que no han sido decididas desde arriba destruyen la economía. Según nuestro teórico, hay que dar prioridad a la creación de organismos directivos y administrativos. Por supuesto a la burocracia ni se la nombra, pero se habla de ella disfrazándola de eficacia. Prohibición de socializar, de expropiar, de colectivizar, mientras no se haya construido la nueva jerarquía. Como representante de la tendencia «sindical», el camarada ministro, le niega al Estado cualquier intromisión en la «nueva economía».

El triunfo de esta tendencia hubiera supuesto el triunfo de la CNT (esa «dictadura anarquista» que los dirigentes habían sacrificado en aras de la unidad antifascista). Sabemos que no pasó nada de eso, aun cuando los dirigentes de la CNT-FAI durante un momento pensaron en realizar un golpe de Estado.<sup>109</sup> La transformación burocrática de la CNT-FAI nos permite pensar que, aun cuando los anarquistas españoles hubiesen querido tomar el poder y lo hubiesen conseguido, no habrían hecho otra cosa. Es decir, que hubieran apartado del Poder a las facciones rivales de la burocracia política (comunistas, socialistas, republicanos) sin por ello

destruir tal «poder». Sin duda, disimulado bajo el nombre de «Consejo Central Obrero», lo que habría surgido al final de esa «victoria» hubiera sido un Estado burocrático.

La tendencia burocrática que a lo largo de toda la guerra civil va a luchar por la hegemonía del Estado (de un Estado que se pretendía legal, republicano y democrático, pero que llevaba en sí mismo una configuración de lo que serán los Estados de las «democracias populares»), si hubiera triunfado, habría colocado a los sindicatos en su lugar: se habrían convertido en unos meros engranajes burocráticos al servicio del Estado. A pesar del continuo reforzamiento del Estado, éste nunca pudo someter del todo a los sindicatos de la CNT —ni tampoco a la autonomía obrera. Comorera, líder del PSUC, confesaba este fracaso que suponía pasajero, en una reunión de su partido en Lérida, en enero de 1938:

«Los sindicatos no pueden ser apartados de la dirección económica del país. En primer lugar, porque el Gobierno no tiene todavía un aparato económico lo suficientemente bien montado como para tomar por sí solo toda la responsabilidad de la dirección. Además, Cataluña es un país que tiene una antigua y muy enraizada tradición sindical. No podemos quemar etapas (...). Es absolutamente necesario hoy día, que las centrales sindicales intervengan en la dirección económica del país.<sup>110</sup>»

No olvidemos que todas las organizaciones, incluida la CNT-FAI, estaban representadas en la tendencia «estatal» y que para liquidar en provecho propio el reparto de responsabilidades en la dirección de la economía con los sindicatos, hubiese hecho falta primero que una organización —o un bloque de organizaciones— consiguiese imponerse a los demás, consiguiese tomar todo el poder, primero en el aparato del Estado, después en todo el país. Los estalinistas y sus aliados consiguieron excelentes resultados en este sentido, sin llegar a imponerse del todo.

La victoria franquista fue la que resolvió negativamente el conflicto, pero no es demasiado absurdo pensar que, en el caso de una victoria republicana, habría sido por las armas cómo se hubiera zanjado la lucha entre las diferentes tendencias burocráticas. Todo esto no lo digo para entregarme al juego de las hipótesis históricas, sino simplemente para indicar la diversidad de vías que pueden llevar al capitalismo burocrático del Estado.

\* \* \*

Los trabajadores que realizaron la obra, a fin de cuentas ejemplar, de las colectivizaciones y que se enfrentaron con mil dificultades y con los ataques de todas las burocracias, no supieron organizar el contraataque para la defensa y la consolidación de sus conquistas. Su resistencia fue pasiva: no aplicaban las cláusulas del Decreto, no obedecían las órdenes y exhortaciones de los dirigentes de la CNT. Cuando, obligados por la falta de dinero, aceptaban al director nombrado por la Generalitat, éste, una vez en

<sup>108</sup> «Solidaridad Obrera» (26 de enero de 1937).

<sup>109</sup> Respecto a este asunto, véase el anexo 6, pág. 214.

<sup>110</sup> Citado por G. Munis, Jalones de derrota, promesa de victoria, Ed. Lucha Obrera, México, 1948, pág. 348.

su puesto, no era obedecido. Así sucesivamente. Esta resistencia «defensiva» favoreció, e incluso justificó, el aislamiento de cada empresa. Dentro de cada una de ellas (sin duda alguna a veces entraron en juego motivaciones egoístas) los trabajadores eran los dueños. En cuanto salían, en cuanto un proyecto local o regional era esbozado, los burócratas sindicales y estatales se apoderaban de él, en nombre de la racionalización de la planificación, de las necesidades de guerra, o de las razones de Estado. Al sentirse desposeídos, los trabajadores se refugiaban nuevamente en sus empresas, como si fueran fortalezas asediadas. La democracia directa sólo fue posible en las pequeñas ciudades y pueblos de Cataluña y de Aragón, como ya hemos dicho y, por lo tanto, también pudo haber ahí un plan de conjunto local, discutido y aprobado por todos, unificando empresas industriales y agrícolas, actividades culturales y de otro tipo.

Sin embargo, los trabajadores nunca pusieron en duda la estructura sindical y no parece que hayan tenido una conciencia demasiado clara del fenómeno burocrático. Para los militantes de la CNT, su organización era sagrada, aun cuando algunos de sus dirigentes no lo fuesen. Esto explica indudablemente por qué no se hizo ningún intento serio para romper la jerarquización de la CNT y hacer que se oyese la voz de la masa trabajadora. Tampoco se hizo nada por levantar una coordinación que fuera auténticamente democrática. No obstante, en un momento dado, hubiera sido posible (es un modo de hablar, por supuesto, desde el momento en que los trabajadores ni siquiera se plantearon ese problema, esta posibilidad sigue siendo abstracta) oponer a los funcionarios sindicales, los delegados elegidos —y revocables en cualquier momento— de los trabajadores. Esos delegados, que habrían seguido trabajando en sus empresas, hubieran podido ser diferentes en cada encuentro interempresarial. Estos delegados, siempre renovables en las asambleas de cada empresa, hubieran podido, evidentemente, crear una coordinación y una solidaridad efectivas entre las diferentes empresas y ramas industriales catalanas. Si se hubiese llevado a cabo tal iniciativa habría podido constituir un primer paso en la contraofensiva obrera contra la burocracia. Pero dado el lazo de dependencia de los obreros revolucionarios respecto a su organización (la CNT, en el caso que nos ocupa), esa iniciativa hubiera parecido un sacrilegio, tanto a la «base», que aunque se resistía y rechazaba nunca pasó a una contraofensiva abierta y generalizada contra la burocracia, como a esta última, que, dicho sea de paso, no habría dudado en detener como saboteador fascista a toda persona que pusiera en duda públicamente la estructura sindical y el «derecho divino» de la organización.

\* \* \*

El problema de la burocracia no es secundario en las sociedades contemporáneas en general, ni lo era en la Cataluña revolucionaria, en particular. No se trata en absoluto de un fenómeno marginal que se puede neutralizar por no se sabe muy bien qué buen funcionamiento de las «instituciones democráticas» o por el «derecho a la formación de tendencias». El problema de la burocracia es un problema central de nuestro tiempo. Ciertamente, después de la revolución española, el conjunto de las

experiencias burocráticas se ha enriquecido considerablemente con la victoria de las burocracias totalitarias en numerosos y vastos países y también con la burocratización del capitalismo moderno. Debería de resultar perfectamente claro hoy día para todo el mundo que las diferencias que puedan existir entre ambos sistemas —el «socialista» y el «capitalista»— no pueden seguir ocultando su tronco común, formado de explotación y de mentira.

Porque la gestión burocrática se basa tanto —y a veces más— en la gestión capitalista, como en la explotación y alienación de los trabajadores. De todos modos, habría que acabar de una vez por todas con esos viejos mitos polvorientos que pretenden que la gestión burocrática (esa supuesta «propiedad socialista» de los medios de producción») constituye un gran paso adelante hacia la «buena» sociedad, puesto que ha suprimido la «propiedad privada de los medios de producción». Hoy día ha quedado demostrado —y de qué manera, por la experiencia de todos los campos de trabajo a los que se bautiza en un gran impulso paranoico con el nombre de «países socialistas»— que la propiedad privada de los medios de producción no es ni el «freno para el desarrollo de las fuerzas productivas», según la tesis marxista, ni la única forma moderna de explotación.

Pero en 1936-1937, la única referencia, el único modelo existente de sociedad burocrática era, por supuesto, la URSS. Hacia ese modelo de «socialismo» es hacia el que querían encaminarse los estalinistas, por la vía indirecta de la legalidad republicana. Pero también era hacia esa sociedad soviética —aunque con ligeros retoques— hacia donde dirigían sus ojos los miembros del POUM y muchos socialistas de izquierda. Nadie veía entonces el peligro, nadie tenía una conciencia muy clara de lo que se ventilaba en la lucha que se estaba desarrollando en Cataluña, ni de la verdadera naturaleza de la sociedad soviética. Incluso los sectores anarquistas, que permanecían fieles a sus ideas y desconfiaban instintivamente, por así decirlo, del aspecto dictatorial del régimen soviético y de los PC, no habían analizado la importancia del fenómeno burocrático y sólo tenían una idea vaga, superficial —aunque no falsa— de la naturaleza de la URSS.

«...La sociedad rusa es una sociedad dividida en clases —escribe muy acertadamente Pierre Chaulieu— de las cuales las dos más importantes son la burocracia y el proletariado. La burocracia desempeña el papel de clase dominante y explotadora en todo el sentido de la palabra. No sólo es la clase privilegiada, cuyo consumo improductivo absorbe una parte del producto social comparable (probablemente superior) al que absorbe el consumo improductivo de la burguesía en los países de capitalismo privado, sino que también ordena imperiosamente la utilización del producto social total, primero determinando su reparto en forma de salarios y de plusvalía (al tiempo que intenta imponer a los obreros los salarios más bajos que pueda y sacarles el mayor trabajo posible), seguidamente determinando el reparto de esa plusvalía entre su propio consumo improductivo y las inversiones entre los diversos sectores de producción.

»Pero la burocracia ordena la utilización del producto social sólo porque también ordena su producción. Precisamente porque gestiona la producción desde la fábrica, puede obligar constantemente a los obreros a producir más

por el mismo salario, y precisamente porque gestiona la producción a nivel de la sociedad, puede decidir que se fabriquen más cañones y sederías que viviendas y algodón. Puede comprobarse que la esencia, el fundamento de la burocracia sobre la sociedad rusa, reside en el hecho de que domina desde dentro las relaciones de producción; asimismo puede comprobarse que esta misma función ha sido siempre la base del dominio de una clase sobre la sociedad. Dicho de otro modo, en todo momento la esencia actual de las relaciones de clase en la producción es la división antagónica de los que participan en dicha producción en dos categorías fijas y estables: dirigentes y ejecutantes. El resto concierne a los mecanismos sociológicos y jurídicos que garantizan la estabilidad de la capa dirigente; éstos son, la propiedad feudal de la tierra, la propiedad privada capitalista o esa extraña forma de propiedad privada impersonal que caracteriza al capitalismo actual. En Rusia son la dictadura totalitaria del organismo que expresa los intereses generales de la burocracia, el Partido «Comunista» y el hecho de que el reclutamiento de los miembros de la clase dominante se hace por una cooptación que es extensiva a escala de la sociedad global.<sup>111</sup>» (Por supuesto, esto se puede aplicar hoy día tanto a Rusia como a China, a Rumanía como a Cuba, etc., y esto es lo que estaba en juego en la lucha de clases de la Cataluña revolucionaria.)

No es muy original afirmar que el nudo gordiano de la explotación son las relaciones de producción. Estas relaciones de producción están dominadas por el antagonismo dirigente-ejecutante. Lo que quiere decir que el trabajador, situado en el proceso de producción con un papel de simple ejecutante, se ve desposeído de toda decisión sobre su trabajo, de toda intervención, convertido en un simple engranaje de una actividad decidida y organizada por otros —los dirigentes— que se apoderan de los «frutos» y deciden, con total soberanía, cuál ha de ser su utilización. Es evidente que, a este nivel, las relaciones de producción son idénticas, pertenezca la fábrica a un trust capitalista —con sus valores cotizados en Bolsa— o a un trust estatal. Las diferencias que pueda haber entre ambos sistemas —mucho más claras en la época que estamos estudiando, pero que después tienden a desdibujarse por la acelerada burocratización del capitalismo —no cambian en nada lo esencial de la explotación y la alienación del trabajador asalariado en las sociedades modernas.

Insisto tanto en la explotación y alienación del obrero, porque es uno de los temas favoritos de la mentira burocrática (ellos, los obreros, ¡prefieren la gestión burocrática! ¡Qué broma!). Pero es evidente que, en diferentes grados, la sociedad en general, el conjunto de las actividades humanas y

toda la vida cotidiana son los que tienen que sufrir y tienen que luchar contra la explotación, la alienación y la división jerárquica de dirigentes-ejecutantes. Porque evidentemente no será como ciudadano, cómo podrá el obrero desposeído (ni los demás) intervenir eficazmente y participar realmente en las decisiones de los Estados sobre la utilización de los frutos de su trabajo ni siquiera sobre su propia vida. Aquí, la comparación es más desfavorable aún para los regímenes totalitarios («socialista» o no). Que todos esos curillas «revolucionarios» se guaseen cuanto quieran de las libertades democráticas —llamadas burguesas—, cuando se suprimen todavía es peor.

Lo que acabo de decir me parece que aclara el contenido de la lucha de clases en Cataluña. Detrás de la propaganda de los partidos de izquierda y de sus programas más o menos moderados (conservemos importantes sectores de capitalismo privado por motivos políticos) o más o menos «revolucionarios» (aceleremos la nacionalización de la economía) se trasluce la lucha entre la autogestión de los trabajadores y la gestión burocrática —con su versión en cierta medida original generada por los círculos directivos de la CNT. El dominio estatal de la economía —y de la vida social en general— me parece que está inscrito en la evolución política y social de la República española durante la guerra civil. (Pero el triunfo franquista también ha representado a su manera, una estatalización de la sociedad y de la economía, con su corolario burocrático, que hoy día se va acercando, no sin esfuerzos, a lo que algunos sociólogos llaman las «sociedades industriales».)

Los trabajadores que habían *realizado* y defendido durante largos meses la autogestión de numerosos sectores industriales y agrícolas (y también la de la cultura y la educación, etc.), tenían como *enemigos* no sólo a los militares y a los fascistas representantes de las clases dominantes de la burguesía y de los latifundistas, sino también «objetivamente» a las nuevas capas burocráticas que, bajo las mismas banderas que ellos, se disponían —ya habían comenzado— a restablecer, bajo formas a veces nuevas la vieja explotación del trabajador asalariado y la jerarquización totalitaria de la vida social.

Hay que señalar, una vez más, la sutil instalación, en la sociedad, de unos mecanismos que siempre actúan —aunque no siempre de la misma manera— para restablecer a nivel de la producción —y de la sociedad en su conjunto— la división dirigente-ejecutantes. El papel que ha desempeñado en este caso (y en otros) las organizaciones políticas y sindicales «de la clase obrera», en ese proceso, es tan evidente que uno se pregunta qué nuevas pruebas habría que aportar para demostrar que los partidos y los sindicatos forman parte —desde hace ya tiempo— de los instrumentos específicos de la coerción generalizada de las sociedades modernas.

<sup>111</sup> Pierre Chaulieu, *Sur le contenu du socialisme*, in «Socialisme ou Barbarie», n.º 17, págs. 6-7. Las Ediciones 10/18 acaban de empezar a publicar en varios tomos los textos de C. Castoriadis, bajo el título general de *La Société bureaucratique*, de los cuales, muchos habían aparecido anteriormente en la revista «Socialisme ou Barbarie», bajo diferentes seudónimos, entre otros el de P. Chaulieu. (También se está publicando en castellano: *La Sociedad burocrática*, Tusquets Editor, Barcelona, 1976; han aparecido los dos primeros volúmenes.)



### Milicianos, ¡sí!, soldados, ¡nunca!

Después de las jornadas de julio de 1936, ya no había ni ejército ni policía y las milicias obreras eran las que defendían la Revolución, tanto en la retaguardia como en el frente. También aquí, la Generalitat se vio obligada a reconocer las iniciativas revolucionarias, en espera de «días mejores»: el 21 de julio de 1936, Companys creaba por Decreto las milicias obreras... que ya habían aplastado la insurrección militar en Cataluña días antes. El Decreto atribuía a las milicias un papel provisional y defensivo. Enrique Pérez Farras fue nombrado «jefe militar de las milicias» y Luis Prunes y Sato, comisario de defensa en la Generalitat, «con las atribuciones necesarias para, la organización de las milicias».

En realidad, fueron las organizaciones obreras quienes organizaron, armaron y controlaron a las columnas de milicianos; cada organización tenía su columna. El Comité de Enlace creado por la Generalitat se limitaba a legalizar las iniciativas y requisiciones para el armamento, avituallamiento y transporte de las milicias.

«He aquí la composición inicial de las milicias antifascistas de Cataluña: CNT-FAI: 13.000 hombres; UGT: 2.000; POUM: 3.000; Policía y Generalitat: 2.000.<sup>112</sup>»

Los milicianos, en su mayor parte eran miembros de la CNT-FAI. De esta organización fue de quien partió la iniciativa de marchar sobre Zaragoza, ciudad con un importante sector anarcosindicalista y que se encontraba, como hemos visto, en poder de los militares. Esta primera columna penetró en Aragón cuatro días después de finalizados los combates en Barcelona. Los ferroviarios habían construido a toda prisa un tren blindado que pusieron a disposición de los milicianos; éstos requisaron además automóviles particulares y camiones. Avanzaron en medio del entusiasmo producido por las primeras victorias, liberando numerosas ciudades y pueblos de Aragón. Pero muy pronto la columna, al llegar a pocos kilómetros de Zaragoza, no pudo seguir adelante. Atrincheros en la ciudad y en las montañas que la rodean, con el Ebro como barrera infranqueable, los militares, superiores en armas, interrumpieron la marcha de los milicianos. Nunca tomarían la ciudad.

Puede llamar la atención el hecho de que a nadie se le haya ocurrido rodear la ciudad, penetrar por la retaguardia de las líneas enemigas y tomarles por sorpresa. No había que buscar otros antecedentes de esta táctica guerrillera que los proporcionados por la guerra contra Napoleón, en la misma España. Pero, como veremos mas adelante, el estancamiento ante Zaragoza no es más que un ejemplo, entre muchos otros, de la ineptitud de las milicias y sobre todo de la ineptitud del llamado Ejército Popular, creado meses más tarde, para llevar a cabo una verdadera guerra de guerrillas.

El líder de esta columna era Buenaventura Durruti, uno de los militantes más populares del movimiento anarquista, uno de aquellos «líderes

naturales» que solían tener más audiencia que los *secretarios* (la inmensa mayoría de esos «líderes naturales», durante la guerra civil, ejercieron los más altos cargos *oficiales*, dentro del aparato del Estado, en los sindicatos, en el ejército, etc., perdiendo así su especificidad «natural»). Pérez Farras, militar de carrera, era su consejero militar. Para la literatura anarquista, Durruti se ha convertido en el símbolo de las transformaciones sociales que se produjeron durante la marcha de su columna. Para otras literaturas, era un «fusilador» que imponía por el terror el comunismo libertario en Aragón.<sup>113</sup> Siempre se suele asociar los acontecimientos históricos con la figura de un «héroe». Durruti no fue ni un «fusilador» ni el arcángel de la revolución social. Sin duda, su columna cometió exacciones, pero también actuó como fermento en la creación de las «comunidades libertarias». Sin embargo, los campesinos anarquistas no esperaron sus «órdenes» para realizar las colectivizaciones: el levantamiento franquista y la respuesta revolucionaria, la entrada de la columna de milicianos en Aragón, fueron para ellos la *señal* de que había sonado la hora de la revolución social. Al igual que en las colectivizaciones industriales, lo que caracterizó al movimiento campesino fue la *espontaneidad*. La presencia de los milicianos anarquistas favoreció sin duda la creación de las comunas libertarias, pero no fueron ellos quienes las *crearon*.

Así es cómo Durruti describe la acción de «su» columna:

«Nosotros hacemos la guerra y la revolución al mismo tiempo. Las medidas revolucionarias no se toman únicamente en Barcelona, sino que llegan hasta la línea de fuego. Cada pueblo que conquistamos empieza a desenvolverse revolucionariamente. Una derrota de mi columna sería algo espantoso, porque nuestra retirada no se parecería a la de ningún ejército: tendríamos que llevarnos con nosotros a todos los habitantes de los pueblos por donde hemos pasado. Desde la línea de fuego hasta Barcelona. En la ruta que hemos seguido no hay más que combatientes. Todo el mundo trabaja para la guerra y para la revolución; ésta es nuestra fuerza.<sup>114</sup>»

He aquí una estrategia de guerra revolucionaria que respondía muy bien a la situación, pero que desgraciadamente no estuvo lo suficientemente desarrollada. Durruti no fue el único de aquellos prestigiosos jefes de columna anarquistas —como Domingo Ascaso, Cipriano Mera, Ricardo Sanz, etc. —que, al empezar la guerra, pretendieron convertir a sus columnas en las fuerzas de choque de la revolución social. Pero él, como acabo de decir, encontró en Aragón el apoyo entusiasta de los campesinos pobres y de los obreros que se lanzaron en la prodigiosa aventura de las «comunidades libertarias». Pero todos esos «líderes naturales», una vez convertidos en jefes de columna, aceptaron la militarización (incluido Durruti), y su ejemplo y su prestigio tuvieron mucho peso. El papel de estos líderes es muy ambiguo: precisamente porque tenían un «pasado de lucha», porque estuvieron valientemente a la cabeza durante los combates de

<sup>112</sup> A. y D. Prudhommeaux, La Catalogne Libertaire, «Cahiers Spartacus», 1936-1937, Ed. 1940, pág. 6.

<sup>113</sup> Sobre estas ejecuciones, véase el anexo 7, pág. 215.

<sup>114</sup> Peirats, *Op. cit.*, t. I, pág. 209.

Barcelona (me sigo refiriendo a los dirigentes anarquistas), supieron «arrastrar a las masas», tuvieron ideas y tomaron iniciativas, y fueron *escuchados* y *obedecidos*. Y precisamente porque fueron escuchados y obedecidos, pudieron, a medida que se iba creando la nueva estratificación social, *separarse* de las masas y desempeñar el papel específico de dirigentes-burócratas. Y esto, que es una realidad en la marcha de la revolución en general, lo fue también en la cuestión de la militarización de las milicias. Y así, aquel «ejército de liberación social» que fueron las primeras columnas de milicianos, iba a convertirse, como veremos, en un mal ejército de tipo «prusiano».

Durruti murió —de modo misterioso sobre el que se han formulado todo tipo de hipótesis<sup>115</sup>— el 20, de noviembre de 1936, en Madrid, adonde había sido llamada su columna como refuerzo ante la ofensiva fascista contra la capital. Y aunque sabemos que aceptó la militarización, lo que no podemos saber es si hubiera aceptado todas las reaccionarias consecuencias que trajo consigo. ¿Pero para que hacer suposiciones a este respecto?

\* \* \*

Las milicias de la CNT, durante los primeros meses de la guerra, se caracterizaron por su espíritu *antiautoritario*.

«... no había grados militares, condecoraciones, emblemas o distinciones en las comidas, vestido y alojamiento y los pocos militares profesionales cuyos servicios eran aceptados actúan tan sólo como consejeros. La unidad básica era el grupo, formado generalmente por diez hombres; cada grupo elegía un delegado, cuyas funciones eran parecidas a las de un suboficial del grado más bajo, pero sin la autoridad equivalente. Diez grupos formaban una centuria, que también elegía su propio delegado, y cierto número de centurias formaba una columna, a cuya cabeza había un *comité de guerra*.

Este comité era también electivo y estaba dividido en varias secciones, de acuerdo a las necesidades de la columna. El puesto de delegado de grupo y de centuria y el de miembro del comité de guerra no implicaba la existencia de un Estado Mayor permanente con privilegios especiales, puesto que todos los delegados podían ser destituidos tan pronto como fracasaban en su interpretación de los deseos de los hombres que les habían elegido.<sup>116</sup>»

Este antiautoritarismo, característico de los anarquistas, no existía en todas las columnas de milicianos, pero la «adhesión a un ideal» y el entusiasmo, suplían casi siempre a la disciplina militar. Las primeras batallas que sostuvieron los milicianos contra el ejército, la policía o los voluntarios fascistas, acabaron bien en triunfo, bien en derrota, pero todos los dirigentes consideraron que la causa primordial, y casi siempre la única, de las derrotas era la ausencia de una disciplina específicamente militar.

Decían que la clave de la victoria estaba en la implantación de una disciplina férrea y, por lo tanto, en la militarización de las milicias.

\* \* \*

El Gobierno central, que presidía José Giral, movilizó dos quintas desde finales de julio de 1936, para que sirvieran de contrapeso a las milicias obreras, medida que no tuvo efectos prácticos, en primer lugar porque la inmensa mayoría de los «movilizados» ya estaban en el frente con las milicias y seguidamente porque el Gobierno en ese momento no tenía ningún medio de coerción sobre los pocos «enchufados». El 3 de agosto se promulgó un nuevo Decreto por el que se anunciaba la creación de «Batallones de Voluntarios<sup>117</sup>», pero los voluntarios continuaban uniéndose a las milicias obreras.

No obstante, el Gobierno decidido a tener «su» ejército y, como no podía dejar el monopolio de la guerra a las milicias obreras, insistió, y dos semanas después, el 18 de agosto de 1936, Giral, apoyado por los estalinistas (como él mismo explicó a Bolloten) «dictó una serie de nuevos decretos encaminados a la formación de un “ejército de voluntarios”, con los hombres de la primera reserva, con cuadros compuestos por oficiales y suboficiales que estaban en situación de reserva o en activo y cuya lealtad había sido acreditada por un partido o por un sindicato del Frente Popular». <sup>118</sup> Pero todos esos decretos no sirvieron para nada, no sólo porque los voluntarios ya estaban luchando, sino también por la enorme desconfianza que la CNT-FAI y la izquierda socialista —lo que sumaba mucha gente— sentían hacia José Giral y su gobierno, a los que consideraban demasiado *burgueses*. Esas organizaciones, que controlaban la mayor parte de las milicias, no querían ceder su autoridad militar a un Gobierno al que no aceptaban verdaderamente. Sólo más adelante, cuando se formó el Gobierno, más «obrero», de Largo Caballero (y después la Generalitat), y debido fundamentalmente a las maniobras de los estalinistas y al chantaje de las armas rusas, se consiguió crear, frente al ejército franquista, un ejército republicano del *mismo tipo*. Cosa que constituye, en sí misma y de un modo evidente, un fracaso.

En Cataluña, el intento de reconstituir el viejo ejército jerarquizado de tipo clásico tropezó con una resistencia particularmente fuerte. «A raíz del intento de movilización militar del Gobierno madrileño y de la Generalitat, las calles de Barcelona se vieron invadidas por los reclutas de las quintas del 33/34 y 35 que, como no tenían ninguna confianza en los oficiales y se consideraban liberados de la vieja concepción militar del acuartelamiento, se negaban a incorporarse a filas. Muchos de estos jóvenes se inscribieron en las milicias; algunos incluso querían partir inmediatamente hacia Zaragoza». En un gran mitin que reunió a 10.000 jóvenes, se votó el siguiente orden del día:

<sup>117</sup> Véase Fernando Díaz-Plaja, *El Siglo XX. La Guerra. 1936-1939* (Ed. Faro, Madrid, 1963, págs. 194-195).

<sup>118</sup> Bolloten, *Op. cit.*, pág. 220.

<sup>115</sup> Sobre la muerte de Durruti, véase el anexo 8, página 216.

<sup>116</sup> Bolloten, *Op. cit.*, pág. 231.

«No nos negamos a cumplir con nuestro deber cívico y revolucionario. Queremos ir a liberar a nuestros hermanos de Zaragoza. Queremos ser milicianos de la libertad, no soldados con uniforme. El ejército ha demostrado ser un peligro para el pueblo; sólo las milicias populares pueden proteger las libertades públicas: Milicianos, ¡sí!, soldados, ¡nunca!»<sup>119</sup>»

La Federación catalana de la CNT-FAI abundó en este sentido y declaró: «No podemos defender la existencia, ni comprender la necesidad de un ejército regular, uniformado y obligatorio. Este ejército debe ser sustituido por las milicias populares, por el pueblo en armas, garantía única de que la libertad será defendida con entusiasmo y de que en la sombra no se incubarán nuevas conspiraciones».<sup>120</sup> Finalmente, el Comité Central de Milicias adoptó una solución de compromiso, y el 6 de agosto decidió «que los soldados de los reemplazos de 1934-1935 y 1936, se reintegren inmediatamente a los cuarteles y que allí se pongan a disposición de los Comités de Milicias constituidos bajo la jurisdicción del Comité Central.»<sup>121</sup>

La ofensiva emprendida contra las milicias para lograr un ejército regular se fue acentuando y ganando terreno a partir de septiembre de 1936. El día 4 de ese mismo mes se formó el Gobierno Largo Caballero,<sup>122</sup> que marcó una etapa muy importante en la reconstrucción del Estado. En efecto, el nuevo Gobierno, fortalecido por el apoyo de un amplio sector de las organizaciones obreras, comunistas y socialistas, y que a pesar de todo gozaba de un prejuicio favorable, tanto por parte de los anarquistas como por parte de los republicanos, emprendió y llevó paulatinamente a buen término lo que el gobierno Giral no consiguió, a pesar del apoyo de los estalinistas, especialmente en lo relativo al ejército.

El 10 de octubre se creó por decreto el Ejército Popular y las milicias fueron militarizadas. El día 15 de ese mismo mes se creó el Comisariado general de la Guerra, del que dependían los comisarios políticos del ejército (ya existía, por supuesto, un Ministerio de la Guerra dirigido por Largo Caballero en persona que unía a esa función la de Primer Ministro). El 22 quedó aprobada la creación de las Brigadas Internacionales, etc.

El 4 de noviembre de 1936, cuatro dirigentes anarquistas entraron a formar parte del Gobierno Central (véase anexo 9 pág. 216).

\* \* \*

La Generalitat, en donde acababan de entrar —el 27 de septiembre— los anarquistas, siguió fielmente al Gobierno Central en lo que respecta a las medidas relativas a la creación de un Ejército. El 1.º de octubre: decreto de movilización de los oficiales, suboficiales y oficiales superiores. El 4 de octubre: movilización de todos los hombres útiles de 18 a 40 años. Al mismo tiempo, el Comité central de Milicias fue disuelto, como hemos

visto, el 3 de octubre y todas las atribuciones de carácter militar que poseía pasaron al departamento de Defensa de la Generalitat. Este departamento estaba dirigido por Díaz Sandino, oficial de carrera.

Los dirigentes anarquistas iban a emprender, como veremos, un viraje «teórico» extremadamente rápido, no sólo en lo concerniente a su propia participación sino también respecto al papel social de los Gobiernos. El mismo día en que se formó el gobierno Largo Caballero, el 4 de septiembre de 1936, «Solidaridad Obrera», publicó un artículo titulado: «La inutilidad del Gobierno», en el que se podía leer lo siguiente:

«La existencia de un gobierno de Frente Popular, lejos de ser un elemento indispensable para la lucha antifascista, corresponde en realidad a una imitación burda de esta misma lucha.

La guerra que se está llevando a cabo en España es una guerra social. La importancia del poder moderador, basado en el equilibrio y la conservación de las clases, no sabrá imponer una actitud definida en esta lucha, en la que se tambalean los fundamentos del mismo Estado, que no encuentra ninguna seguridad. Es, pues, exacto decir que el Gobierno de Frente Popular en España, no es otra cosa que el reflejo de un compromiso entre la pequeña burguesía y el capitalismo internacional.<sup>123</sup>»

Estas duras (pero acertadas) palabras no impidieron que la CNT-FAI entrara algo más tarde en el Gobierno catalán —disfrazado, bien es cierto, bajo el nombre de Consejo de la Generalitat— y luego en el Gobierno central. Ya antes de su entrada se habían hecho tratos y negociaciones de las que los militantes no sabían prácticamente nada. A mediados del mes de septiembre, con ocasión de un pleno de la CNT, se sugirió la creación de un «Consejo Nacional de Defensa», presidido por Largo Caballero, lo que no era más que una simple operación de camuflaje para permitirles colaborar, con otro nombre, en el Gobierno. Pero los demás partidos estaban muy interesados en que la CNT estuviese en el Gobierno central y en hacerla cómplice de la liquidación de la autonomía obrera en general y de las milicias en particular. Lo consiguieron.

En cuanto entraron en el Gobierno, los anarquistas cambiaron de tono y adoptaron el lenguaje «responsable» de los ministros. Así, el extremista García Oliver, ya ministro de Justicia, el 4 de diciembre de 1936, durante un mitin celebrado en Valencia, exclamó:

«¿Nos interesa ganar la guerra? Entonces, cualesquiera que sean las ideologías y los “credos” de los obreros y de las organizaciones a las que pertenecen, para vencer tienen que emplear los mismos métodos que emplea el enemigo (subrayado por mí, [C.S.-M.]) y especialmente la disciplina y la unidad. Con una disciplina y una organización militar eficiente, no hay duda de que ganaremos. Disciplina para los que luchan

<sup>119</sup> Prudhommeaux, *Op. cit.*, págs. 9-10.

<sup>120</sup> Peirats, *Op. cit.*, t. I, pág. 187.

<sup>121</sup> *Ibid.*, t. I, pág. 188.

<sup>122</sup> Para la composición de ese Gobierno, véase anexo 9, pág. 216.

<sup>123</sup> Peirats, *Op. cit.*, t. I, pág. 198.

en el frente y en el trabajo, disciplina en todo, ésa es la base del triunfo...<sup>124</sup>»

¡Qué lejos están aquellos discursos sobre la creatividad de las masas, tan apreciados por esos mismos dirigentes anarquistas! El lenguaje de García Oliver se ha hecho idéntico al de los estalinistas.

«Este desarrollo de las posiciones legalistas y burocráticas (en el seno de la CNT/FAI), escribe Vernon Richards, corrió parejo a un relajamiento en los métodos organizativos, mediante los cuales solían tomarse normalmente las decisiones de la CNT. Dicho de otro modo, se creó una dirección —integrada no sólo por políticos y miembros influyentes de la CNT, sino también por numerosos miembros que ocupaban puestos importantes en la administración y en el mando militar— que funcionaba por medio de Comités y de secciones gubernamentales y que rara vez consultaba a la base de la organización como tampoco les rendía cuenta muy a menudo.<sup>125</sup>»

Al día siguiente de que entrara la CNT-FAI en el Gobierno central, el teórico anarquista italiano, Camillo Berneri, escribió en el diario *Guerra di classe*, que él mismo publicaba en Barcelona, un artículo titulado: «Cuidado, giro peligroso», del que ofrecemos aquí un extracto:

«Hay que lamentar, además, el progreso del bolchevismo en el seno de la CNT, caracterizado por la posibilidad cada vez menor que tienen los elementos de base de poder ejercer un control atento, activo y directo sobre la obra realizada por los representantes de la organización en el seno de los comités y de los consejos gubernamentales. Habría que crear una serie de comisiones elegidas por la CNT y la FAI, encargadas de facilitar, y al mismo tiempo de rectificar, tantas veces como fuera preciso, la labor de nuestros representantes en el seno de los Consejos de Guerra y de los Consejos de Economía.»<sup>126</sup>

No se trata de una polémica abstracta entre partidarios del ejército tradicional —y por tanto de un Estado fuerte— y los partidarios de las milicias obreras —y por tanto de la democracia revolucionaria. Se planteaban unos problemas muy concretos y muy graves, pues la situación militar no era en modo alguno brillante. Después de las primeras victorias de los trabajadores en armas, victorias atribuibles a la improvisación y a la audacia, que aplastaron el levantamiento militar en las principales ciudades y regiones industriales, el ejército franquista parecía que levantaba cabeza:

<sup>124</sup> Vernon Richards, *Lessons of the Spanish Revolution (1936-1939)*, Londres, Freedom Press, 1953. (Hay una traducción española de este libro en la colección «La Hormiga», Ed. Béliabaste, París. Acaba de aparecer otra en España: Enseñanzas de la Revolución Española, Campo Abierto Ediciones, Madrid, 1977.)

<sup>125</sup> *Ibid.*

<sup>126</sup> Camillo Berneri. Algunos artículos suyos están agrupados en un folleto titulado *Guerre de classe en Espagne*, Ed. AIT (en francés). Tusquets Editor, en esta misma colección, ha publicado todos los escritos de Berneri sobre España y Cataluña en *Guerra de clases en España, 1936-1939*, edición a cargo de Carlos M. Rama.

había ganado terreno en Andalucía, había conquistado Extremadura, confluyendo así con el ejército del norte. El 27 de septiembre Toledo cayó en sus manos; Madrid, asediada, parecía que no podría resistir mucho tiempo —en realidad lo hizo hasta el final— Irún cayó el 4 de septiembre, San Sebastián el 13, etc.

Se atribuyó la responsabilidad de todas estas derrotas a la indisciplina, al desorden y a la «anarquía» de las milicias, Los líderes anarquistas, que en un principio habían sido partidarios de conservar las milicias, se fueron convirtiendo paulatinamente en defensores de su militarización. Esta conversión se vio precipitada, como hemos visto, por su entrada en los Gobiernos.

Por su parte, los comunistas fueron desde un principio fervientes partidarios de un ejército jerarquizado, disciplinado y con un solo mando. Desde el 18 de agosto reclamaban en un manifiesto la creación de un «ejército nuevo, popular, heroico», al que había que dar «la cohesión y la disciplina necesarias». El 21 de agosto, su periódico, «Mundo Obrero», declaraba que había que «crear en un período de tiempo lo más corto posible, un ejército con toda la eficacia técnica que exige la guerra moderna» (...). «Frente al ejército franquista, ayudado por tropas italianas y alemanas, hay que oponer otro ejército que no sólo sea del mismo tipo (subrayado por mí [C.S.-M.]: ¿sin duda tan heroico y popular como el franquista?), sino todavía más moderno si cabe. En ello reside la garantía de la victoria.»<sup>127</sup>

No hay que pensar que los partidarios de las milicias se negaban a ver las dificultades militares en general y los defectos de las milicias en particular. Por ejemplo, Kaminski, que sin embargo era totalmente favorable a la revolución social, escribió:

«Apenas si es necesario indicar que esas tropas cometieron todos los errores imaginables. Los ataques nocturnos se iniciaban con vítores revolucionarios. En muchas ocasiones, se situaba a la artillería en la misma línea que a la infantería. Algunas veces ocurrieron incidentes verdaderamente grotescos. Un día, un miliciano me contó que después del almuerzo todo el destacamento fue al campo vecino a comer uvas; cuando volvieron a su puesto lo encontraron ocupado por el enemigo.»<sup>128</sup>

Hay muchos testimonios sobre «incidentes grotescos» de ese tipo. Por ejemplo, cuando el frente estaba cerca de los pueblos de los milicianos, no era raro que éstos fueran a «dormir a casa». Otras veces, los milicianos se negaban a realizar tal o cual operación por motivos que en ocasiones eran de lo más extravagante. No hay que pensar que el miedo haya sido el motivo principal, pues los propios testigos insisten en el valor y el arrojo de los milicianos, que incluso llegaban a negarse a cavar trincheras porque un «revolucionario no se esconde ante el fuego enemigo». Además de los

<sup>127</sup> Guerra y Revolución, pág. 309.

<sup>128</sup> Bolloten, *Op. cit.*, pág. 222.

<sup>129</sup> Kaminski, *Op. cit.*, pág. 244.

ejemplos de «mala conducta» de los milicianos, a quienes los pseudo-teóricos del ejército moderno solían considerar como alumnos-soldados, también se han señalado otros defectos, en definitiva, mucho más graves. Se trata fundamentalmente de la relación de las columnas de milicianos con su organización matriz, política y sindical, de la que casi siempre dependían. Así, cuando en un mismo frente se codeaban columnas de milicianos de diferentes filiaciones políticas —o sindicales—, como ocurrió en Aragón, si el «Estado Mayor», más o menos improvisado donde dicho sea de paso, los consejeros militares de carrera eran tenidos por sospechosos— decidía una operación, todas las columnas de milicianos consultaban primero con su organización, antes de aprobarla o de rechazarla. Además, había una rivalidad manifiesta entre las columnas pertenecientes a ideologías distintas que a veces les empujaba a robarse las armas unos a otros —y que a fortiori, les llevaba a negárselas a la columna rival, peor equipada— e incluso, respecto a los conflictos políticos graves, llegaban a discutir a tiros...

También había quienes reprochaban al sistema de milicias, la ausencia de un Estado Mayor general, de un mando único de tipo tradicional, para unos; y para otros la ausencia de un organismo de coordinación a escala nacional capacitado para conocer la situación en todos los frentes, realizar un plan de conjunto y decidir el abastecimiento de armas, municiones, medios de transporte, etc.

Como la guerra se prolongaba, se instalaba, y el ejército enemigo volvía a dominar en ciertas regiones, después de la improvisación de las primeras semanas se hacía necesaria una nueva estrategia global. Digamos inmediatamente que, para mí, tal estrategia nada tenía que ver con la construcción improvisada, de un ejército idéntico al franquista, con toda la mitología de los uniformes, saludos y galones, con unos oficiales con derecho a fusilar a los soldados, con la jerarquización de las pagas, de las ropas, de la comida y del alojamiento, con marcar el paso y con la disciplina ciega. Todo este ritual «prusiano», que consiguieron imponer, no hizo sino entorpecer lo esencial: la aplicación de una estrategia que fuera la contrapartida de la revolución social que se estaba llevando a cabo, es decir, una estrategia de guerra de guerrillas revolucionaria. Habrá que insistir en ello nuevamente.

### *Los comunistas y el nuevo ejército*

Los comunistas fueron los primeros que propusieron disolver sus milicias en un ejército regular. Y eso es lo que hicieron inmediatamente, en cuanto se promulgó el decreto de militarización de las milicias. B. Bolloten, escribió a este respecto:

«Para predicar con el ejemplo, el Partido Comunista disolvió progresivamente su propio Quinto Regimiento, cuyos batallones, junto con otras fuerzas, fueron fusionados en las «Brigadas Mixta», del ejército regular embrionario, siendo nombrado comandante de la primera de estas unidades (asistido de un oficial soviético) Enrique Líster, jefe hasta entonces del Quinto Regimiento. Debido a que tomaron la iniciativa de disolver sus propias milicias, los comunistas se aseguraron el control de cinco de las seis

primeras brigadas del nuevo ejército.» Mientras que tomaban entre sus manos el control de estas primeras unidades del nuevo ejército, los comunistas no perdían de vista los mandos superiores. En efecto, Bolloten recuerda que, durante las primeras semanas, con Largo Caballero como ministro de la Guerra, se habían asegurado una posición envidiable: «Pudieron hacer esto, en parte porque sus relaciones con el Ministro de la Guerra eran aún tolerables, a pesar de que éste tenía muchos motivos de desagrado hacia ellos. Gracias a esto, dos de sus militantes, Antonio Córdón y Alejandro García Val, fueron destinados a la Sección de Operaciones del Estado Mayor Central; pero principalmente lo consiguieron porque en los puntos claves del Ministerio de la Guerra había hombres que, en principio, eran de una fidelidad a toda prueba a Largo Caballero, como el teniente coronel Manuel Arredondo, su ayudante de campo, el capitán Eleuterio Díaz Tendero, jefe del importantísimo Departamento de Información y Control y el comandante Manuel Estrada, jefe del Estado Mayor Central, pero que en realidad se habían convertido o estaban a punto de hacerlo, en simpatizantes de los comunistas».<sup>130</sup>

Los comunistas se aseguraron así el control de numerosos sectores-claves del aparato militar. A través de los comisarios, tuvieron una influencia total sobre el Comisariado General de Guerra, organismo creado el 15 de octubre de 1936 para garantizar el control político de las fuerzas armadas. Porque Alvarez del Vayo, Comisario General (y además Ministro de Asuntos Exteriores), así como Felipe Pretel, secretario general del Comisariado, que en principio también eran partidarios de Largo Caballero y que gozaban de toda su confianza, en realidad actuaban por cuenta del Partido Comunista. Por otra parte, algunos dirigentes como Antonio Mije, miembro del Buró Político y José Laín, uno de los líderes de la JSU, ocupaban respectivamente los puestos de Comisario adjunto a la organización y de Director de la Escuela de Comisarios Políticos.

Por otra parte, cuando se fusionaron las columnas de milicianos en el nuevo ejército popular, se tuvo cuidado de que en las nuevas brigadas (y regimientos) así formados, estuviesen «mezclados» milicianos de organizaciones políticas y sindicales diferentes. Pues bien, estas «mezclas» (batallones y brigadas mixtas) curiosamente favorecieron a los jefes militares comunistas y a los oficiales de carrera allegados al PC, a quienes les fueron confiados los altos puestos de mando. Desde el punto de vista de la unidad de mando esta mezcla era lógica, porque apuntaba a una autoridad única, a un Estado Mayor central y porque tenía forzosamente que acabar con la relativa autonomía de las columnas y de los «Estados Mayores» de los partidos y de los sindicatos. De manera similar querían imponer el principio del Estado por encima de los partidos —cada partido luchaba desafortunadamente a un mismo tiempo para controlar el Estado. Parece que aquí también los comunistas lograron en gran medida sus maniobras de «infiltración». Dicha «infiltración», fue denunciada algo más tarde por algunos de sus antiguos aliados, particularmente por Largo Caballero, Luis Araquistain e Indalecio Prieto. La importancia que había cobrado el partido

<sup>130</sup> Bolloten, Op. cit., pág. 242.

no sólo era debida a su habilidad maniobrera y a la manipulación de la ayuda soviética, también era debida al hecho de que sus métodos y su ideología convenían muy bien al giro que iba tomando la lucha: la revolución dejaba paso a la «guerra de independencia nacional».

En efecto, ningún otro cuerpo social —pues los oficiales que permanecieron fieles a la República eran demasiado pocos como para que se les tomara en cuenta— estaba tan dispuesto a transformarse en «cuerpo de ejército» como lo estaba el PC. La rígida jerarquía, la disciplina ciega, la obediencia indiscutible que existían en sus filas, constituían la base objetivamente más favorable para la transformación del aparato del partido en el aparato del nuevo ejército. Esta estructura disciplinada y eficaz, así como su política conservadora y centralista, hizo que el PC viese cómo engrosaban sus filas y cómo aumentaba su influencia. Por eso consiguió atraer a sus filas, o a su órbita, a muchos militares de carrera conservadores. Como dijo uno de ellos a José Martín Blásquez: «Me he unido a los comunistas porque son disciplinados y hacen las cosas mejor que los demás».<sup>131</sup> La creciente influencia del PC como partido de orden, se ve aún mejor en la siguiente declaración, hecha por un joven periodista republicano, convertido en comisario político, a Frank Borkenau:

«Los comunistas han sido los mejores en el trabajo organizativo; y además son, de lejos, la sección más conservadora del movimiento (subrayado por mí [C.S.-M.]). No veo razón alguna para que yo no pueda ser comunista; es probable que algún día me una al partido.»<sup>132</sup>»

También sería interesante analizar la extraordinaria atracción que ejerció el PC sobre muchos intelectuales «pequeño-burgueses» (para emplear su jerga). Nos parece que la explicación habría que buscarla en la dualidad del PC: por un lado era el «heredero» de la «gran revolución bolchevique», sección española del partido de la revolución mundial, cuyos gloriosos jefes, Lenin ayer, Stalin hoy, aparecían ante sus almas timoratas como el nec plus ultra del extremismo revolucionario. Estar en ese partido (o a sus pies) ultra-revolucionario para la imaginación de aquella época (como lo puedan ser el maofismo o el guevarismo para la de 1973), y hacer una política, tener una práctica conservadora, «democrática», e incluso reaccionaria, era evidentemente la solución ideal, que satisfacía profundamente y a un mismo tiempo, sus complejos de hombre de «progreso y cultura» y su miedo vertiginoso a la revolución.

Ciertamente, la imaginación revolucionaria, sobre todo la de la Revolución de Octubre, hábilmente explotada por los estalinistas españoles, tuvo amplio eco entre algunas almas sencillas, que entraban en el Partido más por la chaqueta de cuero de Thapaiev (la película soviética se utilizó profusamente en la propaganda) que por la política contrarrevolucionaria del PC.

Frank Borkenau, en su prólogo al libro de José Martín Blásquez: *I Helped to Build an Army*, escribió:

<sup>131</sup> J. Martín Blásquez, *I Helped to Build an Army*, Londres, Secker and Warburg, 1939, pág. 49.

<sup>132</sup> F. Borkenau, *Op. cit.*, pág. 156 de la edición española.

«Con el sitio de Madrid, en noviembre de 1936 y posteriormente, el mando militar pasó a manos de los comunistas que, a modo de programa revolucionario, lanzaron un plan de concentración del poder. Las ideas fundamentales de la política militar comunista eran: nada de revolución mientras dure la guerra; disciplina rígida, incluyendo el uso de métodos terroristas en las filas del ejército; severo control político del ejército mediante un sistema de comisarios políticos, a fin de crear una ideología adaptada a esa política, una ideología, en realidad, basada principalmente en el sentimiento nacional.»<sup>133</sup>»

No obstante, hay que señalar que para los dirigentes y los cuadros estalinistas del PC español, esa «concentración del poder», esa implantación de un Estado fuerte, burocrático-militar, en la medida en que consiguieran controlarlo (y hemos visto hasta qué punto lo lograron), también era una preparación para la «revolución». Según sus concepciones burocráticas, el hecho de que el partido ocupase puestos-clave en el aparato del Estado, sobre todo en el ejército y en la policía, podía constituir la ante cámara de la toma de todo el poder por ese partido. Cosa que representa, como es sabido, el supremo objetivo revolucionario de los comunistas. Si no llevaron a cabo esa revolución burocrática —o ese golpe de Estado— fue porque sus propios intereses estaban sobre ese punto en contradicción con los de la burocracia soviética que quería que España conservara su carácter de República burguesa. Con esta única diferencia lo que se esbozó en España y el papel que en ella desempeñaron los soviéticos, constituyó, como lo indica G. Munis,<sup>134</sup> un borrador de lo que realizaron más tarde en la Europa del Este con las «democracias populares».

### *Las milicias anarquistas resisten a la militarización*

Ya he señalado que los dirigentes anarquistas, nada más entrar en el Gobierno central, se convirtieron en partidarios decididos de la militarización y por ello unieron sus críticas a la campaña de denigración de las milicias. Vemos así cómo Federica Montseny exclamaba en un mitin:

«El mando decidía una operación y las milicias se reunían para discutirla. Así se pasaban discutiendo cinco, seis o siete horas y cuando, por fin, se iba a realizar la operación, el mando descubría que el enemigo ya la había realizado por su propia cuenta. Son cosas que hacen reír, pero también llorar.»<sup>135</sup>»

Sin embargo, en las filas de la CNT-FAI había defensores encarnizados de las milicias. Además de reafirmar los principios libertarios, que eran hostiles por esencia al ejército, a la disciplina militar, a los grados militares, y a la obediencia ciega a los jefes, que exigían los partidarios del llamado Ejército Popular, esos defensores destacaban el valor, la audacia, el espíritu de

<sup>133</sup> Fr. Borkenau, in J. Martín Blásquez, *I Helped to Build an Army*, pág. 7.

<sup>134</sup> G. Munis, *Op. cit.*, pág. 348.

<sup>135</sup> «Solidaridad Obrera» (1.º de diciembre de 1936).

sacrificio de los *voluntarios*, que ningún ejército mercenario conseguiría igualar jamás.

Por ejemplo, un delegado de la Columna de Hierro declaró en un congreso de la CNT en noviembre de 1936:

«Hay camaradas que piensan que la militarización lo resolverá todo y nosotros decimos que no resuelve nada. Frente a los cabos, sargentos, y oficiales salidos de las academias, totalmente incapacitados para los problemas de la guerra, nosotros oponemos nuestra propia organización, no aceptamos la estructura militar.<sup>136</sup>»

Esta columna de 3.000 miembros que operaba en el frente de Teruel defendía una postura anarquista coherente que le hacía condenar, junto con la militarización, la nueva política gubernamental de la CNT-FAI. Así, su delegado declaraba en la intervención mencionada más arriba:

«... toda nuestra acción no debe tender a fortalecer al Estado, sino que por el contrario, debemos destruirlo poco a poco; debemos hacer que el Gobierno sea completamente inútil. No aceptamos nada que vaya en contra de nuestras concepciones sobre el anarquismo, concepciones que deben convertirse en realidad, porque no se puede predicar una cosa y hacer lo contrario.<sup>137</sup>»

Sin embargo, con el apoyo de los ministros anarquistas, el Gobierno central, presidido por Largo Caballero, acentuó su presión contra las milicias. Desde el mes de diciembre de 1936, las columnas de milicianos que se negaban a la militarización, dejaron de recibir armas, y un decreto del 31 de ese mismo mes estableció que sólo se distribuiría la paga entre los batallones del ejército regular.

Pero aunque en el frente de Madrid —entre otros frentes— las columnas de la CNT-FAI habían aceptado por esa época transformarse en divisiones y someterse a las reglas estrictas y autoritarias de los ejércitos (al tiempo que se resistían a integrarse en las «brigadas mixtas»), en cambio, en Cataluña y en «su» frente de Aragón, las cosas eran algo diferentes. Ahí, como ya hemos dicho, la CNT-FAI constituía en aquella época la mayoría, tanto en el frente como en la retaguardia. Ello se traducía, «en la base», por una mayor resistencia que en otras partes, a la militarización y en la «cumbre», los dirigentes anarquistas —sobre todo los ministros de la Generalitat y del Gobierno central—, si bien aceptaban como en otras partes la militarización, querían al menos conservar el mando de sus columnas, que poco a poco se iban transformando en divisiones, y el control de la organización del frente y su avituallamiento. Esta «autonomía» del frente de Aragón fue aceptada por Largo Caballero quien, inquieto por los tejemanejes de los estalinistas españoles y rusos, intentaba acercarse a la CNT-FAI. A finales de octubre de 1936, las milicias atacaron en el frente de Aragón y tomaron las posiciones de Monte Aragón y de Estrecho Quinto, dominando así a Huesca. La toma de esta ciudad podría permitir rebasar Zaragoza y atacar por el flanco. Pero

las milicias carecían trágicamente de armas para proseguir la ofensiva. La coalición burguesa-estalinista del Gobierno central no les enviaba armas por la sencilla razón de que no quería victorias de las fuerzas revolucionarias. Ya he citado a Krivitsy contando que su misión era la de impedir a toda costa que las armas soviéticas cayesen en poder de los revolucionarios catalanes. Esta penuria de armas, minuciosamente descrita por George Orwell en su *Homenaje a Cataluña*, impidió cualquier ofensiva de envergadura. Y todo el enorme aparato de propaganda del PC empezó a preguntar: «¿Por qué no atacan en el frente de Aragón?» y se pusieron a acusar más o menos abiertamente a los milicianos anarquistas de sabotaje e incluso de traición. Aún en nuestros días, la muy oficial historia de la guerra redactada por una comisión del PCE, bajo la presidencia de Dolores Ibarruri, afirma:

«El frente de Aragón se había convertido en una especie de “coto privado” de los anarquistas y éstos fueron los principales responsables de la inactividad en dicho frente.

Esta pasividad les fue muy provechosa a los rebeldes fascistas.<sup>138</sup>»

Uno de los motivos que con mayor frecuencia invocaban los dirigentes anarquistas para justificar su entrada en los Gobiernos, era precisamente el de que así podrían vigilar mejor el reparto equitativo de las armas. En cierto modo sacrificaban su «honor de anarquistas», para que el frente de Aragón estuviera mejor abastecido. Pero su «sacrificio» fue inútil y su participación gubernamental sólo favoreció a los intereses de la contrarrevolución.

Evidentemente, el chantaje de las armas, soviéticas también servía para imponer en el terreno militar —como se había hecho en otros terrenos— las ideas estalinistas. El historiador americano David T. Cattell escribió a este respecto:

«La ayuda militar soviética fue utilizada contra las fuerzas revolucionarias catalanas de diversas maneras. Del desarrollo de los acontecimientos podemos deducir, con todo derecho, que la Unión Soviética garantizó su ayuda a Cataluña con las siguientes condiciones: que los comunistas disidentes del POUM dejaran de tener representantes en la Generalitat y que el Gobierno local aceptara el programa general elaborado por el Gobierno central. Efectivamente, la ayuda a Cataluña empezó a llegar en diciembre e inmediatamente los representantes del POUM se vieron apartados de la Generalitat, las milicias catalanas se sometieron a un largo proceso de organización en el seno de un ejército regular y el Gobierno central empezó poco a poco a asegurar el control de la industria catalana.<sup>139</sup>»

<sup>138</sup> Guerra y Revolución en España, t. II, pág. 24.

<sup>139</sup> David T. Cattell, *I Comunisti nella Guerra civile spagnola*, Feltrinelli, Milano, 1962 (traducción del libro publicado por University of California Press), pág. 140.

<sup>136</sup> «Fragua Social» (14 de noviembre de 1936).

<sup>137</sup> *Ibid.*

El ejército regular catalán fue creado por decreto el 6 de diciembre y el 18 se estableció un nuevo Gobierno de la Generalitat del que estaba excluido el POUM.

Sin embargo, como ocurrió en el terreno económico y en el político, la resistencia de la «base» a la militarización de las milicias en Cataluña y Aragón fue particularmente aguda. La CNT-FAI se vio obligada a movilizar su «artillería pesada», el prestigio de sus líderes «naturales», las presiones de todo tipo, a fin de que sus tropas aceptaran exactamente lo contrario de lo que habían preconizado en un pasado todavía muy reciente.

Mariano Vázquez, secretario nacional de la CNT, respondió a la revista «Nosotros», órgano de la Columna de Hierro, lo siguiente:

«Nosotros: ¿Desaparecerán nuestras columnas? M. Vázquez: Sí, tienen que desaparecer. Es necesario que desaparezcan. Cuando llegamos al Comité nacional ya se estaban tomando medidas para que nuestras columnas, como todas las demás, se transformasen en brigadas —el nombre carece de importancia— dotándolas de todo lo necesario para que su labor sea eficaz. Pero, si bien se mira, esta transformación no implica un cambio fundamental, ya que en las brigadas el mando lo ejercerán los mismos hombres que lo hacían en las columnas. Por lo tanto se puede decir que los camaradas que sientan afecto por los responsables de las operaciones pueden estar seguros de que no se les impondrá, caprichosamente, hombres cuya ideología y actitud personal no les convenga. Además, los comisarios políticos, que son los verdaderos jefes —no hay que tener miedo a las palabras— de las brigadas, serán nombrados por la CNT, ante la cual tendrán que responder en todo momento aunque estén obligados a hacer un curso preparatorio en la Escuela Militar creada al efecto.<sup>140</sup>»

Ante la resistencia de los milicianos anarquistas, se procedió, a una militarización en «dos tempos»: para que se aceptara el proyecto se intentó garantizar cierta continuidad; las columnas se convertirían en brigadas, pero estarían integradas por los mismos elementos y serían mandadas por los mismos hombres. Esto tenía la ventaja, decían, de garantizar las pagas y las armas, pero también la de una mayor disciplina, que era necesaria, y la de una mayor eficacia. Una vez que hubieron aceptado esto, la autonomía de las columnas, ya convertidas en brigadas, fue restringiéndose progresivamente, al estar cada vez más sometidas a las órdenes del Estado Mayor del nuevo ejército y al fusionarse en las famosas «brigadas mixtas». El «dominio» de los anarquistas en el frente de Aragón, por ejemplo, quedó liquidado en agosto de 1937 (véase el último capítulo).

Pero de momento, el plan de militarización de las milicias, que había sido adoptado a instancias, según parece, de los «consejeros» soviéticos y que preveía que las columnas libertarias iban a ser diluidas en las brigadas mixtas, mandadas por oficiales *seguros*, es decir, contrarrevolucionarios, designados por el Ministerio de la Guerra, no se pudo aplicar de una sola vez. Ese período de descanso, de transición, fue posible gracias a Largo

Caballero que, inquieto por el control de los estalinistas españoles y rusos sobre el nuevo aparato militar —y al ver que incluso sus más fieles partidarios del Partido Socialista se convertían en partidarios del PC— buscaba ahora un contrapeso político por el lado de la CNT-FAI. Así pues, negoció con los dirigentes de la CNT-FAI un compromiso por el cual las brigadas anarquistas seguirían siendo homogéneas, al tiempo que les dejaba la dirección de las operaciones militares en Aragón. B. Bolloten escribió al respecto:

«Las nuevas relaciones así establecidas entre Caballero y sus antiguos adversarios de la CNT-FAI<sup>141</sup> fue un factor importante en su cambio hacia una política de conciliación con los anarcosindicalistas. Esto le impidió en particular, y a pesar de la presión constante de los estalinistas, exigir la militarización total de las milicias anarcosindicalistas a base de brigadas mixtas, como paso hacia la creación de un ejército regular, ejército que los anarquistas, como él muy bien sabía, iban a considerar un sacrilegio.<sup>142</sup>»

Señalemos de paso que el sacrilegio ya sólo era tal a los ojos de los propios milicianos, pues sus antiguos dirigentes habían cambiado totalmente de opinión al respecto. García Oliver al que, gracias a la nueva actitud de Largo Caballero, el Consejo Superior de Guerra concedió la organización y dirección de una de las Escuelas Militares (al tiempo que conservaba su cartera de justicia pues la acumulación de cargos ya no asustaba a nuestros líderes «naturales», que no hacía mucho despreciaban puestos y honores), García Oliver, pues, declaró, dirigiéndose a los alumnos-oficiales:

«Vosotros, oficiales del Ejército Popular, debéis observar una disciplina de hierro e imponerla a vuestros hombres, quienes, una vez incorporados a filas, tienen que dejar de ser vuestros camaradas para convertirse en engranajes de la máquina militar de nuestro ejército.<sup>143</sup>»

Porque estaba perfectamente claro que aunque los dirigentes anarquistas querían conservar «sus» columnas, también querían proceder a su total militarización. Incluso los «jefes» surgidos de la lucha contra los fascistas, estaban ahora obligados a respetar la estricta ortodoxia militar. Así, Cipriano

<sup>141</sup> Largo Caballero era el presidente de la UGT, el sindicato de tendencia socialista, rival de la CNT. Hubo muchas fricciones entre ambos sindicatos y sus respectivos líderes. Además los anarquistas habían sido violentamente hostiles a la participación gubernamental de Largo Caballero, bajo la dictadura de Primo de Rivera, que utilizó para intentar fortalecer a la UGT en detrimento de la CNT que por aquel entonces estaba prácticamente en la clandestinidad. Posteriormente fue ministro de Trabajo en el Gobierno republicano de Azaña. Este reformista, partidario de la colaboración gubernamental de los socialistas con los partidos burgueses, se convirtió súbitamente en un «revolucionario» a partir del año 1934 y se había puesto a la cabeza del ala izquierda del Partido Socialista.

<sup>142</sup> Bolloten, *Op. cit.*, pág. 259.

<sup>143</sup> «L'Espagne Nouvelle», n.º 14-15 (31 de julio de 1937).

<sup>140</sup> «Nosotros» (11 de febrero de 1937).



Mera, albañil anarquista que acabaría siendo general y que había de mandar, desde 1937, un cuerpo del ejército, hizo al periodista de «Solidaridad Obrera», las declaraciones siguientes:

«Estoy convencido de que la invasión de italianos y alemanes da un nuevo cariz a la lucha que sostenemos. Ya no es posible defenderse como en una guerra civil contra militares sublevados. Tenemos que hacer la guerra tal como nos la presenta un ejército regular, dotado de todos los medios de combate modernos. Y ese camino no es otro que el de abandonar toda diferencia entre los que luchan. A mi lado no quiero más que combatientes. En mi División no conozco a quien sea de la UGT o de la CNT, de un partido republicano o de un partido marxista. Se impone, y he de exigir de ahora en adelante, una disciplina de hierro, disciplina que tendrá el valor de lo que se ofrece voluntariamente. Desde hoy no dialogaré más que con los capitanes y sargentos.<sup>144</sup>»

Pero, a pesar de todos esos «mazazos» y de todas las presiones (pagas, armamentos, etc.), los milicianos anarquistas continuaban oponiendo una viva resistencia a ese militarismo obtuso.

«Cuando los comités superiores de la CNT-FAI optaron por la militarización general de las milicias, cosa a que apremiaban desde el Gobierno los ministros de la CNT, se produjo una grave confusión en todos los frentes en que participaban los combatientes confederales. Hubo reuniones tempestuosas entre los combatientes y las delegaciones comiteriles que iban al frente con la difícil misión que es de suponer. Muchos milicianos intransigentes, que se habían incorporado a los frentes con carácter de voluntarios, rescindieron su compromiso y regresaron a la retaguardia.<sup>145</sup>»

De entre esas «reuniones tempestuosas» he escogido un fragmento del informe resumido de la del 9 de marzo de 1937, en la que unos milicianos, entre los que se contaban muchos extranjeros (¡no todos los combatientes extranjeros eran comunistas!) discutían sobre la militarización con algunos dirigentes de la CNT-FAI:

«Georges BOUGARD (*miliciano*) declara que él no toma la palabra como delegado sino en su propio nombre. Afirmo que es necesario tener alguna disciplina pues el ejército que está ante nosotros está formidablemente organizado. La militarización no es más que una autodisciplina bien organizada... Nos encontramos ante el dilema: militarización o desaparición total de las milicias...

LOVI (*miliciano*) declara que no hay que limitarse a la cuestión guerra, también habría que ocuparse un poco de la cuestión Revolución... Hay dos capitalismoes que intentan eliminar todo movimiento revolucionario: el capitalismo interior que está representado por la Generalitat, y el capitalismo exterior representado por Blum, Francia, Inglaterra, América, etc. Para

nosotros, la CNT, no sólo son los conductores, los “dirigentes”, tenemos confianza en la opinión de la CNT. La profesión de oficial siempre ha sido para nosotros una deshonra. Y si hacen falta técnicos militares, es preciso que estén controlados por delegados políticos de los sindicatos. Pero parece que ya quieren apartar a los sindicatos, como ha ocurrido en Rusia. Querrían aplastar a la Revolución y como no pueden hacerlo, hacen lo posible por sofocarla...

Raoul TAROU (*miliciano*) afirma que no hablará como antifascista sino sólo como anarquista. Se opone tajantemente a cualquier autoridad militar. “En Gelsa, dice, desde hace dos meses nos han dado un ultimátum. Pero nosotros sólo queremos delegados técnicos, sin signos externos de respeto, sin ejercicios, sin marcar el paso, etc. En el caso de que nuestra propuesta de formar un cuerpo franco no sea aceptada y si no hay modo de entenderse, estoy dispuesto a volver a Francia.”

Moneck KRSECH (*miliciano*): En este momento no se trata de la Revolución en las barricadas. El pueblo español no puede y no debe seguir jugando con el heroísmo. Esta es una guerra de verdad y hay que ganarla como sea. Quieren jugar con las teorías y el espíritu de los anarquistas para poder desarmarlos. Nuestra militarización no consiste en hacer paradas militares, como tampoco consiste en saludar militarmente. Lo que necesitamos es un buen mando en el frente. ¡Dejar de ver cosas tan fantásticas como nuestra artillería disparando sobre nuestra propia infantería! Además tenemos oficiales que son verdaderos camaradas en las columnas Durruti y Ascaso. Tampoco hay por qué jugar con la palabra militarización (...)

Domingo ASCASO (División Ascaso): Nosotros, los anarquistas españoles no somos menos sensibles que nuestros camaradas franceses. Estamos ante un enemigo completamente militarizado. El camarada Ascaso declara que las milicias no han sido organizadas para el Arte de la guerra (si es que a eso se le puede llamar «arte»). Para un anarquista es muy duro aceptar todo esto, y, sin embargo, hemos creado escuelas militares para conservar el mando de las milicias. Los anarquistas españoles han reconocido que necesitábamos una disciplina, una responsabilidad.

En cuanto a los técnicos (consejeros militares, [C.S.-M.]), nosotros elegiremos el 75 % y el Gobierno de Valencia el 25 % y serán técnicos auténticamente militares. Hemos llegado a una situación particularmente crítica. En algunos momentos el enemigo ha avanzado como ha querido... Hemos aceptado cargos y ministerios, pero sólo aceptamos la militarización a condición de que podamos elegir nosotros mismos a ese 75 %. Tenemos que aceptar esto para combatir; además tendremos un ejército para nosotros. No olvidéis que podréis “largar” a vuestros tenientes cuando queráis. El momento es muy crítico. Los camaradas españoles *han aceptado eso* y ahora no pueden volverse atrás. Debéis comprender que somos tan anarquistas como vosotros.

Sacha PIETRA: “Yo no soy miliciano, pero he estado en Rusia donde he vivido la Revolución y donde he podido observar el modo en que se desembarazaron de los anarquistas.” Después de resumir el movimiento makhnovista, este camarada recuerda que ya lleva ocho meses en España y

<sup>144</sup> «Solidaridad Obrera» (23 de marzo de 1937).

<sup>145</sup> Peirats, *Op. cit.*, t. II, pág. 25.

subraya que mientras tengamos armas la “Revolución seguirá ahí”. Aquí siempre se trata de la Revolución, que es la verdadera vida. Lo que importa es el espíritu que anima a las cosas. No estamos perdidos. Aquí se está jugando la causa de la Revolución mundial. Creo que algunos camaradas critican con demasiada facilidad. Lo que importa ante todo es garantizar el espíritu anarquista. También se trata de encontrar los medios y las fuerzas.

A. SOUCHY: Algunos camaradas han aceptado la militarización y la disciplina a ultranza. Nuestro militarismo no tiene nada que ver con el de los países fascistas. Hemos tenido una tentativa de golpe fascista y la revolución consiguiente se ha transformado en guerra. Pero, si hemos querido la revolución, si la aceptamos, hay que aceptarla con todas sus consecuencias. Una fuerza revolucionaria se ha alzado contra el fascismo. Una fuerza militar se alza contra nosotros y contra esa fuerza militar tenemos que alzar otra fuerza también militar. Necesitamos algo más de disciplina, algo más de orden...

BLUMENTHAL (*miliciano*)... Intentan despistarnos con el concepto de “primero ganar la guerra”. En Barcelona he visto cosas realmente repugnantes. ¡Hasta galones y estrellas! No es así cómo nosotros vamos a ganar. Como anarquista que soy, no sólo me niego a convertirme en un soldado sino que tampoco quiero ser un lacayo del capitalismo.

MÁXIMO (*miliciano*): “Yo, también soy igualmente antimilitarista, pero pido a los compañeros que reflexionen un poco, como lo hago yo: nuestra lucha no es sólo una lucha entre españoles, es una lucha internacional. Si permanecemos en estado de alerta, no ocurrirá nada. El día en que dejemos de tener confianza en nuestros capitanes, en nuestros tenientes, les rogaremos que dimitan. Nuestro militarismo no tiene nada que ver con el de los burgueses. (...)”

FORTIN tomó entonces la palabra. Estimo que nos alejamos un poco de la cuestión. No se trata de discutir —eso nos llevaría demasiado lejos— para saber si la militarización es buena o mala: *la militarización existe, ya es un hecho*. Esta reunión ha sido organizada para saber lo que ocurrirá con los camaradas que acaban de regresar del frente y que lógicamente están muy desorientados. Según el habría que clasificar a esos camaradas en tres categorías: 1) Aquéllos que rechazan toda militarización y que no tienen más que volver a sus países respectivos. 2) Aquéllos que son desertores o prófugos o que están condenados a prisión en su país. Evidentemente, no serán devueltos a las autoridades. La CNT-FAI les buscará algún trabajo en la retaguardia. 3) Por último, aquéllos que quieren combatir: o bien aceptarán la militarización y sus consecuencias, o bien intentarán formar un “cuerpo franco”, si ello fuera posible.

A esta pregunta Domingo ASCASO, que defiende la postura de la dirección de la CNT-FAI (y que está acompañado por Joaquín Cortés, del Comité Regional de la CNT) responde así, poniendo punto final a la discusión: “Sería pedirnos una cosa imposible. Los anarquistas españoles no hicieron, el 19 de julio, una revolución propiamente dicha; por una vez ha sido una contrarrevolución lo que hemos hecho al levantarnos contra los fascistas sublevados (*¡sic!*). La CNT y la FAI han empezado aceptando puestos de responsabilidad e incluso hemos aceptado la militarización. Eso

no impide que nos consideremos tan anarquistas como cualquiera de vosotros (...) Los que no quieran seguir luchando se retirarán, pero los otros deberán aceptar la militarización. Por lo tanto no podemos admitir la creación de ningún cuerpo franco”.<sup>146</sup>»

A pesar de la torpeza de la transcripción, esta discusión muestra muy bien el desconcierto y la ira de los milicianos a quienes se les había impuesto la militarización (desconcierto e ira que hizo que algunos desertaran antes que convertirse en militares) así como también muestra el jesuitismo autoritario de los dirigentes.

Entre los núcleos anarquistas que resistieron durante más tiempo a la militarización, volvemos a encontrarnos con la famosa Columna de Hierro. Esta «intransigente» columna se había opuesto durante mucho tiempo a la nueva política centralista y autoritaria de los círculos directivos de la CNT-FAI. Debido a ello fue el blanco de una intensísima campaña de desprestigio. Uno de los pretextos más utilizados durante dicha campaña fue el de que los militantes anarquistas que la formaron en Valencia abrieron las cárceles de la ciudad, liberando tanto a los presos políticos como a los comunes. Algunos de estos últimos se alistaron como voluntarios en la Columna de Hierro que luchó, durante todo ese período en el frente de Teruel. La presencia de expresos comunes en el seno de la columna tenía forzosamente que escandalizar a todos los partidarios del orden burgués. Sin embargo, el hecho de permitir que unos carteristas, unos chulos de barrio y así sucesivamente se convirtieran en combatientes revolucionarios ¿no es un modo como otro cualquiera de «cambiar la vida»?

El 1.º de octubre de 1936 la Columna de Hierro volvió del frente a Valencia para proveerse de armas y municiones —de las que andaban muy escasos, como casi todas las milicias— desarmando a los cuerpos de policía de esa ciudad y realizando así, pero en un sentido revolucionario, el slogan demagógico de los estalinistas: «¡Todas las armas para el frente!». Santillán cuenta que esta columna, como respuesta al boicot del Gobierno central, elaboró un proyecto para atacar el Banco de España, pero los dirigentes de la CNT-FAI se opusieron. Esta acción naturalmente habría suscitado un inmenso escándalo y también la indignación de los bien-pensantes, pero sin duda habría hecho fracasar el sabotaje en dinero y en material, ejercido por el Gobierno central sobre las milicias y sobre las colectivizaciones. De todos modos se hubiera podido negociar una devolución del oro y del dinero a cambio de un reparto más equitativo de la ayuda (de cualquier manera, la mayor parte de ese oro fue embarcado con destino a la URSS el 25 de ese mismo mes de octubre).

Finalmente, el Estado burgués y los partidos que lo sostenían —y también la directiva de la CNT-FAI— acabarían tanto con los revolucionarios de la Columna de Hierro como con los de las otras columnas de milicianos. En marzo de 1937, el Comité de Guerra de la columna declaró:

<sup>146</sup> Suplemento (en francés) del «Boletín de Información CNT-FAI» (19 de junio de 1937).

«Sabemos los inconvenientes que tiene la militarización. Ese sistema no encaja con nuestro temperamento como tampoco con el de todos aquellos que siempre han tenido un buen concepto de la libertad. Pero también sabemos las dificultades que tendremos si permanecemos fuera de la órbita del Ministerio de la Guerra. Es triste reconocerlo pero sólo nos quedan dos salidas: disolución de la columna o militarización.<sup>147</sup>»

El 21 de marzo de 1937, durante una asamblea general de sus miembros, la Columna de Hierro aceptó militarizarse y se convirtió en la 83 Brigada del ejército regular. Fue la última columna de milicianos que se plegó ante la trampa del militarismo.

### ¿Guerra o revolución?

De todo ese fárrago, de toda esa confusión, destacan algunos rasgos de los que hay que hablar, debido a las implicaciones que la guerra y las teorías sobre cómo había de ser llevada y sobre cuál era su papel, tuvieron sobre lo que aquí nos interesa, es decir, sobre la revolución social en Cataluña.

La primera cosa que destaca es el papel creciente de los estalinistas españoles y rusos *del que no he dado más que algunos ejemplos*: por supuesto, los comunistas eran partidarios, desde el primer momento, de un ejército disciplinado de tipo clásico, tal y como correspondía a su ideología y a su actuación autoritaria, centralista y jerarquizada. ¿Acaso no era todo eso el Ejército soviético, cuyo ejemplo siempre esgrimían como constante punto de referencia? ¿Y no había vencido gracias a él? Pero además de ese principio de orden general, válido para cualquier época, latitud y situación, se defendió y se levantó un ejército, tradicional porque correspondía perfectamente a la situación política de España, tal y como la concebían los estalinistas. Un Estado republicano, legal y democrático se defendía con su ejército, su policía, etc., contra un levantamiento fascista. Luego era preciso que la imagen —y la realidad— de unas bandas obreras haciendo la revolución —¡la anarquía!— diese paso a un ejército disciplinado, marcando el paso, detrás de sus oficiales engalanados, y luchando incluso contra esas mismas «bandas armadas» por la legalidad republicana. Todo eso resultaba perfectamente lógico y la perseverancia de los comunistas en esa vía les atrajo, como hemos visto, innumerables simpatías entre los «pequeño-burgueses» de toda índole.

Su actitud militarista —y no es ese sin duda, el aspecto menos importante— también constituyó una formidable maniobra política que les permitía mantener puestos-clave en el aparato del Estado —especialmente en el militar y policiaco— puestos que posiblemente no hubieran conseguido sin todo eso. Esta actitud se vio ampliamente facilitada por el chantaje de las armas rusas, por su *controlada distribución*, así como por el papel de los consejeros rusos, militares, diplomáticos y otros, que reinaban como virreyes, impartiendo órdenes a los Gobiernos, a los Estados Mayores, etc. Antes de entregar armas al Gobierno legal de Cataluña exigieron que fuese expulsado el ministro del POUM —cosa que hicieron— es más,

participaron directa y activamente en la caída del Gobierno Largo Caballero y en su sustitución por Negrín (que sin duda alguna era su hombre de confianza más que el aliado del PC español). Se podrían llenar páginas y más páginas con ejemplos de este tipo; volveré sobre ello cuando tenga que examinar el desencadenamiento de la represión contrarrevolucionaria después de las jornadas de mayo de 1937.

Los consejeros militares soviéticos, con la aureola de su doble prestigio de «técnicos» y de «revolucionarios» —se convirtieron naturalmente en uno de los ejes fundamentales de la constitución del nuevo ejército.

Pero los comunistas españoles —aconsejados por los soviéticos— no eran los únicos partidarios de un ejército de corte tradicional. Todo el mundo estaba de acuerdo en ello, excepto amplios sectores de la «base» anarquista. Ante la amenaza cada vez mayor del ejército franquista y de las tropas de intervención alemanas e italianas, a nadie se le ocurrió la idea de proponer una estrategia global que no fuese la de la *identificación* con el enemigo, es decir, que no fuese la creación de un ejército todavía más disciplinado, más eficaz, más «prusiano» que el de enfrente. Evidentemente, sólo podía ser y sólo fue un fracaso.

Aparte de este acuerdo, basado en la incapacidad para innovar, las divergencias o los matices sobre los problemas de la guerra y de la revolución y sobre las relaciones entre una y otra, eran múltiples. Dejando de lado a los republicanos, a los socialistas de derechas, que no hablaban de revolución, sino exclusivamente de democracia, los «revolucionarios» se dividían en dos corrientes: aquéllos cuya postura se puede resumir en una frase: «Primero ganar la guerra» y aquéllos que mantenían que guerra y revolución estaban íntimamente ligadas. «Primero ganar la guerra», era la gran consigna de los estalinistas que encajaba perfectamente con el conjunto de su estrategia «democrática» y «antifascista», estrategia que a su vez pretendía situarse en el marco de la «gran lucha mundial contra el fascismo». Pero esta táctica, que llevaron hasta muy lejos —conforme a su costumbre— y que, igual que en otras épocas y latitudes, hizo de ellos el *gran partido del orden*, no les impidió, más bien al contrario, controlar considerablemente el aparato, de Estado, lo que para ellos significaba estar en la antecámara del poder. Desde el punto de vista propagandístico, el PC presentaba su línea general: «Primero ganar la guerra» con matices diferentes según el público a quien se dirigiera. Ante los extranjeros y las fuerzas republicanas moderadas el régimen que surgiría de una victoria republicana había de ser «democráticamente elegido por el pueblo español». Ante las fuerzas más radicales, que o pretendían o querían ser más revolucionarias, presentaban a la victoria contra el fascismo como un primer paso, la etapa indispensable, hacia la *revolución* socialista. Con algunos matices esta postura rebasaba ampliamente las filas del PC español. No sólo los socialistas de izquierda se adherían a ella, sino también el sector más importante de los círculos directivos de la CNT-FAI, que creían que se podía posponer la revolución social para «después de la victoria contra el fascismo».

El POUM era partidario de un ejército tradicional, pero al mismo tiempo mantenía que guerra y revolución estaban íntimamente ligadas. En un

<sup>147</sup> «Nosotros» (16 de marzo de 1937).

proyecto de «Tesis política» redactado para el Congreso del POUM previsto para el 19 de junio de 1937 y que fue impedido por la represión, Andrés Nin declaraba:

«La fórmula “primero ganar la guerra, después se hará la revolución”, es fundamentalmente falsa. En la contienda que se desarrolla actualmente en España, guerra y revolución son, no sólo dos términos inseparables, sino sinónimos. La guerra civil, estado más o menos prolongado del conflicto directo entre dos o más clases de la sociedad, es una de las manifestaciones, la más aguda, de la lucha entre el proletariado, por una parte, y por otra la gran burguesía y los terratenientes, que atemorizados por el avance revolucionario del proletariado, intentan instituir un régimen de dictadura sangrienta que consolide sus privilegios de clase. La lucha en los frentes de batalla no es más que una prolongación de la lucha en la retaguardia. La guerra es una forma de la política (...) Se trata de saber si los obreros y los campesinos de los frentes se batían por el orden burgués o por una sociedad socialista. Guerra y revolución son tan inseparables en el momento actual en España como lo eran en Francia en el siglo XVII y en Rusia en 1917-1920. ¿Cómo Podemos separar la guerra de la revolución cuando la guerra no es más que la culminación violenta del proceso revolucionario que se está desarrollando en nuestro país desde el año 1930 (...)? Y la garantía de una victoria rápida y segura en los frentes estriba en una política revolucionaria firme en la retaguardia, capaz de inspirar a los combatientes el brío y la confianza indispensables para la lucha, capaz también de impulsar la solidaridad revolucionaria del proletariado internacional, la única con que podemos contar, de crear una sólida industria de guerra, de reconstituir sobre bases socialistas la economía desquiciada por la guerra civil, de forjar un ejército eficiente al servicio de la causa proletaria, que es la de la humanidad civilizada. El instrumento de esta política revolucionaria no puede ser más que un Gobierno obrero y campesino.<sup>148</sup>»

Aunque el POUM tenía razón cuando insistía (parafraseando, sin citarlo, a Clausewitz) en el carácter inseparable de la guerra y de la revolución, por lo menos para las fuerzas pretendidamente revolucionarias, en cambio ante este problema —como ante muchos otros— no podía desprenderse del fetichismo leninista. Así, de la misma manera que su ansia por un Gobierno obrero y campesino (lo que no quería decir estrictamente nada, a no ser una referencia nostálgica) le impedía luchar consecuentemente contra la restauración del Estado burocrático-burgués que lo pondría fuera de la ley para complacer a los Rusos— su apoyo a un ejército disciplinado y eficaz, tipo Ejército Rojo, le hará comprender, demasiado tarde, que a través de la militarización real, el PC consolidaba su influencia sobre las fuerzas armadas republicanas.

Camillo Berneri tenía razón cuando criticó sus concepciones estrechamente militaristas (que iban acompañadas de un intento de recuperación de la imaginación bolchevique, rival de la de los estalinistas):

«El formalismo militar también lo encontramos, por ejemplo, en algunas columnas controladas por el POUM. Cuando afirman, como está inscrito en el decálogo de la columna Urubarrí (una de las cuatro columnas del POUM en el frente de Aragón [C.S.-M.]) que “el soldado que sabe saludar, es el soldado que sabe combatir” están cometiendo la misma tontería que ha sido repetida desde Pedro I hasta el Rey Sargento.<sup>149</sup>»

Este anarquista italiano es uno de los pocos, que yo sepa, que ha intentado conciliar, en sus escritos y en sus actos, las «necesidades de la guerra» con el espíritu de las milicias. Sin limitarse a una simple mención de los principios «eternos» del anarquismo y sin caer tampoco en la trampa del militarismo predominante, Berneri proponía una especie de síntesis, como lo demuestra el siguiente fragmento de la entrevista más arriba citada:

«Carezco de competencia especial en técnica militar, pero puedo comunicarle las impresiones que he recogido en el frente de Huesca, frente que me resulta muy familiar porque en él he cumplido sucesivamente las funciones de simple miliciano, de delegado político de la “sección italiana” de la Columna Ascaso y ahora de delegado del Consejo de Defensa. Tengo la impresión de que la milicia ha hecho grandes progresos. Al principio se podía notar una gran inexperiencia en la lucha contra los artefactos militares modernos: por ejemplo, se perdía mucho tiempo disparando contra aviones que volaban a gran altura; se despreciaban las armas automáticas a favor de las armas cuyo manejo resultaba familiar a los camaradas. No se prestaba atención al problema de las comunicaciones; faltaban municiones, la unión entre las diferentes armas y unidades era defectuosa y a veces completamente inexistente.

»En el momento actual, los milicianos han sacado provecho de las lecciones de estos últimos diez meses, los transportes empiezan a racionalizarse, las carreteras a repararse, el material es más abundante y está mejor distribuido y, en el «espíritu de la columna» se desliza la siguiente idea: la necesidad de un mando de coordinación.

»Se están formando divisiones, lo que completará el plan económico de la guerra, cuyos defensores son los representantes más conocidos de la CNT y de la FAI. En realidad, estas dos organizaciones han sido las primeras en proponer la unidad de mando, a fin de ejercer una presión decisiva sobre los puntos débiles de la línea enemiga, aliviar la presión

<sup>149</sup> Entrevista concedida a «Spain and the World», reproducida en francés en «L'Espagne Nouvelle» (febrero de 1937) y, ahora, en castellano, en el libro *Guerra de clases en España 1936-1937*, de Camillo Berneri Col. «Acracia» n.º 20, Tusquets Editores, Barcelona, 1977.

<sup>148</sup> Andrés Nin. «La Situación política y las tareas del proletariado», in *Los problemas de la Revolución española*, Ed. Ruedo Ibérico, París, 1971, pág. 220-221.

sobre las ciudades asediadas y obstaculizar las maniobras y concentraciones adversas.

»—Entonces —dijimos nosotros (S.a.t.W.) —, ¿hay cosas buenas en la militarización?

»—Ciertamente —responde Berneri con convicción—, pero hay que hacer una distinción: por una parte esta el formalismo militar que no sólo es ridículo sino también inútil y peligroso, y por otra, la autodisciplina. Esta última puede ser extremadamente rigurosa, como ocurre en la Columna Durruti (...) Por mí parte, soy partidario de un justo medio: no se debe caer ni en el formalismo militar, ni en el antimilitarismo supersticioso. Al aceptar y al realizar las reformas impuestas por la naturaleza de las cosas, estaremos en condiciones de resistir a las maniobras de Madrid y de Moscú, que intentan instituir, con el pretexto de la militarización, su hegemonía militar sobre la Revolución española, con el fin de transformarla en instrumento de su hegemonía política.

»En cuanto a mí, considero un error hablar como lo hacen algunos representantes de la CNT-FAI de mando único o “supremo”, en lugar de hablar de unidad de mando (es decir, de coordinación general en materia de dirección de la lucha armada [C.S.-M.]).

»(...) En resumen, las reformas que habría que hacer en la Milicia, desde mi punto de vista, son las siguientes: distinción clara, entre el mando militar y el control político, en el terreno de la preparación y ejecución de operaciones de guerra; cumplimiento riguroso de las órdenes recibidas, pero manteniendo algunos derechos fundamentales, como por ejemplo el de elegir y revocar a los oficiales.<sup>150</sup>»

Por supuesto, en cuanto los combatientes pudiesen elegir y revocar a sus jefes, se hundiría todo el espíritu jerárquico militar, por ello eso no ocurrió nunca. Porque, como el propio Berneri lo indicaba en sus propuestas para lograr una síntesis entre, digamos, la eficacia y la libertad (síntesis algo insuficiente), lo que estaba en juego en el problema militar no sólo era conseguir derrotar a los ejércitos fascistas, sino también aplastar a la revolución.

Desde este punto de vista, guerra y revolución también son indisolubles. La gran operación de militarización llevaba en sí misma una operación política que era igualmente importante y que consistía en acabar con las «bandas armadas revolucionarias», con esas milicias que ayudaban a los campesinos a organizar comunas libertarias, que a veces desarmaban a la policía para poder armarse ellos mismos y que, en una palabra, constituían el brazo armado de una revolución social libertaria, que no era en modo alguno deseada. Por ello lo que se impuso en casi todas partes fue un ejército ultrarreaccionario, donde se dio rienda suelta al terrorismo político-policíaco, donde predominó la más ciega disciplina, donde se sacralizaba el ritual degradante del ejército. Sólo en algunas columnas anarquistas, transformadas en divisiones, se conservó hasta cierto punto «el espíritu de

las milicias». Pero eso dependía exclusivamente de la voluntad de los comandantes, algunos de los cuales, como Ricardo Sanz,<sup>151</sup> protegieron a sus hombres de los excesos de ese formalismo militar del que hablaba Berneri. De esta manera, se puede decir que la parte política de la operación militarización constituyó un gran éxito (lo que no excluye en modo alguno los conflictos entre CNT-FAI y comunistas, por ejemplo, en el ejército, como en otras cuestiones, pero no es de eso de lo que estoy hablando). Todo eso era, evidentemente, una parte esencial para restaurar el Estado burgués-burocrático y por lo tanto para que triunfara la contrarrevolución.

En cambio, en el plano militar, ese ejército creado sobre el modelo «prusiano» fue un pésimo ejército, cosa que también me parece lógica. En contra de lo que sostiene el folklore heroico, los republicanos no sólo perdieron la guerra civil por la intervención de los nazis alemanes y de los fascistas italianos (además de por la resistencia de los anarquistas a la militarización). A pesar de la superioridad del armamento de los fascistas, la derrota no era inevitable y además la guerra duró casi tres años. La estupidez y la política contrarrevolucionaria, son a mis ojos, los elementos esenciales de tal derrota.

Estupidez y política contrarrevolucionaria se asociaron para construir como sea un ejército regular, joven, viril y disciplinado —moderno, en definitiva— según la propaganda, pero pésimo sobre el terreno. Sin necesidad de entregarse a un análisis exhaustivo de los problemas militares se puede simplemente indicar que:

1) Ese ejército fue malo porque sus jefes dieron prueba generalmente de una falta absoluta de imaginación, de inventiva. El llamado nuevo Ejército Popular llevó su mimetismo hacia el enemigo hasta el extremo de copiar su «arte de la guerra» y de aceptar las batallas en terreno favorable al adversario, retomando de manera escolar los principios, de la guerra de posiciones y las ofensivas por «movimientos envolventes» que se estudiaban en las academias militares del mundo entero y, para ese tipo de guerra, el ejército franquista (o sea, el 90% del ejército español) y sus aliados nazis y fascistas, estaban infinitamente mejor preparados, mejor armados y su superioridad está además históricamente demostrada.

Los «brillantes» jefes de la guerra, cantados en las antologías poéticas de «izquierda», los Líster, Modesto, Campesino, etc., y sus «misteriosos» consejeros militares rusos, en realidad dieron muestra de un cretinismo congénito en el plano puramente militar, al estancar a sus tropas en unos mini-verdunes donde la superioridad del armamento (que por otra parte tampoco era aplastante<sup>152</sup> del adversario fatalmente acabaría triunfando a la larga. Ninguna operación militar de envergadura donde la sorpresa, la movilidad, la inventiva hubiesen podido ser elementos de éxito puede atribuirseles.

<sup>151</sup> Por lo menos según el testimonio de José Peirats que «sirvió bajo sus órdenes» en el frente de Aragón (testimonio recogido durante una entrevista concedida para este libro).

<sup>152</sup> No obstante no hay estadísticas seguras sobre el armamento de ambos campos.

2) El aspecto contrarrevolucionario de la militarización repercutió hondamente en la «moral de las tropas», disminuyendo, dígase lo que se diga, su potencial ofensivo. En efecto, para conseguir buenos soldados, disciplinados, que se conviertan en robots que se dejen matar sin discutir, aun en operaciones militares totalmente aberrantes —como nos enseñan profusamente las historias de las guerras en general y la de España en particular— es necesario un adiestramiento, lo mismo que para conseguir buenos caballos de circo. Ciertamente, en «tiempo normal» toda la sociedad participa en el adiestramiento, desde el medio familiar hasta la fábrica, o la tierra, pasando por el catecismo, la escuela y el servicio militar —que, según el lenguaje popular es excelente para los jóvenes precisamente porque les adiestra. Pero aquí nos encontramos ante unos trabajadores que han tomado voluntariamente las armas para aplastar el levantamiento militar, unos trabajadores conscientes de que están participando en una revolución social y que, sobre todo los anarquistas, por supuesto, eran profundamente antimilitaristas, del mismo modo que eran profundamente anticapitalistas. Los voluntarios de las milicias eran exactamente lo contrario del soldado-robot, y por lo tanto era particularmente difícil e incluso imposible, transformarles de la noche a la mañana en su contrario. Esos hombres se habían rebelado precisamente contra el adiestramiento y la explotación de una sociedad represiva a la que odiaban y contra la que habían iniciado una lucha a muerte. Decirles que había que reconstruir la jerarquización militar del ejército para vencer a la jerarquía militar del ejército enemigo les parecía tan monstruoso como si se les hubiera propuesto que aumentaran su propia explotación de asalariados para liquidar... la explotación. Por supuesto, de eso mismo era de lo que se trataba, por lo tanto no hay que asombrarse de que se hayan negado a reconstruir, en nombre de no se sabe muy bien qué eficacia, la sociedad jerarquizada que estaban en trance de destruir. Para ellos no había «buen ejército», como tampoco había una «buena» explotación del asalariado. No se negaban a luchar, pero sí se negaban a abandonar esa parcela de libertad que habían conquistado. Y tenían razón. Su lucha no habría tenido sentido si no, como los acontecimientos ulteriores —y el ejemplo de todas las revoluciones conocidas hasta el momento— han demostrado.

Se ha puesto de moda hablar a tontas y a locas de la «guerra psicológica» debido generalmente a un intento de recuperar la «psicología» como elemento de una táctica militar «moderna». Pero tampoco es menos cierto que lo imaginario no se detiene en las puertas de los cuarteles. Tomando un ejemplo totalmente opuesto, señalaré simplemente que la formación de los cuerpos especiales en los ejércitos clásicos (paracaidistas, «marines», legionarios, etc.) no sólo se obtiene por un entrenamiento intensivo, un armamento ultramoderno y apropiado, etc., también se obtiene y, sobre todo, posiblemente se obtiene por un «espíritu de cuerpo», por la idea de pertenecer a un grupo aparte, a una élite superior, no sólo a los vulgares civiles, sino incluso a los demás cuerpos del ejército. La ilusión de pertenecer a esa especie de raza superior es uno de los motores esenciales de la combatividad de dichos cuerpos especiales (y, por supuesto, demuestra la

inconmensurable estupidez humana, pero pasemos...) Quitad esa ilusión, romped ese fanatismo de grupo, y la combatividad se resiente.

En las antípodas de esta situación, militarizada los milicianos anarquistas, y su combatividad también se resentirá. Con la pequeña diferencia de que los primeros, los paracaidistas y demás, lo único que hacen es matar, mientras que las columnas de milicianos participaban activamente en una de las tentativas revolucionarias más importantes de la primera mitad del siglo XX.

Todo esto es muy bonito, han dicho y dirán los comunistas, pero había una guerra y había que ganarla. La hemos perdido, pero hemos combatido con mayor eficacia que los anarquistas, precisamente gracias a que nos hemos organizado militarmente más deprisa y con mayor profundidad. Y siempre sacan a relucir los dos mismos ejemplos para apoyar esta tesis: Madrid y el frente de Aragón. Madrid, que fue donde empezó la militarización, Madrid, en cuya defensa los comunistas participaron ampliamente, aguantó hasta el final, mientras que los anarquistas, que dominaban el frente de Aragón, fueron incapaces de tomar Zaragoza.

A esto se puede responder de antemano, del siguiente modo: en lo que respecta al frente de Aragón, dejando de lado el problema del armamento de las milicias, el «dominio» anarquista duró hasta el verano de 1937. Después de las jornadas de mayo del 37 y gracias al complot de Prieto y de los comunistas (como veremos después) las tropas comunistas entraron en Aragón, liquidaron el Consejo de Aragón y controlaron el mando militar. Aunque las milicias anarquistas seguían siendo muy numerosas en este frente, la responsabilidad de la guerra pasó virtualmente a los comunistas y a sus aliados. Pues bien, ¡a pesar de ello!, ¡¡¡Zaragoza tampoco fue tomada!!! Si su ofensiva contra el «comunismo libertario» en Aragón tuvo importantes resultados (pero menores de los que ellos esperaban), su «ofensiva» contra los franquistas, en cambio, no tuvo ninguno.

Pasemos a Madrid. Es cierto que en el frente de Madrid fue donde empezó la militarización en serio. También es cierto que los comunistas —y sus consejeros rusos— tuvieron una parte muy activa en la defensa de la ciudad. Equivale a decir que controlaban los organismos dirigentes, pero no eran ni mucho menos los únicos que combatían (la prueba está en que durante el «complot Casado», al final de la guerra, cuando los comunistas ocuparon militarmente la ciudad y tomaron el poder, supuestamente para oponerse a las tentativas de negociación con los franquistas, Cipriano Mera, al frente de sus soldados, tardó sólo dos días en liquidarlos militarmente.<sup>153</sup>

Pero yo creo que no es ahí donde habría que buscar la razón de la resistencia de Madrid, que continuó hasta culminar en las batallas campales entre comunistas, de un lado, y anarquistas y socialistas de otro, precediendo en pocos días a la entrada de las tropas franquistas en Madrid y el final de la guerra. El rasgo esencial de la resistencia de Madrid no fue en absoluto su militarización, sino su carácter popular. En el Madrid asediado y casi rodeado, se produjo un fenómeno que ya se había producido en otras guerras, el de una ciudad entera negándose a capitular, el de una ciudad

<sup>153</sup> Sobre este punto, véase el anexo 10, pág. 217.

entera, hombres, mujeres y niños participando de un modo u otro, a la resistencia contra el enemigo. Este carácter popular de la resistencia constituye el rasgo esencial de la batalla de Madrid. Además, fueron las milicias obreras, el pueblo entero —o casi— quienes primero aplastaron a los militares rebeldes y quienes después rechazaron los primeros ataques del ejército franquista, que quería a toda costa y desde el principio, conquistar la capital. La militarización sólo vino después de las primeras victorias del «pueblo en armas».

\* \* \*

Pero, una vez instalada la guerra, e instalada como lo quería el enemigo, las milicias tampoco supieron desarrollar una estrategia militar revolucionaria que permitiese no sólo defender sino también ampliar las conquistas revolucionarias, al tiempo que combatían a los franquistas. La «España antifascista», tenía razón cuando escribía, expresando el punto de vista de los «anti-militaristas» libertarios:

«Cada vez resulta más necesario preguntarse si el militarismo de los generales facciosos conseguirá imponer sus propias formas de lucha a los revolucionarios españoles o si, por el contrario, nuestros camaradas conseguirán destruir el militarismo oponiéndole unos métodos de acción que culminen en la liquidación del frente militar y en la extensión de la revolución social a toda España.

Los elementos de éxito de que disponen los fascistas son los siguientes: gran abundancia de material, rigidez draconiana en la disciplina, organización militar completa y terror ejercido sobre la población con la ayuda de las formaciones militares del fascismo. Estos elementos de éxito se encuentran revalorizados por la táctica de una guerra de posiciones, de frente continuo, con un transporte masivo de fuerzas hacia los puntos que se pretende anexionar.

Por parte del pueblo, los elementos de éxito son de un cariz totalmente diferente: abundancia de hombres, iniciativa y agresividad apasionadas de los individuos y de los grupos, simpatía activa de las masas trabajadoras de todo el país, arma económica de la huelga y del sabotaje en las regiones ocupadas por los fascistas. La total utilización de estas fuerzas morales y físicas, en sí mismas muy superiores a las del adversario, sólo puede realizarse mediante una lucha generalizada de golpes de mano, de emboscadas, y de guerrilla extendida a todo el país.<sup>154</sup>»

El autor anónimo de estas líneas, parece que ha resumido perfectamente la situación.

«La extensión a toda España de la revolución social» era, en efecto, la mejor estrategia que se podía oponer al ejército franquista y a su estrategia tradicional y acompañada. Si bien, por un lado, en las grandes ciudades y regiones industriales y agrícolas de la «zona republicana» había que organizar una defensa popular en la que todo el mundo, de un modo u otro,

participase en la lucha, en vez de dejar que la guerra se estancara en un frente, por otro, había que llevar la revolución social a la retaguardia del enemigo, organizar el sabotaje y la guerrilla, favorecer los motines y si ello fuese posible, las huelgas insurreccionales. Pero para eso, por supuesto, había que llevar más lejos y extender a todo el territorio «republicano» primero, y después al territorio franquista, la revolución social. Era preciso que los obreros, sometidos a la dictadura fascista, supiesen que había en el país zonas liberadas de la explotación donde los trabajadores eran dueños de sus empresas, de su trabajo y de su vida. Era preciso que los ecos de la revolución en el campo llegasen hasta las regiones andaluzas —por ejemplo— ocupadas por los fascistas, etc. Para llevar a cabo una lucha de este tipo, a la que para simplificar llamo guerra de guerrillas revolucionaria (sin que haya que buscar equivalentes históricos más que sospechosos), un ejército de tipo tradicional no sólo era inepto sino contraproducente. La revolución social debía empezar por la liquidación del ejército y de todo lo que éste tiene de retrógrado. Evidentemente, había que superar los defectos de las milicias, pero no sólo había que conservar, sino también acrecentar y profundizar su espíritu de iniciativa, su audacia, y su adhesión voluntaria al combate. También había que dotarlas de una estrategia militar ofensiva, en la que los movimientos, la sorpresa, el sabotaje, las emboscadas, etc., hubieran permitido evitar las trampas de la guerra de posiciones, favorable al enemigo.

Todo esto exige evidentemente la participación de todos los combatientes en la manera de llevar la guerra. Una fuerza armada de guerrilleros —incluso dotada con un armamento tan «moderno» como el del Ejército republicano— no podía de ninguna manera copiarse de los ejércitos clásicos. A pesar de los límites evidentes impuestos por la guerra, la democracia en su funcionamiento no sólo es posible, sino indispensable para dar rienda suelta a la creatividad de las masas. La democracia, es decir, en primer lugar, unos órganos dirigentes elegidos y revocables (no en pleno combate, ¡eso va de suyo!). El espíritu revolucionario, el convencimiento de que se está realizando con las armas en la mano la lucha por las transformaciones sociales en toda la sociedad, constituye la «fuerza de choque» de las milicias, y es exactamente lo contrario al respeto a la jerarquía que, junto con la prohibición de pensar, es la base del ejército clásico.

Pero es inútil hablar de lo que hubiera podido ser, puesto que no ha sido, ni siquiera en Aragón donde —después de las primeras semanas— los milicianos quedaron estancados en una guerra de posiciones ante Huesca, Zaragoza y Teruel.

Esta guerra revolucionaria sólo podía basarse en una revolución social lo más radical y lo más extendida posible. Ahora bien, los comunistas, muchos socialistas, los republicanos, los dirigentes anarquistas en su mayor parte, los rusos, los gobiernos «democráticos» occidentales (¡para no hablar de los fascistas!) no querían una revolución social, y todos, cada cual a su manera, participaron en su aplastamiento.

Por lo tanto se hizo un ejército. Ese ejército regular, dadas las condiciones históricas, políticas, materiales y «morales», no podía ser mas que un mal ejército. Aceptó el tipo de guerra impuesto por el enemigo y fue vencido. Se

<sup>154</sup> «L'Espagne antifasciste», n.º 4.

perdió la guerra porque no se quiso hacer la Revolución. Pero como las cosas nunca son tan simples, la guerra se prolongó durante dos años (1937-1939), porque ese mal ejército, que a pesar de todo conservaba algo del entusiasmo de las milicias, combatió con mucho valor.

## Las «jornadas de mayo» de 1937

### *La situación en Cataluña antes de las «jornadas de mayo»*

Después de la formación del Gobierno Largo Caballero y de su contrapartida catalana, el Consejo de la Generalitat, donde estaban representadas todas las organizaciones antifascistas, la restauración del Estado realizó progresos muy considerables y cada vez más acelerados en todos los ámbitos. El «tenebroso poder» de los Comités dio paso al de los «cuerpos constituidos», Consejos municipales, gobernadores, Consejo de la Generalitat, Gobierno. En diciembre de 1936, todas las fuerzas de policía que habían sido disueltas fueron reconstituidas definitivamente a veces bajo su antiguo nombre (Guardias de Asalto) y otras bajo uno nuevo (la Guardia Civil se convirtió en Guardia Nacional Republicana). Juan Negrín, Ministro de Finanzas del Gobierno central, reorganizó un impresionante cuerpo de carabineros a los que veremos en acción más adelante. Todas estas fuerzas de policía, por supuesto, estuvieron bajo las órdenes directas de los ministros de tutela. Y los estalinistas procedieron del mismo modo que como hemos visto lo hicieron con el ejército, esta vez para controlar la policía. En Barcelona, Rodríguez Sala, miembro del PSUC, se convirtió en jefe de policía y Ayguadé, en Consejero de Seguridad (ministro del Interior). Este último, a pesar de ser miembro de la Esquerra colaboró estrechamente con los estalinistas y algunos comentaristas han visto en él a un miembro «submarino» del PSUC.

Desde finales del 1936, los partidarios del «orden republicano» encontraron que la situación estaba ya madura para pasar al ataque. Como agradecimiento, sin duda, a las armas rusas, las primeras medidas de discriminación política se tomaron contra el POUM, esos «hitlerotrotskyistas» españoles. Hemos visto cómo los estalinistas habían puesto su veto a la participación de este partido en la Junta de Defensa de Madrid. «La Batalla» había protestado contra este hecho, acusando a Stalin de desinteresarse por la suerte del proletariado español e internacional y de no pensar más que en los intereses del Estado ruso. Ese lenguaje no sólo era intolerable para los estalinistas sino también para gran número de socialistas, republicanos, e incluso para algunos líderes anarquistas. ¿No estaba enviando armas la URSS? Siempre el mismo chantaje, que ignoraba deliberadamente el hecho de que esas armas habían sido pagadas a precio de oro. El 28 de noviembre el Cónsul general de la URSS en Barcelona, Antonov-Ovsenko, interviene públicamente, como solía hacer, en los «asuntos internos» españoles, denunció en una nota de prensa a «La Batalla» diciendo que formaba parte de la «prensa vendida al fascismo internacional». También hay que señalar que por aquella época «La Batalla» había protestado contra las detenciones de los disidentes y contra los procesos políticos en la URSS. Lo cual era otro escándalo intolerable. Presionado por los agentes soviéticos, el PSUC, a mediados de diciembre provocó una crisis del Gobierno autónomo catalán reclamando la expulsión del ministro poumista, Andrés Nin, consejero de Justicia. Por supuesto el PSUC pedía la expulsión de Andrés Nin, como primera medida contra esos



agentes del fascismo internacional que eran los militantes del POUM. Pero las demás organizaciones —incluida la CNT— aceptaron la marcha de Andrés Nin para complacer a los rusos. La crisis fue resuelta de una manera perfectamente jesuítica: se decidió formar un «gobierno sin partidos», donde las únicas organizaciones representadas fuesen los sindicatos: CNT, UGT, y Unión de Rabassaires. Pero los representantes de la UGT eran prácticamente los mismos que habían representado el día antes al PSUC. Además había un representante del partido de la Esquerra, para que la «pequeña burguesía catalana estuviese representada». Todas estas argucias no engañaron a nadie, pero cumplieron su objetivo: la expulsión del POUM. El «Pravda» del 17 de diciembre de 1936 pudo escribir: «En Cataluña, la eliminación de los trotskistas y anarcosindicalistas ha empezado; se realizará con igual energía que en la URSS».

El POUM, por su parte, protestó contra su exclusión a través de un manifiesto público en términos muy comedidos:

«Si a pesar de nuestros esfuerzos y de nuestros sacrificios, se rompiera la unidad de acción, la culpa no sería nuestra. Sería de aquellos que todo lo subordinan a sus ambiciones “partidistas”, y estamos seguros que en un plazo no muy lejano los hechos nos darán la razón. Desgraciadamente se han de experimentar los resultados de esta maniobra, que realizada en estos momentos no puede más que favorecer al enemigo común. Por tanto nos vemos obligados a denunciarlo a la clase trabajadora de Cataluña.<sup>155</sup>»

Hay que poner de relieve la rapidez con la que el PSUC, que había sido creado inmediatamente después del levantamiento franquista y que en ese momento era ultraminoritario, consiguió, pocos meses después, controlar tanto a la «base» (en algunos aspectos) como a la «cumbre». Pero realmente la base y la cumbre a que nos referimos son la base y la cumbre de la burocracia, sindical o estatal, y en la lucha por controlar los puestos burocráticos, los estalinistas siempre han sido unos «maestros». Y aunque los estalinistas catalanes eran unos neófitos en la materia, no obstante estaban aconsejados por especialistas de la categoría de Antonov-Ovsenko y Geröe.

Después de que el POUM fuera excluido de la Generalitat, Comorera fue nombrado (como representante de la UGT) ministro de Abastecimientos. Su primera labor, fue por supuesto la de entrar en guerra con los Comités al comercio privado. El 7 de enero de 1937 decretó la de abastos de los sindicatos, para que se pudiera volver disolución de los Comités obreros de abastecimiento.

«Comorera, basándose en los principios del liberalismo abstracto que ninguna administración ha sostenido en tiempo de guerra, pero de los cuales los socialistas de derecha eran los últimos admiradores, admiradores poseídos de fervor religioso, no sustituyó a los caóticos Comités de pan por una administración centralizada. Restauró, pura y

simplemente el comercio del pan. En enero, en Barcelona, ni siquiera existía un sistema de racionamiento. Los trabajadores debían arreglárselas como pudieran para conseguir pan, a precios cada vez más altos y con unos salarios que prácticamente no habían variado desde mayo. En la práctica esto quería decir que las mujeres tenían que hacer cola: desde las cuatro de la mañana. El descontento, en los barrios obreros era naturalmente muy agudo, ya que la penuria del pan se había ido agravando desde la toma de posesión de Comorera.<sup>156</sup>»

En realidad, no sólo era el pan, también todos los demás productos alimenticios, al volver al comercio privado, aumentaban inmediatamente de precio y escaseaban, para ir a engrosar el estraperlo. El GEPCI, fundado por los estalinistas en calidad de rama de la UGT (gloriosa iniciativa que reunía en un mismo sindicato a los asalariados y a los patronos, tanto pequeños como medianos) logró aumentar su papel económico y político.

Comorera, ante el descontento popular provocado por el aumento de precios y la escasez de productos, acusó a su predecesor (el cenetista Domènech) y denunció el sabotaje de los Comités de abastos de los sindicatos. También se montó otra operación espectacular con la llegada del primer barco soviético, el Ziryanin, el 20 de enero de 1937, que traía 901 toneladas de harina, 882 toneladas de azúcar y 568 toneladas de mantequilla. La llegada del navío soviético fue acompañada de una gigantesca operación publicitaria, para que el pueblo llano catalán comprendiese que mientras que los anarquistas traían, con su desorden y su desbarajuste, el hambre a las familias y destruían la economía, ellos, los rusos, eran los mejores amigos de los trabajadores españoles y les traían generosamente cañones y mantequilla. Las operaciones publicitarias de este tipo «cuajaban» muy bien y los rusos gozaron de auténtico prestigio entre la opinión pública a quien se le había ocultado muy cuidadosamente el elevado precio que España pagaba por esa ayuda desinteresada. Ocho días después de que llegara el barco ruso, el 21 de enero de 1937, «Solidaridad Obrera» publicó un artículo delirante, del que ofrecemos aquí un fragmento:

«Los cientos de miles de ciudadanos que se habían sumado al soberbio acto de despedida no tenían más que un punto de mira: el Ziryanin. Era un pueblo rendido a la humana significación de aquella primera visita de otro pueblo. La sensibilidad era un tributo a la solidaridad. Unas toneladas de productos alimenticios trasladó desde Rusia a España este mensajero del proletariado ruso, ofrenda de sus mujeres a las nuestras, afable caricia de los pequeñuelos de Oriente a los niños de Iberia<sup>157</sup>» (y así todo).

La ofensiva generalizada del aparato del Estado también se hizo notar en la libertad de expresión. Cuando se recorren los diarios de la época es sorprendente ver los «huecos en blanco» cada vez mayores y más frecuentes que se extienden en las páginas de los periódicos, desde principios del año

<sup>156</sup> F. Borkenau, Op. cit., pág. 147.

<sup>157</sup> «Solidaridad Obrera» (21 de enero de 1937).

<sup>155</sup> Peirats, Op. cit., t. II, pág. 121.

1937. Al principio la censura sólo intervenía en las informaciones de carácter militar, pero cada vez se iba ejerciendo más contra las informaciones y discusiones de índole estrictamente política e incluso teórica. El 14 de marzo de 1937 por ejemplo, «La Batalla» fue suspendida durante 4 días debido al contenido de un editorial político que no había tenido la fortuna de complacer a los censores de la Generalitat.

La limitación de la libertad de expresión no sólo se ejercía contra la prensa; también se llegaron a prohibir mítines y reuniones políticas. Por ejemplo, el mitin CNT-POUM que se iba a celebrar el 26 de febrero de 1937 en Tarragona fue pura y simplemente prohibido por el Gobierno catalán. Se temía que en él se defendieran puntos de vista demasiado «extremistas» y, sin duda, esa medida entraba en el marco general de la campaña contra el POUM, orquestada por los estalinistas.

En el mismo seno de la CNT y entre las esferas dirigentes, despuntaba un espíritu muy impregnado de «centralismo democrático». El 28 de marzo de 1937, el Comité Nacional celebró una conferencia de delegados de toda la prensa de la CNT y de la FAI en la sede de ambas organizaciones en Barcelona. Según Peirats el principal objetivo de esta reunión era el de obtener la sumisión de todos los órganos de expresión a las directivas del Comité Nacional. Había que suprimir cualquier tipo de desacuerdo, especialmente la libertad de crítica que manifestaban algunos periódicos y revistas hacia la traición de los principios libertarios por parte de los órganos directivos en general y de los «camaradas ministros» en particular.

La propuesta de convertir a la prensa cenetista en el simple portavoz de los Comités directivos sólo se adoptó por un voto de mayoría. Y, además, la minoría vencida manifestó claramente su intención de no tomar en cuenta ni esa decisión ni ese voto. Lo que demuestra los obstáculos que encontraba la tendencia centralizadora en el seno de las organizaciones libertarias que por esencia y por tradición se oponían a todo centralismo. Sólo a finales de 1937 y principios de 1938 pudo ser totalmente vencida «la oposición de izquierdas» de la CNT.

Este nuevo centralismo era objetivamente necesario para los dirigentes de la CNT y no sólo en lo que respecta a la libertad de expresión. No podían imponer el Ejército sobre las milicias, el poder del Estado —así como su participación en el mismo— sobre el de los Comités obreros, la jerarquía política y económica sobre la autonomía y democracia obreras, sin tropezarse con serias resistencias en el mismo seno de sus organizaciones. Como hacen todos los dirigentes ante conflictos similares, intentaron romper la oposición y acallar las críticas. Impusieron el centralismo en su propia organización, rizando así el rizo, y tirando una vez más por la borda, las tradiciones, los hermosos y floreados discursos y los principios libertarios, pues la práctica burocrática de los dirigentes tiene sus propias leyes y sus propias exigencias de las que no se sabe que haya habido en la historia de las revoluciones ninguna excepción.

La capa especializada de dirigentes que la CNT produjo con tanta rapidez no estuvo sometida «al control de la base» prácticamente en ningún momento mientras duró la guerra. Este es un elemento importante —y clásico— del fenómeno burocrático. De 1936 a 1939 no hubo verdaderas

elecciones democráticas para cubrir los puestos responsables de la CNT y de la FAI. Es verdad que hubo muchas reuniones, conferencias y asambleas, siendo una de las más importantes el Pleno Nacional Económico ampliado de la CNT en enero de 1938, en Valencia. Pero sobre todo eran asambleas de cuadros donde la base, o bien no estaba representada o lo estaba mal. Así por ejemplo, Mariano G. Vázquez, secretario regional de Cataluña en julio de 1936 fue elegido secretario nacional durante una reunión de Comités regionales, o sea, durante una reunión de responsables de las federaciones regionales. El mismo fenómeno se puede observar en lo que respecta a la FAI, cosa normal ya que ambas organizaciones, que siempre habían estado estrechamente unidas, se habían fusionado casi totalmente desde julio de 1936. Así, en julio de 1937, poco después de las jornadas de mayo, se celebró en Valencia un Pleno de los Comités regionales de la FAI. Creo que Vernon Richards tiene razón cuando pone de relieve la intención claramente expresada durante esta reunión de transformar a la FAI de una federación de grupos anarquistas autónomos en una especie de partido político.

«El grupo de afinidad<sup>158</sup> durante más de cincuenta años ha sido el órgano más eficaz de propaganda, de relación y de actividad anarquista. Con la nueva organización que se imprime a la FAI, la misión orgánica del grupo de afinidad queda anulada. El Pleno tiene la intención de respetar a los grupos de afinidad, pero, debido a las decisiones adoptadas por la FAI, no podrán tener una participación orgánica como tales grupos.<sup>159</sup>»

La nueva organización de tipo «bolchevique» clásico, surgía de las células —o grupos— de base de barrio, hasta llegar a los Comités locales, regionales, por encima de los cuales se situaba el Comité Nacional, cuyo papel se hacía todavía más importante.

Como corolario, también clásico, a la jerarquización autoritaria de las organizaciones anarquistas, se desarrolló un increíble culto a la personalidad de los dirigentes. Bien es cierto que ese culto a los «destacados militantes» existía con anterioridad, cuando la CNT funcionaba tan democráticamente como era posible, pero llegó a cobrar proporciones tan grandes como grotescas. He aquí un único ejemplo: en el «Boletín de Información CNT-FAI», podemos leer las siguientes líneas dedicadas a García Oliver:

«Los hombres como nuestro camarada deben ocupar puestos de primer plano y de responsabilidad, desde los cuales puedan inculcar a sus hermanos su propio valor y su propia energía y, quisiera añadir también, su propia estrategia. Su dinamismo, unido a su temeridad, representa una invencible barrera contra el fascismo. Gracias a él, veremos como los combatientes recuperan ese espíritu de sacrificio que le hizo enfrentarse con el peligro en una lucha desigual, con el pecho

<sup>158</sup> Los «grupos de afinidad». primera base de la FAI, estaban formados por anarquistas agrupados voluntariamente, en razón, precisamente, de sus afinidades teóricas o incluso personales.

<sup>159</sup> Vernon Richards, Op. Cit., pág. 249.

descubierto. Los hombres guiados por un símbolo mueren sonriendo; así han muerto nuestros milicianos y así morirán los hombres que hoy son soldados del Ejército Popular, forjados en el espíritu y en el ejemplo del camarada García Oliver.»

Esta siniestra página literaria dedicada al culto a los jefes se termina evocando el «genio creador» de García Oliver al que comparan con «esa otra figura, nuestro inmortal Durruti, que se levanta de su tumba y grita: «¡Adelante!».<sup>160</sup> Aunque sin llegar a alcanzar las elevadas cimas de Louis Aragon cuando canta a Thorez y a Stalin, no está de más recordar estos ejemplos de literatura... «ácrata».

La primavera de 1937 constituyó pues un viraje donde la «guerra empieza a devorar a la revolución». El poder del Estado había sido restaurado y tras la entrada de los anarquistas en el Gobierno, la soberanía del Estado había sido reconocida por todas las organizaciones antifascistas. Con la «sumisión» de la Columna de Hierro, todas las columnas de milicianos se habían convertido en un ejército regular tradicional; las fuerzas de policía también; una severa censura se abatió sobre la prensa; en Cataluña, que fue donde las transformaciones sociales habían llegado más lejos, las colectividades quedaron frenadas, boicoteadas, el comercio privado sustituyó nuevamente al sistema de venta directa de los productos establecida por los Comités de abastos de los sindicatos, etc. Después de la oleada revolucionaria que había barrido al antiguo aparato represivo del Estado y a gran número de instituciones represivas, para iniciar una nueva forma de sociedad basada en la autodeterminación de los trabajadores y en la autogestión de las empresas, la antigua pirámide social —con algunos rasgos nuevos— se levantó una vez más y fueron precisamente los partidos políticos y las organizaciones obreras los principales actores de esa reconstrucción y quienes «transfirieron» su jerarquía interna a toda la sociedad.

Como en todos los movimientos revolucionarios contemporáneos, los hombres que luchaban contra la jerarquía opresora y contra los privilegios e injusticias de clase inherentes a la misma, como pensaban (y así era) que su tarea era inmensa, se vieron obligados a agruparse para ser más fuertes y más eficaces, pero lo hicieron dentro de unas organizaciones que reproducían en su seno la jerarquía existente en la sociedad a la que pretendían cambiar y por consiguiente, como una copia invertida, reproducían también todo el sistema de valores de dicha sociedad: disciplina, espíritu de sacrificio, rentabilidad, eficacia, organización, producción, represión, exclusión, fe y fanatismo, culto a los jefes, sin hablar de todos los valores y costumbres del mundo burgués, éstos no invertidos, en los que seguían inmersos. En este caso, como ocurre siempre que se puede hablar realmente de movimientos revolucionarios y cuando éstos resultan al principio victoriosos, ha sido la acción espontánea de las masas quien ha desencadenado el movimiento y lo ha llevado hasta sus últimas consecuencias. Después llegan las organizaciones para frenar, desviar —y a

veces para aplastar— el resultado de esa acción espontánea. No podemos limitarnos a decir que los partidos toman el «control de la situación», porque es un control que casi siempre es deseado por las propias masas. Los partidos jerarquizados reconstruyen la pirámide social opresora e instituyen, glorifican, e ideologizan como resultado victorioso de la revolución (véase la URSS y todos los demás países «socialistas») nuevos privilegios e injusticias —que no dejan de tener muchas relaciones con los antiguos. La originalidad de la revolución catalana, aparte del hecho de que se desarrolló en el seno de una guerra civil contra el fascismo y de que fue aplastada por las propias «fuerzas republicanas» antes de la derrota militar, consiste en que la CNT-FAI, organización mayoritaria en Cataluña —y muy fuerte en el resto de España— que era sin duda la organización menos burocrática y menos centralizada del movimiento obrero europeo, se fue *convirtiendo* en todo eso a un ritmo extraordinariamente rápido. Y ello no era debido al hecho de que los dirigentes fueran «malos» —aunque sea cierto que el poder corrompe— sino que era debido también a la complejidad de la propia situación, a las exigencias de la guerra y de la revolución, que no se supo transformar en una guerra revolucionaria, y a las «taras» tradicionales de la CNT —culto a los líderes y sacralización de la Organización, entre otras. Sea como fuere, se puede legítimamente afirmar que toda organización obrera está *condenada* a la burocratización, de una forma u otra. Y esto plantea algunas cuestiones teóricas que todavía distan mucho de haber sido superadas, habida cuenta de que el mito de la organización revolucionaria o de vanguardia (¿de nuevo tipo?!) continúa haciendo los estragos que ya conocemos.

\* \* \*

Ante esta situación difícilmente se puede comprender la afirmación de Broué y Temime según la cual: «En la primavera de 1937 se encontraban reunidas las condiciones de una marea revolucionaria. Los temas de la oposición revolucionaria encontraban, por lo menos en Cataluña, un eco creciente entre los trabajadores que seguían a la CNT y veían cómo sus "conquistas" eran puestas en tela de juicio. En la UGT, el ejército, la administración, los partidarios de Largo Caballero, reaccionaron contra los comunistas. Las dificultades económicas, los escándalos de las "checas" ofrecieron un terreno favorable a la agitación».<sup>161</sup> En contradicción con este optimismo forzado, veremos más adelante cómo Largo Caballero y sus partidarios fueron barridos del escenario político justo después de las jornadas de mayo. Por lo que respecta a los «trabajadores que seguían a la CNT» su oposición —muy real, por cierto— también estaba dirigida contra los dirigentes de la CNT a quienes se negaban *a seguir en sus* compromisos y en su línea «gubernamentalista».

Veamos algunos ejemplos de esta oposición en las filas de la CNT. El 14 de abril de 1937, Camillo Berneri, militante anarquista italiano que gozaba de gran prestigio en Cataluña, dirigió una «Carta abierta a la camarada Federica Montseny» (publicada en su periódico «Guerra di classe», en la

<sup>160</sup> «Boletín de Información CNT-FAI», n.º 34 (27 de agosto de 1937).

<sup>161</sup> Broué y Temime, *Op. cit.*, pág. 256-257.

misma fecha, y recogida íntegramente en el libro del mismo título publicado en esta colección, de la que ofrezco aquí algunos fragmentos:

«Son los Guardias Civiles y los Guardias de Asalto los que conservan las armas, también son los que en la retaguardia deben controlar a los “incontrolables”, dicho de otro modo, los que deben desarmar a los núcleos revolucionarios que tienen algunos fusiles y algunos revólveres. Esto está ocurriendo cuando el frente interior aún no ha sido liquidado. Esto está ocurriendo durante una guerra civil donde toda sorpresa es posible y en las regiones donde el frente, muy próximo, no está matemáticamente determinado. Esto está ocurriendo cuando resulta evidente que hay una distribución *política* de las armas, para no proporcionar sino las armas «estrictamente necesarias» (que, esperémoslo, resulten suficientes) al frente de Aragón, escolta armada de la colectivización agraria en Aragón y bastión de Cataluña, esa Ucrania Ibérica. Formas parte del gobierno que ha ofrecido a Francia y a Inglaterra una serie de ventajas en Marruecos,<sup>162</sup> cuando se tenía que haber proclamado oficialmente la autonomía política de Marruecos desde julio de 1936 (...) Creo que ha llegado la hora de comunicar que tú y los demás ministros anarquistas no estáis de acuerdo con la naturaleza y el contenido de tales propuestas (...)

El dilema entre guerra o revolución ya no tiene sentido. El único dilema es éste: o la victoria sobre Franco, gracias a la guerra revolucionaria, o la derrota. El problema para ti y para los demás camaradas reside en escoger entre el Versalles de Thiers y el París de la Comuna, antes de que Thiers y Bismarck realicen la *Sagrada unión*.<sup>163</sup>»

En Cataluña, los grupos de oposición expresaban su descontento a través del diario de Lérida «Acracia», dirigido por José Peirats, de la revista «Ideas» y del órgano de las Juventudes Libertarias «Ruta». Estos eran —entre otras— las publicaciones que los dirigentes cenetistas querían acallar.

Entre los grupos de oposición también hay que citar a «Los Amigos de Durruti». Este grupo estaba formado principalmente por milicianos de la CNT-FAI que se habían negado a militarizarse hasta el punto de que prefirieron dejar el frente antes que endosarse el uniforme del llamado nuevo Ejército Popular. Desplegaron su principal actividad durante las «jornadas de mayo» y en los meses siguientes, en los que publicaron un periódico clandestino (clandestino ¡porque estaba prohibido por la censura!): «El Amigo del Pueblo». En la primavera de 1937, los líderes del grupo, todos ellos miembros de la FAI (Careño, Pablo Ruiz, Eleuterio Roig y sobre todo Jaime Balius), colaboraban en los periódicos de oposición, especialmente en «Ideas».

Las Juventudes Libertarias catalanas constituyeron uno de los principales focos de oposición a la política de los dirigentes de la CNT-FAI. Ciertamente, algunos de sus líderes, como Fidel Miró, secretario, y Aurelio Fernández, secretario de la Alianza Revolucionaria de la Juventud, eran

bastante sensibles a los argumentos de los líderes «gubernamentalistas». Y sin duda, no querían romper demasiado abiertamente con las organizaciones «de más edad». En agosto de 1936, siguiendo la oleada «unitaria», las J.L. habían firmado un pacto de alianza con las J.S.U. (estalinistas) catalanas — como habían hecho la CNT-FAI con el PSUC — pero no tardaron mucho en denunciar el pacto para formar la Alianza de la Juventud Revolucionaria con las Juventudes Comunistas Ibéricas (POUM) y las juventudes Sindicalistas.

En la primavera de 1937 el Comité Regional de Cataluña y la Federación local de Barcelona de las Juventudes Libertarias publicaron un manifiesto que mostraba claramente la oposición de los jóvenes libertarios a la evolución de la situación política. He aquí algunos fragmentos:

«Ha llegado el momento de hablar con claridad y firmeza. Frente a la actividad abiertamente contrarrevolucionaria de algunos sectores antifascistas que pretenden —como ellos mismos lo admiten cotidianamente— volver a la República democrático-burguesa y cuya acción, tanto en el plano nacional como en el internacional, es en parte la causa de que se prolongue esta lucha brutal que sostenemos contra el fascismo, situándonos paulatinamente y de modo cada vez más acuciante en la alternativa de tener que abandonar la revolución o perder la guerra, nosotros, las Juventudes Libertarias, hemos decidido hablar con claridad al pueblo —al pueblo del 19 de julio— para que él juzgue y decida sobre lo que considere pertinente.

(...) La contrarrevolución se ha quitado la careta y actúa a plena luz del día. Las J.S.U. revalorizan el papel de Azaña —que había caído tan bajo durante los primeros días de la Revolución cuando intentó huir al extranjero— y solicitan la unión de las juventudes católicas, e incluso la de aquellos que “simpatizan con el fascismo”, mientras que se niegan a constituir la unidad de la juventud revolucionaria con los jóvenes libertarios, comunistas (del POUM [C. S.-M.]), sindicalistas, federalistas, etc.»

Después de haber denunciado las provocaciones de las fuerzas de policía y el apoyo prestado por el Gobierno y por los partidos políticos a los proyectos de los Gobiernos francés e inglés para «ahogar la revolución española», el manifiesto declaraba:

«En el País Vasco encarcelan a nuestros Comités y persiguen a los militantes anarquistas... Niegan las armas necesarias al frente de Aragón (...) Envían al frente a los hijos del pueblo, mientras que dejan en la retaguardia —con fines notoriamente contrarrevolucionarios— a los cuerpos armados y a la policía ... »

Es inútil continuar mencionando la lista de actos contrarrevolucionarios —de los que damos aquí sólo unos pocos ejemplos— sigue diciendo el manifiesto, las cosas están muy claras, quieren aplastar la revolución, están preparando la represión de los elementos revolucionarios. Pero:

«estamos dispuestos, si ello fuese necesario, a pasar a la clandestinidad, a luchar sin piedad contra todos los falsarios, contra los

<sup>162</sup> Sobre el «asunto de Marruecos», véase anexo 11, página 217.

<sup>163</sup> Berneri, *Op. cit.*

tiranos del pueblo y contra los miserables mercachifles de la política. Y hoy seguimos repitiendo: ¡¡Antes que renunciar a la lucha contra el fascismo, moriremos en las trincheras!! ¡¡¡Antes que renunciar a la Revolución, sabremos morir en las barricadas!!!<sup>164</sup>»

Estos importantes sectores de oposición dentro de la misma CNT-FAI, que eran una perpetua fuente de malestar y «mala conciencia» para los dirigentes anarquistas, constituían un obstáculo para la restauración total del Estado y para meter en cintura a los «incontrolados». Pero era un obstáculo que había que aplastar a cualquier precio y a ello fue precisamente a lo que se dedicaron a partir de 1937.

### *Las primeras escaramuzas*

Desde el 23 de enero de 1937, la UGT, dominada por los estalinistas, organizó el Primer Congreso de Trabajadores de la Tierra, en el que 400 delegados que representaban, según las cifras oficiales, a 30.000 afiliados a las organizaciones campesinas de la UGT, se pronunciaron enérgicamente *contra* las colectivizaciones. Según Peirats, la tribuna estaba adornada con una enorme pancarta en la que se leían las siguientes palabras: «Menos ensayos colectivistas y más productos». Víctor Colomé (que se había convertido en dirigente comunista tras su expulsión del POUM en enero de 1936) se expresó en los siguientes términos:

«Es preciso terminar rápidamente con la situación confusionista —en algunas comarcas, caótica— que existe hoy en el campo catalán, y esto es indispensable para obtener la victoria contra el fascismo. Si bien sois vosotros los que tenéis que decidir si se tiene que ir a la colectivización o no, nosotros debemos decir que no somos partidarios de ella, por no creerla oportuna en estos momentos.<sup>165</sup>»

Toda la campaña anti-colectivista desarrollada por el PSUC, la mayoría de la UGT catalana a la que controlaba y las organizaciones pequeño-burguesas nacionalistas, encontraban gran eco entre gran número de campesinos catalanes, cuya estructura económica agrícola, tradición y mentalidad les empujaban a defender la explotación familiar —y a intentar ampliar su pedazo de tierra— antes que entregarse a los experimentos de la colectivización, más revolucionarios y más modernos. La polémica entre partidarios y adversarios de las colectivizaciones llegó a veces a tomar características de enfrentamiento armado, como en Fatarella, pueblecito de 600 habitantes de la provincia de Tarragona.

Pero el incidente de Fatarella sólo fue uno más entre los numerosos episodios de la lucha que llevaban a cabo en Cataluña partidarios y adversarios de la revolución social y que culminó en la «semana sangrienta» del mes de mayo de 1937. Otro incidente significativo, que hizo correr mucha tinta en la época fue el asunto del «robo, de 12 tanques».

<sup>164</sup> Archivos personales.

<sup>165</sup> Peirats, *Op. cit.*, t. II, pág. 127.

Estos fueron los hechos: los milicianos comunistas del cuartel Vorochilov de Barcelona se presentaron con una orden falsa de requisición en un almacén de material militar controlado por la CNT y consiguieron que les entregaran doce tanques. Aunque sus papeles estaban firmados por Eugenio Vallejo, el metalúrgico de la CNT, que se había convertido en el «patrón» de la industria de guerra en Barcelona, algo en la actitud de los milicianos comunistas les pareció sospechoso a los guardias del almacén. Les siguieron y les vieron entrar en el cuartel Vorochilov. Tras informarse, descubrieron que Vallejo no había firmado nada. ¡Un robo! La CNT acudió a la Generalitat. El Primer consejero Tarradellas y Vallejo se presentaron en el cuartel Vorochilov que entretanto había sido cercado por las patrullas de control. Tras haberlo negado todo, el teniente coronel acabó confesando pero declaró que no había hecho más que obedecer órdenes del Alto Mando de la División Carlos Marx, de la que dependía. Pero por supuesto éstos lo desmintieron. El 9 de marzo de 1937, «Solidaridad Obrera» publicó el telegrama siguiente:

«Comisario de Guerra División "Carlos Marx" al director de "Solidaridad Obrera". Enterado por la prensa asunto sustracción tanques, te ruego hagas público que el Estado Mayor de esta División es ajeno por completo a este asunto, ignorando incluso la existencia de tanques en Cataluña. Desautorizamos, pues, las manifestaciones del supuesto encartado en este asunto, Manuel Trueba.<sup>166</sup>»

Dentro de la lógica interna de la jerarquía, los cuadros inferiores tienen que proteger a los superiores y éstos, si es necesario, para el «bien del Partido» tienen que desautorizar a los cuadros inferiores. El Teniente coronel que ostentaba el mando del cuartel, no tenía que haber echado la culpa de este asunto a sus superiores bajo ningún concepto, comprometiendo también así al PSUC.

Este asunto del «robo de tanques» adquirió grandes proporciones y bastante tiempo después, muchos comentaristas, especialmente los anarquistas, vieron en él un ejemplo de la premeditación comunista en la preparación del complot que culminó en las jornadas de mayo de 1937. Sea como fuere, la «guerrilla» de golpes de mano y de provocaciones entre organizaciones, de violentas polémicas seguidas de estremecedoras declaraciones sobre la «unidad proletaria» frente al fascismo, fue empeorando hasta llegar a una nueva crisis del Gobierno autónomo catalán. La crisis duró exactamente un mes: del 26 de marzo al 26 de abril de 1937.

La «gota de agua» que provocó esta crisis fue, según Peirats:

«Un decreto del consejero de Orden Público, con fecha 4 de marzo, por el cual se declaraban disueltas las Patrullas de Control en aras de una ulterior reorganización de los distintos cuerpos armados que pululaban por la retaguardia catalana. Se prohibía a los guardias la facultad de estar adheridos a los partidos y organizaciones, y se procedía a la supresión de los Comités de Control de dichos cuerpos

<sup>166</sup> «Solidaridad Obrera» (7 de marzo de 1937).

armados so pretexto de que la depuración ya estaba hecha. Además, se ponía en práctica el plan de “desarme de la retaguardia”. Todo paisano portador de un arma sin la debida autorización o licencia sería desarmado y sumariado. Este decreto implicaba lo siguiente: reducir a la impotencia al pueblo y, por consiguiente, desarmar a la revolución. Las armas pasaban a poder de la fuerza pública, y ésta quedaba sujeta a la absoluta dependencia de la Consejería de Orden Público, a la cual, suprimidas las Patrullas populares y los Comités de Control de los cuerpos armados, le eran otorgadas todas las clásicas prerrogativas propias del Gobierno.<sup>167</sup>»

Evidentemente las cosas no ocurrieron así. Las Patrullas de Control no sólo no entregaron las armas sino que por el contrario salieron en masa a la calle y desarmaron a las fuerzas de policía «regulares» cuando se les presentó la ocasión y estas últimas hicieron lo propio cuando las primeras estaban en inferioridad numérica. Se intercambiaron algunos disparos y aunque no se tiene información exacta sobre el número de muertos producidos en estas operaciones de desarme mutuo, es más que posible que los haya habido. La Federación local de las juventudes Libertarias de Barcelona publicó un panfleto incendiario con el título de: «Una provocación más», panfleto en el que se puede leer lo siguiente:

«Nosotros declaramos hoy solemnemente que *íbamos armados, vamos e iremos armados*, y tanto peor para Rodríguez Sala. Para nosotros esta medida no tiene ningún valor.

Lo repetimos para que no quede duda alguna, seguiremos yendo armados, aunque con todos nuestros papeles en regla y todo el que, a pesar de ello, nos quiera desarmar tendrá que matarnos primero.

Pero veremos quién vence a quién.<sup>168</sup>»

Sin embargo, como la medida era una medida gubernamental que había sido tomada con el acuerdo de principio de los consejeros anarquistas de la Generalitat, éstos se vieron duramente criticados por la «base» de las organizaciones libertarias y tuvieron que retirar su apoyo al Decreto de disolución de las patrullas de control, provocando así la crisis en cuestión.

Durante el mes que duró la crisis, las organizaciones dieron rienda suelta a las polémicas y acusaciones de toda índole, pero todo quedó «resuelto» con la formación de un nuevo Gobierno que se parecía como un hermano gemelo al anterior. Tarradellas seguía siendo Primer consejero y Ayguadé (los dos miembros de la *Esquerra*) conservaba la «Seguridad Interior». Y, a pesar de la violenta campaña de prensa comunista en su contra, el cenetista Isgleas guardaba su cartera de Defensa.

Durante la crisis gubernamental siguió habiendo enfrentamientos armados y conflictos de todo tipo. Uno de los más graves fue el provocado por la decisión de Juan Negrín, por aquel entonces ministro de Finanzas del Gobierno central, de sustituir en la frontera francesa a los grupos armados de

la CNT-FAI por carabineros (que dependían de su ministerio). El 17 de abril los carabineros y otras fuerzas de policía llegaron al puesto fronterizo de Puigcerdá y después a Figueras y ocuparon toda la región fronteriza. Una vez más, los grupos anarquistas no cedieron y se inició una batalla entre las fuerzas de policía y los grupos armados de la CNT-FAI.

Las fuerzas de policía rodearon la ciudad de Puigcerdá, que estaba en manos de los libertarios desde julio de 1996. Grupos armados anarquistas que habían llegado a socorrer a sus camaradas rodearon a su vez a las fuerzas de policía impidiendo que éstas tomaran contacto con las autoridades gubernamentales de Lérida o de Barcelona. Pero los responsables de la CNT de Cataluña se precipitaron al lugar del conflicto para negociar un compromiso. Tal «compromiso» no fue sino la retirada de los grupos armados anarquistas y la ocupación de Puigcerdá por las fuerzas de policía.

Entretanto, el 25 de abril, Roldán Cortada, dirigente de la UGT y el PSUC fue asesinado misteriosamente en Molina de Llobregat. «El PSUC reaccionó violentamente, denunció a los «incontrolados» y a los “agentes fascistas escondidos” (en la CNT y la FAI). La CNT condenó formalmente el asesinato y exigió una investigación que según ellos les pondría fuera de toda sospecha.<sup>169</sup>» Dos días después, en los alrededores de Puigcerdá, tres militantes anarquistas fueron asesinados a su vez. Entre ellos figuraba Antonio Martín, dirigente anarquista local, que era el alcalde de esa ciudad. En una nota de la página 259 de su libro Broué y Temime escriben: «Antonio Martín, antiguo contrabandista, fue, después de julio del 36, un eficaz jefe de aduaneros». Según Santillán eso fue lo que le valió tan sólidas enemistades. Sin embargo, republicanos, socialistas y comunistas le convirtieron en el verdugo de Puigcerdá y en el responsable de un prolongado período de terror. Manuel D. Benavides, en su libro *Guerra y Revolución en Cataluña*, elaboró una extensa requisitoria contra aquel al que llamaba «el cojo de Málaga<sup>170</sup>».

Con la habilidad de siempre en la utilización de sus muertos, los comunistas pusieron tan de relieve el asesinato de Roldán Cortada que el de Antonio Martín pasó casi desapercibido. Entre otras detenciones provocaron la de Luis Cano, consejero municipal anarquista de Hospitalet de Llobregat, acusado de haber asesinado al dirigente comunista, pero el Tribunal de Barcelona lo absolvió por falta de pruebas el 2 de mayo de 1937.

El entierro del líder de la UGT constituyó una manifestación de fuerza del PSUC. Durante tres horas y media desfilaron con sus armas los policías y los soldados de las fuerzas controladas por ese partido. Según Broué y Temime, los representantes del POUM y de la CNT que asistieron al entierro, comprendieron que la situación era más grave de lo que habían supuesto: en realidad, se trataba de una manifestación de fuerza, dirigida contra ellos. «La Batalla» escribió a este respecto:

<sup>167</sup> Peirats, *Op. cit.*, t. II, pág. 130-131.

<sup>168</sup> Archivos personales.

<sup>169</sup> Broué y Temime, *Op. cit.*, pág. 259.

<sup>170</sup> M. D. Benavides, *Guerra y Revolución en Cataluña*, pág. 426.

«Manifestación contrarrevolucionaria, de éstas cuyo objetivo es el de crear entre las masas pequeño-burguesas y las capas más atrasadas de la clase obrera, un ambiente de pogrom contra la vanguardia del proletariado catalán: la CNT, la FAI y el POUM.»

Y en efecto, así era: «Se le ha atribuido al PSUC la siguiente frase: "Antes de tomar Zaragoza, hay que tomar Barcelona". Reflejaba con toda exactitud la situación y expresaba fielmente la aspiración del país que reclamaba que se le devolviera a la Generalitat el poder detentado por los anarquistas», escribió posteriormente Manuel D. Benavides, portavoz de Comorera y del PSUC, en su libro *Guerra y Revolución en Cataluña*.<sup>171</sup> El hecho de que los anarquistas estuvieran representados en la Generalitat<sup>172</sup> no parece afectarle en absoluto a nuestro autor. Lo comprendemos. «Devolver el poder a la Generalitat» significa liquidar «el poder obrero», la democracia obrera y restaurar el Estado burgués. Mientras hubiese anarquistas que quisieran hacerles el juego —como por otra parte lo hacían no sin dificultades— podía tolerarse su presencia en la Generalitat, al menos de momento. Para los comunistas, lo esencial —y esto tanto en Cataluña como en toda la «zona republicana»— era llegar lo más pronto posible a la centralización estatal, al poder fuerte, al que esperaban, no sin razón, controlar con el apoyo de la URSS y de su «ayuda desinteresada». Como dos capas geológicas superpuestas, pero estrechamente enlazadas, la tradición jacobina burguesa y su variante, la tradición «bolchevique», constituían la fundamentación ideológica de los partidos nacionalistas catalanes y de los estalinistas en su lucha común por la restauración del Estado.

En esta tensa situación provocada por todos los conflictos armados, los asesinatos y las detenciones (aquí sólo he citado unos cuantos, pero hubo muchos más), el Gobierno autónomo catalán decidió que el Primero de Mayo, fiesta tradicional de los trabajadores, no sería festivo. Para ello apeló a las necesidades de la producción de guerra y a las necesidades del frente. Pero también prohibieron las manifestaciones, mítines y reuniones (que se hubieran podido celebrar perfectamente después del trabajo).

El Primero de Mayo era sábado. Por lo tanto, todos trabajaban. Los comités dirigentes de las organizaciones antifascistas publicaron sus rituales, y por eso mismo siniestros, comunicados sobre la lucha de la clase obrera internacional simbolizada por esa fecha.

El 2 de mayo era domingo. Los barceloneses se paseaban por las Ramblas. Pero algunos militantes estaban inquietos. Pocos días antes, Camillo Berneri escribía en su periódico «Guerra di classe».

<sup>171</sup> M. D. Benavides, *Op. cit.*

<sup>172</sup> Según ellos, estaban *subrepresentados*. No se puede hojear la prensa anarquista de la época o los comunicados oficiales, etc., sin encontrarse con el siguiente argumento: la CNT, organización mayoritaria en Cataluña, tenía el mismo número de representantes en los órganos del poder que la UGT, organización minoritaria. No obstante, ellos aceptan esta situación, ese *sacrificio* en nombre de la unidad antifascista, como testimonio de su buena fe.

«La sombra de Noske se perfila. El fascismo monárquico-católico-tradicionista no es más que un sector de la contrarrevolución. Hay que recordarlo. Hay que decirlo. No hay que prestarse a las maniobras de esa gran "Quinta Columna" que ha demostrado su tenaz vitalidad y su temible mimetismo durante seis años de República española.

La guerra civil española se hace en dos frentes político-sociales. La Revolución debe triunfar en ambos. Vencerá.»

El lunes 3 de mayo empezaban los combates de la «Semana sangrienta» de Barcelona, durante la cual el propio Berneri fue asesinado por los estalinistas.

### *La provocación*

El 3 de mayo, a las 14,45, varios camiones de Guardias de Asalto, mandados por Rodríguez Sala, comisario de Orden Público de Barcelona y miembro del PSUC, acababan de colocarse ante el edificio de la Telefónica, en la plaza de Cataluña.

Habían escogido esa hora a propósito, porque en ese momento habían salido a comer muchos empleados y milicianos de guardia.

Desde los primeros días de la Revolución, la Telefónica de Barcelona, como todas las de Cataluña, estaba controlada por los dos sindicatos CNT y UGT con una representación del Consejo de la Generalitat, pero al igual que en otros sitios, casi todos los empleados eran miembros de la CNT.

Los policías se precipitaron en el interior del edificio gritando: «¡Arriba las manos!» a los milicianos de guardia quienes, cogidos por sorpresa, fueron desarmados. Los policías subieron a los otros pisos para asaltarlos pero, alertados por la insólita barahúnda, los empleados y milicianos que se encontraban en ellos cogieron sus armas y opusieron una violenta resistencia a los policías. Estos últimos tuvieron que regresar precipitadamente a la planta baja.

El plan de los estalinistas había fracasado. Habían querido apoderarse de la Central mediante un «audaz» golpe de mano y poner a la CNT ante el hecho consumado. Pero, a pesar de la hora y del elemento sorpresa, los asaltantes no consiguieron sus objetivos. La Central seguía en poder de las fuerzas sindicales, excepto en la planta baja, donde permanecían unos cuantos Guardias de Asalto, mientras que los demás se habían apostado en los techos de las casas vecinas.

«La noticia del golpe se difundió rápidamente. Informado de lo que pasaba, el Comité Regional de CNT pidió explicaciones por teléfono a la Cancillería de la Seguridad Interior. ¿Quién había dado la orden de ocupación? No procedía del Consejo de la Generalitat que no había deliberado sobre ello. Al ser interrogado, el consejero de Seguridad Interior, el republicano Ayguadé, dijo no saber nada. En realidad, la orden de ocupación que había mostrado Rodríguez Sala llevaba su firma (...)

La provocación resultaba tan evidente, que levantó de inmediato una oleada de indignación. Tampoco se hizo esperar la reacción. No había

pasado una hora cuando aparecieron los milicianos de la FAI y los miembros de las Patrullas de Control. De inmediato empezaron a oírse los primeros disparos. El efecto fue instantáneo. A los pocos minutos no había nadie en las calles, los comerciantes habían echado los cierres de sus tiendas y sólo se veían algunos transeúntes que se precipitaban a sus casas, rozando las paredes para evitar las balas que ya empezaban a silbar por todas partes. "¿Qué ocurre?" No se sabía nada. Pero había que ponerse a salvo.

Entretanto las fábricas habían sido alertadas. De común acuerdo, obreros de la CNT y obreros de la UGT decidieron interrumpir su trabajo. Las armas salieron de sus escondrijos y, como obedeciendo a una consigna, empezaron a aparecer barricadas por todas partes.

La reacción fue tan grande que casi acabó con todo. No era eso lo que habían previsto los autores de la provocación. No era todavía de noche cuando ya toda la ciudad estaba llena de barricadas y las había incluso alrededor de la Generalitat, donde el Gobierno se encontraba de hecho asediado por la fuerza popular. Los Guardias de Asalto situados de antemano en todos los puntos estratégicos se vieron sumergidos por esa inmensa oleada humana que les tenía rodeados, cual islotes perdidos en medio de un océano tormentoso. Las tiendas estaban cerradas, los tranvías y los autobuses habían regresado a sus cocheras, los taxis habían desaparecido de la circulación, la ciudad se hundió en un silencio trágico, cortado de vez en cuando por el ruido de los disparos que se oían en la noche, o por el estruendo súbito de las ametralladoras.

La noche transcurrió así, ocupada de un lado y de otro en los preparativos de la lucha cuya inminencia era sentida por todos. El Gobierno, claramente desbordado por esta inesperada resistencia, callaba.<sup>173</sup>»

Según Julián Gorkin, esa misma noche del 3 al 4 de mayo:

«El Comité Ejecutivo del POUM se reunió con los Comités regionales de la CNT y de la FAI y de las Juventudes Libertarias. Expusimos el problema en sus verdaderos términos: "Ninguno de nosotros ha lanzado a las masas de Barcelona, es una respuesta espontánea a una provocación estalinista. Este es un momento decisivo para la revolución. O nos colocamos a la cabeza de este movimiento para destruir al enemigo interior, o el movimiento fracasará y el enemigo nos destruirá. Hay que escoger: la revolución o la contrarrevolución".<sup>174</sup>»

No decidieron nada. Su máxima reivindicación fue... ¡¡que se destituyera al comisario provocador!!

«Los antagonistas (escribe Peirats) se dividieron en dos bandos. De una parte, la fuerza pública (Guardias de Asalto, Guardia Nacional Republicana, Guardias de Seguridad y Mozos de Escuadra) y los partidos PSUC y Estat Català (comunistas y separatistas); de otra parte, las fuerzas populares formadas por los anarquistas (CNT, FAI y Juventudes Libertarias), el Partido Obrero de Unificación Marxista y las Patrullas de Control. Los Comités de Defensa Confederada (CNT-FAI), organizados tradicionalmente por barriadas, fueron los grandes estrategas de la contraofensiva popular.

Se levantaron por doquier las no menos tradicionales barricadas; y la lucha, tanto o más implacable que el 19 de julio, quedó planteada por el dominio de la calle.<sup>175</sup>»

#### *Martes 4 de mayo*

«Por la mañana, toda la ciudad, exceptuando algunos barrios del centro, estaba en poder de los obreros», escribe Marcel Ollivier.

El alba estaba en calma. Ni un disparo. Las amas de casa salieron de sus hogares y rozando las paredes se dirigieron a comprar provisiones. Porque «la vida continúa», hay que comer, los niños tienen que comer, incluso el marido que hoy no irá a la fábrica sino a las barricadas...

Después volvió a empezar el tiroteo y las amas de casa y los mirones, corrieron para ponerse a salvo.

«Se luchaba calle por calle, casa por casa, con fusiles, con ametralladoras, y con granadas de mano.<sup>176</sup>»

Durante todo el día la batalla fue de una violencia extrema. Asediados y asediados, ambos bandos, lucharon encarnizadamente en casi toda la ciudad. Las «fuerzas del orden», policía, estalinistas, ultranacionalistas del Estat Català asediaron a la Central Telefónica, a los locales de algunas organizaciones como los del POUM, y a su vez fueron asediados por los milicianos de la CNT y del POUM en los grandes hoteles del centro de Barcelona que habían ocupado, en sus cuarteles y en sus locales. Durante la jornada, varios centenares de Guardias Civiles, parapetados en el parque, fueron rodeados y prácticamente diezmados por milicianos anarquistas. Estos mismos milicianos consiguieron desarmar y hacer prisioneros a 400 Guardias de Asalto en los barrios populares de Barcelona. Pero la situación permanecía confusa, sin que hubiera ninguna ventaja neta para ninguno de los bandos, durante todo el día.

«Bajo el sol primaveral, luchaban, se mataban sin tregua. Por las calles, que estaban totalmente desiertas, sólo circulaban los coches blindados de la FAI, los automóviles de las organizaciones que pasaban

<sup>173</sup> Marcel Ollivier, *Les journées sanglantes de Barcelone*, «Spartacus», pág. 13-14. Me he inspirado ampliamente en el relato de Marcel Ollivier que me parece el más completo de todos los que he leído. El testimonio de Georges Orwell también es excelente, pero como su libro (*Homenaje a Cataluña*) está en venta en todas las buenas librerías, prefiero aprovechar la ocasión para recomendar vivamente su lectura.

<sup>174</sup> Julián Gorkin, *Op. cit.*, pág. 69.

<sup>175</sup> Peirats, *Op. cit.*, t. II, pág. 144.

<sup>176</sup> Marcel Ollivier, *Op. cit.*



rápido, acogidos por ráfagas de disparos y las ambulancias que llegaban hasta las mismas barricadas para recoger a los muertos y a los heridos y transportarles seguidamente al hospital, donde muy pronto llegaron a alcanzar un número impresionante. Los médicos estaban sobrecargados de trabajo. Hubo que recurrir a la ayuda exterior.<sup>177</sup>»

Puede sorprender la rapidez y la decisión con que los milicianos de la CNT y la FAI y los milicianos del POUM —por una vez unidos, o casi— se lanzaron contra las fuerzas de policía y el encarnizamiento con que estas últimas intentaron someterles. Si nos colocamos en el terreno de la «guerra antifascista» o incluso en el de la «legalidad republicana» esto puede parecer absurdo o criminal. Pero precisamente esa rapidez y esa decisión parecen la demostración palpable de todo lo que acabo de decir: dentro de la guerra y en el campo republicano, se estaba desarrollando un conflicto agudo desde hacia meses, una «guerra de clases» que había provocado ya incontables escaramuzas y que, en esos días de mayo de 1937, estalló con toda su crudeza. El destino de la revolución social estaba en juego y por eso los trabajadores se lanzaron a las barricadas con tanta decisión y sin perder un minuto en «negociaciones» ni en tergiversaciones. Porque no había un minuto que perder.

Los Estados Mayores, las burocracias dirigentes, fueron las que se encargaron de hacer esas negociaciones. Llegó la noche y parecía que la Generalitat despertaba de su letargo. Una vez reunidos sus miembros, decidieron que ya no había Gobierno, que éste había sido arrastrado por la tormenta. Había que formar un nuevo equipo gubernamental.

«Mientras tanto, urgía detener la masacre, Vidiella, en nombre de la UGT, Vázquez, en nombre del Comité Nacional de la CNT, lanzaron por radio llamamientos patéticos rogando a los combatientes que cesaran el fuego, mientras se llegaba a un acuerdo. Los ministros anarquistas del Gobierno central, García Oliver y Federica Montseny, que vinieron a toda prisa de Valencia, apoyaron ese llamamiento con todas sus fuerzas.<sup>178</sup>»

Pues mientras que los militantes de ambos bandos se entregaban a una verdadera batalla campal, sus jefes continuaban parlamentando, tanto para intentar ponerse de acuerdo como para sacar provecho de la situación. Companys exigía, antes de llegar a ningún acuerdo, la retirada de los obreros armados. Tarradellas (Primer Consejero), apoyado por Companys, se negaba a despedir a Rodríguez Sala y a Ayguadé, tal y como exigían los anarquistas.

Desde los micrófonos instalados en el Palacio del Gobierno catalán, los parlamentarios de los partidos y organizaciones dirigieron ese mismo martes 4 un desesperado llamamiento a los combatientes para que detuviesen el combate. Rafael Vidiella, dirigente del PSUC y miembro del Gobierno catalán declaró:

<sup>177</sup> *Ibid.*

<sup>178</sup> *Ibid.*

«Es indispensable que todos los trabajadores depongan su actitud. Es indispensable que depongan las armas, que se haga un alto el fuego. Que conserve cada cual sus posiciones, pero sin disparar un solo tiro. Nosotros tenemos la certeza de que encontraremos una solución definitiva a esta misma noche. Trabajadores: nosotros tenemos fuerzas más que suficientes para vencer al fascismo nacional e internacional, pero con una actitud fratricida como la que se ha planteado no podemos llegar a la victoria definitiva.

Hay que hacer un alto el fuego. Nosotros buscaremos esta solución hoy mismo. Catalanes, trabajadores, antifascistas todos: ¡Viva la unidad de todos los trabajadores para vencer definitivamente al fascismo nacional e internacional! ¡Viva Cataluña! ¡Viva la República!<sup>179</sup>»

García Oliver, el líder anarquista, ministro del Gobierno central y primer enviado por éste para solucionar el conflicto, declaró por su parte:

«Camaradas: por la unidad antifascista, por la unidad proletaria, por los que cayeron en la lucha, no hagáis caso de provocaciones. No cultivéis en estos momentos el culto a los muertos. Que no sean los muertos, la pasión a los muertos, de vuestros hermanos caídos, lo que os impida en estos momentos cesar el fuego. No hagáis un culto a los muertos. En toda guerra civil como la que vivimos, hay muertos siempre. Los muertos todos de la familia antifascista tendrán la misma gloria, tendrán el mismo honor. Tal como os lo digo, lo pienso. Me comprendéis, me conocéis suficientemente para pensar que en estos momentos solamente obro por impulso de mi libérrima voluntad, porque me conocéis bastante para estar convencidos de que nunca, ni antes ni ahora, ni el porvenir, nadie conseguirá arrancar de mis labios una declaración que no sea sentida. Sí, después de decir esto debo añadir: todos cuantos han muerto hoy son mis hermanos; me inclino ante ellos y los beso. Son víctimas de la lucha antifascista y los beso a todos por igual. ¡Salud, camaradas, trabajadores de Cataluña!<sup>180</sup>»

¡Cómo no! ¡Lejos de regatear besos, García Oliver los destina a todos los muertos, polis u obreros en armas! ¿Por qué? Unos y otros han muerto defendiendo o creyendo defender el qué? Eso no parece que le interesara ni poco ni mucho. En cuanto a su insistencia en hablar de su sinceridad, se explica por el rumor que circulaba entre los militantes de la CNT-FAI según el cual estaba prácticamente prisionero de las fuerzas de la Generalitat y por lo tanto no hablaba libremente.

Pero no era así. García Oliver, ministro del Gobierno central, utilizaba el mismo lenguaje demagógico que Rafael Vidiella, incitando a que cesara el fuego, únicamente a que cesara el fuego, como si la sangrienta batalla no tuviese objeto, como si fuese en cierto modo una locura que pusiese en peligro la supuesta unidad antifascista y la debilitase frente a los franquistas. Cosa que era cierta. No cabe duda que esa batalla «fratricida» no reforzaba

<sup>179</sup> Peirats, Op. cit., t. II, pág. 146.

<sup>180</sup> *Ibid.*, pág. 146.

precisamente el «campo republicano». Pero lo que interesa es saber cómo y por qué se había llegado a ese extremo y qué era lo que estaba verdaderamente en juego en esta «guerra civil dentro de la guerra civil».

Durante toda la noche del 4 al 5 de mayo, mientras que los combatientes permanecían frente a frente, en el Palacio de la Generalitat, se sucedían las negociaciones marcadas por los llamamientos a la calma que los dirigentes lanzaban por radio. Cual aprendices de brujo, los estalinistas y sus aliados, que mediante una sencilla operación policíaca habían querido arrancar un poco más de poder a los comités obreros, se encontraron frente a los trabajadores en armas. Ahora había que llegar hasta el final: aplastar definitivamente la revolución. Los dirigentes anarquistas, por su parte, parecían hallarse completamente rebasados por los acontecimientos. Uno tras otro, además de los ya citados Vidiella y García Oliver, Federica Montseny, Toryho, director de «Solidaridad obrera», el comisario de Propaganda de la Esquerra, Miravittles, y el mismo presidente Companys, se sucedieron aquella noche en las ondas. Companys, en su discurso que fue difundido por radio, desmintió la operación contra la Central Telefónica llevada a cabo por su jefe de policía, el estalinista Rodríguez Sala. Pero en las negociaciones de aquella noche, que habían tenido lugar en la sede de la Generalitat, Companys exigía como medida previa a cualquier acuerdo que el pueblo armado se retirase de la calle. Los anarquistas, por su parte, sólo pedían que se les asegurara la dimisión de Rodríguez Sala y de Ayguadé. No llegaron a ponerse de acuerdo sobre ningún punto.

### *Miércoles 5 de mayo*

«...Obedeciendo a las consignas recibidas, los obreros habían permanecido en sus puestos esperando el resultado de las deliberaciones gubernamentales.<sup>181</sup>» Como éstas no habían llegado a ninguna parte, el combate continuó.

Al igual que el día anterior, las amas de casa salieron por la mañana con gran prudencia a realizar sus compras y los comerciantes, que habían abierto un momento sus tiendas, se apresuraron a echar los cierres en cuanto se oyeron los primeros disparos.

La lucha, según parece, fue aun más violenta que la del día anterior. Exasperados por las pérdidas sufridas, los adversarios lucharon encarnizadamente en los barrios de Barcelona. En todas partes, patrullas de muchachos (y también de muchachas) se dirigían a sus barricadas o a participar en los golpes de mano contra los edificios ocupados por los estalinistas y las fuerzas de policía.

Sin embargo, durante ese día las fuerzas revolucionarias sufrieron dos derrotas: la Guardia Civil tomó la Estación de Francia, ocupada por los anarquistas y los empleados de la Central Telefónica, que llevaban ya dos días de asedio, se rindieron a los Guardias de Asalto.

«(...) Las divisiones del frente, cuando supieron lo que ocurría, propusieron bajar hasta Barcelona. El Comité Regional de la CNT

declaró que por el momento no les necesitaban, pero que si su intervención se hiciese necesaria les avisarían.<sup>182</sup>»

En realidad —todos los testigos lo confirman—, los dirigentes anarquistas y el POUM ya habían decidido la retirada. Esa misma noche las organizaciones políticas y sindicales lanzaron otros llamamientos pidiendo a los obreros que abandonaran las barricadas y volvieran a sus casas.

Se comprende que estas reiteradas llamadas hayan desconcertado a los combatientes revolucionarios. Ellos, que desde el primer día habían cercado prácticamente a las fuerzas de policía en el centro de la ciudad, dudaron en lanzarse al asalto final. ¿Cómo iban, por ejemplo, a atacar y a tomar el Palacio de la Generalitat, cuando sus propios dirigentes estaban adentro, dialogando con los dirigentes de sus adversarios?

La actitud de los militantes anarquistas en esos dramáticos momentos es exactamente la misma que ya señalé cuando hablaba de las colectivizaciones. Se lanzaron a la batalla con ardor y espontáneamente. Se adueñaron de las tres cuartas partes de la ciudad. ¡Pero esperaban consignas, esperaban órdenes de sus venerados jefes! Cuando éstos les ordenaron que abandonaran las barricadas ¡se negaron! Nunca dejarían las barricadas, ni ese día, ni al otro, a pesar de todos los llamamientos de sus dirigentes. Sin embargo, esa decepcionante espera de consignas revolucionarias causó alguna vacilación, alguna incertidumbre, que los enemigos aprovecharon para tomar la Estación y la Telefónica. Por supuesto esa vacilación corría pareja con un innegable ardor en el combate, pero, también en este caso, ese ardor era defensivo. Ellos esperaban que sus jefes les dieran un plan de ataque de conjunto, una estrategia global y ofensiva (hemos podido ver que, cuando el «plan de conjunto» fue la retirada pura y simple, lo rechazaron) y como no recibían nada parecido, se conformaron con mantener sus barricadas y sus locales, sin pasar a la ofensiva generalizada y coordinada. Porque los numerosos golpes de mano y las victorias parciales de la víspera ya no bastaban en ese momento de la batalla.

Ese mismo miércoles 5 de mayo, el Gobierno autónomo catalán dimitió en bloque. Cabe preguntarse qué otra cosa hubiera podido hacer. Por la tarde, el Comité Regional de la CNT hizo nuevas proposiciones:

«Cese de las hostilidades. Cada parte mantiene sus posiciones. La policía y los paisanos que combatían a su lado quedan invitados a hacer una tregua. De no cumplirse estos acuerdos, se avisará inmediatamente a los comités responsables. No se hará caso de los disparos aislados. Los defensores de los sindicatos se mantendrán tranquilos, esperando nuevas informaciones.<sup>183</sup>»

Estas proposiciones fueron aceptadas en principio, pero en la práctica, las fuerzas gubernamentales no dejaron de disparar. El propio Comité Regional de la CNT-FAI, reunido en la sede de ambas organizaciones, en un momento determinado tuvo que suspender la sesión para participar en la

<sup>182</sup> Ibid.

<sup>183</sup> Peirats, Op. cit., t. II., pág. 147.

<sup>181</sup> Marcel Ollivier, Op. cit.

defensa del edificio, atacado por las fuerzas gubernamentales. La situación era de lo más confusa. En las filas de la CNT-FAI iba en aumento el descontento contra los comités responsables que no paraban de dirigir llamamientos a la calma y al cese de las hostilidades sin dar la menor consigna revolucionaria que fuese un tanto coherente. La rebelión contra esa actitud conciliadora a corto plazo —cese el fuego y punto— estaba sostenida por la oposición de izquierdas de la CNT, por todos aquellos que llevaban ya varias semanas criticando el «colaboracionismo» gubernamental de los dirigentes de la CNT. En esta oposición se encontraban un importante sector de las Juventudes Libertarias, numerosos comités y grupos de base en las empresas y los barrios, así como los «Amigos de Durruti». (Los acontecimientos siguientes demostraron, sin embargo, que la mayoría de los militantes de la CNT-FAI dudaría en oponerse abiertamente a las consignas «conciliadoras» de sus dirigentes.)

«Los Amigos de Durruti» lanzaron en plena batalla la idea de formar una junta Revolucionaria cuya existencia parece haber sido puramente teórica. Para ellos dicha Junta debía sustituir a la Generalitat, pues eran partidarios de llevar la lucha hasta el final, hasta la toma del poder por las organizaciones revolucionarias. Exigían que «todos los elementos responsables de la tentativa subversiva que maniobran bajo la protección del Gobierno sean pasados por las armas. En la Junta Revolucionaria hay que admitir al POUM porque se ha puesto al lado de los trabajadores.<sup>184</sup>»

Mientras combatían en las barricadas se entregaban a una intensa propaganda para que prosiguiera la lucha. He aquí unos de sus llamamientos más difundidos:

«CNT - GRUPO DE LOS AMIGOS DE DURRUTI-FAI.

»Trabajadores, exigid esto con nosotros: una dirección revolucionaria. El castigo de los culpables. El desarme de todos los cuerpos armados que participaron en la agresión. La socialización de la economía. ¡La disolución de los partidos políticos que se han levantado contra la clase obrera! ¡No cedamos la calle! ¡La revolución ante todo! Saludemos a nuestros camaradas del POUM que han fraternizado con nosotros en la calle. ¡Viva la revolución social! ¡Abajo la contrarrevolución!<sup>185</sup>»

Estos llamamientos y toda la actividad del grupo de los «Amigos de Durruti» fueron denunciados por el Comité Regional de la CNT como provocaciones. El grupo fue posteriormente excluido de la CNT. Según Peirats, ese grupo nunca tuvo la importancia que algunos comentaristas extranjeros quisieron prestarle. «La causa de la débil influencia de los “Amigos de Durruti” (escribe Peirats) quizá sea el escaso relieve de los elementos que la componían, la intervención del POUM en su seno y el sabor marxista que tenían algunas de sus consignas.<sup>186</sup>» Sin duda, para los

anarquistas, ese «sabor marxista» debía de consistir en la insistencia con la que reclamaban la unidad de acción con el POUM, y su consigna de «una dirección revolucionaria», tema obsesivo de los trotskistas de ayer y de hoy. Además, los trotskistas hablaban con gran entusiasmo de ese grupo lo que puede demostrar, que o bien practicaban el «entrismo» en dicho grupo, o bien que tenían buenas relaciones con él. Sin embargo, José Balius, líder de los «Amigos de Durruti» se defendió de estas «acusaciones» de marxismo. El minúsculo grupo trotskista de Barcelona (Sección Bolchevique Leninista de España para la IV Internacional) había distribuido en las barricadas, los días 4 y 5 de mayo, un panfleto no demasiado diferente al de los «Amigos de Durruti».

«¡Viva la ofensiva revolucionaria! ¡Que no haya compromisos! Que se desarme a la Guardia Nacional Republicana (ex Guardia Civil) y a los reaccionarios Guardias de Asalto. Este es el momento decisivo. La próxima vez será demasiado tarde. Huelga general en todas las industrias excepto en las de guerra, hasta que caiga el Gobierno reaccionario. El poder proletario es el único que puede obtener la victoria militar.

Armamento completo de la clase obrera. ¡Viva la unidad de acción CNT-FAI-POUM ¡Viva el frente revolucionario del proletariado!

Comités revolucionarios de autodefensa en las tiendas, fábricas, barrios.<sup>187</sup>»

Por supuesto, la huelga general había empezado espontáneamente desde el día 3 de mayo en Barcelona y en muchas otras ciudades catalanas, en cuanto se conoció la noticia del asalto a la Telefónica.

La actitud del POUM una vez más fue ambigua. Al mismo tiempo que se lanzaba, con todas sus fuerzas, en la pelea —fuerzas que eran considerablemente menores que las anarquistas— parcela que les asustaba la situación y sus posibles consecuencias. Cataluña, pensaban ellos, no es España. Sabían muy bien que si las fuerzas revolucionarias llegaban a tomar el poder en Cataluña, el resto de España republicana no les seguiría: de ello resultaría una situación «triangular» difícil para el campo antifascista en general y que sólo beneficiarla a los fascistas. En cualquier caso, éstos eran los argumentos que utilizaba Andrés Nin para frenar el ardor de los combatientes del POUM, quienes, con los anarquistas, pensaban, no sin razón, que podían barrer por completo a las fuerzas de policía y a los estalinistas y convertirse en los dueños absolutos de Barcelona, primero, y de Cataluña, después. Y así, según el testimonio de Wilebaldo Solano, que por aquella época era secretario de la Juventud Comunista Ibérica (juventudes del POUM), las fuerzas del POUM, en vez de atacar el centro de Barcelona, como habían pensado, se conformaron con defender sus posiciones, lo que equivalía a situarse voluntariamente en una situación de perdedor. El siguiente llamamiento del POUM, si se lee con atención, refleja muy bien esa ambigüedad:

<sup>184</sup> «L'Espagne Nouvelle», n.º 5 (22 de mayo de 1937).

<sup>185</sup> Ibid.

<sup>186</sup> Peirats, Los anarquistas en la crisis política española, Buenos Aires, Ed. Alfa, pág. 249.

<sup>187</sup> Citado en Morrow, Op. cit., pág. 91.

«EL POUM A LA CLASE OBRERA.

Camaradas:

Con la lucha de estos días, el proletariado de Barcelona ha demostrado su voluntad inquebrantable de no tolerar la menor provocación contrarrevolucionaria. Cuando nos hayamos desembarazado del enemigo, gracias a la magnífica reacción de la clase obrera, habrá que "retirarse". Pero la retirada sólo puede efectuarse en las condiciones siguientes:

Retirada de la fuerza pública de las calles.

La clase obrera conservará sus armas.

El cumplimiento de estas condiciones, que son perfectamente aceptables, puede acabar con la lucha y evitar un derramamiento inútil de sangre y dar, a los camaradas que luchan en el frente, la moral y la confianza que les son tan necesarias para luchar contra nuestro enemigo mortal: el fascismo.

El Comité Ejecutivo.»

¡Extraña estrategia ésta, que consiste en que «cuando nos hayamos desembarazado del enemigo» se iniciará la «retirada»! Todas las vacilaciones del POUM quedan aquí reflejadas.

\* \* \*

Esta jornada del 5 de mayo representó, sin duda, el punto culminante de la batalla. Si, como lo hemos visto, el Gobierno catalán había dimitido por la mañana, esa misma tarde el periódico «La Noche», publicaba la lista de nuevo Gobierno: figuraban en ella Valerio Mas, secretario del Comité Regional de la CNT, Antonio Sesé, secretario general de la UGT, de Cataluña, Joaquín Pons, de la Unión de Rabassaires, Martí Feced, de la Esquerra catalana, encargado del Orden Público. Pero en la última página del periódico, una lacónica nota comunicaba la muerte de Antonio Sesé.

La noticia fue difundida por radio y los comentarios llegaban a la conclusión inequívoca de que el secretario de la UGT había sido asesinado. Inmediatamente el PSUC acusó, por supuesto, a los anarquistas del asesinato. Estos últimos lo negaron y «Solidaridad Obrera» (del domingo 9 de mayo) publicó un esquema del itinerario seguido por los dos automóviles en los que viajaban Sesé y los camaradas que le acompañaban, según el cual, las balas que habían matado a Sesé no podían haber salido de las barricadas anarquistas. Por supuesto, aquello no era una prueba definitiva. Sea como fuere, los «arreglos de cuentas», que habían sido muy utilizados desde que empezaran los combates, habían aumentado y muchos líderes anarquistas, como Domingo Ascaso y Camilo Berneri encontraron así su muerte.

Sin embargo, la muerte de Antonio Sesé parece que fue la que causó más remolinos políticos. La primera consecuencia que tuvo fue la disolución del nuevo Gobierno antes de que hubiese existido. Los comunistas pasaron a la ofensiva no sólo en Barcelona, sino también en varias ciudades y pueblos de Cataluña.

Ese mismo día, la radio difundió un manifiesto firmado conjuntamente por las federaciones locales de los sindicatos CNT y UGT que decía:

«Los trágicos sucesos desarrollados en nuestra ciudad durante las últimas cuarenta y ocho horas han impedido que la totalidad de los obreros de Barcelona concurren al trabajo. El conflicto que motivó esta situación anormal y perjudicial para la causa del proletariado ha sido satisfactoriamente resuelto por los representantes de los partidos y organizaciones antifascistas, reunidos en el Palacio de la Generalitat. Por tanto, las Federaciones locales de la CNT y la UGT han tomado el acuerdo de dirigirse a todos sus afiliados ordenándoles que se incorporen inmediatamente a sus labores habituales. Es necesario retornar a la normalidad. Persistir en la inactividad industrial equivale, en estos momentos de guerra antifascista, a colaborar con el enemigo común, debilitándonos nosotros mismos. Así, pues, se ordena a los trabajadores de la CNT y de la UGT, sin excepción de ninguna especie, se incorporen al trabajo...»

Este extraño comunicado, ampliamente difundido, tuvo el efecto de hacer dudar a los combatientes de la CNT. Hablaban de acuerdos, estaba firmado por unas organizaciones cuyos adherentes estaban en su mayor parte detrás de las barricadas enemigas. ¿Y si era verdad? ¿Cuáles eran esos acuerdos? En realidad no hubo más acuerdo que el llevado a cabo para la formación de un Gobierno que había nacido muerto.

«Las fuerzas policíacas se aprovecharon una vez más de la impresión producida por esa nota para tomar nuevas posiciones. El ministro de la Marina, que era vivamente criticado por la inactividad de la flota, se apresuró a enviar a Barcelona varias unidades de guerra entre las que figuraban los destructores Sánchez Barcáiztegui y Lepanto. Por otra parte, se tuvieron noticias de la incautación del Orden Público por el Gobierno central y del envío a Cataluña de fuertes contingentes de Guardias de Asalto desde el frente del Jarama.

»Fracasadas las gestiones pacificadoras de García Oliver y Mariano R. Vázquez, ministro de la Justicia y Secretario general de la CNT respectivamente, Federica Montseny propuso al Gobierno central su intervención personal con antelación al envío de las fuerzas expedicionarias. Estas fuerzas no debían ser enviadas hasta el momento en que la ministro de Sanidad lo juzgase oportuno. Negóse asimismo a ser escoltada en su viaje a Barcelona por carretera. Al llegar a la sede confederal de Cataluña, se puso inmediatamente en contacto telefónico con la Generalitat, indicando que, como representante del Gobierno central, debía serle garantizado el acceso al Palacio presidencial. Pero durante el trayecto, que estaba sembrado de barricadas enemigas, y a pesar de cuantas garantías se le habían ofrecido, fue interceptado el paso a la ministro y a sus dos únicos acompañantes, salvándose milagrosamente de un fusilamiento en toda regla.

»Las primeras providencias de Federica Montseny, una vez en presencia de Companys, fue desposeer a éste de su cargo —mientras duraran sus gestiones— en nombre del Gobierno de Valencia. Companys había adoptado una actitud de sospechosa neutralidad.<sup>188</sup>»

<sup>188</sup> Peirats, Op. cit., t. II, pág. 151.

\* \* \*

Ese mismo día fueron asesinados los anarquistas italianos Camillo Berneri y Barbieri. El 11 de mayo, «Solidaridad Obrera» informó sobre ese asesinato —¡uno más entre tantos otros!

«Esa actuación secreta e incontrolada que desde hace algún tiempo viene pesando sobre nuestra zona antifascista, ha sido la determinante de una tragedia más: la muerte de nuestro camarada, el profesor Camillo Berneri (...) Ayer fue Mark Rein, el periodista redactor del “Social Democratic Kraten” que desapareció del Hotel Continental de esta ciudad después de haber recibido dos llamadas telefónicas. Hoy ha sido el camarada Berneri cuyo cadáver fue encontrado el jueves, acribillado a balazos en el Hospital Clínico de Barcelona.<sup>189</sup>»

Después de hacer una breve reseña biográfica de Berneri, el periódico pasa a comentar lo que se sabía sobre los pormenores del asesinato.

Según este artículo, «dos hombres con brazaletes rojos» se presentaron en el n.º 2 de la Plaza del Angel, donde vivían Berneri, su mujer, Barbieri y otros anarquistas italianos. Después de un misterioso interrogatorio (todavía más misterioso debido a las líneas censuradas para impedir que se pudiese identificar políticamente a los «hombres del brazaletes rojo»), los dos hombres se retiraron, para volver por la tarde con una orden de registro. Los anarquistas italianos les permitieron que registraran. Ellos se apoderaron de algunos papeles y ordenaron a los italianos ahí presentes que no saliesen «porque de lo contrario se les recibiría en la calle a tiros». Al día siguiente ( !!! ) cinco de mayo, un nutrido grupo de hombres armados se presentó en la casa y comunicó a Berneri y a Barbieri que estaban arrestados. Ambos protestaron. «Parece que sois contrarrevolucionarios» se les dijo, y se les llevaron. El día 6 por la mañana la policía volvió a la casa y notificó que los dos anarquistas habían sido liberados y que regresarían de un momento a otro. Pero no lo hicieron. «Ese mismo día, las familias de los dos desaparecidos supieron, por la ficha del Hospital Clínico, que sus dos cuerpos, acribillados a balazos, habían sido recogidos por la Cruz Roja en los alrededores de la Generalitat, durante la noche del 5 al 6 de mayo.» Les habían matado por detrás, de un balazo en la nuca. La «Révolution Proletarienne» del 10 de junio de 1937 escribió a este respecto:

«Había recibido un primer aviso tras la publicación de su carta abierta a Federica Montseny. Antonov-Ovsenko fue quien le advirtió a través de la Generalitat. Berneri comunicó este hecho a sus amigos de París.<sup>190</sup>»

Este no es más que uno de los numerosísimos crímenes cometidos en Cataluña por los servicios secretos rusos, que dominaban virtualmente esa «actividad secreta e incontrolada» de la que tan pudorosamente hablaba «Solidaridad Obrera». Como Berneri era una de las figuras más destacadas

de la oposición revolucionaria anarquista, era en cierto modo normal que fuese uno de los objetivos de la represión política estalinista dirigida por Antonov-Ovsenko (el antiguo responsable militar del Soviet de Petrogrado, convertido en poli), pero sobre todo de Geröe. Sus hombres fuertes, miembros del PSUC, a veces, constituían auténticas policías paralelas, con sus cárceles privadas, las «checas», y a veces formaban parte de la policía oficial de la Generalitat, que estaba fuertemente controlada por el partido estalinista y que además estaba dirigida por uno de sus miembros: Rodríguez Sala. Berneri sabía todo esto, tenía que saberlo, por ello no deja de parecernos muy sorprendente que se haya quedado junto con sus amigos, en esa casa de la Plaza del Angel, después de la primera visita de los hombres con brazaletes rojos, cuando una buena mitad de la ciudad estaba repleta de barricadas y en manos de las milicias anarquistas. ¿Estaban rodeados? ¿No había ninguna posibilidad de huida? No se entiende muy bien.

### *Jueves 6 y viernes 7 de mayo*

«Durante la mañana del tercer día hubo cierta vacilación. Parte de los combatientes, fatigados y decepcionados, había regresado a casa. Al amparo de la animación que reinaba en las primeras horas de la mañana, algunos tranvías se habían atrevido a salir de sus cocheras. Descendieron sin tropiezos por la calle Salmerón hasta el Paseo de Gracia, pero ahí fueron acogidos por una lluvia de balas que les obligó a retroceder.

»¿Qué ocurría? Lo siguiente: Los “Amigos de Durruti”, en contra de las órdenes del Comité Regional de la CNT, se habían pronunciado a favor de la continuación de la lucha. Esta consigna respondía indudablemente al deseo de las masas. Las barricadas, por un momento abandonadas, volvieron a ser ocupadas, los fusiles volvieron a sobresalir de los parapetos. La debilidad del Gobierno era tal que no supo aprovechar el momento de calma para tomar nuevas posiciones. Puesto al corriente de la situación, el POUM, que siguiendo la consigna de la CNT había conminado a los obreros a que cesaran en la lucha y volvieran a su trabajo, envió contraórdenes por teléfono. El Gobierno, siempre asediado en el palacio de la Generalitat, demostró su absoluta impotencia.

»Y el tiroteo volvió a empezar. Pero ya no se sabía por qué se luchaba. Para recuperar la Telefónica, que estaba en poder de los Guardias de Asalto, habría que emplear la artillería pesada y apenas si la había en el frente. En cuanto a tomar el poder, como pedían los “Amigos de Durruti” para imponer la formación de una junta Revolucionaria y el desarme de los Guardias de Asalto, no podía hacerse sin el apoyo de la CNT. Y ésta, lejos de desear una intensificación de la lucha, multiplicaba los llamamientos a la tranquilidad. Al cabo de unas horas el silencio que reinaba en la Plaza de Cataluña se extendió muy pronto a la periferia. En el Hospital Clínico había ya más de 500 muertos y miles de heridos, sin contar los que, una vez vendados, habían regresado a sus domicilios.<sup>191</sup>

<sup>189</sup> «Solidaridad Obrera» (11 de mayo de 1937).

<sup>190</sup> «La Révolution Proletarienne» (10 de junio de 1937).

<sup>191</sup> Sobre los asesinatos políticos, véase anexo 12, pág. 218.

»Mientras tanto, la radio anunciaba que el Gobierno de Valencia, dada la gravedad de la situación, había decidido encargarse del restablecimiento del orden público en Cataluña (...).

»La lucha había terminado. Y sin embargo, contra toda esperanza, nadie volvió al trabajo. Los combatientes permanecieron en sus puestos. ¿Qué esperaban? Que expirara el plazo fijado por los “Amigos de Durruti” para que el Gobierno aceptara un ultimátum. Si éste no cedía, amenazaban con asaltar la Generalitat. Todo el día del jueves se pasó así, esperando una vuelta a la lucha. Pero nada ocurrió.<sup>192</sup>»

Ese mismo día, para responder a las acusaciones enfurecidas de los estalinistas y de sus numerosos corifeos, a propósito del «putsh contrarrevolucionario manipulado por la Quinta Columna franquista», la CNT-FAI publicó un extenso comunicado a la «conciencia mundial». He aquí un fragmento del mismo:

«Todo el mundo parece estar convencido de que los anarquistas y los sindicalistas son los culpables de los trágicos acontecimientos de Barcelona. Nada hay más falso que esta opinión. La CNT y la FAI siempre estaban dispuestas, igual que lo están ahora, no solamente a mantener el orden público, sino también la unidad necesaria entre los amigos de la libertad, entre todas las fuerzas democráticas del pueblo español» (...).

«Estábamos y estamos convencidos de que nuestra finalidad —el comunismo libertario, en la Federación Ibérica Libre, y el aniquilamiento del capitalismo no se puede implantar en seguida...»

Después de acusar, sin nombrarlo, al PC de querer implantar una dictadura de partido, este llamamiento, destinado más al exterior que al interior, relataba los hechos, empezando por el asalto a la Telefónica. Ellos no querían eso, ellos, honrados antifascistas y servidores devotos de la causa republicana, no han hecho más que defenderse:

«El Comité Regional de la CNT y el de la FAI han declarado siempre, públicamente y lo han repetido en sus consignas, que los obreros no atacan a la fuerza pública y tampoco atacan al Gobierno de la Generalitat, porque ellos mismos forman parte de él y son una de sus mayorías más fuertes.

»Se podrían dar docenas de pruebas que demuestran solamente el deseo pasivo de defenderse. Pero de nada ha servido todo esto.<sup>193</sup>»

Durante la noche del día 6, la CNT y la FAI hicieron nuevas proposiciones, bastante semejantes a las anteriores: los combatientes de ambos campos se retirarían de las barricadas. Todos los prisioneros y rehenes debían ser liberados. No se adoptaría ninguna medida represiva contra nadie. Ofrecían al Gobierno catalán y a sus aliados un plazo de tres horas para dar a conocer su punto de vista. Pero estos últimos retrasaron la respuesta durante varias horas, sin duda porque esperaban a los refuerzos

enviados por el Gobierno central. La columna de refuerzos se acercaba a Barcelona, pero se demoraba «restableciendo el orden» por el camino, sobre todo en la región de Tortosa, donde ejerció una sangrienta represión contra los anarquistas locales, a pesar de todo lo que se le había prometido a Federica Montseny. Los dirigentes de la CNT-FAI de Barcelona amenazaron con cortar el paso a la columna si no se respetaba el acuerdo y si la mencionada columna proseguía sus actividades represivas. Por último, a las 4 h. 45 de la mañana, del viernes 7, el Gobierno catalán aceptaba las propuestas de cese el fuego.

Inmediatamente la CNT comunicó por radio a sus afiliados que se había llegado a un acuerdo y que no había que «ceder antes las posibles provocaciones». Sin embargo, hubo nuevas escaramuzas durante la madrugada, pues ninguna de las fuerzas en conflicto quería ser la primera en abandonar sus barricadas. Por fin, a partir de las nueve de la mañana del viernes, día 7, los anarquistas, según Peirats, dieron el ejemplo y abandonaron sus barricadas con «armas y bagajes». Además los habitantes de Barcelona, al oír por la radio la noticia del acuerdo, salieron en masa a la calle, precipitando así la desmovilización y el abandono de las barricadas. A pesar de todo se oyeron algunos disparos aislados durante el día 7.

A las 20 h. 30 de la tarde del 7, la columna de guardias y policías enviada por el Gobierno central, entró en Barcelona gritando: U. H. P. (Unidad Hermanos Proletarios). «Formaban una caravana de 120 camiones repletos de elementos heterogéneos (5.000 guardias). Prueba de ello es que al desfilar ante el edificio del Comité Regional, en dirección a la Jefatura de Policía, hubo disparos para aquel edificio al mismo tiempo que gritos de «¡Viva la FAI!<sup>194</sup>».

Por lo demás, los anarquistas se hicieron muchas ilusiones sobre la objetividad de esos refuerzos porque su comandante, el teniente coronel Emilio Torres Iglesias, había sido el consejero militar de la columna de la CNT «Tierra y Libertad». Este último llegó ese mismo día a Barcelona por avión y se hizo cargo de la Dirección del Orden público, sustituyendo a Rodríguez Sala, pero por cuenta del Gobierno central.

Esta ofensa a la autonomía catalana en lo relativo al Orden Público fue acompañada de una medida semejante en lo relativo a las operaciones militares. En efecto, el Gobierno de Valencia nombra al General Pozas jefe supremo de las fuerzas armadas catalanas y del frente de Aragón. Pozas, antiguo jefe de la Guardia Civil, se había aliado al PC, como muchos otros militares.

«Así acabaron, escribe Marcel Ollivier, las sangrientas jornadas de mayo. Habían mostrado la fuerza de los anarquistas y el heroísmo de sus tropas. Pero también la indecisión de sus dirigentes, su escasa responsabilidad, su incomprensión total hacia los problemas políticos. Aunque el complot maquinado por Antonov-Ovsenko, con la complicidad del Presidente Companys y de los partidos republicanos para aplastar a la CNT-FAI había fracasado, al menos había tenido el

<sup>192</sup> Marcel Ollivier, Op. cit.

<sup>193</sup> Peirats, Op. cit., t. II, pág. 153.

<sup>194</sup> *Ibíd.*, pág. 155.

efecto de reforzar la autoridad del Gobierno de Valencia frente a la Cataluña revolucionaria. Había que apresurarse para aprovechar esa situación. En cuanto entraron en Barcelona las tropas de Valencia, los estalinistas que durante la lucha se habían limitado a permanecer dentro de sus edificios escondiéndose valerosamente detrás de los Guardias de Asalto, pidieron a grandes voces que se pusiera fuera de la ley al POUM, ese pelagatos, ese sarnoso, de quien provenían todos los males....<sup>195</sup>»

### *Las jornadas de mayo en la provincia catalana*

Aunque los sucesos más importantes de la «guerra civil dentro de la guerra civil» se produjeron dentro de la misma Barcelona, también ocurrieron grandes incidentes en diversas ciudades catalanas. Recordemos que en marzo y abril ya hubo algunas peleas sangrientas, sobre todo en Puigcerdá y en la Fatarella. También puede extrañar la no-intervención observada por las columnas de ex milicianos, convertidas en Divisiones del Nuevo Ejército, en su mayor parte anarquistas, que controlaban el frente de Aragón o que estaban acantonadas en diferentes puntos de Aragón y de Cataluña. En realidad, esa no-intervención se explicaba por la postura de los dirigentes de la CNT y del POUM.

En efecto, desde el 5 de mayo, «elementos de la CNT de la 26ª división y los elementos de la 29ª división del POUM, que se habían concentrado en Barbastro para marchar sobre Barcelona, al conocerse los acontecimientos, no pasaron de Binefar: los delegados del Comité Regional de la CNT consiguieron persuadir al jefe de la 26ª división, Gregorio Jover de que había que evitar cualquier acto agresivo. Después de algunas vacilaciones fue otro dirigente de la CNT, Juan Manuel Molina, subsecretario de Defensa de la Generalitat, el que consiguió persuadir al oficial anarquista, Máximo Franco, de que detuviese a sus hombres en Binefar<sup>196</sup>».

El POUM, por su parte, hizo lo mismo con sus hombres de la 29ª división. Mientras que la Radio de la Generalitat vociferaba a cada hora, acusaciones contra el «putch reaccionario fomentado por la Quinta Columna franquista» para explicar los combates callejeros, los dirigentes anarquistas atascados en la negociación, no querían aparecer como responsables de haber «despoblado» el frente y saboteado la prosecución de la guerra. En cuanto al POUM, era demasiado débil y vulnerable como para tornar tal responsabilidad por sí sólo. Por lo tanto, cuando los soldados anarquistas aceptaron interrumpir su marcha sobre Barcelona ellos les imitaron. El resultado de los combates callejeros habría sido muy diferente si ninguno de los dos hubiera obedecido...

Los sangrientos combates de Tarragona y de Tortosa, tuvieron el mismo comienzo de los de Barcelona. El 5 de mayo, a las ocho de la mañana la policía se presentó en los edificios de la Telefónica de ambas ciudades que, al igual que la de Barcelona, estaban dirigidas por un Comité de Control

CNT-UGT. La ocupación de los edificios de la Compañía Telefónica por la policía dio la señal del combate.

En Tarragona, los policías, «una vez dueños del edificio procedieron a la intervención de las comunicaciones interiores y exteriores, desconectando los teléfonos de la organización confederal y anarquista».

«Cuatro horas más tarde, se celebraba en la Comandancia Militar una entrevista entre el compañero Casanovas, en representación de los camaradas de Teléfonos y el teniente coronel, jefe de las fuerzas de la costa.<sup>197</sup>»

Esta entrevista originó un singular compromiso por el cual los policías se retirarían de los pisos donde se encontraban las operadoras y los operadores, pero conservarían el vestíbulo. Sin embargo, el delegado de Orden Público de Tarragona rechazó el acuerdo, en virtud de las severísimas órdenes recibidas de Barcelona. En tanto se reemprendían las negociaciones, los militares de la CNT observaron —siempre según «Solidaridad Obrera»— que muchas personas entraban en el local del Partido de Esquerra Republicana y salían armados. Lo mismo ocurría, aunque más discretamente, en el local del PSUC y en la Casa del Pueblo.

Al día siguiente, el local de las Juventudes Libertarias fue atacado. Pero sus defensores resistieron de plano y rechazaron a los asaltantes. Los dirigentes locales de la CNT solicitaron una reunión de todas las organizaciones antifascistas y los representantes de la policía y del ejército. El PSUC y la UGT se negaron a discutir con los anarquistas.

Por la tarde del 6, el local de las juventudes Libertarias fue atacado de nuevo, esta vez por fuerzas más numerosas. El ataque triunfó. Dos delegados de la CNT, que acababan de llegar a Tarragona, Castelló y Rueda, volvieron a solicitar una reunión de las organizaciones antifascistas. Esta vez, naturalmente, podía haberla pues las fuerzas libertarias estaban en mala posición, militarmente.

El delegado del Gobierno central, el capitán Barbetá, que mandaba la aviación republicana con base en Reus, declaró que había recibido órdenes de Valencia de que utilizase todas las armas, incluso la aviación, para someter y desarmar a los militantes de la CNT-FAI. Estos últimos, siempre según el reportaje publicado por «Solidaridad Obrera», aceptaron entregar sus armas siempre que las demás organizaciones hiciesen lo mismo. Pero el capitán Barbetá se negó a ello, pues las demás organizaciones defendieron al Gobierno mientras que los anarquistas se habían rebelado contra él. Después de largas discusiones, los cenetistas cedieron en toda línea: entregaron todas sus armas no pidiendo a cambio más que la liberación de los detenidos pertenecientes a su bando y la libertad de utilizar sus locales.

«El resto del día en que se celebraron estas reuniones transcurrió tranquilo, pero al amanecer del día siguiente, a eso de las tres de la mañana, inesperadamente, fuerzas de Asalto y policía se adueñaron violentamente de la Consejería de Defensa Interior, al decir de ellos en virtud de órdenes superiores recibidas. Y como si tal —asalto fuese una

<sup>195</sup> Marcel Ollivier, Op. cit.

<sup>196</sup> Broué y Temime, Op. cit., pág. 261-262.

<sup>197</sup> «Solidaridad Obrera» (14 de mayo de 1937).

señal convenida, comenzaron entonces las más duras represalias contra los militantes de la CNT y la FAI, incumpléndose, de este modo, la palabra dada por las autoridades. Pronto las fuerzas de la población quedaron sembradas de cadáveres de militantes destacados de nuestra organización. He aquí algunos de los encontrados...<sup>198</sup>»

Sigue una lista de una quincena de nombres de responsables locales, en su mayor parte. Por supuesto, el reportaje acaba con 22 líneas cortadas por la censura...

\* \* \*

En Tortosa el esquema prácticamente es el mismo. La policía ocupó el edificio de la Telefónica dando así la señal del combate. Combate callejero, entrecortado por las negociaciones. Sin embargo, en Tortosa, la CNT salió victoriosa de los combates callejeros, detuvo a los policías y tomó en su mano la administración de la ciudad. Pero la columna de Guardia de Asalto enviada por Valencia para que reinase el orden en Barcelona, pasó por ahí y se detuvo justo el tiempo necesario para restaurar el orden. Los militantes de la CNT y la FAI fueron detenidos y sus locales saqueados.

Los dirigentes anarquistas de la ciudad fueron llevados, atados de pies y manos, a un «destino desconocido». Sus cadáveres aparecieron en los alrededores de Tarragona, al borde de los caminos...

«Parecidos sucesos se produjeron en varios pueblos de la comarca de Vich. Esta comarca es una de las más reaccionarias de Cataluña, debido a la tradicional influencia del clericalismo. La CNT era la única organización liberal conocida en aquel foco tradicionalista. Sus enemigos encontraron la mejor forma de luchar contra el pueblo juntándose a las unidades de Guardias de Asalto y carabineros que llevaban a Vich, Manlleu, Bisura de Ter, Montesquiu, La Farga de las Llosas y otros pueblos, las consiguientes y precisas consignas de provocación. El resultado fue un frente único de policías y requetés contra la CNT y sus militantes. Los locales de esta organización fueron asaltados y destrozados sus enseres. Tomados entre dos fuegos, los confederales tuvieron que abandonar la comarca en masa tras una lucha desesperada...<sup>199</sup>»

#### *El punto de vista de Krivitski sobre las «Jornadas de Mayo»*

He aquí lo que dice Walter Krivitski en su libro *Agente de Stalin* sobre el papel de los servicios secretos soviéticos en los acontecimientos de mayo de Barcelona.<sup>200</sup>

<sup>198</sup> Ibid.

<sup>199</sup> Peirats, Op. cit., t. II, pág. 161.

<sup>200</sup> Es interesante señalar que Elisabeth K. Poretzki, viuda de Ignacio Reiss, otro «agente de Stalin», asesinado por los rusos en Suiza en 1937, en su libro *Les Nôtres* (Denoël-Lettres Nouvelles), aunque pone en duda algunos detalles secundarios del libro de Krivitski, en cambio confirma tajantemente todo lo que

«En abril de 1937, Stachevski llegó a Moscú para informar a Stalin sobre la situación de España. Aunque estalinista convencido y de una ortodoxia rigurosa, estimaba que la conducta de la GUP en territorio republicano era errónea. Stachevski, como el general Berzini, reprobaba los brutales métodos coloniales empleados por los rusos en España. Aprobada la forma de proceder de la GPU con respecto a los disidentes “trotskistas” en la URSS, pero opinaba que la GPU debía respetar a los partidos políticos regulares de España. Hizo comprender prudentemente a Stalin la necesidad de un cambio en la política de la GUP en España. El “gran patrón” fingió ser de su opinión y Stachevski salió del Kremlin muy satisfecho.

»Más tarde, en el curso de una entrevista con el mariscal Tujachevski, llamó a éste la atención sobre la actitud vergonzosa de los agentes soviéticos en España. Esta entrevista hizo mucho ruido en nuestros medios, pero la posición de Tujachevski era ya muy débil.

»El Mariscal estaba de acuerdo en frenar a quienes se conducían en España como en país conquistado, pero carecía de la suficiente autoridad para hacerse obedecer.

»Tuve yo entonces bastantes conversaciones con Tujachevski. Este esperaba la caída de Largo Caballero y la subida al poder de Negrín, hombre que él mismo había puesto de relieve. El Mariscal decía frecuentemente:

«—Estamos en vísperas de grandes batallas en España.

»La cosa estaba clara para los que, como nosotros, comprendíamos la política de Stalin. Este había consolidado sus éxitos en la esperanza de situar a España bajo la dependencia del Kremlin y estaba presto para un nuevo asalto. La Komintern desapareció completamente de la escena. Berzini tenía en su mano la dirección del ejército republicano.<sup>201</sup> Stachevski había conseguido transferir a Moscú la mayor parte del oro del Banco de España. La máquina de la GPU funcionaba a toda presión. La empresa había funcionado según las instrucciones de Stalin: «“Mantenerse fuera del alcance de la artillería”. Por nuestra parte, habíamos sorteado los riesgos de una guerra internacional y Stalin parecía estar cercano a conseguir sus propósitos.

»El único obstáculo serio era Cataluña. Los catalanes eran antiestalinistas y eran a la vez los principales sostenedores de Largo Caballero. Para dominar la situación, Stalin debía someter a Cataluña bajo su ley y derrocar a Caballero. Era lo que se desprendía del informe de uno de los jefes del grupo anarquista de París, el cual era un agente secreto de la GPU. Este había sido enviado a Barcelona donde, en tanto que anarquista destacado, gozaba de la confianza de los

éste escribió sobre España.

<sup>201</sup> «Como Luis de Araquistain, embajador de la República española en Francia lo demuestra de un modo decisivo, el noventa por ciento de los puestos más importantes del Ministerio de la Guerra republicano habían sido finalmente ocupados por los lacayos de Stalin» (*Agente de Stalin*, pág. 120).



anarcosindicalistas del Gobierno autónomo. Tenía por misión proceder como provocador e incitar a los catalanes a actividades imprudentes que justificasen la intervención del ejército para reprimir la revuelta (...).

»Igualmente leí otro informe procedente de José Díaz, líder del Partido Comunista español, dirigido a Dimitrov, presidente del Komintern, Dimitrov lo transfirió inmediatamente al cuartel general de la GPU, pues sabía desde largo tiempo que era su verdadero amo. Díaz presentaba a Caballero como a un soñador aficionado a las frases, que no sería nunca aliado sincero de los estalinistas. Loaba a Negrín. Describía el trabajo que los comunistas llevaban a cabo en las filas socialistas y anarcosindicalistas para minar su potencia interior. Estos informes daban a entender completamente que la GPU conspiraba para aplastar a los elementos “irreductibles” de Barcelona, a fin de imponer la autoridad de Stalin.»

«Las noticias de Barcelona causaron sensación en el mundo. Los periódicos aparecían con títulos enormes: “¡Revuelta anarquista en Barcelona!”. Los corresponsales hablaban de una conspiración contra Stalin en la capital de Cataluña, de una batalla para apoderarse de la Central Telefónica, de combates en las calles, de barricadas, de ejecuciones.

»Hasta aquellos momentos, las jornadas de mayo en Barcelona parecían más bien una lucha fratricida entre antifascistas, aprovechada por Franco para atacar. Según la versión oficial, los revolucionarios catalanes trataban traidoramente de apoderarse del poder en el momento en que todas las energías eran necesarias para resistir al fascismo. Otra versión de la tragedia de Barcelona, dada a la prensa y difundida por todo el mundo, era decir que se trataba de una “revuelta” de los elementos irreductibles unidos a los elementos extremistas del movimiento anarquista con objeto de provocar desórdenes en provecho de los enemigos de la República.

»El hecho es que en Cataluña, la gran mayoría de los obreros eran antiestalinistas convencidos. Stalin sabía que un conflicto era inevitable, pero sabía también que las fuerzas de la oposición estaban divididas y podían ser aplastadas con una acción rápida y enérgica. La GPU atizó el fuego y lanzó, unos contra otros, a sindicalistas, anarquistas y socialistas.

»Tras cinco días de carnicería, durante los cuales perecieron quinientas personas y hubo un millar de heridos, Cataluña se convirtió en el tablero donde se jugaba la suerte de Largo Caballero. Los comunistas españoles, conducidos por Díaz, reclamaban la supresión de todos los partidos y sindicatos antiestalinistas de Cataluña; el control de la GPU sobre la radio, sobre los locales de reunión, la total supresión de todas las agrupaciones antiestalinistas en el territorio de la República. Largo Caballero se opuso a estas exigencias y fue obligado a presentar su dimisión el día 15 de mayo. El doctor Juan Negrín se convirtió en el

jefe del nuevo Gobierno, de acuerdo con las previstas decisiones de Stachevski.<sup>202</sup>»

Por deformación profesional, W. Krivitski tiende a exagerar la importancia del papel de los agentes secretos soviéticos. Todo lo que dice es verdad, pero al igual que M. Ollivier cuando hablaba del complot de Antonov Ovsenko, Krivitski da la impresión de que piensa que la historia se hace en las oficinas de los Estados Mayores de los servicios secretos y de la policía política; la lucha de clases parece un tablero de ajedrez donde basta con colocar un peón-agente en el lugar indicado para ganar la partida. Pero la lucha de clases, evidentemente, no se limita a esto. En Cataluña, donde estaba llevando a cabo una revolución social de gran importancia, una revolución que iba dirigida al mismo tiempo —y en plena guerra civil— a todos los aspectos de la vida social para transformarlos en un sentido libertario, los partidos del orden, las burocracias dirigentes, en una palabra, los contrarrevolucionarios, quisieron a toda costa romper esa revolución social y que la Cataluña revolucionaria entrara dentro del «orden republicano». Después de muchas escaramuzas, las jornadas de mayo representaron la más dura batalla, la más sangrienta batalla contrarrevolucionaria, que si bien no consiguió liquidar completamente la revolución, al menos si logró limitarla.

Lo que más llama la atención cuando se leen estos testimonios sobre aquellas jornadas caóticas, es el inconmensurable cinismo de los políticos. Las masas, sintiendo que la provocación de la Telefónica era la señal de la liquidación de la democracia revolucionaria, y el principio de la definitiva restauración del poder del Estado totalitario, se lanzaron al combate y la lucha entre las fuerzas del orden y los trabajadores fue sangrienta. Pero durante todo ese tiempo los políticos prosiguieron sus negociaciones, haciendo y deshaciendo combinaciones ministeriales, apoyándose en la calle para arrancar un puesto más, una parcela más de poder para su propio clan burocrático. ¡Lástima que no tengamos registradas en cinta magnetofónica esas negociaciones, con el fondo sonoro de las ráfagas de ametralladoras y de los pistoletazos en la nuca!

### *Sociedad, todo está restablecido...*

#### *Nota a la prensa*

«El Gobierno catalán ha reducido la revuelta por sus propios medios... El jefe del gabinete de Prensa de la Presidencia, Joaquín Vila, ha entregado a la prensa, durante una reunión del Consejo de la Generalitat la siguiente nota:

»El miércoles 12 de los corrientes, a las 18 h. 30, se ha reunido el Gobierno de la Generalitat.<sup>203</sup> La reunión ha terminado a las 21 horas.

<sup>202</sup> Krivitski, Op. cit., págs. 134 y 139.

<sup>203</sup> Para la composición de este nuevo Gobierno, véase el anexo 13, pág. 218.

Durante la misma se han aprobado diversos decretos de la Presidencia, de Justicia, de Avituallamiento, Instrucción Pública y Finanzas.

»El Gobierno ha intercambiado impresiones sobre los recientes acontecimientos. El Gobierno, que POR SUS PROPIOS MEDIOS HA REDUCIDO LA REVUELTA, y ha procedido, secundado por el buen sentido de nuestro pueblo, a la restauración de la vida normal, que es total en estos momentos, condena categóricamente y por unanimidad los hechos que han tenido lugar y piensa que, con los nuevos medios de que dispone Orden Público, se aplicarán los anteriores decretos, que están siendo igualmente publicados en este mismo momento por el Gobierno de la República, relativos a la eficacia del mando único, con los métodos y la disciplina de la guerra, a la supresión de los controles de carretera y fronterizos, al desarme de la retaguardia, porque si no, no podría haber vida normal en ella y porque la lección de los sucesos pasados no serviría para nada si no se atajaran las causas que lo han producido.

»El Gobierno catalán espera que estas medidas merecerán no sólo la adhesión sino también la cooperación leal de todos los partidos y organizaciones que colaboran en su seno, porque para los componentes del Consejo, la puesta en práctica de las disposiciones por él adoptadas es la condición indispensable para el mantenimiento del prestigio gubernamental, que se ha visto seriamente comprometido por las violencias, las luchas o los temores, cosas todas ellas que, después de la experiencia sufrida, no pueden ser ni alimentadas ni toleradas.

»El Consejo de la Generalitat confía en que todos los elementos antifascistas catalanes se unirán bajo su égida, para mantener firmes la autoridad y el prestigio del Gobierno catalán y del Gobierno de la República.»

(Generalitat de Catalunya. Presidencia.  
Comisariado de Propaganda.  
Comunicado a la Prensa.  
Barcelona, 12 de mayo 1937.)

Sociedad, todo está restablecido... Para el Gobierno (cada vez menos autónomo) catalán, las cosas estaban claras: el fin de los combates iba a permitir de una vez, el restablecimiento del orden en Cataluña.

Todos los miembros de ese Consejo restringido se mostraron unánimes en la repulsa de la «revuelta». Comunistas, anarquistas, republicanos, miembros de la burocracia política y por lo tanto, a la vez solidarios y enemigos, echaron las «culpas», las «violencias» sobre no se sabe muy bien qué invasor extraterrestre, sobre no se sabe muy bien qué, locos escapados del manicomio, que se pusieron a disparar en la calle. Ellos habían aplastado la revuelta «por sus propios medios» y se proponían a continuar —porque, por supuesto, no había pasado nada— gobernando juntos, en la gran hermandad antifascista.

Al Poder le resulta totalmente intolerable que su autoridad sea puesta en tela de juicio, Pues bien, en Cataluña el Poder estaba parcelado. Varias organizaciones «obreras» poseían una parcela del mismo, que intentaban

ampliar por todos los medios y que, contrariamente a las declaraciones santurronas, sólo entregaban parcialmente al Gobierno autónomo, que teóricamente era su representante común. Este último, como representante también de la burguesía nacionalista catalana —cuyo líder era el Presidente Companys quien, por lo menos, tenía la ventaja de ser lo que pretendía: un burgués liberal— tenía, técnicamente hablando, unos poderes más extensos que las fuerzas sociales a las que representaba.

Todas las burocracias políticas y estatales luchaban contra ese «desorden» para que el poder fuese Uno, para que se realizase la unidad de mando y de orientación. Pero al mismo tiempo todos luchaban para que ese proceso unitario y centralizador se desarrollase en provecho propio. De ahí que todas las burocracias tuviesen un proyecto común: la restauración del poder único del Estado, la reestructuración de una jerarquía social más burocrática que «burguesa»; y al mismo tiempo se entregaban a una virulenta lucha por situarse en los puestos de mando, en la cumbre de la pirámide social.

Así, la lucha entre burocracias para ampliar su parte de poder se incorporó a la lucha de las masas, que se lanzaron espontáneamente a la calle para defender su democracia salvaje, las colectivizaciones, en una palabra, para defender la revolución, contra las fuerzas represivas de la contrarrevolución. Pero aunque ambas estaban entrelazadas no hay que *confundirlas*.

Durante toda esta compleja riña revolucionaria, la CNT estuvo al mismo tiempo en la calle, en las barricadas antigubernamentales y en el Gobierno, negociando la tregua, siendo aceptada además como negociadora y miembro del Gobierno por aquellos mismos que luchaban en la calle «contra ella», asesinando a sus militantes y acusándoles de rebelarse contra el Gobierno legal. La CNT fue fermento de «desorden» y fermento de «orden», estuvo en pro y en contra de la autonomía obrera, en pro y en contra del desarme de sus grupos armados, en pro y en contra de la «unidad antifascista», ese pretexto político para acabar con la revolución social. Como burocracia, no podía separarse totalmente de su «base» ni permitir que desarmasen a sus hombres y sobre todo no podía en ningún caso tolerar que la restauración del Estado se hiciese a sus expensas. Toda su actitud durante las «jornadas de mayo» puede resumirse en una frase: damos a nuestras tropas la orden de cesar el fuego, de retirarse de las barricadas, a condición de que guardemos, y si es posible, reforcemos, nuestro lugar en el seno del Poder.

Evidentemente, aquí hay que hacer una distinción entre la burocracia-directiva de la CNT y la masa de militantes. Los dirigentes se encontraron ante el hecho consumado de la respuesta masiva y espontánea de las masas —en su mayor parte anarquista— y tenían que maniobrar para detener los combates sin perder nada. Los militantes, por su parte, una vez más dieron prueba de su valor, de su espíritu de iniciativa y, en definitiva, de su sumisión. Se lanzaron a la calle espontáneamente, lucharon con ferocidad porque sentían que su revolución corría peligro de muerte, no obedecieron a los primeros llamamientos de sus dirigentes a favor de un cese del fuego, pero, como si esperasen una dirección, un plan de conjunto que no llegaba, perdieron fondo, vacilaron y acabaron sometiéndose a las consignas de cese el fuego. Algunos, los más intransigentes, como el grupo de los «Amigos de

Durruti» o las Juventudes Libertarias, quisieron continuar la lucha, derrocar a la Generalitat, «tomar el poder», pero eran demasiado pocos.

El 8 de mayo, mediante un comunicado, el Comité Regional de la CNT, declaraba el «incidente cerrado».

«LA CNT AL PUEBLO CATALÁN:

Terminado el trágico incidente que ha llenado de luto a Barcelona, y para que todo el mundo sepa a qué atenerse, el Comité Regional de la CNT y la Federación local de Sindicatos Unicos, manifiestan su voluntad unánime de colaborar con la mayor eficacia y lealtad al establecimiento del orden público en Cataluña, cesando con la etapa de actuación partidista que llevó precisamente a la situación insostenible que desencadenó la tragedia. Nos complacemos, por tanto, en reiterar nuestro concurso al Gobierno de la Generalitat y al nuevo delegado del Orden Público mandado por el Gobierno central, teniente coronel Torres, del que hemos podido comprobar la excelente disposición de ánimo con que viene a ejercer tan delicado cometido en Cataluña. (...)

El Comité Regional de la CNT.

La Federación local de Sindicatos Unicos.»

Hay que reconocer que la situación del POUM durante ese mes de mayo no era nada fácil. Excluido de los conciliábulos y de las negociaciones del poder, intentó introducirse en él, parlamentando con la CNT-FAI. Aunque los dirigentes del POUM estaban verbalmente «más próximos a la calle» que los de la CNT, parecían estar igualmente rebasados por los acontecimientos, temiendo que iban a pagar las consecuencias de la batalla más que ningún otro, en lo que no se equivocaban. Sus dudas quedan reflejadas en esta declaración de su Comité Central, publicada en «La Batalla», el 13 de mayo de 1937:

«El Comité Central ampliado del POUM, reunido en Barcelona, los días 11 y 12 de mayo, después de analizar los hechos revolucionarios vividos en Barcelona y estudiar la situación actual y las perspectivas y experiencias que de los mismos se desprenden, ha tomado por unanimidad la siguiente resolución:

»1) Las provocaciones constantes de la contrarrevolución, encarnada en los partidos reformistas del PSUC y de la pequeña burguesía, provocaciones que en el campo de la economía, de la guerra y del orden público tendían a liquidar las conquistas revolucionarias ganadas por la clase trabajadora el 19 de julio, con las armas en la mano, y que culminaron el 3 de mayo con el intento de asalto al edificio de la Telefónica, determinaron la protesta armada del proletariado.

»2) La posición política del POUM no podía ser otra que la solidaridad activa con los trabajadores que espontáneamente declararon la huelga general, levantaron barricadas en las calles de Barcelona y supieron defender, con un heroísmo ejemplar, las amenazadas conquistas de la revolución.

»3) Faltos los trabajadores que luchaban en la calle de unos objetivos concretos y de una dirección responsable, el POUM no podía hacer otra

cosa que ordenar y organizar una retirada estratégica, convenciendo de ello a la clase trabajadora revolucionaria y evitando una acción desesperada que pudiese degenerar en un «putch» y tuviese como consecuencia el aplastamiento total de la parte más avanzada del proletariado.

»4) La experiencia de las “jornadas de mayo” demuestra, de una manera inequívoca, que la única salida progresiva de la situación actual es la toma del Poder por la clase trabajadora, y para ello es imprescindible coordinar la acción revolucionaria de las masas obreras mediante la constitución de un Frente Obrero Revolucionario que agrupe a todas las organizaciones que estén dispuestas a luchar por el aplastamiento total del fascismo, que se puede lograr sólo con la victoria militar en los frentes y con el triunfo de la revolución en la retaguardia. »El Comité Central ampliado considera que ha sido completamente justa la política seguida por el Partido durante los acontecimientos y se solidariza en un todo con el Comité Ejecutivo, convencido de que ha sabido defender los intereses de la revolución y de las grandes masas trabajadoras.<sup>204</sup>»

Así pues, cuando las masas estaban en la calle, cuando parecía que Barcelona y toda Cataluña querían inclinarse del lado de las fuerzas revolucionarias, el POUM tergiversaba, vacilaba, «¡organizaba una retirada estratégica!» Una vez realizada tal retirada, cuyas consecuencias serían dramáticas, el POUM, al fin seguro de sí mismo, sugirió la solución mágica que sustituía la lucha real por la fórmula política: la formación de un Frente Obrero Revolucionario para la toma del Poder por la clase obrera (es decir por el POUM y sus aliados eventuales). ¿Acaso no existía ese frente «en la base», en los combates callejeros? Pero el espíritu burocrático-leninista del POUM le empujaba a sobreestimar las combinaciones y acuerdos a nivel de Estados Mayores, subestimando (e incluso temiendo) la lucha real que se estaba llevando a cabo al margen de los acuerdos entre dirigentes.

La relativa debilidad del POUM no justifica por sí sola esas vacilaciones. Esa debilidad, bien es cierto, le empujaba a «protegerse» detrás de la CNT, pero sobre todo lo que querían era encontrar esa protección mediante un «acuerdo en la cumbre» (que los líderes de la CNT no deseaban). Los líderes del POUM empleaban un lenguaje más revolucionario y buscaban una alianza con las masas anarquistas, que eran los únicos que podían protegerles de la oleada estalinista, cada vez más amenazadora. Pero insistían en que esa alianza estuviese garantizada en la cumbre y no proponían nada concreto a los elementos más «extremistas» anarquistas que también eran —cosa que por su vez resulta lógica— los más antiestalinistas. Parecía que desconfiaban de ellos, porque a sus ojos no eran lo suficientemente «responsables políticamente». Pero al reiterar la necesidad de la «retirada estratégica» por «ausencia de unos objetivos concretos y de una dirección responsable» entre los trabajadores en lucha, no sólo, dicho sea de paso, se negaban a sí mismos como tal «dirección revolucionaria»,

<sup>204</sup> Archivos personales.

que dentro de la tradición leninista es lo que pretendían ser, sino que sobre todo intentaban teorizar y proyectar sobre otros su propia ausencia de objetivos concretos.

Durante esas jornadas de mayo, no había treinta y seis soluciones: o bien las fuerzas revolucionarias seguían siendo las dueñas del terreno, haciendo que la transformación social diese un nuevo salto adelante —sobre todo al liquidar el aparato burocrático y represivo de la Generat—, lo que habría tenido importantes repercusiones entre los trabajadores del resto de España (pues en Cataluña, no era desde ese punto de vista tan diferente como se podría creer) y negociaban, en una postura de fuerza, con el Gobierno central, unos acuerdos para la prosecución de la guerra que no sólo se refiriesen a una mejor distribución de las armas sino también a un nuevo tipo de guerra; o bien las fuerzas revolucionarias retrocedían y la represión se desencadenaba. Pero era imposible retroceder guardando el terreno conquistado... como pretendía el POUM.

Se nos plantea un interrogante —¿y de qué importancia!—: ¿cómo explicar la actitud de las masas ante sus dirigentes? Dado que el papel de las burocracias era el de salvaguardar sus intereses específicos, en el conflicto, la «traición» o la indecisión de los dirigentes no tienen por qué extrañarnos, pero ¿por qué las masas no supieron prescindir de ellos? ¿Por qué, por ejemplo, los militantes revolucionarios de la CNT-FAI no desautorizaron a los «camaradas ministros» y a los demás «jefes» tras sus lacrimosos llamamientos a que abandonaran la lucha? ¿Podrán las masas prescindir algún día de la mitología de los héroes y de los jefes y de la relación ambigua que, en el seno mismo de la rebelión, mantienen siempre con otra autoridad, «buena», en quien delegan su propia fuerza y a la que se someten voluntariamente? No en Cataluña, por lo menos.

En cambio, para las fuerzas contrarrevolucionarias, el objetivo estaba muy claro, y el resultado era rentable. Se trataba de que el Estado recuperase no sólo sus poderes tradicionales sino también —para los estalinistas por lo menos— la ampliación de los poderes del Estado a todos los ámbitos. El Estado debía dirigir la economía, aniquilando la autogestión obrera, reintroduciendo la jerarquía social y salarial, las nociones rigurosas de rentabilidad y de productividad. El Estado debía tomar en sus manos la dirección de la guerra, en el sentido que hemos señalado anteriormente. El Estado debía encargarse del orden en la retaguardia, liquidando las patrullas de control. Y así sucesivamente. Para los comunistas españoles, ya lo hemos dicho, también se trataba de prepararse para la revolución. Su «revolución» consistía en la toma del poder y el establecimiento de una dictadura burocrática y controlar los órganos de poder constituía un excelente «punto de partida» para conseguir ese objetivo. Y para ello se requería un Estado centralizado y totalitario.

En su impulso jacobino y centralizador, los comunistas y sus aliados «objetivos», por intermedio del Gobierno central, aprovecharon las «jornadas de mayo» para limitar la autonomía de Cataluña, no sólo porque era más revolucionaria sino también porque era autónoma. Un Estado fuerte sólo puede ser Uno, en todo el territorio «nacional». El Gobierno central se encargó directamente del mantenimiento del orden público en Cataluña y de

las «ramas industriales» que concernían a la Defensa Nacional y también de las operaciones militares, liquidando a un mismo tiempo, como veremos, la autonomía relativa del frente de Aragón.

También alcanzaron otro objetivo: la liquidación del POUM. Obedeciendo a los imperativos del terror estalinista que no permitía que los comunistas disidentes subsistieran, ese pequeño partido padeció todos los rigores de una implacable represión.

Para terminar he aquí el punto de vista de los estalinistas catalanes sobre las jornadas de mayo:

«El Comité Regional de la UGT, reunido el 17 de mayo en Barcelona, ha facilitado la siguiente nota:

»1) Caracterizar el movimiento iniciado el 4 de mayo (?) como un movimiento contrarrevolucionario, encaminado a ahondar en la desorganización e indisciplina de la retaguardia y a romper el frente de Aragón. Considerar que se impone una política rápida y enérgica de orden público en toda Cataluña, restableciendo la normalidad que hoy es nada más que aparente, acabando con la actuación de los elementos incontrolados y de los provocadores trotskistas que aún perduran y que mantienen intactos sus cuadros y sus armas.

»2) Mostrarse dispuestos a acatar el Decreto del Ministerio de la Gobernación sobre desarme de la retaguardia, pero asegurando las debidas garantías de desarme de todas las organizaciones y especialmente de los grupos de incontrolados de todos conocidos, y de los elementos del POUM, afirmando que todas las armas que los Sindicatos de la UGT puedan tener serán entregadas a los representantes del Gobierno de la República y de la libertad; pero asegurando que las fuerzas de Orden Público se apoderen, cueste lo que cueste, de los arsenales de armamento que, sustrayéndolos a los frentes, fueron puestos en juego en las calles contra el Frente Popular, ya que obrar de otra manera sería dejar indefensa a la UGT y en manos, por tanto, de sus adversarios.

»3) Afirmar que no puede darse un trato de igualdad a los hombres u organizaciones que se levantaron contra el Gobierno y a los que estuvieron a su lado defendiendo la causa del antifascismo, por lo que a la par que ratifica su acuerdo de expulsar de la UGT a los miembros del POUM, exige la disolución de dicho partido y declaración de ilegalidad del mismo, la suspensión del diario «La Batalla» y de toda su prensa y la incautación de sus imprentas, radios, etc. obrando exactamente igual contra organizaciones del tipo de la de los Amigos de Durruti, desautorizada por el Comité Regional de la CNT.

»4) Elaborar un nuevo programa de unidad de acción común entre la Unión General de Trabajadores y la Confederación Nacional de Trabajo y proponer el establecimiento de un Comité permanente de unidad de acción UGT-CNT, con carácter ejecutivo, que complete la labor realizada por el actual Comité de Enlace.

»5) Gestionar la organización urgente de la Comisión de Industria de Guerra con participación de todas las organizaciones antifascistas que

forman parte del Gobierno de la Generalitat, y que, bajo el control directo del Gobierno de la República, clasifique la producción, distribuya las materias primas y vigile el sabotaje y espionaje del enemigo, colocando a las industrias de guerra bajo la custodia de las fuerzas del Ejército.

- »6) Movilización de los servicios públicos.
- »7) Militarización de los servicios de transportes y comunicaciones.
- »8) Renovación inmediata de los Ayuntamientos.<sup>205</sup>»

## Triunfa la contrarrevolución

### *La Caída de Largo Caballero*

Una de las primeras consecuencias de las «jornadas de mayo» de Barcelona fue la crisis ministerial del Gobierno central y la caída de Largo Caballero.

Desde hacía ya algún tiempo, los estalinistas llevaban a cabo una campaña contra el viejo líder del ala izquierda del Partido Socialista, acusado de ser demasiado complaciente con los anarquistas y con el POUM, y demasiado independiente respecto a los rusos. Los estalinistas rusos y españoles acusaban abiertamente a Largo Caballero (quien, recordémoslo, era al mismo tiempo Primer Ministro y Ministro de la Guerra) de ser responsable de las derrotas militares sufridas por las tropas republicanas. Largo Caballero y su subsecretario de Estado en el Ministerio de la Guerra, el general Asensio, al parecer oponían cierta resistencia (habría que decir más bien que no eran lo suficientemente «obedientes») al control que ejercían los estalinistas sobre el aparato, militar. Marcel Rosenberg, embajador soviético, durante una de sus periódicas entrevistas con Largo Caballero, en las que solía dictarle los deseos de Moscú, instó al Primer Ministro a que destituyera a Asensio, que era la bestia negra de los comunistas. Pero el colérico Largo Caballero expulsó al embajador soviético de su despacho. Evidentemente, tamaño escándalo resultaba intolerable y Rosenberg amenazó con interrumpir la ayuda soviética si Asensio no era relegado de sus funciones.

Jesús Hernández, en su libro,<sup>206</sup> relata una reunión del Buró Político del PC español —en marzo de 1937— a la que asistieron Togliatti, Marty, Codovilla, Stapanov, el encargado de asuntos soviéticos, Gaikin y el propio Orlov. En esta reunión, que según el autor, fue tumultuosa, los delegados extranjeros impusieron a los dirigentes españoles la necesidad de sustituir a Largo Caballero y reemplazarle por algún otro líder socialista, más manejable.

«En cuanto a la sustitución de Caballero, continuó Togliatti, es un problema práctico sobre el que invito a reflexionar a los camaradas. Procedamos por eliminación. ¿Prieto?... ¿Vayo? ¿Negrín? De los tres, Negrín me parece el más indicado para esta cuestión. No es anticomunista, como Prieto, ni tonto como del Vayo.<sup>207</sup>»

El conflicto entre comunistas y socialistas de izquierda iba mas allá de las cuestiones militares, pues también discrepaban en problemas de orden político y económico. El análisis detallado de ese conflicto rebasa el marco de este estudio sobre Cataluña, puesto que el Partido Socialista apenas si existía en Cataluña y la UGT catalana fue inmediatamente controlada por los estalinistas.

<sup>206</sup> Jesús Hernández, *Op. cit.*, pág. 54-58.

<sup>207</sup> *Ibid.*

Se puede decir, en dos palabras, que los socialistas de izquierdas reprochaban a los comunistas su política derechista en casi todos los terrenos, tanto sociales como económicos y especialmente en el de la agricultura, cuyo ministro, Vicente Uribe, se destacó por su defensa de la propiedad privada. Aunque en el ámbito agrícola, como en todos los demás, las realizaciones de los militantes de la UGT eran mucho más moderadas que las de los anarquistas, no obstante, también eran demasiado atrevidas para los comunistas.

Pero la querrela «en la cumbre» entre socialistas de izquierdas y comunistas, cobraba el aspecto clásico de la lucha por el poder entre dos burocracias políticas.

Sin embargo, durante los meses que precedieron al levantamiento militar y algunos meses después, el «coqueteo» entre comunistas y socialistas de izquierdas estaba tan avanzado que ya habían iniciado negociaciones con vistas a la fusión de ambos partidos y a la creación de un «partido único del proletariado». Ambos partidos consideraban la fusión de las Juventudes como un primer paso en esa dirección. Largo Caballero había participado activamente en la misma a pesar de la opinión desfavorable del ala derecha del Partido Socialista. Pero Largo Caballero y los suyos —por lo menos aquellos que le seguían siendo fieles— se sentían muy inquietos por el control cada vez mayor de los comunistas sobre el aparato del Estado, así como por los métodos colonialistas de los rusos. Los «caballeristas» abandonaron todo proyecto de fusión y se pusieron a defender su *territorio* y a intentar frenar la lenta absorción del aparato del Estado por los comunistas. Llegados a este punto, uno de los dos clanes tenía que ceder.

Indalecio Prieto, que como buen socialista de derechas era teóricamente muy antisoviético y muy anticomunista pero cuya política contrarrevolucionaria coincidía muy ampliamente con la del Partido Comunista, explotó hábilmente esta situación. Prieto y los comunistas estaban de acuerdo en la necesidad de liquidar al precio que fuese las experiencias revolucionarias de Cataluña, Aragón y otros lugares. Estaban de acuerdo en la necesidad de crear un ejército regular y en casi todos los problemas políticos importantes, sobre todo en la aniquilación política de Largo Caballero. Claro está, los socialistas de derecha miraban hacia Londres y París en tanto que los comunistas odebían a Moscú —pero eso no le impedía a Prieto coquetear con los soviéticos— y tomar por su cuenta —ahora que ya la habían abandonado los «caballeristas»— la idea de una fusión entre ambos partidos. Entre Prieto y los comunistas hubo toda una serie de acuerdos secretos y conciliábulos a fin de expulsar a Largo Caballero y a los suyos, a quienes consideraban demasiado tolerantes con las experiencias anarquistas. Estos conciliábulos se concretizaron en la creación de un Comité de Enlace entre ambos partidos, presidido por los dos secretarios generales, Ramón, Lamonedá, de tendencia «prietista» y José Díaz. A pesar del odio personal que existía entre ambos, Prieto apoyó la candidatura de Negrín, preparada y sugerida por los comunistas para sustituir a Largo Caballero a la cabeza del Gobierno republicano. Por supuesto, según las reglas tradicionales del juego político, comunistas y socialistas de derechas querían utilizarse mutuamente para expulsar a Largo

Caballero que era bastante popular en el país o a quien, por lo menos, consideraban un mal menor, especialmente los anarquistas. Una vez que lo consiguieron, las fricciones entre Prieto y los comunistas no tardaron en aparecer.

El 15 de mayo, el Gobierno central se reunió en Valencia para estudiar la situación después de las «jornadas de mayo» de Barcelona. Jesús Hernández (Educación Nacional) y Vicente Uribe (Agricultura), ambos comunistas, exigieron que se tomasen drásticas medidas contra los «responsables». Los responsables, para ellos, eran, en primer lugar el POUM, pero también los grupos anarquistas «extremistas». Largo Caballero se negó a disolver al POUM que, a sus ojos, era una organización obrera y él, viejo militante obrero, no disolvería nunca una organización obrera. Estaba de acuerdo en castigar a los culpables pero, según él, había que abrir una investigación y los tribunales eran quienes tenían que señalar y castigar a los culpables. Ante la negativa de Largo Caballero de liquidar el POUM, Hernández y Uribe, ejecutando la comedia-ballet, que estaba programada, se levantaron y abandonaron la sala. Caballero se limitó a decir: «El Consejo de Ministros continúa»:

«Fue entonces cuando ocurrió lo inaudito. Lentamente fueron levantándose la mayoría de los ministros, entre ellos, Prieto, Negrín, Alvarez del Vayo, Giral, Irujo. Quedaron en sus puestos, el presidente del Consejo, Anastasio de Gracia, Angel Galarza y los cuatro ministros confederales.<sup>208</sup>»

«La crisis queda abierta» dijo Caballero. Al día siguiente presentó su dimisión al Presidente de la República, Manuel Azaña. Hubo una serie de conciliábulos y negociaciones para constituir un nuevo Gobierno. Parece que primero se pensó en un Gobierno sin los comunistas, y Caballero había propuesto a los dirigentes anarquistas que formaran un gobierno «sindicalista», es decir, que estuviera dominado por los representantes de la CNT y de la UGT. Los líderes anarquistas, que durante la crisis se habían solidarizado con Largo Caballero alabándole en su Prensa, aceptaron en principio. Pero Negrín, Prieto y Alvarez del Vayo, declararon tajantemente a Manuel Azaña (que parecía partidario de un Gobierno sin comunistas) y a Largo Caballero que no podían gobernar sin los comunistas porque eso molestaría mucho a los rusos cuya ayuda resultaba indispensable. Siempre el mismo chantaje. En este caso, como en todos los demás, los comunistas, Prieto y Negrín, se habían puesto de acuerdo con anterioridad. En cuanto a Alvarez del Vayo, aunque teóricamente era socialista de izquierdas y «caballerista» desde hacía ya algún tiempo se dejaba manipular por los comunistas, posiblemente sin ni siquiera darse cuenta, ya que nunca se vio entorpecido por una inteligencia demasiado viva.

Finalmente, Largo Caballero cedió y el nuevo Gobierno, presidido por Negrín, quedó constituido según el plan establecido por los rusos y los

<sup>208</sup> Peirats, *Op. cit.*, t. II, pág. 182. Broué, Bolloten, Hernández, Thomas, etc., cuentan en términos similares, esta crisis del Gobierno central que provocó la caída de Largo Caballero y la formación del Gobierno Negrín.

comunistas españoles. He aquí la lista de ese Gobierno que inmediatamente fue llamado por los estalinistas el «gobierno de la victoria»: Presidente; Finanzas y Economía, Juan Negrín (socialista). Defensa Nacional: Indalecio Prieto (socialista). Asuntos Exteriores: *José Giral* (Izquierda Republicana). Justicia: Manuel Irujo (nacionalista vasco). Gobernación: J. Zugazagoitia (Socialista). Educación y Sanidad: Jesús Hernández (comunista). Agricultura: Vicente Uribe (comunista). Obras Públicas y Transportes: Giner de los Ríos (Unión Republicana). Trabajo y Asistencia Social: Jaime Ayguadé (*Esquerra* republicana) (hermano del que fue responsable de Orden Público en la Generalitat, hasta las jornadas de mayo).

Los anarquistas, que seguían solidarizándose con Largo Caballero, se negaron a participar en el gobierno.<sup>209</sup>

### **La represión contra el POUM**

Una vez derribada la última «barrera», la contrarrevolución se empleó a fondo. En realidad los socialistas de izquierda e incluso Largo Caballero en tanto que primer ministro no constituían verdaderamente un apoyo al movimiento revolucionario más que para los estalinistas y sus aliados del momento, porque en realidad fue en gran parte gracias a los caballeristas y al prestigio de que gozaba el «Lenin español» entre los trabajadores, por lo que Estado burgués pudo empezar a restaurar su poder. La importancia del movimiento revolucionario en la zona republicana era tan enorme, tras la respuesta obrera al levantamiento militar, que sólo un Gobierno de Izquierdas, incluso muy teñido de «extrema izquierda» podía proceder a la obra de restauración del Estado. Se necesitaba una etapa de transición para pasar del período en que el Estado estaba hecho trizas, el período de «tenebroso poder de los Comités», de las colectivizaciones industriales y agrícolas, de las Milicias y las Patrullas de Control; del período del entusiasmo revolucionario y de la libertad, al período de la restauración del poder del Estado, de la constitución de un ejército y una policía tradicionales, de las tentativas de control estatal sobre la economía, de la liquidación de las experiencias de los Comités revolucionarios en provecho de un poder fuerte y centralizado, en una palabra, al período de la contrarrevolución.

El Gobierno Largo Caballero fue ese necesario Gobierno de transición que pidió a los trabajadores que sacrificasen sus conquistas revolucionarias en NOMBRE DE LA REVOLUCIÓN y de la victoria militar contra el fascismo.

Para que la operación triunfara los Estados Mayores de las organizaciones obreras tenían que participar en el Gobierno y respaldarle, así como pedir a sus militares que aceptasen los sacrificios necesarios. Una vez fortalecido el Estado y cuando ya había recuperado una parte importante de sus prerrogativas, había que pasar a la represión declarada, a la liquidación de las «locas empresas» colectivistas y otras, someter por la fuerza a aquellos

<sup>209</sup> Volvieron a formar parte del Gobierno, a raíz de una reorganización del Gobierno Negrín: Segundo Blanco se hizo cargo de las carteras de Educación y Sanidad, de las que era titular J. Hernández.

—todavía muy numerosos— que ponían en duda o que incluso negaban a la Autoridad. Largo Caballero, por ejemplo, no era un partidario entusiasta de las columnas libertarias de Aragón y si mantuvo una actitud conciliadora hacia la CNT-FAI, permitiéndoles que conservaran su «coto, privado» en Aragón, fue simplemente por oportunismo político, para conseguir posibles aliados y para lograr un equilibrio político frente a las maniobras comunistas que ponían en peligro sus propios intereses burocráticos y que pretendían mermar su «parcela de poder». Y los dirigentes anarquistas hicieron el juego a Largo Caballero como a todos los demás; mientras sus propios intereses burocráticos quedasen salvaguardados, no les importaba nada «sacrificar la revolución libertaria» en aras de la unidad antifascista y de la victoria militar. Pero para los estalinistas todo esto era netamente insuficiente, porque lo que había que liquidar era la misma revolución, en parte «protegida» por las contradicciones del Poder. Como consideraban —con razón o sin ella— que Largo Caballero representaba un obstáculo para sus fines, se deshicieron de él y, con sus cómplices, los socialistas de derechas y los republicanos, iniciaron un vasto y sangriento período de «caza de brujas».

Dentro de este proyecto global de «retorno al orden», los estalinistas españoles, presionados de manera especial por los rusos, querían aprovechar la ocasión para acabar con el POUM. El odio frenético de los estalinistas hacia el POUM en España, formaba parte de su odio hacia el trotskismo (odio «saciado» con una larga cadena de asesinatos). Aun cuando el POUM, como ya lo he indicado en otras ocasiones, no era verdaderamente trotskista, los estalinistas lo identificaron siempre con el «trotsko-fascismo». Acusar a los militantes del POUM de *espías fascistas*, representaba para Stalin y los suyos una operación política de amplísimas repercusiones internacionales: era una prueba más que añadir al «dossier» de la represión para demostrar la conspiración mundial del trotskismo contra el movimiento obrero, la democracia y la paz. Conspiración que estaba dirigida desde Berlín, Roma y Tokio. Y al mismo tiempo los procesos de Moscú encontrarían en España una nueva justificación, una nueva «prueba» de esa conspiración internacional que obligaba a los jueces soviéticos a enviar a la muerte o a los campos de concentración, no a unos miembros de la «vieja guardia» bolchevique (como decían los trotskistas) sino a unos espías nazis y a unos agentes saboteadores. Dado el inmoderado gusto de los estalinistas (como todos los regímenes totalitarios) por el *ritual*, el proceso del POUM tenía que parecerse punto por punto a los procesos de Moscú y, sí fuese posible, tenían que formularse contra esa fracción disidente del movimiento comunista las mismas acusaciones de espionaje acompañadas de las mismas penas. Pero como la situación en España no era, a pesar de todo, idéntica a la que existía en la URSS, ese proyecto sólo se logró a medias (cosa que ya es muchísimo y que demuestra hasta qué punto los rusos podían permitirse casi todo en la zona republicana).

En un discurso pronunciado el 9 de mayo en Valencia, José Díaz declaraba:

«Nuestro enemigo principal es el fascismo... Pero el fascismo tiene sus agentes para trabajar. Naturalmente que si los agentes que trabajan con ellos dijese: “somos fascistas y queremos trabajar con vosotros para crear dificultades”, inmediatamente serían eliminados por nosotros. Por eso tienen que ponerse otro nombre... unos se llaman trotskistas (...) y yo digo: Si esto lo saben todos y lo sabe el Gobierno, qué hace el Gobierno que no los trata como a tales fascistas y los extermina sin consideración (...)

Todos los obreros deben conocer el proceso que se ha desarrollado en la URSS contra los trotskistas. Es Trotski en persona el que ha dirigido a esta banda de forajidos que descarrilan los trenes en la URSS, practican el sabotaje en las grandes fábricas y hacen todo lo posible para descubrir los secretos militares para entregarlos a Hitler y a los imperialistas del Japón. Y cuando esto ha sido descubierto en el proceso y los trotskistas han declarado que lo hacían en combinación con Hitler, con los imperialistas del Japón, bajo la dirección de Trotski, yo pregunto: ¿es que no está totalmente claro que eso no es una organización política o social con una determinada tendencia, como los anarquistas, los socialistas o los republicanos, sino una banda de espías y provocadores al servicio del fascismo internacional? ¡Hay que barrer a los provocadores trotskistas!<sup>210</sup>»

El resto del discurso es del mismo tenor. De cualquier modo, pone bien de relieve el carácter internacional de la «provocación trotskista».

En cuanto quedó formado el Gobierno Negrín, los agentes soviéticos, con la complicidad del coronel Ortega, comunista, director general de Seguridad en el Gobierno central, enviaron una serie de comandos de policía a Barcelona para detener a los dirigentes del POUM y ello sin avisar al Gobierno republicano.

Una mañana del mes de junio de 1937, Hernández fue convocado por Orlov, el jefe de la NKVD en España, quien le comunicó:

«Desde hace algún tiempo estamos luchando contra una red de espionaje falangista. Los elementos del POUM formaban parte de ella. Entre centenares de individuos encarcelados, un ingeniero, llamado Golfín, lo ha confesado todo. Nin está muy comprometido así como toda la banda trotskista: Gorkin, Andrade, Gironella, Arquer. Un tal Roca servía de enlace entre el POUM y los falangistas en Perpiñán. En Gerona han encontrado en manos de un tal Riera, una cartera repleta de documentos. El dueño de un hotel, Dalma, también ha confesado. Todo estaba dispuesto ya para dar un gran golpe que hemos conseguido impedir sin informar al gobierno ni al ministro.<sup>211</sup>»

Como Hernández dijera que posiblemente hubiera sido mejor haberlo notificado al Gobierno, Orlov le replicó: «Los enemigos están en todas partes». Pero «¿Y el Ministro del Interior?» se atrevió a sugerir Hernández. «Zugazagoitia es amigo personal de algunos de los que hay que detener», contestó Orlov.<sup>212</sup> Hernández, que cuando escribió este libro había roto con el estalinismo, relata minuciosamente su «crisis de conciencia» en esa ocasión (e incluso sus tentativas de protesta, no sobre el fondo: que se arrestara a los miembros del POUM, sino sobre los procedimientos utilizados), pero su testimonio, como todos los demás testimonios, demuestra ampliamente y sin lugar a dudas la complicidad que existió en este asunto entre los estalinistas españoles y los agentes soviéticos.

«Estos son los hechos, en toda su verdad —escribe Victor Serge, en *La Révolution Prolétarienne*:

A finales de mayo (el 28 exactamente [C.S.-M.]), el excelente diario del POUM, «La Batalla», fue suspendido indefinidamente. El gobierno denegó al partido la autorización para publicar ningún otro diario, retorciendo el cuello a la libertad de prensa. Por un artículo del 1.º de mayo, en el que se invitaba a los obreros a mantenerse vigilantes, con las armas preparadas, y a formar un frente revolucionario, Julián Gorkin ha sido acusado de incitación a la sedición, pero está en libertad provisional. Hacia el 15 de junio, hemos tenido noticia del drama sospechoso de la muerte de Bob Smilie, corresponsal del «Independant Labour Party», afecto al POUM, que fue detenido por las autoridades españolas cuando se disponía a cruzar la frontera francesa, con sus papeles en regla, para volver a Inglaterra; fue llevado, no a Barcelona, sino a Valencia donde murió en la cárcel aquejado de una inexplicable apendicitis. ¡Pobre y valeroso camarada! Hay en tu fin un no sé qué ruso.

El 16 de junio, desde Valencia, se han ordenado cuarenta detenciones de los principales militares del POUM (Comité Central y Ejecutivo) en Barcelona. Andrés Nin y muchos otros militantes que han participado en todos los momentos revolucionarios de España, han sido detenidos. Como no encontraron a Gorkin ni a Juan Andrade, han detenido a sus mujeres como rehenes, atrocidad de tipo fascista y al mismo tiempo del estilo de las operaciones específicamente estalinistas.

Se han apoderado de la emisora del POUM. El Partido ha quedado prácticamente fuera de la ley. ¿Qué queda de la democracia española para los obreros?<sup>213</sup> (...).»

El complot de la NKVD estaba en marcha. La «prueba» que sirvió para justificar la detención era el plan «N», plano de Madrid hecho en papel milimetrado, descubierto al falangista Golfín y donde la policía descifró un mensaje escrito en tinta simpática, en el que se hablaba de N, como de un agente seguro. «N», por supuesto, era Nin y, por supuesto también, todo era una falsificación y tan grosera, que la tuvieron que abandonar antes del

<sup>212</sup> *Ibid*,

<sup>213</sup> «*La Révolution Prolétarienne*», n.º 249 (25 de junio de 1937).

<sup>210</sup> José Díaz, *Tres años de lucha*, Ed. Nuestro Pueblo, Toulouse, 1947, pág. 357-358. Hay otra edición: en la colección Ebro, París, 1970, págs. 431-432.

<sup>211</sup> Jesús Hernández, *Op. cit.*, pág. 75. Véase también Julián Gorkin, *Caníbales políticos*.



proceso. El 29 de julio, una nota de Irujo, Ministro de Justicia, anunciaba que se había enviado ante los Tribunales de Espionaje y Alta Traición a Gorkin, Andrade, Bonet, Arquer y otros dirigentes del POUM, junto con el falangista Golfín (quien declaró en el proceso que no tenía nada que ver con el POUM).

Entre el 16 de junio y el 29 de julio había pasado muchas cosas. Primero, el asesinato de Andrés Nin, luego la ridícula agitación de los ministros cuando estuvieron ante el hecho consumado. Todos, desde los socialistas Negrín, Prieto y Zugazagoitia (¡Ministro de la Gobernación!) hasta el muy católico Irujo (¡Ministro de Justicia!) se plegaron cobardemente a la voluntad de los rusos y de sus cómplices del PCE. Todos pueden ser considerados cómplices de este \*crimen político. Sin embargo, hay que mencionar la intensa campaña de protestas desarrollada en España e incluso en el extranjero por grupos, movimientos y personas de izquierdas \*o, de extrema izquierda no estalinista, contra la oleada de la represión estalinista y que parece que consiguió limitarla un poco. Los estalinistas en España y en todas partes, respondieron con una campaña todavía más intensa contra el «complot trotsko-fascista». Una de las muestras más sabrosas de esta campaña es sin duda el «libro blanco» publicado por el PCE —sobre ese «complot»— cuyo prólogo es del escritor católico y republicano José Bergamín.

### *El asesinato de Nin*

Nin fue detenido el 16 de junio, junto con sus camaradas. Pero fue separado de ellos muy deprisa. Nadie sabía dónde estaba, ni el Gobierno, ni sus camaradas, nadie, excepto los dirigentes del PCE que sabían que estaba en «las manos de los camaradas rusos». En todas partes, periódicos, paredes de las grandes ciudades, una pregunta se repetía incansablemente: ¿Dónde está Nin? a la que los comandos de agit-prop del PC respondían: en Salamanca o en Berlín.

El 4 de agosto, el Gobierno republicano, instado a dar explicaciones, especialmente por los anarquistas, publicó una nota que decía: «De las informaciones recogidas se desprende que Nin ha sido detenido por la policía de Seguridad general al mismo tiempo que los demás dirigentes del POUM, que ha sido transferido a Madrid a una cárcel preventiva habilitada a este efecto y que desde ahí ha desaparecido<sup>214</sup>». En aquella época corrieron varias versiones sobre la desaparición de Nin. Los estalinistas hicieron correr el rumor de que un comando de la GESTAPO lo había sacado de la «cárcel preventiva que se le había habilitado» para ponerle en lugar seguro: sin duda en Salamanca o en Berlín. También corrió el rumor (del que se hizo eco el «New York Times») de que se había encontrado su cadáver en las afueras de Madrid. Pero es inútil perder tiempo en suposiciones. Lo que sabemos está suficientemente claro. Según los testimonios de Jesús Hernández, miembro del B.P. del P.C.E. en aquella época, según las confidencias veladas de antiguos estalinistas y las comprobaciones de los

amigos políticos de Nin, éste fue detenido y torturado en una de las numerosas «checas» de los servicios secretos rusos, probablemente en Alcalá de Henares, cerca de Madrid. Fue torturado por motivos muy simples y muy evidentes: dentro del ritual de los procesos de Moscú, que se repetían en España, aunque muchas cosas eran idénticas —amalgama política: Golfín, el falangista y el POUM; acusación de espionaje, etc.— faltaba una pieza indispensable: las confesiones. Nin fue torturado para obligarle a firmar una confesión en la que quedarían confirmadas todas las tesis estalinistas, según el procedimiento habitual que tanto éxito —si puede decirse— tuvo en Moscú (y que continúa utilizándose en el llamado mundo socialista, como se ha visto recientemente en Cuba). Sólo que Nin no firmó y murió bajo tortura. ¿Por qué Nin? Eso también resulta lógico, porque además de ser en ese momento (J. Maurin estaba encarcelado en zona franquista) el líder del POUM, «a la GPU le interesaba mucho Andrés Nin. Amigo íntimo de los grandes hombres de la Revolución de Octubre en Rusia, había trabajado con ellos desde la fundación de la Internacional Sindical Roja, de la que fue uno de los secretarios. Al morir Lenin, no ocultó su amistad hacia Trotski. La política estalinista no le convenía y expresaba públicamente su desacuerdo. Poco después del fracaso de la oposición dentro del Partido Bolchevique, Nin, considerado como un renegado, fue expulsado de la Unión Soviética. Volvió a España cuando se proclamó la República, y, con los ex-comunistas que habían organizado el Bloque Obrero y Campesino, creó el POUM<sup>215</sup>». Con Nin, no sólo se infligía un golpe al POUM sino también al trotskismo internacional y al propio Trotski.

Según J. Hernández, es el «más demoníaco» de los colaboradores de Orlov, el «comandante Carlos» (Vittorio Vidali, estalinista italiano que posteriormente fue secretario del PC en Trieste) quien participó en toda la operación y a quien se le ocurrió la idea de simular el ataque del comando de la Gestapo para que desapareciera para siempre el cuerpo torturado de Andrés Nin.<sup>216</sup>

### *El proceso del POUM*

En Barcelona, el 29 de octubre de 1938 se abrió ante el Tribunal Central de Espionaje y Alta Traición la causa contra el Comité ejecutivo del POUM. Por supuesto, los acusados habían estado durante todo ese tiempo en la cárcel y además había centenares de miembros del POUM, así como anarquistas, encarcelados en toda la España republicana. El proceso se abrió sin *confesiones*. Y los acusados, además de una intensísima campaña de

<sup>215</sup> Jesús Hernández, *Op. cit.*, pág. 91. Sobre las torturas infligidas a Andrés Nin, véase en el mismo libro las págs. 103-107.

<sup>216</sup> En: Andrés Nin, *Los Problemas de la Revolución Española*, Ruedo Ibérico, París, 1971 (colección de textos escogidos y presentados por Juan Andrade) está publicada una de las declaraciones que hizo Nin a la policía estalinista, en Madrid o en Alcalá de Henares, el 21 de junio de 1937. Esta declaración es de carácter biográfico. Como formaba parte del expediente del proceso del Comité Ejecutivo del POUM, el abogado del Partido supo de su existencia y permitió a la viuda de Nin copiarlo.

<sup>214</sup> Citado por Broué y Temine, *Op. cit.*, pág. 276.

solidaridad, recibieron durante el proceso testimonios a su favor del ex-primer, Ministro Largo Caballero<sup>217</sup> y de los dirigentes de la CNT-FAI entre otros, (El Comité Nacional de la CNT había protestado enérgicamente desde el 28 de junio de 1937, mediante un documento público firmado por el secretario nacional Mariano R. Vázquez, contra la represión que padecía el POUM desde diciembre de 1936.)

Las pruebas de espionaje fabricadas por los servicios secretos rusos eran de tan «pésima calidad» que los jueces tuvieron que abandonar esa acusación para quedarse sólo con la de «rebelión» (!). No fueron condenados a muerte, como deseaban los estalinistas, pero de todos modos les cayeron fuertes penas de cárcel. He aquí algunos fragmentos de la sentencia:

«(...) Pretendieron conservar siempre la dirección de tales unidades militarizadas (las milicias del POUM [C.S.-M.]) y extender su influencia de Partido sobre todas las unidades que pudieran con el fin de tener un apoyo sólido para conquistar el poder político, en el caso de que se presentaran las condiciones objetivas necesarias que ellos mismos se esforzarían en crear para sustituir, al Gobierno legítimo por otro Gobierno marcadamente obrero y campesino, dispuesto a instaurar revolucionariamente las doctrinas que les son propias y para ello se opusieron teóricamente, en el periódico de su partido, "La Batalla", a la constitución de un ejército regular, como quería el Gobierno y a la desaparición de las milicias.

»b) Oposición violenta al Gobierno y crítica acerba de las disposiciones adoptadas por este último, así como de las instituciones de la República y de los partidos y organizaciones que la apoyan, para debilitar al régimen actual y crear las condiciones externas necesarias para tomar el poder, cosa que habrían hecho primero en Cataluña y después en el resto de la España leal e instaurar así un régimen comunista, organizado según la doctrina de su partido (...) Los acusados abajo nombrados contribuyeron a sostener un estado de agitación y de rebelión de la clase obrera, quebrantaron la disciplina colectiva, tan necesaria en los graves momentos que atravesaba la República, pusieron en peligro el prestigio de esta última ante la opinión internacional, cuyas reacciones favorables a la causa del pueblo, fortalecían al Gobierno, con lo que favorecieron, en este sentido, indirectamente, y aunque no fuese ésta su intención, a los proyectos de los rebeldes (...).

<sup>217</sup> Poco después de haber sido expulsado del Gobierno, Largo Caballero fue expulsado de la UGT y afectado a su domicilio de Valencia. Todos sus partidarios fueron expulsados de los puestos de responsabilidad de la UGT, en las redacciones de los periódicos «Claridad», «Adelante», «La Correspondencia de Valencia», etc. Ese «complot» se llevó a cabo gracias a la alianza transitoria de los comunistas y socialistas de derechas. Pero casi siempre fue el Gobierno Negrín quien se ocupó de tomar, de modo autoritario, las medidas policíacas y otras de otro tipo para acabar con la oposición de izquierdas en las filas socialistas. (Véase, por ejemplo, Broué y Témime, *Op. cit.*, pág. 281-284.)

»Los acusados que aquí mencionamos se encontraban realizando estas acciones, cuando el 3 de mayo de 1937 tuvo lugar en Barcelona un encuentro entre un grupo de trabajadores y la fuerza pública... (los acusados) creyeron que había llegado el momento de dar un contenido y un fin concretos a los actos violentos y *espontáneos* (subrayado por mí [C. S.-M.]) de las masas obreras e intentaron aprovecharlos para ejecutar sus designios de conquista del poder...

»De lo que precede no se puede deducir la prueba de que los acusados facilitaran a los elementos fascistas noticias de ninguna especie sobre la situación de los frentes de batalla o sobre la organización de la retaguardia; que hayan mantenido relaciones directas e indirectas con ellos, ni con organismos policíacos o militares de los países invasores; que estuviesen en contacto o ayudaran a grupos u organismos falangistas del país; que pretendieran apoyar a los combatientes rebeldes ni que recibieran ayuda económica de los enemigos del Estado para su propaganda política. (Por lo contrario, se deduce de lo que precede que gozan todos ellos de un grande y viejo ascendente antifascista; que han contribuido con su esfuerzo en la lucha contra la insurrección militar y que la posición que defienden responde únicamente al fin de suprimir la República democrática para instaurar un régimen según sus propias concepciones sociales.) (...)

»Tercer considerando: *Que* el Decreto-ley del 13 de febrero de 1937 no puede aplicarse en este caso porque define y sanciona de modo exclusivo los actos de espionaje y de los hechos que se han declarado probados no se deduce que puedan estar incluidos en los números 2, 3, 4, del artículo 1.º de la disposición mencionada, sobre lo que el procurador de la República apoya su acusación, puesto que no se tratan de actos realizados con carácter secreto o reservado, que no existe ninguna ayuda de ningún tipo a organizaciones o a grupos sociales sometidos a la influencia de Estados extranjeros que favorezcan la guerra contra el Gobierno legítimo, ya que los actos que son objeto de las sanciones no han sido cometidos con el propósito de secundar los designios de los nacionalistas ni de los extranjeros en guerra contra la República.»

Estas fueron las condenas:

«Declaramos: que debemos condenar y condenamos a los acusados Julián Gómez García (Gorkin), Juan Andrade Rodríguez, Enrique Androher Pascual (Gironella) y Pedro Bonet Quito, a 15 años de separación de la comunidad social para cada uno de ellos, como reos de un delito de rebelión anteriormente definido y a Jorge Arquer Saltó a la de once años de separación de la comunidad social (Arquer no estaba en Barcelona durante las "jornadas de mayo", circunstancia que se consideró atenuante [C.S.-M.]) como cómplice del mismo delito y que deberán cumplirlo en campos de trabajo y accesoriamente la suspensión de oficios o cargos de derechos de sufragio durante el tiempo que dure la condena.. »

Dos acusados fueron absueltos.<sup>218</sup>

El Tribunal decretó igualmente la disolución de las Asociaciones del Partido Obrero de Unificación Marxista y Juventud Comunista Ibérica.

¡Absueltos por espías, fueron condenados por revolucionarios! Evidentemente, según eso y con mayor motivo, se habría podido acusar de los mismos «crímenes» a la CNT-FAI, pero la CNT-FAI tenía en aquella época más de dos millones de miembros, y el POUM unos 50.000. Ahí residía todo el asunto.

El POUM y las Juventudes fueron oficialmente disueltos por el tribunal, situación en la que se encontraban de hecho desde hacía varios meses, cosa que no les impidió continuar ejerciendo su actividad (reducida, se entiende) en la clandestinidad y sobre todo continuar publicando, también clandestinamente, su prensa.

Conviene repetir que además de este proceso contra la directiva del POUM, cientos de militantes de esta organización estaban detenidos —con o sin proceso—. En el momento de la caída de Cataluña, muchos consiguieron, a menudo con la complicidad de sus carceleros, evadirse de sus cárceles y pasar a Francia.

Aunque lo que querían era golpear duramente al POUM, por los motivos políticos ya consignados, y aunque no se atrevieron a hacer lo mismo con la CNT-FAI ni qué decir tiene que la represión desbordó ampliamente las filas del POUM. He aquí algunos ejemplos: en Tortosa, se celebró un proceso contra 128 obreros acusados de haber tomado las armas durante las «jornadas de mayo». El Tribunal pidió 4 penas de muerte y varias penas de cárcel que iban de 6 a 20 años.<sup>219</sup> R. Louzon, miembro de una delegación internacional de investigación sobre la represión contra los revolucionarios, oyó decir a Mariano Vázquez y a Federica Montseny que «la CNT tiene en la actualidad a 800 miembros encarcelados y 60 “desaparecidos”». <sup>220</sup> Porque aunque las cárceles —«privadas» o no— estaban llenas de militantes revolucionarios condenados por los Tribunales de Orden Público, reorganizados por un Decreto del 23 de junio de 1937 (tres jueces civiles y dos militares, designados por el Gobierno, pues los antiguos Tribunales Populares habían sido disueltos), el método más utilizado para liquidar a la «chusma» anarquista o «trotsista», era la «desaparición», es decir, la tortura o el disparo en la nuca. Además de Nin, Berneri, A. Martínez, Marc Rhein, Bob Smilie, y todos los que he nombrado, otros militantes conocidos desaparecieron en España sin dejar rastro: «Kurt Landau, militante austríaco, antiguo secretario de la Oposición de Izquierda Internacional, solidario del POUM contra Trotski (...) el trotskista polaco Freund, llamado Moulin, el trotskista checo Erwin Wolff, antiguo secretario de Trotski, José Robles, antiguo profesor de la Universidad John Hopkins...<sup>221</sup>» y los innumerables

anónimos fusilados durante o después de las «jornadas de mayo» o por «insubordinación» en el frente.

«La Comisión de Investigación dirigida por Félicien Challaye y el inglés McGovern se quedó estupefacta cuando se vio acogida en la Cárcel Modelo de Barcelona, en noviembre de 1937, por la *Internacional*, cantada por quinientos detenidos.<sup>222</sup>»

### *El SIM (Servicio de Investigación Militar)*

Creado el 15 de agosto de 1937 por un Decreto del ministro de Defensa, Indalecio Prieto, este servicio pretendía ser un servicio clásico de contraespionaje que todo ejército «moderno» debe poseer, según parece. Pero dadas las condiciones específicas de la guerra civil en España, su carácter triangular: lucha entre revolución y contrarrevolución y guerra al fascismo de estas dos tendencias, el SIM se convirtió en seguida en el gran depurador, en el servicio que llevó a cabo la «caza de brujas» entre las tropas republicanas (y no solamente en el ejército). «Después del republicano Sayagües fue (el SIM) dirigido por el socialista Uribarri, ex oficial de la Guardia Civil que se entendía directamente con los rusos de los “servicios especiales” y después, luego de su huida a Francia (con una fortuna en joyas robadas), por Santiago Garcés que pasa por haber sido uno de los asesinos de Nin. Prieto, creador del SIM, ha contado detalladamente cómo veía que el Servicio se le escapaba de las manos. El comandante Duran, comunista, jefe del SIM de Madrid, designaba a militantes comunistas para todos los cargos importantes y los «técnicos rusos» protestaron cuando Prieto les quiso enviar de nuevo al ejército. Algunos meses después de su creación, el SIM, que escapaba completamente a la autoridad del ministro de la Defensa Nacional, contaba con más de 6.000 agentes y dirigía prisiones y campos de concentración.<sup>223</sup>»

Así pues, en sus orígenes, el SIM era un servicio de contraespionaje militar, pero después de que lo controlaran los comunistas, aconsejados muy de cerca por los especialistas de la NKVD, se convirtió en una superpolicía política, fabricada sobre el modelo de ese servicio ruso que a su vez estaba muy inspirado en la Gestapo. Estaba dividido en una serie de secciones que cubrían todas las actividades militares, económicas y políticas («vigilancia» de los partidos y organizaciones) y contaba con la inevitable Brigada especial encargada de las torturas y ejecuciones. La red de cárceles «privadas» y campos de concentración, así como en general la mayoría de las actividades policíacas del SIM, escapaban al control de las autoridades republicanas y eran secretas, excepto cuando se trataba de arrestar a fascistas, de lo que se enorgullecían, para poder proseguir tranquilamente sus actividades terroristas contrarrevolucionarias.

José Peirats, ha reproducido en su libro toda una serie de datos sacados de los informes confidenciales de la CNT y de la FAI sobre las actividades y

<sup>218</sup> La traducción de la copia de esta sentencia nos ha sido amablemente cedida por W. Solano.

<sup>219</sup> Véase «La Révolution Proletarienne», n.º 250 (10 de julio de 1937).

<sup>220</sup> Ibid.

<sup>221</sup> Broué y Temime, *Op. cit.*, pág. 278.

<sup>222</sup> Ibid.

<sup>223</sup> Ibid., pág. 286.

los métodos de esta superpolicía política.<sup>224</sup> Según esos informes, el jefe del SIM era un ruso cuyo nombre no se menciona. Entre los estalinistas españoles colocados en puestos de responsabilidad de la Seguridad que colaboraron estrechamente con el SIM se citan los nombres de: Ortega, Burilo, Rodríguez Sala, José Cazorla, Santiago Carrillo.<sup>225</sup> En cuanto a los métodos eran los de todas las superpolicías políticas, estalinistas o fascistas. Leyendo los testimonios publicados por Peirats no podemos dejar de pensar en las técnicas de los interrogatorios de los nazis bajo la ocupación (o en la misma Alemania) ¡o en las alegres fiestas proletarias en los sótanos de la Lubianka!

El eje por supuesto, era la tortura. Todo sospechoso, todo disidente, tenía que acabar confesando que era un espía fascista. Los instrumentos de tortura eran tan variados como los de cualquier otra parte: además de los golpes, de colgar por los pies o las manos, de las agujas entre las uñas, etc., había sillas eléctricas «parecidas a las utilizadas en los Estados Unidos», salvo que no estaban destinadas a matar rápidamente sino por el contrario, a que durase el suplicio. También había una prensa para aplastar los cuerpos de los interrogados, cuya parte superior tenía, curiosamente (¿?) forma de cruz gamada... También había celdas minúsculas; en algunas, el detenido sólo podía estar de pie y el suelo estaba hecho con baldosas cortantes, que herían la planta de los pies; otras, a las que llamaban «armarios», eran de dos tipos: las grandes, en las que el detenido podía estar de pie pero sin apenas moverse y las pequeñas en las que sólo se podía estar en cuclillas; también había cajas, donde el cuerpo del prisionero quedaba estrechamente encerrado y de las que sólo sobresalta la cabeza. En todos estos «aislantes políticos» como se llamaban en la URSS, los prisioneros podían permanecer semanas, o todo el tiempo que agradase a sus verdugos, en tanto no confesaran que eran espías fascistas. En los testimonios recogidos por Peirats, se habla sobre todo de una de esas checas del SIM, situada en Valencia, en el antiguo convento de Santa Ursula. Pero, al igual que en cualquier otro servicio público bien centralizado, todas las checas eran del mismo modelo.<sup>226</sup>

<sup>224</sup> Peirats, Op. cit., t. III, págs. 277 a 291.

<sup>225</sup> Santiago Carrillo, secretario general del PC español fue durante la guerra civil secretario general de la JSU —y uno de los artífices de su «estalinización»— y «responsable de la Seguridad» en la Junta de Defensa de Madrid hasta el mes de febrero de 1937, cuando fue sustituido por Cazorla. Por lo tanto no colaboró con el SIM, que fue creado más tarde, sino con la NKVD, y de una manera muy directa y... eficaz, durante los meses en que fue responsable de la Seguridad en Madrid. Eso le da, naturalmente, plena autoridad para charlar hoy sobre «socialismo y libertad».

<sup>226</sup> Por ello causa escalofríos cuando, después de haber informado sobre las torturas y los horrores del SIM (de las que no he dado más que algún ejemplo), los dirigentes de la CNT-FAI discuten entre sí para saber si debieran aceptar el puesto que les ofrecen los comunistas en esa superpolicía política y acaban por no aceptar porque el puesto en cuestión no tiene... ¡poder real! (Véase Peirats, Op. cit., t. III, pág. 289. Indiquemos que Peirats critica muy duramente las

### *La disolución del Consejo de Aragón*

Dado que la lucha entre revolución y contrarrevolución en Cataluña concierne tan directamente a Aragón, creo que sería útil reseñar aquí brevemente cómo se vio alcanzada esta región por la oleada contrarrevolucionaria que se había desencadenado sobre Cataluña.

Cuando, nada más haber aplastado el levantamiento militar en Cataluña, las columnas de milicianos entraron en Aragón y cuando los obreros aragoneses se agruparon en «comunidades libertarias», esta región se convirtió de algún modo, en la vanguardia de la Cataluña revolucionaria tanto en el plano militar como en el político, económico y social. El «poder» que tenían en ella los anarquistas era evidente, pero ella no era debido a que utilizasen el terror, como decían y dicen todavía los estalinistas<sup>227</sup> sino simplemente a que eran mayoritarios en el frente y en la retaguardia. En octubre de 1936, los anarquistas organizaron el Consejo de Defensa Regional de Aragón, presidido por Joaquín Ascaso (hermano de Francisco, muerto durante los combates de Barcelona, el 20 de julio, y de Domingo que mandó la división Ascaso) y que estaba compuesto únicamente por miembros de la CNT-FAI. Ese Consejo pretendía ser el centro de coordinación entre la retaguardia y el frente, entre las columnas y las «comunidades libertarias» —u otras— entre la revolución social y las necesidades de la guerra, etc. Por ejemplo, en su primera proclamación oficial se puede leer lo siguiente:

«Primero: Que todas las demandas de artículos de primera necesidad, ganado, enseres y otras materias, sean pedidas directamente a este Consejo que cumplirá racionalmente con las posibilidades de la región, desautorizando, por lo tanto, enérgicamente los hechos esporádicos realizados por quien sea, en esta materia, de no darse un caso de extrema urgencia que imposibilite la tramitación natural al respeto, que este Consejo exige de todos; y

»Segundo: Que las columnas antifascistas no deben ni pueden inmiscuirse en la vida político-social de un pueblo que es libre por esencia y por propia personalidad.<sup>228</sup>»

Las dos principales preocupaciones del Consejo quedan resumidas en los puntos arriba mencionados: la necesidad evidente de una coordinación no sólo económica, sino también militar (armamento, abastecimiento de las columnas, por ejemplo, a los que hacen alusión otros «considerando» de la proclamación) y la necesidad no menos evidente de la autonomía, de la libertad de cada comuna libertaria —y más generalmente de cada pueblo— que se auto-organiza en el marco general —y complejo— de la revolución y de la guerra. Y puesto que me he permitido tan severas críticas hacia los dirigentes anarquistas, bien puedo reconocer ahora que el Consejo de

actuaciones del SIM, formase o no parte de él la CNT-FAI)

<sup>227</sup> Véanse los libros ya citados anteriormente de Dolores Ibarruri, Arthur London, la historia «oficial» de la guerra del PC, las memorias de Líster. etc.

<sup>228</sup> Peirats, Op. cit., t. I, pág. 213.

Aragón respetó la autonomía de las comunas y la diversidad de sus experiencias revolucionarias. En ningún momento Joaquín Ascaso se mostró como el virrey regional, el déspota y el ladrón presentado por la propaganda comunista. En cuanto a los problemas de coordinación y a las exigencias de la guerra, las tesis contrapuestas son hasta tal punto partidistas que es difícil formarse una opinión, objetiva sobre ellos. Las comunas libertarias proliferaban en Aragón y transformaron profundamente la vida de los obreros y de los campesinos pobres, de los comerciantes y de los artesanos (aun cuando a veces se seguían conservando y consolidando algunas estructuras retrógradas; por ejemplo, ya comenté la ambigüedad, cuando menos, del salario familiar y de la discriminación salarial respecto al trabajo de las mujeres), pero es difícil decir hasta qué punto el Consejo de Aragón colaboró en estas transformaciones, ni si ha sido un factor esencial en la revolución social en Aragón o si, por el contrario, al proporcionar servicios para la coordinación entre comunas, ha sido una especie de escudo simbólico de las experiencias que aprobaba sin desempeñar en ellas un papel importante.

Sea como fuere, una vez formado el Consejo, Ascaso se fue a Madrid, para que lo reconociera el Gobierno central. A pesar de la opinión de los comunistas que querían volver a la administración política «legal» — gobernador civil y consejos municipales que habían sido sustituidos por el Consejo y los Comités revolucionarios locales— Largo Caballero, entonces Primer Ministro, aceptó reconocer el Consejo a condición de que estuvieran representados en él todos los partidos del Frente Popular. Ascaso aceptó y el Consejo, reorganizado en diciembre, se compuso de 7 miembros de la CNT-FAI y 7 miembros de otras organizaciones (PC, UGT, republicanos y un miembro de Partido sindicalista). Pero los anarquistas, mayoritarios en la región, continuaban «dominando» el Consejo.

Después de las «jornadas de mayo», en el ímpetu de la gran ofensiva por el retorno al orden burgués, los comunistas y los socialistas de derechas decidieron liquidar el Consejo de Aragón, las comunas libertarias (que eran el principal objetivo) y la relativa autonomía de esa región

«Las necesidades morales y materiales de la guerra exigen de una manera imperiosa ir concentrando la autoridad del Estado, de suerte que pueda ser ejercida con unidad de criterio y de propósito (...). La región aragonesa, capaz por el temple de sus hombres de las más altas contribuciones humanas y económicas a la causa de la República, padece con mayor rigor que ninguna otra los efectos de la dispersión de la autoridad, de donde se sigue un daño a los intereses generales e ideológicos.<sup>229</sup>» Estas reveladoras líneas han sido sacadas del Decreto de disolución del Consejo de Aragón, que fue sustituido por un Gobernador civil, el republicano Mancetón, compañero de viaje del PC —los Comités Revolucionarios fueron sustituidos, aquí como en Cataluña, por los Consejos Municipales que, por supuesto no fueron elegidos.

Pero el Gobierno nunca se hubiera atrevido a anular de un plumazo el Consejo. Para hacerlo fue necesaria una nueva conspiración

<sup>229</sup> Idem, Op. cit., t. II, pág. 277.

contrarrevolucionaria que consistió en invadir militarmente Aragón, bajo pretextos muy falaces (descanso de las tropas, maniobras militares, etc.) para que, cuando apareciera el Decreto en el Diario Oficial (el 10 de agosto de 1937 —o el 11, los historiadores no están de acuerdo en la fecha)— esas tropas «seguras» ya lo estuviesen aplicando.

Enrique Líster, uno de los jefes militares encargados de esta operación, con ese tranquilo cinismo que da la tontería, reveló algunos detalles de esa conspiración, en sus Memorias.<sup>230</sup>

Indalecio Prieto, Ministro de Defensa le convocó en su despacho el 5 de agosto por la mañana.

«Me explicó que el Gobierno había decidido disolver el Consejo de Aragón, pero que temía que los anarquistas se negasen a obedecer a esa orden y, como además de las fuerzas de policía del Consejo, tenían también tres Divisiones del Ejército, había propuesto al Consejo de Ministros, y este último lo había aceptado, enviar allá una fuerza militar capaz de permitir el cumplimiento de esa decisión gubernativa (...). Me declaró que no habría ninguna orden escrita para la misión que me encargaban, ni comunicados sobre el cumplimiento de la misma, que se trataba de un secreto entre el Gobierno y yo, que debía liquidar sin dudar y sin ningún procedimiento burocrático o legalista, a todos aquellos que estimara necesario liquidar (subrayado por mí [C.S.-M.]) y que tenía detrás de mí a todo el Gobierno.<sup>231</sup>»

Líster y los demás comandantes «leales» se lanzaron alegremente a la represión.

«Inmediatamente, la 11.<sup>a</sup> división del comandante comunista Líster (...) pasó a la acción contra los Comités y las Colectivizaciones, cuya disolución reclamaba unánimemente la prensa del Frente Popular. El periódico del Consejo, “Nuevo Aragón”, fue suprimido y sustituido por el comunista “El Día”. Los Comités locales fueron sustituidos por Consejos Municipales, instalados por las tropas de Líster. Los locales de la CNT y de las organizaciones libertarias fueron ocupados militarmente y luego cerrados. Numerosos dirigentes fueron detenidos y entre ellos Joaquín Ascaso, el 12 de agosto acusado de «contrabando» y de «robo de joyas». El 18 de septiembre, aprovechando un sobreesimio, fue puesto de nuevo en libertad. Por esa fecha, el

<sup>230</sup> E. Líster, Nuestra Guerra, Ediciones Ebro, París, pág. 152.

<sup>231</sup> Algunas páginas más adelante, Líster aparenta enfadarse por la actitud de Prieto que le reprochaba públicamente su brutalidad durante esa operación de limpieza. ¿Por qué se indignaba? ¿Acaso Prieto no le había explicado muy claramente los términos del acuerdo secreto: «Haga lo que quiera, nosotros le cubrimos, pero oficialmente no sabemos nada...»? (Observemos de paso que E. Líster es uno de los líderes de una escisión del Partido Comunista, que reprochaba a la dirección D. Ibarruri-Carrillo sus críticas «anti-soviéticas» respecto a la intervención en Checoslovaquia. Líster y los suyos han formado un segundo partido comunista: el P.C.O.E.)

objetivo había sido alcanzado, el último poder revolucionario había sido definitivamente liquidado.<sup>232</sup>»

César M. Lorenzo observa:

«¿Iban a caer sobre las tropas comunistas las divisiones confederales asentadas en el frente de Aragón (las divisiones 25.<sup>a</sup>, 26.<sup>a</sup> y 28.<sup>a</sup>, sin contar los restos de la 29.<sup>a</sup> división, ex-poumista, que habían sido colocadas bajo las órdenes del libertario Miguel García Vivancos)? Los soldados lo deseaban ardientemente, pero el CN de la CNT y el CP de la FAI, intervinieron para impedir que desencadenaran una nueva guerra civil; les pidieron que siguieran teniendo paciencia y que no hicieran nada sin el consentimiento de la Organización, porque un acto de desesperación podría entregar rápidamente la zona republicana a Franco. Por lo tanto, las tropas confederales no se movieron.<sup>233</sup>»

«En cuanto al CN de la CNT y al CP de la FAI, su actitud pasiva se explicaba en la medida en que se desinteresaban por un organismo que se había constituido sin su autorización y a despecho de la disciplina interna; también se explicaba porque deseaban volver a colaborar con Negrín y por lo tanto no querían provocar ningún conflicto grave que pudiese envenenar las relaciones.<sup>234</sup>»

Sin darse cuenta, Lorenzo (cuyo libro tiende a demostrar que los anarquistas españoles estaban tan capacitados como cualquiera para convertirse en una burocracia política «responsable») hace aquí una crítica a la dirección CNT-FAI.

Evidentemente, tanto en Aragón como en Cataluña, o en cualquier otro sitio, todas las medidas revolucionarias realizadas por las masas anarquistas, se hicieron sin «su» autorización y a despecho de la disciplina interna.

Cogidos por sorpresa y «traicionados» por sus dirigentes nacionales (pues los otros estaban detenidos, las masas no opusieron una verdadera resistencia al «putch» militar que les arrancaba su autonomía. Una represión sangrienta se abatió sobre el Aragón ocupado y lo único que se puede decir a favor de los dirigentes de la CNT-FAI es que, gracias a su intervención junto al Gobierno, evitaron que muchos líderes anarquistas locales fueran fusilados. Hubo sin embargo cientos de detenciones y una nueva carretada de «desaparecidos».

«Pero la acción de las fuerzas militares comunistas, no tardó en evidenciar el alcance de la catástrofe. Aragón quedaba arruinado económicamente por el paso del ejército; los campesinos ya no sabían de quién fiarse; los colectivistas, desposeídos se negaban a trabajar como antes para los propietarios, las tropas confederales estaban desmoralizadas, miles de hombres se habían refugiado en Cataluña. El ministro comunista de Agricultura, Vicente Uribe, tuvo que dar marcha atrás y tolerar nuevamente las colectividades, porque había que salvar la

cosecha. Y, como testimonio sobrecogedor de la fuerza del colectivismo agrario aragonés, los campesinos reconstruyeron casi todas las Colectividades, y los anarquistas fueron liberados y empezaron a recuperarse. Después de haber estado al borde de una guerra civil, después de haber arruinado a Aragón, irritado (¿?) a las divisiones confederales, matado a centenares de hombres, el gobierno, sometido al control comunista, soltaba lastre.<sup>235</sup>»

\* \* \*

Ya está. El orden quedaba restablecido. El nuevo orden republicano se hacía cada vez más autoritario. La fachada «democrática» se había desmoronado, llevándose consigo las ilusiones de todos los que habían soñado para España un régimen de «justicia y libertad», una República parlamentaria, tolerante, pero eficaz. El nuevo Estado tenía una evidente vocación totalitaria, ultracentralista, represiva. La única fisura en el montaje de este hermoso edificio era la lucha entre las diversas fracciones burocráticas, pues ninguna, conseguía imponerse del todo a las demás.

En Cataluña, después de la cantidad inmensa de decretos que hasta ese momento habían quedado en «papel mojado», la policía procedió finalmente al «desarme de la retaguardia», es decir, a desarmar a los obreros. En Cataluña —como ya dije— el Orden Público estaba ya bajo la «responsabilidad» del Gobierno central. Las libertades democráticas de palabra, prensa y reunión, habían sido brutalmente liquidadas; ya no sólo eran el POUM y los grupos «extremistas» de la CNT-FAI quienes tenían que actuar en la clandestinidad, toda la actividad política, estaba sometida a un riguroso control: las reuniones sindicales debían ser autorizadas por el delegado de Orden Público, después de haberlo solicitado por lo menos tres días antes. Una nueva legislación (creada por el mismo Decreto del 23 de junio de 1937 que «reorganizó» a los tribunales) estableció una vasta serie de delitos políticos que permitían perseguir prácticamente a todo el mundo:

«La definición del delito de espionaje y altra traición» era lo suficientemente extensa como para permitir la utilización de esta arma terrible contra todo oponente, inclusive contra los que no eran fascistas...» (Sobre todo, diría yo, contra los revolucionarios. [C.S.-M.]). En efecto, eran considerados como delitos el hecho de «de realizar actos hostiles a la República, dentro o fuera del territorio nacional», «defender o propagar noticias, emitir juicios desfavorables a la marcha de las operaciones de guerra y a la autoridad de la República», los «actos o manifestaciones que tiendan a debilitar la moral pública, a desmoralizar al ejército o a disminuir la disciplina colectiva». Las penas previstas oscilaban entre seis años de cárcel y la pena de muerte. Y, lo que es una circunstancia agravante, eran las mismas penas tanto para el delito consumado como para «la tentativa y el delito fallido, para la conspiración y la incitación, así como para la complicidad y la protección». El decreto permitía todas las provocaciones y

<sup>232</sup> Broué y Temime, Op. cit., pág. 280.

<sup>233</sup> Lorenzo, Op. cit., pág. 306.

<sup>234</sup> Ibid., pág. 207.

<sup>235</sup> Ibid., pág. 309-310. Véase también Daniel Guérin, l'Anarchisme, y G. Munis, Jalones de Derrota.

daba a la policía poderes discrecionales, puesto que estipulaba que «quedaban exentos de pena aquellos que, después de haber dado su consentimiento para cometer esos delitos, los denunciaran antes de que fueran realizados».<sup>236</sup>

Gracias a esta legislación tan republicana como, por ejemplo, la de los coroneles griegos, se llenaron las cárceles de miembros del POUM y de anarquistas.

Esta brutal restricción a las libertades democráticas también se manifestaba por la intensificación de la censura de prensa y publicaciones. Se ha visto que la censura, aunque teóricamente estaba limitada a las informaciones de índole militar, en realidad, hacía estragos desde varios meses antes, para alcanzar, bajo el Gobierno Negrín, las delirantes características de los regímenes totalitarios. Sólo daré un ejemplo: «El 14 de agosto, una circular prohibió toda crítica al Gobierno ruso: “Con una insistencia que permite adivinar un plan preciso, destinado a ofender a una nación excepcionalmente amistosa, creando así dificultades al Gobierno, diversos periódicos se han ocupado de la URSS de una manera inadmisiblemente... Esta licencia absolutamente reprochable no debería ser admitida por el Consejo de Censores. El periódico que no se pliegue será suspendido indefinidamente, aun si ha sido censurado; en este caso se presentará ante el Tribunal Especial encargado de los crímenes de sabotaje (!)»».<sup>237</sup>

Desde el 18 de junio de 1937, el Gobierno central se otorgó el monopolio de las estaciones de radio y se había apoderado de las emisoras utilizadas hasta ese momento por las centrales sindicales y los partidos políticos.

Paralelamente, a esta operación que consiguió meter en cintura a la opinión, reduciendo a la nada cualquier posibilidad de crítica (pero que no impedía que las diversas fracciones burocráticas se entregasen a una lucha que muchas veces fue sangrienta, hasta el momento mismo de la derrota militar) las propias organizaciones ponían orden en sus filas. Largo Caballero y los socialistas de izquierdas que no se habían agrupado bajo las banderas de la «entente cordial» del Gobierno Negrín, fueron apartados de los puestos de responsabilidad. Las escasas tentativas de rebelión por parte de algunos sectores de la JSU (influenciados por los «caballeristas») fueron aplastadas.<sup>238</sup> La CNT-FAI no sólo expulsó de su seno a los «Amigos de Durruti» sino que también, algunos líderes como Abad de Santillán que reclamaban un «viraje a la izquierda» de la organización, fueron apartados de toda responsabilidad. La mayor parte de los Comités de «base» contestatarios, fueron metidos en cintura, especialmente entre las Juventudes Libertarias.

Dentro de la lógica del Estado fuerte, de la «unidad de mando», el Gobierno central acabó con la autonomía de que gozaba Cataluña. Tanto en el ámbito militar, del Orden Público como en el ámbito financiero o industrial, la Generalitat se vio paulatinamente despojada de todo poder

efectivo. Los ministros catalán y vasco del Gobierno central (Aiguadé e Irujo) dimitieron en agosto de 1938, como protesta por la liquidación efectiva del pluralismo nacional ibérico, que había sido presentado como una de las conquistas democráticas de la República y del Frente Popular. A la vista de todas estas medidas, centralizadoras y autoritarias se podría pensar que la «identificación con el enemigo» rebasaba en la realidad el marco estrictamente militar, como si la mística del Estado fuerte hubiese ido impregnando progresivamente a los «defensores de la democracia».

Por lo que respecta a las colectivizaciones, la ofensiva del nuevo Estado crecía paralelamente a todas las medidas autoritarias de las que acabo de hablar. Las colectivizaciones (véase el capítulo sobre las mismas), a pesar de haber sido declaradas ilegales justo después de las «jornadas de mayo» por el Gobierno Negrín, no desaparecieron. Ante esta resistencia, a veces pasiva pero siempre encarnizada, el Gobierno multiplicó las amenazas, los decretos y las medidas de intimidación, para acabar con el escándalo de los escándalos para cualquier tipo de Poder: la autonomía y la autogestión obreras. Todos los decretos (siendo el del 11 de agosto de 1938 el más draconiano de todos) tendían a militarizar la industria. El pretexto era el mismo de siempre: las necesidades de la guerra. Para ello, el Gobierno central se encargó directamente de la dirección de la industria metalúrgica, las minas, transportes, etc., de Cataluña. Esta labor era realizada por un ejército de burócratas, casi siempre totalmente ignorantes de los problemas técnicos y otros de la producción, pero habían sido nombrados para esos puestos de control por su fidelidad política al Gobierno Negrín. Para no repetir lo que ya he dicho en el capítulo sobre las colectivizaciones, me limitaré a recordar la tenaz resistencia de los trabajadores a todas esas medidas burocráticas. Por otra parte, esa resistencia no la manifestaban en el hecho de que se negasen a fabricar las armas, los tanques, los aviones, encargados por el Gobierno, al contrario, los trabajadores criticaban la ineptitud de las autoridades y su lentitud en proporcionar las materias primas indispensables para aumentar la producción del material de guerra. Esta incapacidad era tal que algunas fábricas tuvieron que detener su trabajo durante semanas, por ausencia de materias primas, que se habían perdido en los meandros del papeleo burocrático. Su resistencia la manifestaban ante todo por su negativa a convertirse en simples ejecutantes de un proceso productivo, que estaba siendo dirigido burocráticamente por las autoridades estatales. La CNT, que seguía siendo muy fuerte en Cataluña, al verse a su vez desposeída de su papel directivo, hizo causa común con los trabajadores en muchas ocasiones, pero en otras se erigió en intérprete de las decisiones gubernativas ante los trabajadores.

Las colectividades agrícolas de Cataluña también tuvieron que soportar, como las de Aragón, una ofensiva en toda la regla. Los antiguos propietarios, alentados por la nueva política gubernativa recurrieron a los tribunales para que se les restituyeran las tierras «ilegalmente» confiscadas por los campesinos. Y a veces lo consiguieron. Tanto en la agricultura como en la industria, fue la relación de fuerzas la que determinó siempre la aplicación total de las medidas antiolektivistas gubernativas. Si en determinado pueblo la colectividad gozaba del apoyo de la mayoría de la

<sup>236</sup> Broué y Temime, Op. cit., pág. 284-285.

<sup>237</sup> Ibid., pág. 285-286

<sup>238</sup> Sobre la JSU, véase la nota 14, pág. 362.

población, y estaba rodeada de otras Colectividades agrícolas igualmente bien implantadas y defendidas por la CNT, las autoridades gubernamentales vacilaban en hacer una demostración de fuerza y en ese caso las recriminaciones de los antiguos propietarios quedaban sin efecto. Pero también sucedía lo contrario. En la industria pasaba lo mismo; la resistencia de los trabajadores obligaba al nuevo director y a los organismos tutelares a realizar concesiones importantes. Esta lucha sorda persistió hasta la derrota militar. Si los republicanos hubiesen ganado la guerra, el conflicto habría reaparecido indefectiblemente: si era la guerra la que supuestamente exigía la centralización, la disciplina, y el Estado fuerte, una vez acabada, los trabajadores, habrían exigido no sólo volver a la autogestión, sino además profundizarla y extenderla. Pero como, naturalmente no era la guerra el único motivo de que la burocracia rechazara la autogestión, entonces habrían tenido que intentar aplastar por la fuerza una de las más extraordinarias aventuras de nuestro tiempo.

\* \* \*

El elemento irrisorio que hay en todas las cosas aparece de modo pasmoso en la historia contemporánea de España, puesto que el franquismo ha sido quien ha realizado el programa comunista: es decir, la «revolución burguesa». Desde luego, cual la hija enclenque de unos viejos sifilíticos, esta revolución burguesa, tardíamente nacida, no tiene, como sus hermanas extranjeras, el brillo de un renacimiento cultural y social, el incremento de las libertades democráticas (en relación con el pasado) el retroceso de los prejuicios ancestrales (especialmente los religiosos), etc. Es una revolución burguesa de «derechas», que ha realizado la industrialización del país, el aumento de la producción y del nivel de vida, la regresión del peso de la agricultura sobre la economía, sin olvidar el consumo relativamente masivo de televisores, automóviles, etc., bajo la férula de un Estado fuerte y la losa de plomo de los tabúes y de los mitos del orden moral nacionalista. Para emplear la jerga de los epígonos marxistas, se ha creado la base económica de la revolución burguesa aun cuando las superestructuras políticas no parezcan «pegar» con su simplista visión. Es por esto precisamente por lo que los «marxistas» españoles continúan negando la importancia del desarrollo económico realizado en España bajo el franquismo. Cuando no se puede resolver un problema, siempre cabe negarlo.

La España de hoy es diferente a la de 1936. Diferentes el paisaje económico y social y la mentalidad de gran parte de las clases dirigentes. Diferentes son también la industria y la agricultura, la Universidad y sus problemas, la Familia y los suyos (hasta la misma Iglesia, por lo que parece, tiene los suyos), etc.

Los partidos y las organizaciones políticas de oposición han resistido muy mal el desgaste producido por el exilio; todos ellos están sacudidos por las crisis, pero no son crisis de renovación sino de estancamiento. La «nueva oposición del interior» ha desaparecido prácticamente o se ha integrado a la antigua, sin renovarla.

El proletariado, que ha sido verdaderamente —y no ideológicamente— el protagonista de las experiencias revolucionarias que hemos analizado,

también ha cambiado. El proletariado agrícola, tan importante en aquella época, está ahora en «vías de desaparición», cosa que no sucede sin dramas, como se sabe. Y la clase obrera está en vías de integración, como en toda Europa, lo que no quiere decir que no haya huelgas —como en toda Europa— o que no se luche por unos «sindicatos libres» (sindicatos que sean unos instrumentos de integración mejor adaptados a esa nueva etapa de «democratización» que mucha gente sueña para el post-franquismo). En este sentido la revolución española ha sido, sin duda alguna, el último ejemplo de actividad específicamente proletaria, autónoma y revolucionaria ([véase el anexo 2, página 348](#)).

Esta visión «pesimista» no quiere en modo alguno decir que la sociedad española sea una sociedad sin conflictos. No hay sociedad sin conflictos y España no escapa a esta evidencia. Quiere decir, simplemente, que los conflictos se sitúan y se presentan de un modo diferente en muchos sentidos. La sociedad española se va convirtiendo, no sin esfuerzo —como por otra parte ha ocurrido o está ocurriendo en todas partes— en eso que se llama una «sociedad industrial» y los conflictos a los que tendrá que enfrentarse serán los conflictos modernos de las sociedades industriales. Lo que no excluye, sino todo lo contrario, que reaparezcan y a veces de un modo violento, los conflictos arcaicos.

¿Y las «perspectivas revolucionarias»? Porque el análisis de una revolución, tan profunda como ésta, que ha sido aplastada por las fuerzas «objetivamente» coaligadas del viejo mundo, nos remite al concepto mismo de revolución, tal y como se entiende hoy día. No me hago ilusiones: para unos, el relato de esta «derrota» les reforzará en su crítica al «espontaneísmo», mientras que otros se estancarán en el pantano simbólico, de la repetición.

Sin embargo, todas las revoluciones «trionfadoras» que se dicen procedentes —antes, durante, o después del marxismo-leninismo, han producido monstruos, dictaduras de la estupidez y de la policía, pesadas maquinarias de explotación y alienación de los individuos, donde hasta los problemas económicos —que hasta hace muy poco se citaban como la clave del éxito de los llamados países socialistas— han sido mal resueltos o no lo han sido en absoluto, donde la producción, desde el punto de vista cualitativo es tan absurda como en los demás países, mientras que desde el punto de vista cuantitativo, es menor. Sin embargo, todos aquellos que quisieran hacer algo, por ejemplo, en España para liberar a la sociedad del enorme peso del orden nacionalista y clerical, se tropezarán con las ruinas del marxismo-leninismo —que sigue pringando las organizaciones y los cerebros. También hay que precisar que todas las revoluciones de signo libertario, como la que hemos relatado aquí, han sido aplastadas. Esto plantea de todos modos algunos pequeños problemas respecto a la gran idea del siglo XIX, según la cual la revolución en un gran movimiento entusiasta, acabará en pocos días —o en pocos meses— con la injusticia y la explotación capitalista para originar la «buena sociedad» sin clases.

No obstante —mucho antes que en la Cataluña de 1936 y mucho después: Mayo del 68, por ejemplo—, el hilo rojo de la revolución libertaria, antijerárquica, autogestionadora, estalla aquí o allá, es hoy como ayer



aplastado, renace de sus cenizas, y este movimiento profundo, irrecuperable, invencible, irreductible, aunque algunas veces cambia los rasgos —o tics— de su rostro, en cuanto a lo esencial —el derecho de los individuos a disponer de sí mismos—, permanece idéntico a lo largo de toda la historia contemporánea. Este movimiento es para mí el único verdaderamente revolucionario, que ningún poder o jefe supremo —de «izquierdas» o de «derechas» conseguirá jamás dominar definitivamente. Si es verdad que hay que reinventar la revolución —como yo pienso—, sólo podrá hacerse a partir de ese movimiento, o mas bien, será ese movimiento —sin jefes, ni partidos ni banderas— quien, tal vez, la reinvente.

## ANEXOS

### 1. Sobre las insurrecciones de octubre de 1934

En octubre de 1934, una serie de insurrecciones contra el Gobierno reaccionario del radical Lerroux y de la CEDA —cuyo hombre fuerte era Gil Robles, aunque sólo tenía la cartera de la Guerra— estallaron o abortaron en España. La más importante de todas fue la de Asturias donde los obreros armados resistieron 15 días contra el ejército, que acabó por aplastarlos: presionalos por Dencàs, líder del Estat Català (organización nacionalista, poderosamente influenciada por el fascismo musoliniano y a la que veremos en acción contra los libertarios, en 1937), Companys intentó aprovechar el proyecto insurreccional, iniciativa del ala izquierda del Partido Socialista que fracasó en todas partes, excepto en Asturias. El 5 de octubre, desde el balcón del Palacio de la Generalitat y al parecer sin convicción alguna, proclamo la independencia del Estado catalán en el seno de una República federal española (¿?). Madrid envió sus tropas para acabar con esa secesión. Companys hubiera querido pedir la colaboración de la CNT (que por otra parte, era hostil a ese putsch nacionalista cuyos líderes se oponían a ello tanto como el Gobierno central de Madrid), pero los principales animadores del complot, Dencàs y Badía, el jefe de la policía, se negaron tajantemente. La policía llegó incluso a aprovechar el putsch para detener a algunos militantes anarquistas. Todo acabó muy de prisa, el ejército cercó la Generalitat y después la tomó por asalto deteniendo a Companys, sin que hubiera una verdadera resistencia. Los escamots, la organización militar de tipo fascista de Dencàs, ni siquiera participaron en la lucha. El propio Dencàs, huyó a la Italia fascista. Según Brenan (*El Laberinto español*, Ed. Ruedo Ibérico, París, 1962, págs. 214-215), el putsch fue un golpe montado por la CEDA y los monárquicos para acabar con la autonomía catalana y Dencàs y Badía, el jefe de policía, actuaron como agentes provocadores. Además, Gil Robles se enorgulleció de ello en la tribuna de la Cámara de Diputados.

Se le ha reprochado a la CNT-FAI su pasividad durante esos acontecimientos de Barcelona. Hubieran debido actuar, no a favor del fascista Dencàs, ni siquiera a favor del republicano Companys —manipulado por el primero—, sino para ayudar a los mineros asturianos organizados dentro de la Alianza Obrera CNT-UGT y que estaban asediados en Oviedo. Los anarquistas se defienden (aunque algunos admiten el fundamento de esta crítica) diciendo que era absurdo pretender escoger entre la reacción catalana y la reacción «madrileña», pero también alegando que la CNT estaba diezmada después de los levantamientos de enero de 1932, enero de 1933 y diciembre de 1933; había sufrido una cruel represión y miles de militantes estaban prisioneros (César M. Lorenzo, *Los Anarquistas españoles y el Poder*. Ed. du Seuil, pág. 85.) Pretenden que este argumento sea válido para Barcelona, Madrid, Zaragoza, etc.

## 2. Sobre los obreros, el proletariado y el «movimiento obrero»

Para evitar confusiones, creo útil precisar lo siguiente: cuando hablo de obreros y de proletariado, no concedo ninguna carga ideológica a estas palabras. El proletariado son los metalúrgicos, los obreros textiles, los ferroviarios, los obreros agrícolas, etc. No creo en absoluto en el papel carismático que el marxismo atribuye al proletariado: clase *portadora* de la revolución socialista que, al liberarse a sí misma, libera a todas las clases y establece la buena sociedad sin clases. Todavía estoy menos de acuerdo con los diversos matices y añadidos contradictorios de los epígonos: la clase obrera, al tiempo que es, por esencia, la que va a liberar a la humanidad, no puede por *sí misma* superar la práctica y la teoría de las Trade Unions (Lenin). El partido es quien la revela a sí misma y quien le pone en evidencia su misión histórica, el partido se convierte en el instrumento indispensable para la conquista del poder político (que ellos confunden con la revolución). Así, paulatinamente, el partido ha ido sustituyendo a la clase obrera en la ortodoxia marxista y «obrero» y «proletario» es aquello que está dentro de la línea del partido (o del Estado) marxista-leninista, y sólo eso.

Así, pues, veremos, por ejemplo, que en Cataluña hay metalúrgicos que pueden no ser «obrerros» y comisarios de policía que sí lo son. Porque los primeros cuando realizan la autogestión, están desarrollando una «actividad pequeño-burguesa», mientras que los segundos están en *posiciones de clase* porque están en el partido. Esta ignominia jesuítica sigue siendo una regla de oro de los partidos —o grupos o grupúsculos— de diferente sello marxista-leninista. Todo esto es falso, como lo es pensar que las clases son *unívocas*.

Una vez dicho esto, todavía tengo que precisar un punto: sin confundir proletariado y «movimiento obrero» (partidos, sindicatos, Herrs Professors, corrientes ideológicas, publicaciones, círculos, Casas del Pueblo, etc.), hay que constatar que, *en el pasado*, constituían juntos una fuerza de protesta global de la sociedad bastante considerable y que hoy ya no la constituyen. Los partidos y los sindicatos, con el correr de los días, de las luchas y de la evolución de las sociedades modernas, se han convertido en instrumentos de integración de los trabajadores en la sociedad. Por supuesto, desde un principio lo llevaban dentro de sí, aunque sólo fuese por la reconstrucción en su seno de la jerarquía de valores y de puestos existentes en la sociedad burguesa, a veces adaptados, a veces no. Pero lo que al principio sólo era una tendencia, se ha convertido en su rasgo predominante.

Por su parte, el proletariado, que algunas veces ha sido «representado» y otras «traicionado» por el movimiento obrero, ha actuado más de una vez como protagonista en la historia de las luchas sociales, de manera autónoma, tomando directamente en sus manos sus intereses específicos sin —o en contra de— la mediación de las organizaciones que decían ser sus representantes. *Cada vez que el proletariado ha actuado así, lo ha hecho en un sentido libertario o antiautoritario, como se dice hoy.*

Fueron los obreros rusos quienes crearon los soviets en 1905. El Partido social-demócrata de Lenin y de Trotski no hizo más que *ordenarles* que adoptaran su programa o que se disolvieran. Todo está ya ahí. Así pues, fueron los proletarios (en el sentido aquí definido) los que realizaron la

autogestión, casi generalizada, en Cataluña, y todas las demás experiencias revolucionarias que constituyen el objeto de este libro. Sin embargo, hay que constatar igualmente que, dejando de lado algunas experiencias recientes habidas en las «democracias populares», el proletariado cada vez actúa de un modo menos autónomo y menos revolucionario y cabe preguntarse si la Revolución catalana no ha sido en alguna medida la última gran manifestación de esta especificidad revolucionaria del proletariado, que le convirtió en el verdadero protagonista de numerosas luchas sociales del pasado.

Esta especificidad revolucionaria no tiene mucho que ver con el papel carismático, con el destino histórico, que Marx: atribuía al proletariado, y esto por toda una serie de razones que serían muy largas de explicar aquí y de las cuales, *una* es precisamente su propia evolución, que ha llevado a amplios sectores de la clase obrera a integrarse en las llamadas sociedades de consumo, que les han convertido en uno de los más sólidos y conservadores pilares de la «mayoría silenciosa», mientras que otros sectores se lanzan a las «huelgas salvajes» y a otros actos que a su manera se inscriben en el movimiento antiautoritario moderno. Si, en otra época, se ha podido hablar a tontas y a locas de proletariado, creo que hoy sería más acertado hablar de *los proletarios*.

## 3. Sobre el abastecimiento y las escuelas nuevas

«El Comité Central de Abastecimiento (cuyo origen provenía del departamento correspondiente en el Comité de Milicias) estaba encargado de regularizar, planificar todo lo que concernía a la producción alimenticia y al consumo (tasas, precios, control de los grandes almacenes, depósitos, comercios mayoristas y minoristas, cooperativas, panaderías, fábricas de comestibles, recolección de la cosecha de trigo en Aragón y en la provincia de Lérida, distribución de las mercancías, víveres, ropas, las compras al extranjero) y de abastecer a las milicias que todavía no tenían intendencia, a las patrullas de control y a la población (restaurantes, hogares populares, hospitales, etc.). Estaba compuesto por delegados de los diferentes partidos y sindicatos (3 de la CNT: Valerio Mas, Facundo Roca, y José Juan Domènech; 2 de la FAI: Juanel y Manuel Villar; 3 de la UGT; 1 del POUM; 3 de la *Esquerra*; 1 de la Unión de *Rabassaires*; 1 técnico)» (César M. Lorenzo, *op. cit.*, pág. 114). Añadiré simplemente que entre este proyecto planificador y la realidad, muchas veces hubo que recurrir a la improvisación, a la imaginación y a la habilidad personal, como se tuvo que hacer en muchos otros aspectos. Hubo numerosos intercambios directos entre Colectividades (agrícolas e industriales o agrícolas entre sí, etc.), que no siempre pasaron por ese Comité.

En lo concerniente a la Nueva Escuela Unificada, el *Livre d'Or de la Révolution espagnole*, señala que, en julio de 1936 sólo había 34.431 niños escolarizados en Barcelona y en julio de 1937, había 116.846 instalados en 151 nuevos establecimientos escolares (la cifra de 102 que he dado se refiere a las primeras semanas que siguieron al levantamiento militar).

#### 4. Sobre los conflictos de la CNT

La historia de la CNT también es la historia de sus conflictos y escisiones. Cuando no estaban de acuerdo en la orientación de determinado Congreso, Federaciones enteras de sindicatos CNT se declaraban *autónomas* durante períodos más o menos largos. Una de las escisiones que más duró fue la de Angel Pestaña, que fundó en abril de 1933 el Partido sindicalista (¿?). Pestaña era un líder bastante conocido de la CNT —varias veces fue Secretario nacional—, miembro de la corriente «moderada» que quería frenar las «aventuras» y el «terrorismo» de algunos sectores anarquistas y constituir un movimiento obrero «sólido», «responsable», etc...., dividido de modo clásico: un sindicato y un partido político, que se repartían las «tareas». Pestaña declaraba que había roto con el anarquismo sin por ello haberse hecho marxista. Deseaba, en cierto modo, una «síntesis» o «superación» de las dos corrientes del movimiento obrero. La CNT se mostró muy hostil al Partido Sindicalista, considerado como un «elemento de división» (cuando en los documentos aquí citados se dice «sindicalista» se refiere a miembros del partido y de las juventudes sindicalistas). El Partido Sindicalista, siempre muy minoritario en relación a la CNT-FAI, desapareció durante la guerra civil y algunos de sus miembros, entre los que se encontraba el propio Pestaña, volvieron al seno de la CNT.

#### 5. Sobre el poder

Basta con mirar en torno nuestro para comprobar la situación de robot mal pagado a que se encuentra reducido el obrero en los Estados «obreros» (como casi todos los ciudadanos, por otra parte). Pero no puede protestar sin aparecer como un defecto del capitalismo o sin caer en la locura furiosa, ¡puesto que es él mismo quien se explota a través del Estado que le pertenece! ¡Maravillas de casuística! Para nuestros fanáticos de la dictadura del proletariado, lo que está en juego no es la supresión del Estado «ese engendro sobrenatural de la sociedad», sino por el contrario, su fortalecimiento continuo y en todos los terrenos, siempre y cuando, claro está, ese Estado declare «defender los intereses históricos de la clase obrera». Se ve muy bien adonde ha conducido esto y cuanto han tenido que padecer por esta defensa *histórica* los obreros, los campesinos y los demás ciudadanos en los llamados países «socialistas». Al leer, al escuchar y al ver actuar a la mayor parte de los que se llaman a sí mismos «revolucionarios» se diría que los hombres, eternamente, deberán *confiar* a un puñado de especialistas, de sabios y de jefes, la totalidad de sus deseos y la realización de sus sueños, y que no sólo es imposible sino que, aún peor, es «objetivamente reaccionario» luchar contra un Poder cuyas injusticias, alienaciones, privilegios, explotación —y a menudo su terror— se denuncian, sin luchar por otro Poder, que, se declara *bueno*, justo y dentro del sentido de la historia (¡como si la historia tuviera *ese sentido!*) A partir de este postulado ideológico, se exigirá la sumisión más total y la fe más intransigente hacia ese nuevo Poder y todo ello a pesar de sus injusticias, sus alineaciones, su explotación, sus crímenes y su terror.

No se trata de que la naturaleza del poder nos sea indiferente —y dicho sea de paso, cuando menos totalitaria sea, mejor— pero en Cataluña, como en otros sitios, hubo hombres que se negaron, con razón, a dejarse encerrar en el falso dilema que quiere reducir, «en última instancia», todas las luchas sociales a la instauración de un «buen poder». Porque no hay buen poder. Toda sociedad jerarquizada lleva en sí misma —con mayor o menor rigor— la explotación, la alienación, y la repulsión. Si no, ¿porqué iba a ser jerarquizada? Habría que desacralizar de una vez por todas la idea del «poder proletario» —ya que los proletarios son precisamente los que no están en el poder y a los que siempre se quiere limitar a un papel de simples ejecutantes. La cuestión planteada —y a fin de cuentas sin resolver (¿lo será alguna vez?)— en Cataluña es la siguiente. ¿La revolución consiste en romper la jerarquía «capitalista» para sustituirla por otra a la que se sigue considerando, a pesar de múltiples experiencias, más justa, y eso debido esencialmente a que se piensa que está mejor adaptada a las exigencias modernas de la producción —y nos encontramos entonces con los objetivos capitalistas apenas invertidos? ¿O los hombres van a poder, por fin, prescindir de la tabúes y de los mitos y a negarse a seguir delegando en el Poder —suerte de Padre monstruoso— la realización de su vida, para poder autoorganizarse en una *democracia* ni autoritaria, ni jerárquica? Esto, al menos, fue lo que se intentó en Cataluña y esa *tentativa*, a fin de cuentas, me parece fundamental porque hizo que centenares de miles de hombres vivieran durante meses y meses en una situación de insubordinación y de creatividad casi totales. Aunque la democracia no jerárquica no fue institucionalizada —¿acaso puede serlo?— sin embargo, fue muy real y estuvo en lucha abierta contra el nuevo poder burocrático.

#### 6. Sobre la dimisión de Prieto (marzo de 1938)

César M. Lorenzo habla de manera bastante explícita, de «ese complot» que nunca había sido confesado oficialmente por la CNT-FAI, aun cuando muchas personas estaban al corriente. He aquí, resumido, de lo que se trataba. En marzo de 1938, corrieron rumores sobre una posible dimisión de Indalecio Prieto, ministro de Defensa. La CNT envió al ministro una delegación formada por Galo Díez, Segundo Blanco y Horacio Prieto, para pedirle que permaneciera en su puesto. Pero Prieto confirmó su decisión de dimitir por dos motivos fundamentales: primero, porque el control de los comunistas sobre su propio ministerio era tan grande que él era su «prisionero»; Negrín, presidente del Consejo, apoyaba a los comunistas en contra suya. Y seguidamente porque consideraba que la guerra estaba perdida y que había que llegar a una paz de compromiso. La delegación de la CNT parece que se mostró de acuerdo con el análisis del ministro, pero consideró que, si dimitía, el control comunista se haría más grande. Los cenetistas propusieron que se realizara un «golpe de fuerza» para liquidar la influencia comunista sobre el Poder. Parece que las tropas anarquistas recibieron la orden (Lorenzo no habla de ello) de preparar ese golpe de fuerza para apartar a los comunistas. Prieto se declaró «profundamente conmovido» pero no aceptó. Sin embargo, poco después se discutió ese

golpe de fuerza en un pleno nacional de la CNT convocado en Barcelona. Los delegados rechazaron categóricamente cualquier «paz de compromiso» pero dudaron sobre las medidas a adoptar para enderezar la situación. A fin de cuentas, optaron por... volver a entrar en el Gobierno. (¡Lorenzo pasa rápidamente sobre esta conclusión, tan audaz!) Prieto dimitió, Negrín acumuló la presidencia del Consejo y el Ministerio de la Defensa y Segundo Blanco se convirtió en ministro (CNT) de Instrucción pública y de Sanidad.

### 7. Sobre las ejecuciones de Aragón

He aquí lo que dice Gabriel Jackson en su libro (*La República española y la guerra civil*, Ed. Grijalbo, México, pág. 247-248) sobre las ejecuciones (observemos de paso que este autor, brillantemente criticado por N. Chomsky en su ensayo ya citado, se muestra más que reticente ante las experiencias anarquistas): «En algunos pueblos se fusiló al cura, a los Guardias Civiles, a los principales terratenientes y a algunos miembros de las profesiones liberales, partidarios del antiguo orden o que se pensaba que lo eran. En algunas comunas de varios miles de habitantes, la media de asesinatos iba de 4/5 a 35/40 generalmente más importantes en Andalucía y al sud-este que en Levante y Cataluña... (sin duda, no es una casualidad que la revolución social, en cambio, haya progresado mucho más en Cataluña y en Levante [C.S.-M.]) (...) Por otra parte hay numerosos testimonios sobre la intervención personal de Durruti para impedir el asesinato de terratenientes que no habían colaborado en el levantamiento militar pero que fueron condenados simplemente porque eran católicos, monárquicos o partidarios de Lerroux». De estos testimonios Jackson cita el siguiente: «En una conversación privada que he sostenido con dos terratenientes monárquicos, uno profesor de Universidad y el otro abogado, he oído una enérgica defensa de la oposición activa de Durruti a los asesinatos». (Se trata de los acontecimientos de Aragón.)

He aquí el siniestro balance de muertos que da Jackson en su libro (pág. 446).

100.000	muertos	en los campos de batalla.
10.000	muertos	en los bombardeos.
50.000	muertos	por subalimentación y enfermedad (durante la guerra civil).
20.000	muertos	por represalias políticas en zona republicana.
200.000	muertos	por los mismos motivos en zona franquista durante la guerra.
200.000	muertos	prisioneros «rojos» ejecutados o muertos en prisión por enfermedad y malos tratos entre 1939 y 1943.

Aunque otros comentaristas dan cifras aún más elevadas (1.000.000 de muertos), no obstante, todos están de acuerdo en indicar que la represión franquista durante y después de la guerra, ha sido la que, con gran diferencia, ha causado más muertos.

### 8. Sobre la muerte de B. Durruti (20 de noviembre de 1936)

Buenaventura Durruti murió en la «línea del frente» de Madrid, pero no se sabe exactamente quién le mató. Algunos dicen que fue alcanzado por una bala enemiga, otros que le mataron sus propias tropas cuando Durruti intentaba impedir que retrocedieran. También se ha pensado en el asesinato político, los comunistas han emitido la hipótesis de un crimen realizado por los anarquistas extremistas, ya que Durruti se acercaba a las posturas políticas del Partido. Nada, absolutamente nada, permite sostener esa teoría. En cambio, algunos anarquistas acusan a los comunistas del crimen: habrían querido desembarazarse de un rival demasiado popular. Sea como fuere, nada más muerto, casi todo el mundo se disputó su cadáver con verdadera saña. Los comunistas destacaban sólo una frasecita («renunciamos a todo salvo a la victoria») para justificar su tesis de un Durruti, acercándose al Partido. Los dirigentes anarquistas «gubernamentalistas» se servían de Durruti, que había aceptado la militarización de su columna, cosa que, según ellos, significaba que había respaldado de antemano su política de compromisos. En cuanto a los anarquistas intransigentes se servían de él todavía con más ímpetu debido a su extraordinario pasado revolucionario, a su actividad en Barcelona y en Aragón, etcétera. Algunos llegaron incluso a crear en él seno de la CNT un grupo (del que ya he hablado) al que llamaron los «amigos de Durruti». Lo bueno que tiene un cadáver es que se le puede hacer decir lo que se quiera.

### 9. Composición del Gobierno Caballero (5 de septiembre de 1936)

He aquí la lista del primer Gobierno Largo Caballero (5 de septiembre de 1936): *Presidente del Consejo y ministro de la Guerra*: F. Largo Caballero (socialista).— *Ministros de Asuntos Exteriores*: Julio Alvarez del Vayo (socialista).— *Ministro de la Justicia*: Mariano Ruiz-Funés (Izquierda republicana).— *Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes*: Jesús Hernández (comunista).— *Ministro de Trabajo, Sanidad y Previsión social*: José Tomás Piera (*Esquerra* republicana).— *Ministro de Agricultura*: Vicente Uribe (comunista).— *Ministro de Industria y Comercio*: Anastasio de Gracia (socialista).— *Ministro de Transportes y de la Marina mercante*: Bernardo Giner de los Ríos (Unión Republicana).— *Ministro sin cartera*: José Giral (Izquierda republicana).

El 4 de noviembre de 1936, con la entrada de los anarquistas, el Gobierno fue reorganizado del modo siguiente: *Presidencia y Guerra*: Largo Caballero.— *Asuntos Exteriores*: Alvarez del Vayo.— *Marina y Aviación*: Prieto.— *Finanzas*: Negrín.— *Instrucción Pública*: Hernández.— *Justicia*: García Oliver (CNT).— *Gobernación*: Galarza.— *Trabajo*: De Gracia.— *Agricultura*: Uribe.— *Obras Públicas*: Julio Just.— *Transportes*: Giner de los Ríos.— *Industria*: Juan Peiró (CNT).— *Comercio*: Juan López (CNT).— *Sanidad*: Federica Montseny (CNT).— *Propaganda*: Carlos Esplà.— *Sin Cartera*: José Giral, Manuel de Irujo y Jaime Ayguadé.

racista contra las tropas marroquíes a las que se calificaban de bárbaras, salvajes y así sucesivamente. Para esta cuestión, véanse los libros ya citados de Broué y Temime (pág. 240-241), B. Bolloten (135-143) y Jesús Hernández (pág. 61-64).

### 12. Sobre los asesinatos políticos de Barcelona

Por supuesto entre los 500 muertos (algunos comentaristas hablan del doble) no todos murieron en los combates callejeros. La ferocidad de los combates iba acompañada de una lista impresionante, pero poco conocida, de asesinatos políticos. En efecto, resultaba muy fácil camuflar un asesinato dejando los cadáveres en la calle, en los lugares donde se habían intercambiado disparos. Además del caso de Berneri y Barbieri, hay otros donde el asesinato también resulta evidente: Alfredo Martínez, dirigente del Comité regional de las Juventudes Libertarias y secretario del Frente Revolucionario de la juventud (Juventudes Libertarias, juventudes del POUM y «sindicalistas») que se dirigió al local de las JSU (estalinista) para negociar y desapareció... Encontraron su cadáver pocos días después.

O Juan Rúa, joven intelectual uruguayo, también miembro del Comité Regional de las JL, responsable del enlace con el frente de Aragón, detenido en Tortosa, fue llevado a un «destino desconocido» y fusilado con otros anarquistas. «Solidaridad Obrera», del 11 de mayo, denunciaba los asesinatos de doce militantes de la CNT del barrio de San Andrés, detenidos por la policía y cuyos cadáveres fueron depositados en el cementerio de Sardañola por una «misteriosa ambulancia», de otros cinco anarquistas que fueron fusilados en Eroles, y después toda una serie de ejecuciones sumarias en provincias, especialmente en Tarragona y en Tortosa.

Por supuesto no todas las víctimas de estas ejecuciones sumarias eran miembros de la CNT.

### 13. Composición del Gobierno catalán después de las «jornadas de mayo.»

He aquí la lista del nuevo Gobierno catalán:

*Presidente:* Lluís Companys. Por la CNT: Valerio Mas. Por la UGT: Rafael Vidiella. Para la *Esquerra Republicana*: Martí Faced. Por la Unión de *Rabassaires*: J. Pons. Es el mismo Gobierno que se formó durante los combates salvo que Rafael Vidiella sustituye a Antonio Sesé, que fue asesinado.

La novedad consiste en el nuevo papel desempeñado, por el Gobierno central en el seno de la Generalitat: el Gobierno central se encargaba directamente del Orden Público, reduciendo así la autonomía catalana. José Echevarría Novoa era el delegado del Gobierno central del Orden Público en Cataluña. Emilio Torres Iglesias (igualmente enviado por Valencia), el Jefe Supremo de la Policía, y J. M. Díaz Ceballos, el Comisario general de Seguridad en Barcelona.

### 10. Sobre el enfrentamiento Casado-PC (Madrid, marzo 1939)

Una vez perdida la guerra militarmente, el mes de marzo de 1939 vio cómo las fracciones del campo republicano se mataban entre sí con un ardor increíble. El 5, Negrín nombró a comunistas para todos los mandos militares de importancia. Se trataba supuestamente de organizar la resistencia hasta el final. Pero esa «resistencia» sólo duró unos días. En realidad, de lo que se trataba para el PC era de *organizar la evacuación*, y es lo que hicieron. Pero en Madrid, el coronel Casado formó una junta donde estaban representadas todas las organizaciones antifascistas (excepto el PC) y se rebeló contra el Gobierno Negrín. La Junta Casado (que por intermedio de los ingleses tomó contacto con el enemigo) declaró que quería negociar una «paz honorable». No habría «paz honorable», tampoco hubo resistencia a ultranza. Pero en todas partes hubo enfrentamientos entre partidos y adversarios del Gobierno Negrín-PC. Los Combates de Madrid causaron 2.000 muertos. Después, el PC cuyas tropas habían sido vencidas por las de Cipriano Mera, negoció un compromiso con la Junta Casado que fue aceptado. Los franquistas pusieron a «todo el mundo de acuerdo» tomando Madrid. Después fue la desbandada, la lucha por tomar un barco, y la represión política que se abatió durante años sobre España.

### 11. Sobre el asunto de Marruecos

«El Asunto de Marruecos» constituye un ejemplo muy ilustrativo de las incoherencias del oportunismo a corto plazo de las autoridades republicanas. A pesar de las tentativas del propio Berneri, Santillán y otros elementos revolucionarios, para que el Gobierno Republicano se declarase a favor de la independencia de Marruecos (según Santillán, el Comité de Milicias había tomado contacto en este sentido con nacionalistas marroquíes), el Gobierno Republicano, incluso cuando estuvo presidido por Largo Caballero, se había negado siempre a ello para (¡cómo no!) no descontentar a Gran Bretaña y a Francia, potencias colonialistas. En lugar de hacer eso, ofrecieron a los ingleses y franceses cederles todo o parte de las colonias españolas en Africa a cambio de su ayuda a la República española. Según Jesús Hernández, el Gobierno Republicano, presidido entonces por Largo Caballero, y los Gobiernos de Gran Bretaña y Francia, habían estudiado igualmente la posibilidad de ceder a Italia y a Alemania territorios en Africa, a cambio de su neutralidad en España. Ninguno de estos conciliábulos llegaron a nada como todos sabemos.

La declaración de la independencia del Marruecos «español», no sólo habría estado «conforme a los principios» del movimiento obrero español (que hacía demasiado tiempo había luchado contra la guerra colonialista de Marruecos), sino que además habría creado una situación muy difícil a los franquistas en Marruecos, donde dominaban y de donde había partido el levantamiento militar. Por una vez, los «principios» y la «táctica» se complementaban y recomendaban una enérgica actuación anticolonialista. Pero los Estados Mayores republicanos escogieron una vez más la táctica de buscar una alianza con Francia y Gran Bretaña, alianza que éstos no deseaban. Para rematar la cuestión, se inició una propaganda totalmente

#### 14. Sobre la evolución de la JSU

La Juventud Socialista Unificada (JSU), había sido creada poco antes de la guerra civil, tras la fusión de las Juventudes Comunistas y Socialistas. Pero fue rápidamente «estalinizada» y la democracia interna quedó sofocada. Se convirtió en un satélite dócil del PC, con su política derechista y oportunista, Santiago Carrillo había declarado en Valencia, el 15 de enero de 1937: «No luchamos por una revolución social. Nuestra organización no es ni socialista, ni comunista. La JSU no es una juventud marxista». (Cf. Broué y Temime, *op. cit.*, pág. 256, nota 30.) Sin embargo, hubo una fuerte oposición de izquierdas en el seno de la JSU. Criticaba la dictadura burocrática de la dirección y reclamaba una orientación revolucionaria. Esta oposición —de origen socialista— predominaba en las Federaciones de Asturias y de Levante. Se puede decir que constituía la extrema izquierda de la corriente socialista de izquierdas (algunas Federaciones de la UGT y los «caballeristas» del POSE). Rafael Fernández y José Gregori —secretarios de las Federaciones de Asturias y Levante respectivamente— dimitieron del Comité Nacional de JSU para protestar contra la línea Carrillo. Este último les tildó de trotskistas y de partidarios de Hitler y de Franco. Pero la oposición de izquierdas de la JSU sufrió la misma suerte que los «caballeristas» después de la formación del Gobierno Negrín.

Como la toma de Asturias por los franquistas les privó de su base principal, fueron sistemáticamente reducidos a la impotencia, bajo la acción conjugada de la coalición gubernamental, comunistas, socialistas de derechas y republicanos, y las maniobras burocráticas de la dirección estalinista de la JSU: Santiago Carrillo, Ignacio Gallego, Fernando Claudín, Federico Melchor y otros.

## ÍNDICE

<b>Prólogo a la edición castellana</b> -----	05
<b>El levantamiento militar y la respuesta revolucionaria</b> -----	11
<i>El levantamiento militar</i> -----	11
<i>Los preparativos de lucha en Barcelona</i> -----	12
<i>Los combates de los días 19 y 20 de julio, en Barcelona</i> -----	16
<i>El poder de los obreros en armas</i> -----	18
<b>El estado hecho añicos</b> -----	24
<i>La Generalitat y el poder de los obreros en armas</i> -----	24
<i>Organizaciones antifascistas representadas en el comité de milicias</i> -	27
<i>Ambigüedad del Comité Central de Milicias</i> -----	32
<i>La coalición burguesa-stalinista</i> -----	40
<b>La U.R.S.S. y la revolución española</b> -----	47
<i>La ayuda de la URSS a la República Española</i> -----	52
<b>Las colectivizaciones en Cataluña</b> -----	60
<i>Las incautaciones</i> -----	63
<i>El Sindicato de la Madera</i> -----	64
<i>La industria textil</i> -----	68
<i>La industria metalúrgica</i> -----	70
<i>El Decreto sobre colectivizaciones y sus consecuencias</i> -----	72
<i>El Decreto y la organización de la economía</i> -----	74
<i>Las colectividades en la agricultura</i> -----	83
<i>A modo de balance</i> -----	95
<b>Milicianos, ¡sí!, soldados, ¡nunca!</b> -----	113
<i>Los comunistas y el nuevo ejército</i> -----	121
<i>Las milicias anarquistas resisten a la militarización</i> -----	124
<i>¿Guerra o revolución?</i> -----	133
<b>Las «jornadas de mayo» de 1937</b> -----	144
<i>La situación en Cataluña antes de las «jornadas de mayo»</i> -----	144
<i>Las primeras escaramuzas</i> -----	153
<i>La provocación</i> -----	158
<i>Martes 4 de mayo</i> -----	160
<i>Miércoles 5 de mayo</i> -----	163
<i>Jueves 6 y viernes 7 de mayo</i> -----	170
<i>Las jornadas de mayo en la provincia catalana</i> -----	173
<i>El punto de vista de Krivitski sobre las «Jornadas de Mayo»</i> -----	175
<i>Sociedad, todo está restablecido...</i> -----	178
<b>Triunfa la contrarrevolución</b> -----	186
<i>La Caída de Largo Caballero</i> -----	186
<i>La represión contra el POUM</i> -----	189
<i>El asesinato de Nin 193</i> -----	193
<i>El proceso del POUM</i> -----	194
<i>El SIM (Servicio de Investigación Militar)</i> -----	198
<i>La disolución del Consejo de Aragón</i> -----	200
<b>ANEXOS</b> -----	210
1. <i>Sobre las insurrecciones de octubre de 1934</i> -----	210
2. <i>Sobre los obreros, el proletariado y el «movimiento obrero»</i> -----	211
3. <i>Sobre el abastecimiento y las escuelas nuevas</i> -----	212
4. <i>Sobre los conflictos de la CNT</i> -----	213
5. <i>Sobre el poder</i> -----	213
6. <i>Sobre la dimisión de Prieto (marzo de 1938)</i> -----	214
7. <i>Sobre las ejecuciones de Aragón</i> -----	215
8. <i>Sobre la muerte de B. Durruti (20 de noviembre de 1936)</i> -----	216
9. <i>Composición del Gobierno Caballero (5 de septiembre de 1936)</i> ---	216
10. <i>Sobre el enfrentamiento Casado-PC (Madrid, marzo 1939)</i> -----	217
11. <i>Sobre el asunto de Marruecos</i> -----	217
12. <i>Sobre los asesinatos políticos de Barcelona</i> -----	218
13. <i>Composición del Gobierno catalán después</i> <i>de las «jornadas de mayo.»</i> -----	218
14. <i>Sobre la evolución de la JSU</i> -----	219

